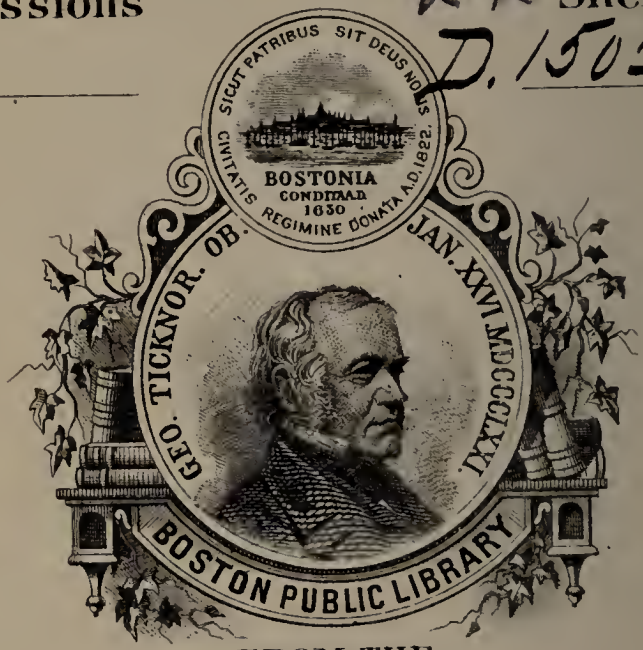
Accessions

Shelf No.
D. 150 B 119



FROM THE

Ticknor Fund.

Rec'd.

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO DÉCIMONOVENO.

TRES RELACIONES HISTÓRICAS.

VÉNDESE

EN LA LIBRERÍA DE MURILLO.

Alcalá, 7.

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO DÉCIMONOVENO.

OBRAS PUBLICADAS.

I. Delicado.—La Lozana Andaluza.
II. Verdugo.—Guerra de Frisa.
III. Muñon.—Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. Cancionero llamado de Stúñiga.
V. Villegas Selvago.—Comedia Selvagia.
VI. Lope de Vega.—Comedias inéditas. Tomo I.
VII. Milan.—El Cortesano.
VIII. Pero Tafur.—Andanças é viajes.
IX. Silva.—La Segunda Celestina.
X. Lucas Rodriguez.—Romancero historiado.
XI. Hurtado de Mendoza.—Obras poéticas.
XII. Tirso y Guillen de Castro.—Comedias.
XIII. Varias Relaciones del Perú y Chile.
XIV. Varias Relaciones de Flándes.
XV. Guerras de los españoles en África, en 1542, 1543 y 1632.
XVI. Montesinos.—Memorias antiguas del Perú.
XVII. Almansa y Mendoza.—Cartas.
XVIII. Cartas y Avisos del año 1581.
XIX. Tres Relaciones históricas.

TRES

RELACIONES

HISTÓRICAS.

*D 150 b 119

GIBRALTAR, LOS XERVES, ALCAZARQUIVIR.

1540, 1560, 1578.

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

MADRID.
IMPRENTA DE M. GINESTA HERMANOS,
calle de Campomanes, 8.
1889

Lickner
Sept. 16. 1895.

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

4 v. Cont. of Lenis

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Tres relaciones históricas contiene este tomo: dos de ellas, la de Pedro Barrantes y la de Juan Bautista de Morales, impresas ya en 1566 y en 1622, de cuyas ediciones, hoy rarísimas, particularmente la primera, nos valemos para hacer la presente; inédita hasta ahora la de Diego del Castillo, si bien citada ya por Nicolás Antonio.

De sus autores nada diremos; plumas mejor cortadas que la nuestra se han ocupado ya de los dos primeros (1).

(1) De Pedro Barrantes, don Pascual de Gayangos, *Memorial histórico español,* tomo X, pág. 471 y siguientes; don Vicente Barrantes, *Catálogo de libros... que tratan de la provincia de Estremadura,*

De Diego del Castillo no tenemos más noticias que la de haber compuesto otra Relacion que no hemos visto (1) y que publicaremos con mucho gusto si nos viene á las manos: debe ser la que él mismo cita al final de ésta y como su segundo libro.

En cuanto á los sucesos á que se refieren, sólo diremos que es curioso el contraste que hay entre los dos primeros: Bate en Arbolan don Bernardino de Mendoza, inferior en número de barcos y en gente, á la Armada de los turcos que habian saqueado á Gibraltar, y les hace á casi todos pagar caro su atrevimiento, con la pérdida de la vida ó de la libertad; y en los Gelbes ó Xerves, al asomar la escuadra enemiga, huye la nuestra sin disparar un tiro, quedando

---

pág. 6; Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca de libros españoles raros y curiosos,* tomo II, col. 38 y 39.— De Juan Bautista de Morales, Gallardo en la obra que acabamos de citar, tomo III, col. 888 á 895.

(1) Nicolás Antonio la vió y la cita con este título: «Historia de la liberacion de don Alvaro de Sande y de la toma del Peñon de Velez de la Gomera, y el suceso de la armada enviada por el Gran Turco sobre la isla de Malta.» (*Bibliotheca hispana nova,* tomo I, pág. 273).

en poder de los turcos la mayor parte de ella. Don Alvaro de Sande se encarga voluntariamente de la defensa del fuerte, pero aunque esta fué heróica, acorralado y falto del socorro que esperaba, cae en poder de los sitiadores.

En cuanto á la jornada á África del Rey don Sebastian, Felipe II no sólo era opuesto á ella, sino que, segun se ve por lo que contesta á un billete de Mateo Vazquez, que á continuacion publicamos, andaba en tratos con Muley Moluc para hacer la paz por medio de un tal Cabreta, y parece que trató de que el Rey de Portugal la aceptase; esto fué en 1577. Dice Mateo Vazquez al Rey:

S. C. R. M.

San Lorenzo, 10 *Abril.*

Va aquí lo de Delgado y Saganta, y aparte una carta de Francisco Duarte con papel de Delgado, por lo que al fin va rayado en la de Francisco Duarte, en lo que toca á Cabreta.

y el Rey contesta al márgen:

Haré estos pliegos; y ya yo habia visto lo que dice esta carta de Cabreta, cuando la

envió Delgado. Siempre en estas cosas hay relaciones buenas y malas.

El pliego de Saganta vá hecho, mas el de Delgado me ha parecido enviaros para que vos se lo envieis, y con él la carta original que os dió el Cativo, y porque veais, en el papel de lo que dijo Cabreta á Francisco de Ibarra, como tiene noticia desta carta y de quien la tomó, aunque piensa que es de Toledo. Y mirad lo que he añadido en el papel de Delgado, que se me ha ofrecido despues.

A Francisco de Ibarra habeis vos de escribir que él procure con Cabreta que saque muy buenas condiciones y seguridades á Moluch, y áun que le ofrezca, si lo hiciere así, que se le agradecerá bien; que quizá por aquí se podria hacer bien el negocio. Para responder al Duque se me ha ofrecido, demás de lo que os dije, y así lo poned en su papel, que será bien avisar al Rey de Portugal, digo á don Juan de Silva (1), para que se lo diga, de lo que Cabreta trae y de lo que sobre ello le parece, y entienda si está todadía (2) en la jornada, y si tiene la forma y caudal para ella, porque, si se ha de hacer, es más que tiempo para las prevenciones, y si no sería mejor abrazar la paz. Y que no se trate de prestido, ni dar yo dinero porque no hay forma para ello, y el que hay es menester para otras

---

(1) Nuestro Embajador en Portugal.

(2) Felipe II acostumbraba poner «todadía» en vez de «todavía.»

cosas muy forzosas; así que conviene saber presto en lo questá el Rey. Y sería bien que don Juan de Silva le aconsejase, en caso que todadía quixese hacer la jornada, ques muy bien que se prevenga luego para ella, pero que, si Moluch viniese en muy buenas condiciones, quizá sería lo mejor concertarnos con él y dejar la empresa, que puede ser dudosa.

La batalla tuvo lugar en 4 de Agosto de 1578; la primera noticia que se recibió en Madrid, de haberse perdido y de la muerte de don Sebastian, debió ser el 12; los portugueses lo negaban, dice Mateo Vazquez, pero en 27 del mismo llegó un despacho del duque de Medina-Sidonia confirmando el desastre, segun le dice al Rey en los billetes que á continuacion imprimimos, y que se custodian en el riquísimo Archivo de documentos históricos del señor don Francisco de Zabálburu.

S. C. R. M.

San Lorenzo, 13 Agosto.

Temido y como antevisto habria sido el suceso de la nueva de ayer, si fuese cierta, y muy desgraciado y lastimoso y para mucho cuidado en grandes y diversas cosas, pero no sería sólo

esto lo que ha sucedido en el mundo, ni lo será, que de todo ha de haber en él hasta que se acabe. No hay poder en lo ya pasado, pero (como V. M. sabe) suele servir de ejemplo para lo de adelante. V. M. justificada ternía en aquello su causa para con todos y el mundo, á mi parecer, por no le haber tenido de que se hiciese la jornada, sino ántes procurádola estorbar con las advertencias y instancias posibles, como dello son testigos aquel Reino y los que acá lo saben, y el mismo progreso del negocio lo dice, y entendido está que no cabe en obligacion alguna ayudar á otro á que se precipite. La causa pública de la cristiandad, y la de la sangre, mucho se han de dar á sentir, pero Dios volverá por su causa y dará á V. M. mucha vida, pues le tiene por instrumento para que se la defienda; y V. M. sabe muy bien que de grandes trabajos y aflictiones acostumbra su divina providencia sacar felicísimos sucesos. Él lo haga y nos guarde á V. M., por su misericordia, como lo hemos menester.

Vos lo decís todo muy bien, y, aunque es así, son cosas que no pueden dejar de sentirse mucho, por muchas causas que hay para ello, y por lo que por todas partes se va estrechando la cristiandad, y estendiéndose los contrarios della.

Agora llega otro de Cádiz con ese pliego que me ha dado Santoyo, aunque no lo debe saber el que le truxo, y, como en él vereis, se confirma la nueva, aunque en algunas cosas, pocas, difiere; y así debe ser cierto el ser des-

baratados y por .....(1) *será bien que en acabando de comer el Duque, por no darle agora mala comida, os junteis con él y le mostreis este despacho de Cádiz, y la relacion, que envió ayer el Duque, del marinero, sin decirle que la envió el Duque, por lo que encomienda, ni que vino ayer sino que ha venido tambien por diferente vía; y le digais que yo no le he llamado para decírselo, por no hacer ruido hasta que venga más nueva, y que él mire y apunte las cosas que le parezca que convendrán proveerse y prevenirse luego. Y yo os llamaré temprano, y así lo traed á punto .....*(2) *y así lo tened á punto para cuando yo os llame que procuraré sea á las tres.*

San Lorenzo, 14 Agosto (3).

Estoy esperando lo que habeis de enviar, que convendria fuese presto, porque pudiese partir de Madrid esta noche, y pues ya allí entiendo que está público, paréceme que convendria hacer algun cumplimiento con el Embajador de Portugal, que estará allí ó en Carabanchel, y que sería bueno ordenar á alguno que le visitase y le dixese los avisos que se han tenido y las provisiones que he mandado

---

(1) Por estar roto el papel faltan tres ó cuatro palabras.

(2) Otra rotura del papel.

(3) En hoja suelta, de letra de Felipe II, dirigida á Mateo Vazquez.

hacer, y lo que lo he sentido que habia de decir primero; y saber dél si le parece que se puede hacer más de mi parte, y si pareciere decirle que pienso enviar luego á Portugal á lo mismo. En enviándome lo de Delgado, entre tanto que lo firmo, bajaos al Duque y sabed dél lo que le parecerá en todo esto, y quién lo haria bien, si sería don Cristóbal ó otro; y si será bueno llamar á don Cristóbal. Y veníos por aquí á decirme lo que le parecerá en todo esto.

S. C. R. M.

Madrid, 27 Agosto.

Va aquí un despacho del duque de Medina Sidonia, y la copia de carta de don Diego de Bazan, captivo, confirma la muerte del Rey de Portugal, de manera que portugueses pueden escusar de encobrilla, y V. M. no el mandar mirar con tiempo en las cosas de aquel reino, por el bien público y lo demás.

Mañana procuraré llamaros; y no digais nada destas cartas hasta que mañana hablemos sobre todo lo que aquí decís, ques de consideracion, y hay que mirar en ello, y así lo dejo para entonces por ser agora tarde. Y direisme entonces si la carta del cautivo, si la envia el Duque, porque no la acusa, ó quién.

DIALOGO

ENTRE

PEDRO BARRANTES MALDONADO

Y UN CABALLERO EXTRANJERO

EN QUE CUENTA EL SACO QUE LOS TURCOS HICIERON EN GIBRALTAR Y EL VENCIMIENTO Y DESTRUICION QUE LA ARMADA DE ESPAÑA HIZO EN LA DE LOS TURCOS AÑO 1540

Dirigida al muy excelente señor don Alonso Perez de Guzman el Bueno duque de Medina Sidonia conde de Niebla marqués de Caçaça en África

CON PRIVILEGIO

Impreso en Alcala de Henares en casa de Sebastian Martinez año de 1566

El doctor Juan Paez de Castro, coronista de su Majestad, dice que él ha visto un diálogo, en que se trata el saco de Gibraltar y la victoria de D. Bernardino de Mendoza, Capitan general del armada de España, contra Caramani, turco, compuesto por Pedro Barrantes Maldonado; y á su parecer es libro provechoso y no contiene cosa que sea en perjuicio de la religion ni de la República, y sería bien que se imprimiese, y así lo firmó de su nombre.

El doctor Paez de Castro.

Don Felipe, *por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Secilias, de Ierusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Múrcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar; duque de Milan, conde de Flandes y de Tirol, etc. Por cuanto por parte de vos Pedro Barrantes Maldonado, vecino de la villa de Alcántara, nos fué fecha relacion, diciendo que vos habíades fecho un libro sobre el saco que los turcos habian fecho en la ciudad de Gibraltar, y la defensa que los ciudadanos de ella habian hecho, y la batalla que se le habia dado, y vencimiento que se le habia fecho por don Bernardino de Mendoza, Capitan general de las galeras de España, el cual dicho libro era muy útil y provechoso á la República, y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para que lo pudiésedes imprimir, y privilegio para que por tiempo de treinta años*

ninguna otra persona lo pudiese imprimir, ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos hecha sobre la impresion de los libros dispone, por os hacer bien y merced, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon, y nos tuvímoslo por bien. Y por la presente damos licencia y facultad para que cualquier impresor destos nuestros reinos y señoríos, que vos quisiéredes y señaláredes, imprima este dicho libro, sin que por ello caiga ni incurra en pena alguna, y que otra persona alguna no lo pueda imprimir sin vuestra licencia, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros que hubiere impreso, y moldes y aparejos con que los imprimiere, con que primero que se venda el dicho libro lo hayais de traer y presentar ante los del nuestro Consejo, juntamente con el original que se vió que va rubricado y firmado al cabo de Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresion está conforme al original, y se os tase el precio que por cada volú-

men hubiéredes de haber, de lo cual mandamos dar y dimos esta nuestra carta, sellada con nuestro sello y librada de los del nuestro Consejo, dada en Madrid á seis dias del mes de Abril de mil y quinientos y sesenta y seis años. El licenciado Diego de Espinosa.—Doctor Suarez de Toledo.—Doctor Castejon.—El licenciado Morillas.—El licenciado Pedro Gasco.—El doctor Francisco Hernandez de Liébana.

Yo Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara de su Majestad, la fice escribir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo.

PRÓLOGO AL DUQUE,

DEL AUTOR.

Hallándome yo (muy excelente señor) en Sanlúcar de Barrameda el año de 1540, en casa del muy excelente señor don Juan Alonso de Guzman, duque de la ciudad de Medina Sidonia, vuestro abuelo, sucedió la venida de la armada de los turcos, que de Argel vinieron á saquear la ciudad de Gibraltar, y fuí con el Duque y con el ilustrísimo señor don Juan Claro de Guzman, conde de Niebla, vuestro padre, al socorro que fueron á hacer á la ciudad de Gibraltar, y por mandado del Duque fuí yo delante á aquella ciudad, aun á tiempo que los turcos no eran idos. Donde, sobre lo que ellos habian pasado en la ciudad y la resistencia que los vecinos hicieron, y de su vuelta á África, y de la cruel batalla naval que la armada de España dió á los turcos, en que la venció, desbarató y ganó, compuse este libro. Y pues Dios

llevó para sí al Duque y al conde de Niebla. vuestro abuelo y padre (á quien pensaba dirigirlo), no quise, agora que su Majestad de nuestro rey don Felipe me hace merced de dar su licencia para imprimirlo, quitarlo de á quien tan derechamente le pertenesce, como es á vuestra excelencia, pues es hijo y nieto de los señores en cuyo servicio hice la jornada. Asimismo le pertenesce á vuestra excelencia por hablar de guerras de turcos y moros, y especialmente por hablar de la ciudad de Gibraltar, donde los antecesores de vuestra casa, uno la ganó á los moros, y otro, despues que se perdió, yéndola á ganar, murió en la demanda, y otro la tornó á ganar última vez dellos.

El primero fué aquel bienaventurado don Alonso Perez de Guzman, *el Bueno*, primer señor y fundador de la casa de vuestra excelencia, el cual en toda su vida, hasta la muerte, se ocupó en guerras de moros, comenzando en África, sirviendo al rey Abenyuçaf de Benamarin de Lugarteniente general de sus ejércitos, y ganó de los moros muchos reinos y señoríos, con que no solamente creció el imperio del rey Abenyuçaf, mas, con las mercedes de dinero que el rey moro le hizo, compró en España la mayor parte del estado que vuestra excelencia posee, y áun otros pueblos, que dió á sus hijas en casamiento, con que comenzaron á tener casas los grandes que casaron con ellas. Y por-

que el rey don Sancho cuarto ganó al rey moro de África, Abenjacob, hijo de Abenyuçaf, la villa de Tarifa, que es en España llave del Estrecho de Gibraltar, fué mala de ganar y peor de sustentar; porque el maestre de Calatrava, don Rodrigo, habiendo cumplido el año que dijo al Rey que tendria á Tarifa en guarda, suplicó al Rey le descargase de ella por el gran peligro que allí su persona pasaba, y don Alonso Perez de Guzman, *el Bueno*, se ofreció á tenerla y defenderla, y la tuvo y defendió toda su vida. Aunque luego, como entró en ella, vino el rey Abenjacob á su ciudad de Tanjar, en África, que es seis leguas de Tarifa, y envió sobre ella cinco mil moros de caballo y gran número de peones para que la cercasen y se la tornasen á ganar; por que el rey don Sancho de Castilla estaba en Búrgos muy enfermo del mal que murió. Y despues que los moros por muchos combates no pudieron ganar á Tarifa, tomaron al hijo mayor de don Alonso Perez de Guzman (que entónces no tenía otro), que lo traia consigo el Infante don Juan, hermano del Rey don Sancho, que venia con los moros en su ayuda, (y era mochacho de poca edad), y llegándolo cerca de la villa, delante de las almenas, lo mostraron al padre, y le dijeron los moros que les diese la villa ó que le matarian el hijo luego en su presencia; y el buen alcaide, esforzado capitan y verdadero Guzman, ejemplo de todos

los alcaides y capitanes, loor y gloria de la nacion española, echóles desde las almenas el cuchillo con que lo degollasen. Dándoles á entender que los hijos, por muchas ocasiones, se pierden, mas que la fe y la honra no la puede perder si no quiere el que la tiene; y fuese á sentar á comer con doña María Alonso Coronel, su mujer, quedando sus guardas en las almenas. Los cuales, como viesen degollar al niño á los moros, dieron gran gritería de dolor, á la cual don Alonso Perez de Guzman, acudiendo con su espada y adarga, preguntando lo que era, le dijeron: ¡Oh señor, que os han degollado los moros vuestro solo hijo! y él respondió: Por Dios que me alterastes, que pensé que se entraba la villa; y tornóse á sentar á comer con su mujer sin alteracion ni decirle lo que pasaba. Los moros, visto que ni por combate ni por degollarle el hijo habian podido ganar á Tarifa, alzando el cerco de ella, se tornaron á África. El rey don Sancho hizo mercedes á don Alonso Perez de Guzman, y mandando en su corte que de allí adelante le llamasen todos don Alonso Perez de Guzman, *el Bueno;* y entre otras palabras que dice el privilegio, son estas: «Ca semejastes al Padre Abraham, él en la voluntad y vos en la obra, por haber dado el cuchillo con que le degollaron el hijo por guardar lealtad.»

Despues desto, teniendo el rey don Fernan-

do, hijo del rey don Sancho cercada á los moros la ciudad de Algecira, envió á don Alonso Perez de Guzman el Bueno, con otros señores y otros caballeros á cercar y combatir la ciudad de Gibraltar, que tambien era de moros, que está una legua por mar de las Algeciras. Y quedando los otros señores por mar, y saltando don Alonso Perez de Guzman con gente en tierra, puso un ingenio en la sierra encima de la fortaleza, y echó tantas piedras en el castillo y en la ciudad, y dióle tantos combates, que la ganó dellos, habiendo estado perdida dende en tiempo del rey don Rodrigo. Y despues, yendo á pelear con los moros en las sierras de Gausin, fué herido en la pelea de una saeta, de que murió; por que la honra de las armas es morir en ellas.

Despues su hijo y heredero don Juan Alonso de Guzman, señor de Sanlúcar, se halló en servicio del rey don Alonso onceno, en la memorable batalla de Tarifa y en el cerco de las Algeciras, y en todas las otras guerras de moros y tomas de pueblos que en sus tiempos sucedieren. Y sus hijos, el sucesor en el mayorazgo, llamado don Alonso Perez de Guzman, murió mancebo peleando en el cerco y toma de Orihuela; y su hermano don Juan Alonso de Guzman, que sucedió en la casa, sirvió al rey don Pedro, y especialmente al rey don Enrique su hermano tanto, y perdió por seguirle tanto, que el rey don

Enrique, por recompensarle, le dió por mujer á su hija doña Beatriz con el condado de Niebla en dote: y fué el primero conde de Niebla, y uno de los tutores del rey don Enrique tercero.

Su hijo don Enrique de Guzman, segundo conde de Niebla, y quinto señor de la casa, siguiendo las pisadas de sus antepasados, queriendo tornar á ganar á los moros la ciudad de Gibraltar, que se habia perdido en tiempo del rey don Alonso el onceno, su bisabuelo, llevando para ello armada por mar y ejército por tierra, la combatió y murió en la demanda, como largamente lo cuenta Juan de Mena en sus Trecientas. Don Juan de Guzman, su hijo y primero duque de Medinasidonia, por vengar la muerte del padre y servir á Dios y al rey don Enrique cuarto, juntando mucha gente de pie y de caballo, salió de Sevilla, y fué sobre la ciudad de Gibraltar y la ganó á los moros, y el rey don Enrique la mandó poner en el título de sus ditados, llamándose rey de Gibraltar.

Pues por no ser ménos que sus antepasados, el buen duque don Enrique de Guzman, segundo duque y séptimo señor de la casa, fué con gran número de gente de pie y de caballo á socorrer al marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, y á otros muchos señores, caballeros y gentes que habiendo ganado la ciudad de Alhama á los moros, los tenia el rey moro de Gra-

nada cercados con cinco mil moros de caballo, y ochenta mil de pie, y á punto de perderse; y hizo alzar el cerco al rey de Granada, y libró los cristianos que estaban en Alhama de muerte ó captiverio, y abasteció la ciudad, que estaba ocho leguas de Granada, que fué principio para se conquistar aquel reino. Y despues, teniendo el rey don Fernando el Católico cercada la ciudad de Málaga á los moros, cansado y gastados los dineros y bastimentos por el largo cerco, y que las gentes se iban del real con hambre y trabajos, partió de Sevilla el duque don Enrique por mar con muchos navíos, cargados de gentes y mantenimientos, y prestó al Rey veinte mil doblas de oro para aquel cerco; con cuya venida y socorro se acabó de ganar la ciudad de Málaga, y con cuya ayuda se conquistó el reino de Granada. En la cual conquista se halló tambien don Juan de Guzman su solo hijo, duque de Medinasidonia, conde de Niebla; y despues por estender los reinos y señoríos de sus reyes de Castilla, fué el primero que conquistó de los moros de Africa la ciudad de Melilla, pueblo muy necesario para la guarda destos reinos de España. Y tambien conquistó de los moros de África la villa y fortaleza de Caçaça en África, de la cual el rey católico don Fernando le dió título de Marqués, sobre el que antes tenia de duque y conde.

Y porque el duque don Alonso, su hijo, salió

mentecapto, su hermano don Juan Alonso de Guzman, que despues fué duque quinto de la casa y noveno señor della, y vuestro abuelo, queriendo levantar algunos la ciudad de Sevilla por los comuneros, contra el Emperador don Cárlos, que estaba en Alemania, la redujo á servicio del Emperador, y despues fué á socorrer esta ciudad de Gibraltar, como atrás dije.

Su hijo don Juan Claro de Guzman, conde de Niebla, padre de vuestra excelencia, á quien la muerte cortó el hilo de la vida antes que heredase, dió muestras de tan excelente señor, tan buen cristiano y caballero, que, si viviera, hiciera verdaderos á los que teniamos por cierto habia de hacer ventaja á sus pasados. Mas ya que á vuestra excelencia le faltó el padre en tan tierna edad, que era de siete años, dejóle Dios por madre y gobernadora de su persona y estado á la muy excelente señora doña Leonor Manrique de Sotomayor, la cual ha dado tan buena cuenta y ejemplo de su virtud para ser hembra, como lo dió don Alonso Perez de Guzman el Bueno, primer fundador de vuestra casa, para varon; que no lo puedo más encarecer.

Pues vuestra excelencia, que es ahora de diez y seis años, lea los hechos buenos que sus antepasados hicieron, que los hallará en los privilegios de su casa, y más largamente los hallará en la historia que tiene en su poder, de la Ilustracion de la casa de Niebla, y hechos de

sus antepasados (que yo compuse habrá veintiseis años), y procure de imitarles en la virtud y mejorarse en buenas hazañas, como Dios ha mejorado y acrecentado á vuestra excelencia en mayores estados y rentas; y reciba este pequeño servicio, mayor en la voluntad y amor que en la obra. Compuesto por un tan su servidor, como lo es

Pedro Barrantes Maldonado.

Al muy magnífico y sábio caballero Pedro Barrantes Maldonado, el licenciado Eugenio de Salazar, vecino de Madrid.

SONETO.

En las empresas del fiero Marte,
Noble, ingenioso y sabio caballero,
Mostraste siempre un corazon entero,
De esfuerzo lleno y militar arte.
Y agora veo á la Minerva darte
Y al dulce Apolo un lustre tal, que espero
Desde el oriental Gange al nuestro Ibero,
Loor se te apareja en cualquier parte.
Pues si tu fuerte brazo con destreza
Mandando, y con valor la aguda espada,
Fué siempre ejecutor de la victoria;
Tu pluma, tan despierta y bien cortada,
En prosa y verso aumenta tu clareza,
Y donde quiera ya te adquiere gloria.

ARGUMENTO DEL DIÁLOGO.

Viniendo Pedro Barrantes Maldonado de Gibraltar, del socorro que fueron á hacer á aquella ciudad cuando la saquearon los turcos, se encontró con él un caballero extranjero, que, no sabiendo la causa de venir tanta gente armada por el camino, lo pregunta, y Barrantes Maldonado le responde. Y en preguntas y respuestas, en forma de diálogo, se cuenta largamente la venida de los turcos sobre Gibraltar y la destruicion que la armada de España hizo en el armada de los turcos; que en aquella coyuntura fué cosa notable.

Fué esta empresa á diez dias de Setiembre de mil y quinientos y cuarenta años.

COMIENZA EL DIÁLOGO.

Extranjero. ¿De dónde bueno, caballeros, con lanzas, adargas y corazas que pareceis la resurreccion de la conquista del reino de Granada?

Autor. La novedad de vuestra pregunta e comparacion hace no daros luégo respuesta, y, pues preguntais lo que nosotros ignoramos, holgaria mucho me dijésedes qué quiere decir que parecemos á la resurreccion de la conquista del reino de Granada.

Extranjero. Porque son ya muertos los que en aquel tiempo, peleando con lanza, adarga y corazas, conquistaron aquel reino, y como despues acá no han quedado moros con quién pelear, y la gineta se ha trocado por estradiota, las lanzas por ar-

cabuces, e las adargas por rodelas, parecióme que, si no eran los muertos que en aquel tiempo lo usaron, que no podíades ser de los vivos que ya no lo usan.

Autor. Por eso dicen que todo lo que fué puede ser, y que todo lo que es ha sido, y que no hay cosa nueva debajo del sol. En los usos de España no mireis; porque, como el camaleon se torna de la color de la cosa donde se llega, excepto la blanca y la colorada, ansí los españoles tomamos todavía los usos de todas las otras naciones con quien comunicamos. E cuando se enhadan, teniendo ya por añejas las cosas nuevas, tornamos á tomar por nuevas las olvidadas; e ansí es agora en lo de la gineta, adargas y corazas. Cuanto más, que en esta Andalucía y costa de la mar nunca se han desusado estas armas.

Extranjero. Concedo eso que decís, pero otra cosa no entiendo, que es la causa porque venís puestos en armas, mayormente teniendo el Emperador don Cárlos tan pacíficas las Españas como nunca jamás estuvieron en tiempo pasado; e que en estos reinos no hay hombre que se ose alterar contra otro por el amor y temor que tienen á su Magestad. Y deciros he cuanto que, á mi parecer, los alcaides de las fortalezas de España pueden en este

tiempo dormir seguros fuera dellas, y áun pueden atar la puerta con un hilo de lana, sin pensar que de ninguna parte les pueda venir daño.

Autor. Eso tendrá lugar en las fortalezas que están tan metidas dentro en la tierra, que apenas oyeron nombrar la mar, y no en las que son en la costa; y de aquí es, pues tienen evidente el peligro viviendo sin cuidado, no se descargarán de culpa si algo les acaeciere en daño de sus fortalezas. Aunque las treguas y paz, que están asentadas con el Rey de Fez y moros de África, parece que en parte los excusa, mayormente que os quiero decir una nueva, que será tan nueva para vos cuando la oyéredes como lo fué para mí cuando lo supe.

Extranjero. ¿Y qué nueva?

Autor. Que por las paces que África ha hecho con España, agora por once años, pasan de España á Berbería muchos cristianos de esta Andalucía con sus ganados, y los apacientan, y siembran en África, tan seguros como si sembrasen en Europa; y como aquella tierra es fértil, no ménos que la campiña de Córdoba ó la vega de Carmona, han cogido en ella tanto pan y traídolo á España que es cosa más para espantar que para contar.

Extranjero. Placer he habido de oir una nueva que tanto importa, no sólo por el provecho de los nuestros, mas porque por ventura se podria urdir y tramar, entre reyes cristianos, como de tierra de infieles se tornase de fieles, de ajena la volviesen propia. Mas, prosiguiendo nuestra primera plática, digo que España no leemos haber estado jamás en tanta concordia como el dia de hoy; que los españoles son tan leales, que en ausencia de su rey de creer es no moverán contienda, y si de los moros estamos seguros que no romperán las paces, tambien lo estaremos de los portogueses, pues aún no son cumplidos los ciento y un años porque están asentadas las paces de los de su reino con los de Castilla. Cuanto más que ya no es el tiempo que solia cuando los portogueses tenian en ódio los castellanos, porque los parentescos y amistades de los Reyes de Castilla y de Portogal están tan trabados, y el amor entre los súbditos es tan conforme, que me parece que no serán ellos los que os han hecho poner en armas. Y si lo que he dicho no es causa dello, no sé cuál sea, porque de los turcos no hay que pensar; los cuales, señoreando la Asia, morando la Grecia, conquistando la Arabia, defendiéndose de la Persia, están tan apar-

tados que de nosotros creo no se acuerdan.

Autor. Antes se acuerdan más de lo que quisiéramos. ¿No vinieron en Nápoles los años pasados e saltaron en la Pulla donde vieron sus personas los de aquel Reino y experimentaron sus males? Y agora ha ocho años, ¿no vino el gran Turco sobre Viena, en el Archiducado de Austria, donde si el Emperador Cárlos, rey de nuestra España, no hiciera resistencia, entrara (como dicen) por la manga y saliera por el cabezon?

Extranjero. Eso teníanlo cerca, mas osar bajar acá tan abajo hácia el Estrecho por imposible lo tengo.

Autor. Y áun porque los turcos sabian el sosiego de España (ó descuido, por mejor decir), y paz con los moros de África, y esas vanidades que decian, que no osarian bajar tanto acá los turcos, osaron venir agora y saquear á Gibraltar; y áun, si como la acometieron perseveraran, hoy fuera dellos y no nuestra.

Extranjero. ¿Qué me decís? qué, ¿los turcos osaron bajar tanto acá?

Autor. Y áun guárdense los otros pueblos que hay pasado el Estrecho, que, cuando no se acordaren de los turcos, los turcos se acordaran dellos.

Extranjero. ¿Decís de veras que los turcos han saqueado á Gibraltar?

Autor. Pluguiera á Dios que lo pudiera decir burlando.

Extranjero. ¿Cómo intentaron empresa tan grande?

Autor. Supieron que aquella ciudad ni se velaba ni guardaba, ni se acordaban que habia turcos en el mundo, y en los pueblos de frontera más peligroso les es la paz que la guerra, porque con la guerra fortalecen sus pueblos, vélanse, guárdanse, tienen avisos, ponen espías entre sus enemigos; acuéstanse con cuidado, las armas á par de sí, sus caballos aparejados, asestada la artillería, ponen guardas centinelas en los lugares dudosos, y finalmente, con traer todos la barba sobre el hombro defienden sus pueblos, guardan sus bienes, amparan sus personas y conservan sus honras. Lo que por el contrario hacen en la paz, que despiden la gente, de los coseletes hacen azadas, de los arneses rejas, de las espadas asadores; el ejercicio de la guerra se torna en granjerías, arrendamientos y áun en otras cosas ménos honestas. Leido habreis que por semejante descuido, que los españoles tuvieron en tiempo del Rey don Rodrigo, confiándose en que los moros estaban en África, la mar en medio,

teniendo en poco sus contrarios, no considerando que el que á sus enemigos popa á sus manos muere, deshicieron las armas, como si la fortuna nunca mudase de rostro, entraron por esta ciudad de Gibraltar de quien hablamos y conquistaron á toda España. Y agora no sabemos lo que sucediera si Gibraltar quedara en poder de los turcos, porque yo sé de algunas personas que han oido decir á Barbaroxa que daria mucho de lo que posee por se ver señor de Gibraltar y de Ceupta, llaves del estrecho del mar, una en España y otra en África, pero más de Gibraltar, porque siendo señor della, lo pensaria ser de mucha parte de España y de los mares de Levante y Poniente. Y que, si ambas ciudades tuviese, su poder sería no menor por mar en África y Europa que el del Turco en Ásia; porque, con meter en ellas diez ó doce mil turcos, pensaria que cuarenta leguas á la redonda no habria ciudad, villa ni castillo que no corriesen.

Extranjero. ¿Cómo? ¿tan valientes hombres son los turcos que bastaria diez ó doce mil dellos contra tanta gente que hay en España?

Autor. No digo yo que solos doce mil bastasen á conquistar, sino á correr la tierra y hacer entradas en ella; porque

hay entre los turcos una gente que llaman janiçaros (que son los que solamente pueden traer bonetes blancos), los cuales osan morir en la guerra, saben acometer y cuándo conviene esperar, y primero que pierdan su vida la dejan vengada.

Extranjero. ¿Qué condicion de gentes es la de esos janiçaros?

Autor. La mayor parte dellos son hijos de cristianos, de aquellos que las provincias de Grecia son obligados á dar de tributo al Turco, ó de los mochachos que se toman en la guerra ó en las cabalgadas. Y estos mochachos presos los hacen renegar, y críanlos repartidos por los capitanes, y en palacio del Turco, ejercitándolos y enseñándoles todas las cosas pertenecientes á la milicia; los cuales se crian y envejecen en ella, y hácense tan diestros que pocos destos bastan para vencer muchos de los otros. Estos son el brazo derecho del Turco, la salud de Barbaroxa y la destruicion de sus enemigos, e son comparados á los españoles que llaman soldados viejos, que se criaron en la guerra y envejecieron en ella y residen en el campo del Emperador, los cuales son tan diestros y tan animosos, que querria más hallarme con cuatro mil soldados viejos españoles arcabuceros que con doce mil bisoños. Y

por el consiguiente, juntando número destos janiçaros turcos, no hay cosa que no acometan, ni hay fuerza que no piensen de allanar, ni fortaleza que dejen de combatir, ni mar que dejen de navegar; y si no pregunten á los de Grecia de su esfuerzo, y á Otranto de su osadía, y á los portogueses que van á las Indias orientales les demanden si los hallan (mudando el nombre de turcos en rumes) navegando por el mar Bermejo, por el Pérsico, por el Índico, y por el mar de Ethiopía y otros mares; escuchen á los húngaros lo que dirán de su reino; oyan á los de Transilvania, Esclavonia y Valachia; den crédito á los de Rodas, y á los de otras partes que dejo de decir por ser muy notorio.

Extranjero. Decidme, si por ventura lo sabeis, ¿qué generacion es esta destos turcos, que yo no la entiendo ni he hallado historiador griego ni latino que haga mencion dellos, sino es de poco tiempo á esta parte? Y, pues son tan modernos, querria me dijésedes cómo han podido subir á tanta grandeza de imperio como hoy tienen.

Autor. Con sólo lo que os diré han subido tanto los Emperadores turcos. Ansí por ser como es muy rico de dineros, como por ser absoluto señor en todos sus

reinos; porque no hay hombre en su tierra que tenga una almena de juro de heredad, sino de por vida, y las mercedes que hace es á los que más valientemente pelean, aunque sean esclavos, y no á sus hermanos ni parientes si son cobardes, y por esta causa cada uno se esfuerza á pelear como valiente, por haber la gracia y el galardon del señor. Y todos ponen su felicidad y sumo bien en el pelear y vencer, en el conquistar y ganar, en el saquear y robar, en el prometer y mantener la palabra, en lo cual consiste la perpetuidad de los reinos.

Extranjero. ¿A qué ley se allegan más?

Autor. Bien os podria responder que á ninguna, mas al cabo parece que se arriman más á la secta de Mahoma.

Extranjero. ¿En qué?

Autor. Circuncídanse como los moros, ayunan como ellos, que es en cada año un mes y una semana; y, porque tomeis materia para reir de su ayuno, quiero deciros qué tal es. El dia que ayunan, ni comen ni beben; el uso de las mujeres tiénenle por abominable; mas, venida la noche, comen como hambrientos, no sólo para proveer á naturaleza, mas por contentar y hartar á su gula; entónces, soltando la regla á la honestidad, dánse á todo gé-

nero de lujuria: donde podreis ver que más es desórden de ley que no órden. Celebran páscua, á los sesenta dias que comenzaron el ayuno, en memoria del carnero que sacrificó Abraham en memoria de su hijo Isaac.

Extranjero. Una cosa he deseado saber, y, pues no es ageno de la plática en que vamos, deseo que me dijésedes si á los de otra nacion, que viven entre ellos, si los compelen que tomen su maldita secta.

Autor. A ninguno, y por tanto vereis que entre los turcos viven de todas generaciones y cada uno en su ley.

Extranjero. Si cada uno vive á su voluntad, cada uno podrá hacer lo que quisiere, y desta manera carecerán de justicia.

Autor. Hayla, y tan rigurosa que al que derrama sangre, sácanle sangre; al que mata, le matan; al que corta mano, le quitan la suya; pues si toman un adulterio, á él y á ella apedreándoles les quitan la vida. El ladron que hurta y persevera, al primero y segundo hurto les dan cada vez ochocientos azotes; la tercera vez córtanle la mano con que cometió el hurto, y la cuarta, porque no tenga ocasion de poder cometer delicto semejante, córtanle el pié por el tobillo.

Extranjero. Acerca del matrimonio, ¿qué órden ó qué manera tienen?

Autor. Pueden tomar cuatro mujeres turcas; excepto que no se juntan en matrimonio con madre, ni hermana, ni hija, fuera destas no guardan grado de consanguinidad. Estas cuatro mujeres son habidas por legítimas; mancebas pueden tener cuantas quisieren. Los hijos que han, ansí de las unas como de las otras, igualmente suceden en la herencia del padre, guardada esta diferencia en la particion, que un hijo lleva tanta parte como dos hijas. No tienen en una casa dos mujeres, ni en una ciudad, por excusar contiendas; repudian los turcos cuando quieren, y áun cuando se les antoja, á sus mujeres tres veces, y, si se concordan entre sí otras tantas veces, sin perjudicar á su secta las pueden recebir: la mujer, en tanto que está repudiada, toma el marido que quiere. Ellos pocas veces hablan ni comunican, fuera del ayuntamiento, con sus mujeres; cuando las encuentran en la calle, ni las hablan ni se asientan en lugar público con ellas, teniéndolo por caso deshonesto. Son demasiadamente celosos, y no sin razon, de cuya causa andan ellas por las calles tan tapados los rostros, que á pena de sus maridos son conocidas.

Extranjero. ¿Rezan estos turcos?

Autor. Cinco veces cada dia; vuelven los rostros al Mediodía, y, para entrar en oracion, lávanse exteriormente, quedando de dentro abominables y sucios.

Extranjero. ¿Qué tales?

Autor. Como dice Cristo, de fuera blanqueados y de dentro hediondos y corruptos. ¿Qué os podria contar dellos? huyen de beber vino, no comen carne de puerco y otras cosas, que más parece niñerías de niños que cordura de hombres. El viérnes tiénenle por solemne, como nosotros el domingo; ruegan por sus defuntos como si les aprovechase cosa.

Extranjero. ¿Qué les puede aprovechar? pues dice Cristo: Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor (*Beati*, etc.), y ellos mueren en el demonio; pues si esos mueren en el demonio y en Mahoma, que es el mismo demonio, ¿para qué ruegan por ellos? es como acá dicen *Pater noster* perdido. Pero decidme, ¿disputan en su ley?

Autor. No, porque tiene pena de muerte el que sobre ella contiende.

Extranjero. Grande gracia me hareis, que, pues el camino es largo y el tiempo hasta llegar á la posada nos sobra, me conteis brevemente cuántos años há que

comenzó esta generacion de los turcos, y qué Reyes ó Emperadores ha habido en ellos, si por caso dello teneis noticia.

Autor. Mediana relacion os podria dar á lo que me preguntais, porque no há mucho tiempo que traduje de lengua italiana en castellana aquel tratado ó discurso de Paulo Jovio, Romano, en que contaba los hechos de los Emperadores y reyes turcos y costumbres dellos, que él compuso; y, si estais atento, satisfaré á vuestra demanda por las más breves palabras que supiere.

Extranjero. Atento estoy.

Orígen de los turcos.

La nacion de los Emperadores y reyes turcos trae su orígen de los de Scithia, agora llamada Tartaria. Habrá seiscientos años que estos turcos pasaron en la menor Asia, que agora llamamos la Natolia, y la conquistaron en tumulto, sin tener entre sí cabeza ó rey, hasta que el Duque Gudufre de Bullon pasó á la conquista de Ultramar con trescientos mil soldados y cien mil caballos de guerra. Los turcos, visto el peligro que de su ida se les mostraba y que de no defenderse venir les podria, eli-

gieron á uno dellos por su capitan general, llamado Solimano, no ménos animoso en la guerra que diestro en las armas; e cerca de la ciudad de Nicea pelearon con los cristianos, donde los turcos fueron vencidos y desbaratados, y muerto su capitan en la batalla. De cuya causa, por muchos años, como gente deshecha, no tornaron á tener nombre ni cabeza entre ellos, hasta que, cerca del año de nuestra redencion de m.ccc., se hizo entre ellos señor Othomano, hijo de Zich, hombre de escuro linaje, el cual ganó muchos pueblos y reinó veintiocho años, e murió año de m.ccc.xxviij.

A éste sucedió Orcanna, su hijo, que se casó con la hija del Rey de Caramania, antiguamente llamada Cilicia. Este fué el primero que pasó á Grecia contra el Emperador de Constantinopla, llamado Michael Paleólogo, señor de la casa de Paleóloga, ayudado por un hermano del Emperador, al cual ganó muchos pueblos en Grecia, y murió de una herida que sacó de una batalla, habiendo reinado veintidos años. Este fué contemporáneo al rey don Alonso de Castilla, onceno deste nombre, que venció la batalla de Tarifa. Muerto Orcanna, reinó su hijo Amorath; este pasó á Grecia el año de m.ccc.lxxiij.

en favor del Emperador de Constantinopla, diciendo que venía á restituirlo en el Imperio y á hacer guerra á sus rebeldes vasallos. Tomó á Gallipoli y á toda la tierra vecina del Estrecho del Esponto y á Phelipoli y á Andrinopoli, con gran parte de la provincia de Servia. Este Amorath fué muerto el año de m.ccc.lxxiij. á puñaladas, por mano de un su esclavo cristiano, griego, habiendo reinado veintitres años. Fué contemporáneo al rey don Pedro el Cruel y al rey don Enrique, su hermano, y al rey don Juan el primero, reyes de Castilla.

A este Amorath sucedió su hijo Bayazith, sobrenombrado Hildrin, que quiere decir rayo. A los principios fué venturoso en armas; venció á Marcho Chrayovichio, señor de Bulgaria, con toda la nobleza della, y en el año de m.ccc.lxxvj. hizo grandes cabalgadas en Hungría, Albania y Valachia. Este sojuzgó la mayor parte de la Grecia, cercó á Constantinopla, en cuyo tiempo el Emperador della vino al Poniente á convocar los Príncipes cristianos le fuesen á dar ayuda para defensa del cristiano Imperio. Mediante este tiempo, el Gran Taborlan en Oriente ocupó la Natolia, de cuya causa le convino á Bayazith alzar el cerco de sobre Constantinopla y

pasar su ejército á Asia, donde peleando con el Taborlan, y faltándole la buena fortuna que hasta allí habia experimentado, fué vencido por el Taborlan y puesto en prision, en la cual murió. Este turco Bayazith fué contemporáneo al rey de Castilla don Enrique el tercero.

Calepino, hijo de Bayazith, fué alzado por Señor, y, reparando su ejército, se opuso contra el Emperador Segismundo y contra Juan, Duque de Borgoña (el que mató al Duque de Urliens), y contra mosiur de la Tramulla y mosiur de Viena y Phelipe, conde de Artues, que iban con grande ejército por el rio Danubio contra la Grecia; y Calepino, venciendo á todos estos, quedó señor del campo y de los prisioneros. De Calepino quedaron dos hijos, Orcanna y Mahometo; á Orcanna mató su tio Moyse, por gozar del Imperio, mas no lo tuvo mucho tiempo Moyse, porque Mahometo, hermano de Orcanna, lo mató y tomó el Imperio, y hizo cruel guerra á los valachos y cobró la tierra que tenía perdida en la Natolia del tiempo del Gran Taborlan. Este levantó la silla de Bursia, en Asia, y pasóla en Grecia, y asentóla en la ciudad de Andrinopoli, cabeza del reino de la Tracia; reinó catorce años y murió año de m.cccc.xix., rei-

nando en Castilla el rey D. Juan el segundo.

A Mahometo le sucedió el victorioso Amorath, su hijo, que ganó á Servia, á Scopia y á Sophia, y á Novomonte; y fué el primero que instituyó la órden de los soldados de á pié que llaman janiçaros, de quien ya os dije. Y ganó la ciudad de Thesalónica, que era de venecianos; y puso campo sobre Belgrado en Hungría, donde perdió en el foso más de diez mil turcos, y aunque entónces se levantó de allí con vergüenza, despues, en el año de m.cccc.xl., dia de Sant Martin, con ochenta mil turcos, dió una batalla á Uladislao, rey de Hungría, y á Huniades, padre del rey Mathia, y venciólos, y mató al Cardenal Cesarino, legado del Papa Eugenio, con otros muchos cristianos. Rompió despues Amorath con su ejército el Examilo de Corinthio y desbarató al hermano del Emperador de Constantinopla; abrasó toda la Morea, y ganó la isla de la Belona, y murió año de m.cccc.l., habiendo reinado treinta y un años.

Quedó un hijo, llamado Mahometo, que fué el rey de la fortuna, el cual se averiguó no tener ley alguna, ni guardarla, sino su apetito y voluntad. Este ganó á Constantinopla el año de m.cccc.liij. á 29 de

Mayo, y hubo en su poder toda la Grecia; despues llevó su campo sobre Belgrado en Hungría, donde, aunque aquella vez salió herido, desbaratado y perdida su artillería, despues ganó la isla de Methelin y á Negroponte y otros muchos pueblos. Tomó ansimesmo el Imperio de Trapisonda; envió sobre la isla de Rodas á Mesit Bajá, griego de la casa Paleóloga, el cual fué desbaratado, pasando primero muy sangrientas batallas. Envió á Accomat Bajá sobre Otranto de la Pulla, y su persona del Turco pasó á Natolia, donde, cerca del lago de Nicomedia, murió de un dolor de costado, año de m.cccc.lxxxj., reinando en Castilla y Aragon los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel.

Sucedió en el Imperio su hijo Soltan Bayazith, el cual tuvo algunos años guerra contra el hermano Soltan Zizimo; pero siendo Zizimo desbaratado, y venido á Italia, quedó Bayazith pacífico señor. El cual, al tercero año de su reinado, ganó á Listomo y á Boristenes, y dende á tres años hizo guerra al Soldan del Cairo, y fué Bayazith desbaratado y el Soldan vencedor; y hechas paces, y tornando á Grecia, tomó en ella la ciudad de Duraco, en Grecia, y sus capitanes vencieron á los húngaros. Y en el año de m.cccc.xcviij. Baya-

zith hizo guerra á venecianos, y adelante tomó á Modon en el año de m.d.; y los cristianos, doliéndose desto, fueron al socorro, y por capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, español, y ganaron deste viaje la Chafalonia. Y dende algunos años murió este Turco Bayazith el año de m.d.xij., habiendo reinado treinta y un años.

Puesto que de Bayazith quedaron muchos hijos, en vida del padre se habia hecho señor Soltan Selim, hijo menor, el cual pasó á cuchillo todos sus hermanos, sobrinos y parientes, por vivir seguro, y, haciendo treguas con húngaros y venecianos, en el año de m.d.xiiij. fué con doscientos mil hombres contra el Sophi, y vencióle, y despues ganó á Jerusalem, y venció al Gran Soldan del Cairo, y tomóle todo su imperio hasta las Indias y el mar Bermejo. En el año de m.d.xvij. entró en la gran ciudad del Cairo, y despues, volviendo á Grecia, murió en la villa de Ciorlu el año de m.d.xx., habiendo imperado ocho años.

Fué coronado este dia por Emperador de los turcos Soltam Çuleman, hijo de Selim, que hoy reina; el cual el año de m.d.xxj. ganó la ciudad de Belgrado, en Hungría, llave de aquel reino y áun de la cristian-

dad, y el año adelante ganó la isla de Rodas, siendo Gran Maestre frey Philipo de Villadan, francés de nacion, de la órden de Sant Juan. E despues, el año de m.d.xxvj. volvió á Hungría, y venciendo y matando á Luis, rey della (marido de madama María que está agora en Flándes, viuda, hermana del Emperador don Cárlos), le ganó la mayor parte de aquel reino. En el año de m.d.xxix. tornó á Hungría y entró en el archiducado de Austria y cercó la ciudad de Viena, y, no pudiendo ganarla, se volvió á Grecia, y en el año de m.d.xxxij. tornó sobre la misma ciudad de Viena, donde por virtud de los españoles y otras naciones que allí nos hallamos con el Emperador don Cárlos, nuestro Señor, y con su hermano don Fernando, rey de romanos y de Hungría, se retiró con todos sus cuatrocientos mil caballos.

Extranjero. ¿Es posible que traiga el turco cuatrocientos mil caballos?

Autor. Por cierto que yo hablo en esto templadamente, otros hay que le echan más; pero quiero que sepais que aunque todos vienen á caballo, por el largo camino, que la mayor parte pelean á pié, y que, trayendo el turco cuatrocientos mil caballos, parecia razon que habia de traer un cuento de soldados á pié y no trae tantos.

Adelante, en el año de m.d.xxxv., fué el Emperador á la conquista del reino de Túnez, que dista doce millas de donde fué la antigua Cartago, que tenía usurpado Soltam Haradim, que otros llaman Barbaroxa, y se lo ganó y lo restituyó á Mueli-Hacen, rey de aquel reino, vasallo y confederado de nuestro César Cárlos, rey de España.

Extranjero. Yo quedo bien satisfecho de lo que toca á los Emperadores turcos; más ruégoos me digais quién es este Barbaroxa, que por tantas partes es nombrado, y su nombre entre los turcos tan celebrado, que me parece que, si como es turco fuera cristiano, le llamara yo claro y excelente capitan, especialmente en las cosas del mar, pues se ha sabido en ellas valer como varon: si sabeis su principio y orígen, holgaria me lo dijésedes.

Autor. Soltam Haradim, que los cristianos llamamos Barbaroxa, es natural de la isla de Methelin, cercana de Grecia, hijo de una cristiana de aquella isla y de un turco, los cuales engendraron tres hijos, que todos tres fueron capitanes de la mar del Turco; y al mayor llamaron Barbaroxa, y al segundo, que los cristianos le cortaron un brazo ó se lo llevaron con un tiro, se llamó tambien Barbaroxa, y este

hermano menor de los tres, ansí como les sucedió en la capitanía de las galeras de los turcos, les heredó el nombre de Barbaroxa. Y aunque sus principios fueron bajos, porque fueron hijos de un ollero, todos tres hermanos, y este menor sobre todos, ha sido y es tan valeroso que tiene el dia de hoy ganado por su mano reinos y señoríos, que ha conquistado entre los moros de África, así como el reino de Argel y parte del de Túnez; y es temido en diversas partes, y ha intentado tan grandes empresas y salido con ellas, que si tuviera religion, y guardara su palabra á los rendidos, le pudiéramos dar nombre de buen capitan, más todo lo estragó con ser hombre vicioso y abominable.

Extranjero. Agora os ruego me digais quién trató esta venida sobre Gibraltar, y qué galeras y capitanes vinieron en esta armada de los turcos.

De cómo se ordenó la venida de los turcos sobre Gibraltar.

Autor. Siendo los años pasados capitan de las galeras de España don Alvaro de Bazan, en algunas victorias que hubo por la mar contra los turcos y moros prendió

cantidad dellos, y otros hubo cuando la guerra de Túnez, y traíalos al remo de las galeras de España. Algunos dellos envió á Gibraltar, donde él es alcaide, para que su teniente los tuviese y trabajasen en la obra de aquella fortaleza; y otros de aquellos turcos vinieron á la dicha ciudad de Gibraltar en las galeras, á las despalmar é invernar al rio de Palmones, dos leguas de Gibraltar. Y estos turcos de don Alvaro, con otros esclavos de los vecinos de la ciudad, que habia muchos años que estaban en ella y algunos dellos se habian tornado cristianos, miraron bien las entradas y salidas de aquella ciudad; e considerando el gran descuido que habia ansí en la fortaleza como en los vecinos, y la poca gente, pocas ó ningunas guardas, la gran cerca de la ciudad y la pequeña poblacion della, los portillos que habia por do los mismos ciudadanos entraban y salian, y áun por ventura los ayudaron á hacer por no haber de rodear las veces que querian entrar en la mar á ir á la puerta de tierra, que es gran rodeo. E como suele acaecer que los que son cautivos trabajan por libertarse, muchos destos en diversas veces y tiempos se pusieron en huida, aventurándose al peligro por cobrar la libertad. Desta manera sa-

breis que de la Carrahola, que es la principal fortaleza de la ciudad, se salieron una noche dos turcos cautivos, descolgándose por una guindaleta, y se metieron en un barco y pasaron á África (la cual está tan cerca de Gibraltar, que de un cabo al otro se ven de noche las candelas y de dia los árboles y paños que las mujeres enjugan), y de allí se fueron á Argel.

Ansimesmo, un mercader llamado Baeza, vecino de Gibraltar, tenía un esclavo turco, que, despues de le haber servido algunos años, se tornó cristiano llamándose Martin Juan; éste, cuando vió la suya, huyó á Berbería y se fué á la ciudad de Argel, que es la cueva y paradero donde estos infieles van á parar. Deste modo hicieron cuasi cien turcos, esclavos del sobredicho don Alvaro, de los que traía en una galera, de dos que fueron á Cartagena por madera; que estando la una despalmando se levantaron éstos con la otra, y matando los sobresalientes que los guardaban se fueron á Argel: y lo mismo hicieron otros esclavos turcos y moros, que estaban en otras partes, en diferentes tiempos.

Pero como las bienandanzas del mundo tarde ó nunca se hallan sin adversidad que las combata, sin envidia que las mal-

sine, sin malos hombres que las revuelvan, porque el señorío temporal jamás puede mucho tiempo estar en un ser, ni pueden vivir sin adversarios y émulos, acaeció que la ciudad de Gibraltar, que estaba muy ufana con las paces de los moros, y muy descuidada con la quietud y sosiego de España, estos turcos que en ella comieron su pan y otros renegados que en ella habian muchas veces estado, hallándose de esclavos libres, y de captivos, y presos en Gibraltar, sueltos en Argel, deseosos de vengar algunos malos tratamientos que de sus amos recibieron siendo esclavos, y cobdiciosos de hallar alguna ocasion en que pudiesen ganar de comer, fueron los principales dellos á hablar con Acenagaga, que es teniente ó visorey del reino de Argel por Barbaroxa.

Extranjero. ¿Quién es ese Acenagaga?

Autor. Fué un cristiano, natural de Cerdeña, isla del mar Mediterráneo subjeta á España, y guardaba puercos en aquella isla; y siendo captivo de los turcos, de poca edad, y al cabo, viviendo entre ellos, renegando la fé á intercesion de Barbaroxa, cuyo esclavo era, lo hizo capar para sus vicios nefandos. A éste allegando, y dándole parte de su determinada volun-

tad, comenzó á hablarle Caramani, turco, que habia sido esclavo de don Alvaro de Bazan, á quien los cristianos llamaban Barbanegra cuando era esclavo, y en presencia de todos comenzó á decir:

«Muchas veces se dejan de conseguir grandes empresas por faltar aparejo para las emprender, ánimo para las acometer y diligencia para las ejecutar; pues no sería razon que habiendo tanto aparejo para una empresa tan grande como agora te queremos ofrecer, haya en tí falta de voluntad para ayudarnos y liberalidad para socorrernos, pues de la cierta victoria y ganancia que esperamos será tuya, como rey y señor, la principal parte. Por tanto sabrás que, si con mediana armada nos ayudas, está en nuestras manos y buena fortuna poder ganar á Gibraltar, ciudad tan dañosa á nosotros, cuanto necesaria á los cristianos españoles, por estar en el Estrecho y ser la llave y guarda del reino de España. Los de Gibraltar están descuidados, su descuido es evidente; ni la ciudad se guarda ni la fortaleza se vela; tiene aportillada la muralla y sin ninguna gente de guarnicion en ella; y con que agora es tiempo de coger los panes, y presto lo será de vendimias, por las muchas viñas que tiene, estará tan vacía de

hombres, que con poco trabajo podremos ganar lo que muchos por el mucho peligro dejaron de acometer. Y si por ventura el castillo se nos defendiere, la ciudad no será parte para que no la saqueemos ni para que nos impidan de salir della seguramente; especial agora que sabemos que Cárlos, su Emperador y rey, está en Flándes, y España muy sosegada, sin tener pensamiento que de ninguna parte se le pueda levantar ni mover guerra, y con las paces que agora tienen con los moros, estarán más descuidados y ménos apercebidos. Y pues cuando allí estábamos la ciudad estaba aportillada, y no bien guardada y mal proveida, por ventura con sus descuidos, que habemos dicho, lo estará más agora. E todos los más de los turcos que aquí estamos sabemos las entradas y las salidas de la ciudad, las caletas y surgideros, la entrada y la salida de la bahia, y lo que más nos asegura es saber, como sabemos, que la armada de España está al presente en Secilia, como de los Gelves fuimos avisados. Por tanto te suplicamos, y si necesario es te requerimos, pues nosotros ponemos el trabajo y peligro de las personas, quieras tú poner la voluntad y el ayuda, proveyéndonos de algunos navíos y cosas ne-

cesarias á la jornada; pues te es notorio que si Soltam Haradim, nuestro Príncipe, presente se hallara, holgara de acometer esta empresa, aunque le costara mucha cosa, y á tí la ofrecemos con muy poca costa. Justo luégo es que nos ayudes á que vamos, no á combatir sino á recebir la ciudad de Gibraltar, que en su descuido nos está llamando; y con brevedad, antes que los cristianos captivos que están aquí lo sospechen, y puedan avisar dello á España ó á otros que los avisen.»

Puesto que Acenagaga, en ausencia de Barbaroxa, su rey y señor, hubiese cometido algunas cosas y salido de ellas con próspera fortuna, ansí como haber saqueado algunos pueblos en las costas de España, y haber su armada ganado muchos navíos de cristianos, e tambien halládose en el campo de Túnez con Barbaroxa, donde mostró buen esfuerzo; pero una tan grande empresa, como era esta de cometer á Gibraltar, parecióle que con muy maduro consejo se debia de consultar y determinar.

Extranjero. Tuvo razon ese Acenagaga, porque yo he oido decir á algunos esclavos moros que en sus tierras destetan los niños con el nombre de Gibraltar; pero proseguí vuestra plática.

Autor. Tanto le inducieron estos turcos á Acenagaga, que determinó de cometer esta empresa en ausencia de Barbaroxa.

Extranjero. ¿Dónde estaba Barbaroxa?

Autor. Despues que el año de m.d.xxxv. huyó de Túnez, cuando César, Emperador y rey de nuestra España, Cárlos V, le venció en señalada batalla y le conquistó aquel reino, habrá tres años que vino en la armada del Turco á Italia, y entónces saqueó en la Pulla la villa de Castronoes, y despues vino por capitan general del Turco el año pasado, y tomó á Castelnovo en Macedonia (que lo habia ganado el Príncipe Andrea de Oria, capitan general por la mar de nuestro César, á los turcos), y mató allí Barbaroxa sobre cuatro mil españoles, y de allí se volvió al Turco y nunca más ha vuelto por acá, y este Acenagaga gobierna por él su estado.

El cual, inducido por las muchas amonestaciones, requerimientos y promesas que aquellos turcos y cristianos renegados que habian estado en Gibraltar le hacian, mandó aparejar la armada que estaba en los puertos cercanos á Argel; y, despues de echada al agua y puesta en órden, puso por capitanes mayores dos turcos, el uno para que quedase con los navíos en la mar, y el otro para que saltase en tier-

ra con la gente, y mandó que ambos se concordasen y mandasen lo que se habia de hacer. Y para los otros navíos señaló otros capitanes, proveyendo todo lo que les era necesario, haciendo de costa para la jornada más de veinte y cinco mil ducados, los cuales se habian de sacar primero de la ganancia, y lo restante repartirlo por todos, dando á Acenagaga su quinto. Pero porque llegamos á la posada do habemos de comer, y los caballos desean cebada, y nuestros estómagos vianda, dejemos el cuento para la tarde.

Extranjero. En mi vida me pesó por llegar á la posada temprano sino agora, que quisiera que estuviera diez leguas de aquí, por no dejar de oir el fin desta plática.

Prosigue el Diálogo.

Extranjero. Pues ya habemos satisfecho á la hambre, satisfagamos á nuestro deseo, á lo ménos al mio, que es saber en qué paró la armada que habia de ir sobre Gibraltar.

Autor. Dia de Sant Bartolomé, que fué mártes á xxiiij. de Agosto deste año de m.d.xl., partieron de la ciudad de Argel,

que es en Berbería, muy de mañana; traian entre todos diez y seis velas: tres galeras, una de ellas bastarda, y dos galeras sotiles de á veinte y dos bancos, y otras dos galeotas de á veinte bancos, y cuatro fustas de diez y ocho bancos, y una fusta de diez y seis bancos, y otras dos fustas de á quince bancos y dos bergantines de á doce bancos. De los dos capitanes principales, que ya dije que venian, uno para la mar y otro para tierra, era llamado el capitan general de la armada Dalihamat, turco de nacion, Sangiaco de los Gelves, que quiere decir alcaide, capitan y gobernador de los Gelves (aquella tierra donde murió peleando don García de Toledo, hijo del duque de Alba, don Fadrique, en la conquista della), y éste venía en la mejor galera de todas, que se habia hecho en Argel por mandado de Acenagaga. El otro capitan general para en la tierra se llamaba Caramani, que, como ya dije, habia sido captivo de don Alvaro de Bazan; venía este Caramani en una galera que tomaron los turcos cerca de Tortosa, en Cataluña, al Comendador Benedito, y ansí se llama aquella galera del Comendador: y ésta venía por capitana. La tercera galera se llamaba la galera de Velez, porque se hizo en Velez de la Gomera, y

los franceses la tomaron á los moros y la dieron á los turcos; venía por capitan della un turco diestro en las cosas del mar, que habia estado captivo en Francia, que llaman el Buey marino, porque era muy grueso.

En una galeota que vino de Turquía, venía por capitan della Mahometo, griego renegado, y en otra Mami Arraez, griego renegado, y en otra Çaiñ Arraez, turco, y en otra Prabana Arraez, turco. En otra galera, llamada la Paloma, venía un turco llamado Alí Caur, el cual, siendo como ya dije esclavo en la ciudad de Gibraltar, y volviéndose cristiano y llamándose Martin Juan, huyó despues y se fué á Argel, y llámanle agora Alí Caur: Alí es nombre propio de turco, Caur es sobrenombre y quiere decir en lengua turquesca cristiano, como si dijesen Alí el que fué cristiano; y este turco sabía mejor que todos los demás las entradas y salidas de la ciudad de Gibraltar. Este les venía diciendo los nombres de las casas, calles, fuentes entradas y salidas donde vivian los ricos, y principalmente su amo, á quien él decia que desearia tanto llevar como ganar la ciudad de Gibraltar. En otra galeota venía por capitan un turco llamado Caramuça; y en otra galera, llamada la Brava,

Daide Arraez, que fué de los que estuvieron al remo en las galeras de D. Alvaro, y estuvo en Gibraltar algunos años, y despues se fué cuando se alzó la galera; y éste ansimesmo sabía las entradas y salidas de la ciudad. En una fusta venía por capitan un turco llamado Agicarali, y en otra un turco llamado Carayaçufu; Cara, quiere decir negro en lengua turquesa, lo demás es su nombre, como si acá dijésemos Diego Negro ó Pero Negro. En un bergantin venía por capitan Alifoja, turco y grande escribano en su lengua, y estuvo captivo de Antonio de Oria, sobrino del Príncipe Andrea de Oria, general de la armada del Emperador.

Extranjero. ¿Sabeis que veo? que todos los más que habeis nombrado de esos capitanes habian sido esclavos de cristianos acá, todos ó los más criados en Gibraltar; por eso dicen que crian el cuervo para que saque los ojos. Los de esa ciudad dieron dineros por esos turcos, y mantuviéronlos para que aprendiesen los rincones de sus casas y entradas de su ciudad, para destruicion della y dellos; por cierto, si fuera persona que lo pudiera mandar, vedara que ningun turco ni moro estuviese en los pueblos de frontera, sino que los metiesen la tierra adentro, y se sir-

viesen de blancos ó de negros, y no de turcos ni moros, porque nunca pudo ser ni se vió que de los malos saliesen sino cosas malas, ni pudo nacer lealtad del traidor, ni de ruin árbol buen fructo, ni del corazon dañado buen servicio.

Autor. Ley del reino es que no puedan tener, en los pueblos diez leguas del mar, moros ni turcos, aunque se tornen cristianos; pero esta culpa es de los que gobiernan en disimular cosa tan necesaria y ley tan justa. Pero quiero proseguir mi propósito.

Esta armada y los capitanes della, que tengo dichos, traían al remo mil y tantos cristianos captivos, y serían todos los que venian en la armada, con los cristianos, tres mil personas. Aquel dia vinieron á Xarxel, que son quince leguas de Argel, y estuvieron en ella tres dias: de Xarxel llegaron á Tenez que son otras quince leguas. Estos pueblos son en la costa de Berbería subjetos á Barbaroxa, y en cada uno destos pueblos metian algunos moros, gente de guerra, para el cumplimiento del número que tengo dicho. De Tenez vinieron á las islas de Orán, que se llaman las Alhavivas, que serán cuasi cuarenta leguas de Tenez, y allí estuvieron dos dias escondidos, esperando si saliese al-

gun navío de Orán para lo tomar, y no salió alguno, y allí hicieron la aguada; y de allí vinieron al cabo de Entrefolcos, cuatro leguas de la ciudad de Melilla, donde estuvieron siete dias esperando un bergantin que habian enviado á Velez de la Gomera á descubrir nuevas. Y las que trajo el bergantin fué que las galeras de España estaban en Sicilia, y que en Gibraltar estaban descuidados los vecinos y sin sospecha de su venida, y que comenzaban ya su vendimia, que cuando ellos llegasen sería la mayor furia della.

Habiendo estado siete dias en cabo de Entrefolcos, entendiendo esta nueva, tomaron la derrota de Gibraltar y fueron descubiertos por la gente de guarnicion que tiene don Juan Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia, en la guarda de Melilla, ciudad en África, cuya tenencia es suya; e ganó esta ciudad á los moros el duque don Juan, su padre, y poséela al presente el Emperador. El capitan de aquella ciudad despachó un bergantin á Málaga, dando aviso como habia visto ir la vuelta del Poniente diez y seis velas; tambien los mercaderes cristianos que residen en Velez de la Gomera, avisaron á Málaga como habian sabido que una armada de turcos iba al Ponientè. Sabido

esto por los de Málaga, hicieron un correo á Gibraltar, avisándoles de las nuevas que tenian de Melilla, confirmadas por los que estaban en Velez; y díjome á mí Balboa, teniente de alcaide de Gibraltar, que como supo esta nueva bajó á la ciudad, y lo comunicó con el alcalde mayor, el licenciado Alonso Moreno, y regimiento, porque Juan de Luxan, corregidor de la ciudad, estaba á la sazon en Granada. Y luego la ciudad proveyó en dos cosas; la primera, en mandar en una punta de la sierra, que llaman los Tarfes bajos, poner dos guardas, porque ántes no tenía ningunas; y lo otro, avisaron luégo á la villa de Tarifa y á la ciudad de Cádiz, apercibiéndolas que se pusiesen en cobro y se guardasen, porque bajaba una armada de turcos al Poniente.

Extranjero. Segun me decís, Gibraltar avisada estaba, pues que ellos avisaron á Tarifa y á Cádiz.

Autor. Sí, más sucedióle como á las tablillas de los mesones, que á otros dan abrigo y posada y ellas quédanse al sereno. Ansí Gibraltar avisó á otras partes y no tuvo aviso para sí; porque si, como en la ciudad se pusieron dos guardas para que la guardasen, fueran sobre ellos dos regipores ó personas tales, que las solicitaran,

los turcos no entraran, y si entraran fuera para mucho daño suyo; porque aquella ciudad es pueblo muy fuerte y fortalescido, y tiene mucho seguro y poco que sea menester defendello. Aunque es verdad que se han dado tanto á descuido los que rigen aquel pueblo, ó á quien se debe atribuir esta culpa, que muchas partes de sus murallas están caidas, y otras tan flacas que pequeño combate basta á las allanar.

Extranjero. No recibiria pequeño placer, pues no iremos muy fuera de propósito, me digais quién ganó esta ciudad de Gibraltar á los moros, y en cuyo poder ha estado despues.

Autor. Cosas me habeis pedido y pedís agora que habia menester ser más leido para decirlo; pero, lo mejor que se me acordare y más breve que pudiere, os lo diré.

De la antigua fundacion de Gibraltar.

Gibraltar fué edificado y poblado por Hércules cuando pobló á Cádiz; otros dicen que mucho tiempo ántes lo fundó Tubal Caim, primer poblador y señor de España, despues del diluvio, y de otros más especuladores os informareis desto. Lo que puedo decir que sé de Gibraltar,

es que siempre fué pueblo muy fuerte, muy noble, muy notable y muy estimado, ansí de los antiguos gentiles como de cristianos y moros, y de quien todos los escritores extranjeros y naturales han hecho gran memòria, ansí por su admirable fuerza y sitio, como por el estrecho que allí se comienza que divide las aguas del mar Océano del Mediterráneo. Algunos dicen que tomó el nombre de un rey de España, de los primeros despues del diluvio, llamado Jubalda, y que deste se llamó Gibraltar, y la ciudad de Hubeda en la Andalucía, Jubeda; pero dos cosas tengo por ciertas: la primera, que esta ciudad de Gibraltar se llamó primero muchos años Calpe, hasta que Tarife Abenzeite pasó en tiempo del rey don Rodrigo por esta ciudad á conquistar á España, y que deste capitan Tarife tomó el nombre esta ciudad; porque gibel, en lengua arábiga, quiere decir sierra, y porque Tarife pasó por aquella sierra se llamó Gebil Tarif, como si acá dijésemos, el monte de Tarife, que despues, corrupto el vocablo, de Gebil Tarif se llamó Gibraltar.

En otra parte he leido que Gebaltajes llaman los moros á esta ciudad, que quiere decir el monte de Tarif; y otros le llaman Gebalfac, que quiere decir la sierra de la

encubierta, porque allí se comenzó á obrar la conquista que los moros hicieron de España. Y fué de los moros esta ciudad y estuvo en poder dellos desde el año del Señor de dcc.xiv. hasta el año de m.ccc.ix. que teniendo el rey don Fernando cuarto, que otros llaman el Emplazado, cercada la ciudad de Algecira á los moros, envió á don Alfonso Perez de Guzman (de quien decienden los señores de la casa de Niebla y duques de Medinasidonia) y á don Juan Nuñez de la Barba, señor de la casa de Lara, y al Arzobispo de Sevilla, que fuesen á cercar á Gibraltar, que era de moros, y por tierra y por mar la cercaron. Y don Alonso Perez de Guzman tomó la sierra y se subió en la parte donde agora se llama la torre de don Alonso, y, con dos ingenios que allí subió, echó tantas piedras dentro en el castillo y en la ciudad, que constriñó á los moros á entregarla al rey don Fernando, que la vino á recibir dende Algecira, y salieron de la ciudad de Gibraltar mil ciento veinticinco moros, y un moro destos, muy viejo, dijo al Rey:

«Señor, ¿qué hobiste comigo en me echar de aquí? porque tu bisabuelo el rey don Fernando, hoy há sesenta años, cuando tomó á Sevilla, me echó della y vine á morar á Xerez, donde me echó el rey don

Alonso, tu abuelo, cuando la tomó el año de m.cc.lv. y fuíme á morar á Tarifa, pensando que allí estaba en salvo, y vino el rey don Sancho, tu padre, sobre ella y ganóla el año de m.cc.xcij., y yo víneme á vivir á Gibraltar, pensando que en ningun lugar estaria tan seguro, en toda la tierra de los moros desta parte del mar, como aquí, y agora échasme della; pues yo me iré allende á poner en parte donde no me mudes otra vez.»

Extranjero. No se diría por ese, que quien se muda Dios le ayuda, sino que por sus mudanzas no criaría moho. Pero, ¿ha estado Gibraltar despues acá en poder de cristianos?

Autor. No estuvo por ellos más de veintidos años, porque el año del Señor de m.ccc.xxxj., siendo rey en Castilla don Alonso el undécimo, se perdió y la ganaron los moros.

Extranjero. ¿Cómo?

Autor. La ciudad de Gibraltar y la de Algecira, y la de Ronda y las villas de Jimena y el Castellar eran del infante Abomelique, hijo del rey Albohacen, de Marruecos, de Benamarin y Fez, y era este año muy falto de pan, y teniendo paces, como agora, África con España, rogó el rey Albohacen de Marruecos, á Vasco

Perez de Meyra, alcaide de Gibraltar, que le vendiese trigo y le daria por él más cantidad de lo que valia; y el alcaide, confiándose en las paces que habia con África, y por ganar aquella demasía, vendió todo el trigo, del bastimento que habia en Gibraltar, á los moros, pareciéndole que lo podria tornar á comprar luégo, y como el rey Albohacen lo hubo despojado del pan que tenía, con cautela, envió al infante Abomelique, su hijo, que otros llaman el infante Picaço, con mucha gente y grande armada, y cercó á Gibraltar por mar y tierra, y al cabo de cinco meses, que la tuvo cercada, se la entregó el alcaide.

Extranjero. ¿Cómo no la socorrió el rey don Alonso en esos cinco meses?

Autor. Sí socorrió, pero vino tarde; el dia que se entregó la ciudad vino el Rey aquí, donde vamos agora, que es el rio de Guadalete, y aquí fué vencido el rey don Rodrigo de los moros, y este campo por do vamos se llama la Batalla. Y no vino ántes el Rey porque le hacian guerra en Castilla los dos mayores vasallos que tenía, que eran don Juan Manuel, que está enterrado en Peñafiel, y don Juan Nuñez, señor de la casa de Lara y de Vizcaya; y como se concertó con éstos vino al socor-

ro, y aunque supo que ya los moros tenian á Gibraltar, no por eso dejó de llegar con su ejército sobre ella. Y teniéndola cercada algunos meses, sin la poder ganar, alzó el cerco por concierto que hizo con el rey de Granada, que fuese su vasallo, y con el infante Abomelique que fuese su amigo, y tornóse á Castilla; y dende en diez y siete años, que fué año de m.ccc.xlviij., este mismo rey don Alonso, despues que ganó las Algeciras tornó á cercar á Gibraltar, por mar y tierra, y teniéndola al canto de tomarla dió pestilencia en el real y murió el Rey allí de una landre que le dió: y por esto se alzó el real y se quedó Gibraltar en poder de moros, que no quedara si él viviera. Cien años, poco más ó ménos, despues que el rey don Alonso murió estuvo Gibraltar, que ni el rey don Pedro, su hijo, ni el rey don Enrique segundo, ni don Juan primero, ni don Enrique tercero, ni don Juan el segundo, ni don Enrique cuarto la intentaron cobrar.

Extranjero. Debíales parecer que pues que dos veees que la tuvo cercada el rey don Alonso nunca la pudo ganar, ántes murió en la demanda, que excusado les sería á ellos tentar lo que era imposible.

Autor. Muchas veces vemos que la for-

tuna ayuda á los atrevidos; y con tanto se quiso esforzar á esta conquista don Enrique de Guzman, conde de Niebla, teniendo el deseo que el rey don Alonso, su bisabuelo, siempre tuvo de ganar aquella ciudad á los moros. Y con este buen celo de ensalzar la fé, este conde de Niebla, don Enrique, yendo por la mar, y su hijo mayor don Juan, por tierra, fueron á cercar á Gibraltar año de m.cccc.xxxvj., y ántes que llegase el hijo comenzó el padre á combatir la ciudad de Gibraltar. Habiendo saltado en tierra, y estándola combatiendo, creció el mar y fuéles forzado tornarse á sus naos, y entrando el Conde en una barca, y yéndose á meter en las naos, comenzaron algunos caballeros que quedaban á la punta del agua á llamarlo con piadosas palabras, y el Conde, movido á compasion, mandó hacer ciaboga en el batel donde iba, y, entrando tantos dentro, el batel con el mucho peso se fué á fondo, y el Conde y los otros caballeros que iban con él se ahogaron. Los moros entonces cobraron el cuerpo del Conde y pusiéronlo en un ataud, en las almenas de una torre, donde estuvo algunos años por memoria y para poner terror á los cristianos.

Extranjero. ¿Pues quién ganó la ciudad de Gibraltar á los moros?

Autor. La crónica del rey don Enrique el cuarto, dice en el capítulo cuarenta estas palabras: «Estando el rey don Enrique en Agreda, que es en la raya de Aragon, le vinieron nuevas como don Juan de Guzman, duque de Medinasidonia y conde de Niebla, prosiguiendo la empresa de Gibraltar, la cual sus antepasados habian, unos ganado y otros intentado á ganar, y en cuya demanda el conde de Niebla, su padre, murió; salió de Sevilla con mucha gente, ansí de criados, amigos y parientes, como de Xeréz de la Frontera y de otros lugares de aquella comarca, y con todos ellos fué sobre Gibraltar, y despues de haberla combatido por muchas partes, con asaz peligro de su persona y gente, se la entregaron los moros el año de m.cccc.lxij.; de lo cual el Rey hubo muy gran placer y alabó mucho la bondad y persona del Duque, y le hizo mercedes. Y porque aquella ciudad era muy provechosa para la corona real la pidió el Rey al Duque, y el Duque se la dió y el Rey la puso en los títulos de sus ditados, y se llamó rey de Gibraltar, y puso por su alcaide en ella á Pedro de Porras.» Y dende á pocos dias este rey don Enrique hizo merced de aquella ciudad, por juro de heredad, á don Beltran

de la Cueva, conde de Ledesma, que despues fué Maestre de Santiago y duque de Alburquerque, su muy gran privado; y como el duque Medina vió que la ciudad que él habia ganado á los moros, en la cual sus antepasados habian vertido tanta sangre, y que habiéndosela quitado el Rey la habia dado á otro señor, parecióle que para haber de estar fuera de la corona real, que era más justo tenerla él, pues la ganó, que otro, envió á su hijo don Enrique de Guzman con mucha gente año de m.cccc.lxvj.; el cual, teniendo cercada esta ciudad mucho tiempo, forzó al alcaide Estéban de Villacreces, que la tenía por el conde de Ledesma, aunque sus descendientes dicen que por el rey don Enrique, á entregarla á el duque de Medina, su padre, á quien el rey don Enrique dió despues privilegio y hizo merced della.

Y los duques de Medina la poseyeron libremente, hasta que, despues de ganado el reino de Granada, los Reyes Católicos la pidieron y tomaron al duque don Juan, el segundo; y desde entonces acá está Gibraltar encorporada con la corona real. Y el Rey dió la tenencia della á Garcilaso de la Vega, comendador mayor, y áun la católica reina doña Isabel, en su testa-

mento, mandó á sus sucesores que no enagenen de su corona á Gibraltar; é sucesivamente ha venido á parar esta tenencia á don Alvaro de Bazan, el cual tiene allí un teniente. Y esto es lo que pasa y ha pasado en Gibraltar, de lo que me he acordado; yo os lo he dicho asaz brevemente.

Extranjero. Pues más me habeis de decir el sitio y forma de la ciudad y de la sierra, y de la parte por do entraron, porque, cuando me conteis el caso, lo entienda mejor y sepa por donde entraron y salieron los turcos.

Autor. La ciudad de Gibraltar está asentada al principio de España á la parte que el Mediterráneo se junta con el Oceano mar, los cuales mares, estando apartados el uno del otro, Hércules por su industria los juntó, segun opinion de algunos.

Para entrar á esta ciudad, que es cuasi ínsula y los geógrafos la llaman península, porque muchas veces junta los mares del Poniente y del Levante, no tiene más de una entrada por tierra, tan estrecha, que un tiro de ballesta pasará de una parte á otra. Por la parte de Oriente bate en ella el Mediterráneo, que cuando corre Levante lo hace grueso y bravo mar; á la parte del Poniente tiene la bahía surgide-

ro de naos y de galeras, que de los vientos Levante, Poniente y Cierzo está bien abrigado, por las grandes sierras que cercan estas tres partes: del vendabal está descubierto porque no tiene otro abrigo sino las sierras de Bullones y otras que son en Berbería, cinco leguas de Gibraltar. Y esta entrada estrecha de la ciudad es llano, de arenales, y luégo se ensancha la tierra dentro en el mar, porque á la mano izquierda, como entran, está la sierra de Gibraltar, por los antiguos llamada Calpe, tan alta y tan derecha, que es opinion de algunos ser tres veces más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla, ó que las famosas puentes de la villa de Alcántara, mi patria, ó la de Segovia; y esta sierra está enfrente de otra llamada Avila, que está en África, donde hoy es Ceupta, y encima destos dos montes Hércules puso dos columnas, por memoria de sus trabajos. Las espaldas desta sierra Calpe son tan derechas, hasta el mar, como una torre; y por aquella parte ninguna persona puede subir. La delantera, que mira al Occidente, es ménos fragosa, y en una poca de llanura que hay entre el pié de la sierra y el mar está edificada la ciudad, que entre los vecinos se llama la Barcina, que no tiene más de una puerta á tierra, que

sale á la estrechura de la entrada, y otra á la mar y otra á los arrabales. Esta Barcina es cercada á la redonda de una fuerte muralla bien espesa de torres; bate la mar en ella por la una parte, y dentro está la poblacion que antiguamente solia haber cuando era de moros, y en ésta no entraron los turcos.

Encima de esta parte cercada, en un alto de la sierra, está el castillo, cercado por sí de fuertes muros y torres de piedra; cosa fuerte por la aspereza y sitio donde está asentado. Encima deste castillo (aunque se manda por dentro dél) está otra fortaleza que llaman la Carrahola, que es una torre muy grande e muy antigua, toda de ladrillo y cal, la cual dicen haber sido edificio de Hércules; esta es la principal fuerza de Gibraltar porque la pueden defender veinte soldados, aunque esté ganada la ciudad y el castillo, el cual ha menester docientos hombres para lo defender: en esta Carrahola están agora los huesos de don Enrique, conde de Niebla, el que murió sobre Gibraltar. Junto á la Barcina está un arrabal, que se ha poblado despues que se ganó aquel pueblo á los moros, en el cual está la plaza y la iglesia mayor, y San Francisco y las Turbas, que son unos pozos de agua donde

bebe la ciudad; e este arrabal no es cercado más de por la una parte, que es por la parte de la mar. Su cerca, aunque sea en partes buena, en otras está derribada y va á dar á la torre del Tuerto, que es un castillo, por sí, asentado en una punta que hace la tierra en la mar, donde suele haber un alcaide; y tiene cuatro piezas de artillería, con que pueden hacer mucho daño á las velas que entraren en la bahía, y es la guarda de aquel puerto, más ahora no habia nadie en ella. De allí pasan los adarves cercando la isla, e las viñas que están en ella, hasta la caleta del Laudero, donde está el corral de Fez, y aquí llaman los Tarfes bajos, y aquí está la ermita de Nuestra Señora de Europa; y llámase ansí porque dicen ser aquí el principio desta tercera parte del mundo que nosotros habitamos, ansí como en Ceupta, ciudad en África en contra de Gibraltar, tienen otra ermita que se llama Nuestra Señora de África, porque allí se comienza África segun los geógrafos nos dan á entender.

Dende esta caleta del Laudero, que es por do entraron los turcos, va el muro derribado y las torres caidas, dando la vuelta hácia el Levante, por partes llanas, hasta ir á afrontar con el pié de la sierra,

que llaman el Tarfe, y de allí adelante no va muro ni lo ha menester, porque la aspereza de la sierra Calpe, que allí se acaba, es tan grande como ya os dije, la cual sirve de adarves, guardando las espaldas á Gibraltar hasta tornar á encontrar con la punta de tierra donde comenzamos; y si tan segura e inexpugnable tuviera la delantera como las espaldas, pudiéramos decir que Gibraltar estaba bien cercada. Los muros de Gibraltar cercan tres cuartos de legua y la sierrra sirve de otro, de manera que toda esta península tiene á la redonda una legua, y todo es aspérrimo salvo en dos partes: donde está asentada la ermita de Nuestra Señora de Europa, y la otra donde está asentada la ciudad y su arrabal, que será un tiro de ballesta de anchor, y toma todo lo luengo de la sierra, de tal manera, que podríamos decir que todo Gibraltar es una calle luenga (aunque tiene otras pequeñas).

A la parte de los Tarfes y corral de Fez ninguna agua natural hay para beber, salvo la de un aljibe, que en aquella parte se hace, donde se recojen aguas llovedizas, el cual se hizo en tiempo de moros ó de gentiles, con veinte arcos y pilares debajo de tierra, cosa muy superba y notable; y desta agua se aprovechan los que

tratan en aquella parte. En algunas partes destas sierras de Gibraltar hay unas grandes cuevas cavadas en las peñas, donde dicen que solian habitar los antiguos gigantes, y sobre todas es más señalada la cueva que llaman de Sant Miguel.

Extranjero. Agora que estoy informado de las entradas y salidas de Gibraltar, me decid cómo vinieron los turcos á ella.

Autor. Soy contento. Los turcos, que en mi plática pasada los dejé en el cabo de Entrefolcos, que es cerca de Melilla, tomaron la derrota de Gibraltar y llegaron á ella jueves 9 de Setiembre, á las nueve horas de la noche, y surgieron detrás del monte de Gibraltar, á la parte donde llaman la Almadravilla; y allí esperaron á un bergantin que habian enviado delante con personas que sabian la tierra para que surtiesen y descubriesen el puerto. Y entraron en la ciudad algunos de los que habian sido esclavos en ella, y con ellos algunos renegados que sabian la tierra, los cuales, disimulados, entraron por la puerta de Tierra, sin que nadie mirase por ellos; y mirando bien el descuido de aquella ciudad, y la poca gente que en ella habia, tornando con su bergantin á los turcos, les dijeron que aquel era el próspero tiempo para su designo.

Entónces los turcos se levantaron de la Almadravilla, donde estaban surtos, y pasáronse á la caleta del Laudero; y allí estaban las dos guardas de la ciudad en la torre que dicen de los Ginoveses, que los regidores mandaron poner dos dias habia, cuando tuvieron nueva de la venida desta armada. Y como las guardas los vieron llegar tan noche, preguntáronles qué gente era; respondieron los turcos en lengua castellana que eran la Armada de España y galeras de don Bernardino de Mendoza, que venían á aquella ciudad á despalmar; dijeron las guardas, ¿pues cómo no salvastes al monte y á Nuestra Señora de Europa, como es costumbre? Respondieron: «Porque es de noche, por no alborotar la ciudad, y porque el señor don Bernardino quiere hacer fiesta mañana en esa ermita.» Dijeron las guardas, «hablá todos juntos, que queremos ver si hablais castellano,» y hablaron muchas voces dellos en lengua castellana, ansí de los turcos que sabian la lengua como de los renegados y de los cristianos bogadores, que les harian hablar. Y con esto se aseguraron las guardas y no les preguntaron más en toda aquella noche.

Extranjero. Esas guardas ¿no dieron luego noticia á la ciudad?

Autor. Justo fuera que, siendo dos, fuera el uno dellos á dar cuenta á la ciudad de la gente que allí vieron venir, y de no haber ido depende toda la culpa de las guardas en quien la ciudad se confiaba; pero cuando es llegada la hora del desastre nadie le puede estorbar.

En aquella caleta del Laudero, donde los turcos surgieron segunda vez, es honda y segura con el levante, más que donde primero habian surgido; y allí durmieron lo que les restó de aquella noche, hasta media hora antes del alba que comenzaron á despertar y haber bullicio, y á sonar los remos de los navíos, que se allegaban á echar gente en tierra á muy gran priesa. Y los primeros que salieron fueron cinco turcos que dieron sobre las guardas, las cuales como los vieron venir, considerando lo que podia ser, huyeron camino de la ciudad; y un ermitaño que estaba en aquella ermita de Nuestra Señora, oyendo el ruido y sospechando lo que podia ser, se fué juntamente con las guardas, y entraron dando voces por los arrabales diciendo, «moros, moros», los cuales tardaron dende que amaneció hasta que salió el sol en venir aquella media legua, que hay dende la caleta donde desembarcaron hasta la ciudad, porque es

la tierra fragosa. Los que salieron fueron setecientos turcos, los trescientos escopeteros y pocos arcabuceros y los demás flecheros y pocos ballesteros; estos se repartieron en tres escuadrones, el principal fué derecho á la fortaleza, en el cual iba Caramani, general, y Muçarred, principal alferez de la armada, y toda la mayor parte de los buenos soldados turcos, el otro por los arrabales á saquear la ciudad, los cuales llevaban hachas de hierro para romper las puertas y las cerraduras. El tercero hízose fuerte en un cerro sobre las Turbas, á la punta de los arrabales, los cuales quedaron allí para recoger lo que se robase y de allí enviarlo á los navíos. Despues destos venidos desembarcaron otros docientos turcos, para asegurar los caminos, los cuales guardaron el paso de los Tarfes, mas nunca llegaron con gran trecho á la ciudad.

Cuando las guardas y el ermitaño entraron por las primeras casas diciendo que venian moros, unos les decian que venian beodos y otros que de mañana habian cargado de vino, porque no habia hombre que creyese que turcos habian de osar venir á Gibraltar, que por tan seguros se tenian dellos como si estuvieran en la ciudad de Toledo; y, como aquella se-

mana fuese la mayor furia de sus vendimias y del encerrar de su vino, dormia la mayor parte de la gente de la ciudad en el campo, y el restante de los que no dormian fuera salieron aquella mañana á sus heredades; y ansimesmo la gente del mar y pescadores, como era viernes, habian salido de mañana á pescar. De manera que en la ciudad habia menos gente que por ventura en diez años pudiera acaecer, porque cuando se ha de efectuar la desaventura todos los casos desastrados se le allegan; y, aunque las guardas y el ermitaño ya dichos pudieron avisar á los primeros que moraban en los arrabales, no pudieron llegar ni avisar á los de la Barcina, por la gran distancia que hay de una parte á otra. Algunos hubo, que siendo avisados que venian turcos, y teniéndolo por burla, estuvieron en sus camas hasta que se hallaron burlados, que entraban los turcos y los mataban en sus casas, ó los sacaban dellas captivos, con sus mujeres y hijos y todo su mueble.

Una cosa notable acaeció á una esclava alárabe de un hombre ciego de Gibraltar que se llama Pedro Herrero, que yendo por agua á las Turbas, cuando salia el sol, vió bajar los escuadrones de los turcos, y como los vió, conociéndolos, vol-

vió corriendo á casa y dijo á su amo: «Levántate apriesa y anda acá á la fortaleza que viene gran número de turcos»; el viejo, dándole crédito se levantó, y no sabiendo como fuese á priesa por la falta de la vista, la esclava lo tomó acuestas y á gran priesa lo subió á la fortaleza, donde él y ella se guarecieron. Otro esclavo moro de Francisco Julian salió por agua á las Turbas, y como vió venir los turcos y oyó las voces de las guardas volvió corriendo á su amo diciendo: «Señor, levántate, que muchos turcos han entrado en la ciudad»; y como el amo no solamente no lo creyese mas áun se burlase dél, dijo el esclavo: «Pues no quieres salvar tu vida, yo quiero librar estos tus hijos, y tú haz lo que quisieres»; y arrebató luego de presto dos mochachos, hijos de su amo, y en los brazos los llevó á la fortaleza.

Andrés Zuaço de Senabria (que es el caballero más principal y rico de aquella ciudad) como oyó la nueva, mandó fortalecer su casa, que es dentro en la Barcina, y guardar aquella parte, y envió su hijo, el mayorazgo, llamado Juan de Senabria, caballero mancebo, de edad de veinte años, con los criados de su casa á la resistencia de los turcos; y salió Juan

de Senabria á la plaza á caballo, donde se juntaron con él Francisco de Mendoza, un caballero regidor de aquella ciudad, alcaide de Gausin, villa del duque de Medinasidonia, que venia á caballo armado de sus corazas, darga y lanza, y otros seis, que eran todos ocho de caballo con pocos peones, los cuales salieron á resistir los turcos, con tanto ánimo como la necesidad y virtud los obligaba. Los turcos, que ya dije habian llegado á la ciudad y repartídose por ella, entraron por la calle principal del arrabal y fueron saqueando la calle adelante hasta llegar al monasterio de Sant Francisco, donde los frailes, oyendo el ruido, huyeron á la Barcina, y los turcos despojaron el monasterio y pasaron adelante, unos por la calle de la Cuesta, saqueando y robando mujeres, doncellas, niños, con todas las cosas de alhajas que pudieron llevar y venir á sus manos; las que no podian llevar quebrábanlas ó cortábanlas porque no aprovechando á ellos no quedasen en poder de cristianos, y poniendo lo que robaban en el escuadron donde los turcos estaban hechos fuertes, tornaban de nuevo á saquear. Juan de Senabria y los otros siete caballeros, que habian sido los primeros que salieron, fueron contra los turcos, y

con tanto ánimo arremetieron á ellos que rompiendo el escuadron pasaron de la otra parte; y en aquella arremetida, aunque Juan de Senabria era mancebo de muy poca edad, en tanto que pudo lo hizo tan varonilmente que sacó verdaderos los que siempre tuvieron opinion que en él estaba la salud del pueblo, y la mayor parte de la defension dél. Mataron siete turcos de aquella arremetida, mas eran tantas las flechas que tiraban los contrarios y los escopetazos, que derribaron luego muerto á un escudero de Juan de Senabria, del caballo abajo, y de otros escopetazos y flechazos derribaron á su amo herido de muerte, y el caballo huyendo lo arrastró por la calle, hasta que teniéndolo lo quitaron y llevaron á casa de su padre.

Los turcos que saqueaban, que, con el destrozo que los ocho de caballo y los peones cristianos hicieron en ellos, se habian retirado desamparando los arrabales y subiendo á juntar aquella su bandera con la que estaba fuera del arrabal; como vieron muertos algunos de los de caballo y á otros de pié, y que no les hacian tanto rostro como al principio, tornaron con gran ímpetu sobre esos pocos cristianos que habia en la calle y mataron el caballo á Francisco de Mendoza, y habiéndole

herido lo prendieron y llevaron captivo, y á los otros cristianos les mataron algunos caballos; y, cuando vieron esto, retiráronse para poderse rehacer con otros, porque fuera locura querer cuatro de caballo resistir á tan grande número de turcos. Los peones cristianos, aunque eran pocos, por venir á pié se avenian mejor con los enemigos que los de caballo, y pelearon con tanto ánimo como si fueran mil y los enemigos ciento, siendo por el contrario. Hicieron tan buenas cosas los de Gibraltar, para ser tan pocos, que la culpa que tenian por su descuido lavaron con los valientes hechos que este dia hicieron tan pocos hombres, y asaltados en las camas, contra tan súbita venida y tan grande número de turcos; y porque ellos hicieron más cosas buenas de las que yo supe ni os puedo decir, holgaria que lo que por olvido ó por no sabello dejare de decir, lo atribuyais ántes á la falta de yo no saber, que no á la voluntad de lo declarar.

A esta hora un vecino de Gibraltar salió de la ciudad á toda furia en un caballo á avisar y pedir socorro á los vecinos de Ximena, villa del duque de Medinasidonia. Juan de Esquivel, regidor, habia salido aquella mañana al campo; cuando

oyó repicar las campanas, volvieron él y otros seis á caballo á la ciudad, y entrando y sabiendo la nueva, armáronse y salieron á la plaza y halló que un esclavo suyo, morisco, llamado Juan Barroso, con una espada y una darga (que habia sacado de casa de su amo), habia peleado valientemente contra los turcos y muerto uno dellos, á quien acababa de despojar un arcabuz y un alfange. Y puesto que al principio lo hizo bien, despues que vió aparejo se fué para los turcos diciéndoles que era dellos, y lo mesmo hicieron otros cuatro ó cinco moros y moriscos, esclavos de los vecinos de la dicha ciudad. Pedro de Piña, regidor, estaba enfermo, y habiendo enviado su mujer y hijos á la fortaleza, quedando él en guarda de su casa, y estando cerrando una ventana llegaron los turcos á aquella calle, y, pasando la ventana con una pelota de arcabuz, lo mataron á él que estaba detrás della.

Un clérigo, peleando como buen hombre, mató un turco con una saeta; otros mataron un renegado que era bardaxa del capitan Dalihamat; y peleaba este muchacho con arco y flechas, y traia escriptas en el brazo unas letras arábigas apropiadas (segun ellos decian), para no morir en pelea, pero no le aprovecharon. Don Alvaro

de Bazan, alcaide de Gibraltar, no estaba á la sazon que esto acaecia en el Andalucía, y un teniente que allí tiene, que se llama Balboa (hombre criado en la guerra y que ha estado muchos años en Orán), tuvo en poco el aviso de la venida de los turcos, como todos los otros de aquel pueblo, y no tenía en la fortaleza tanta gente como era menester, para la guarda della; y, cuando fué avisado que entraban los turcos, cabalgando, bajó á la ciudad por alguna gente que le ayudase á defender su castillo, y cuando volvió ya halló los turcos que se acercaban á la fortaleza. Y en esta sazon subian muchas mujeres, doncellas y niños á guarecerse al castillo; y por no le abrir la puerta se estuvieron metidas, con harto trabajo y peligro, en un rebellin que se hace delante la puerta. El escuadron de los turcos, que dijimos haber guiado derecho á la fortaleza, llegó un tiro de piedra della, captivando de camino todas las mujeres que topaban que se subian á guarecer; y llevando captiva á doña María, mujer de Antonio de Mendoza, y no queriendo ir con ellos, diéronle de bofetones y puñadas, y echándose ella en el suelo como muerta la echaron á rodar por la cuesta abajo, y ansí escapó: otros dicen que la quitaron

dos caballeros. Un negro, esclavo de Martin Sanchez, tonelero, llevando á la fortaleza á su ama y á tres hijas suyas, salieron á él cuatro turcos y quitáronselas, y el negro, diciendo, «¡oh perros! que aquí habeis de quedar hoy todos,» arremetió á un turco, y, travesándolo con su espada, dió con él muerto en tierra, y arremetió á otro y hiriólo, y lo mismo hizo á otro; y quitóles á su ama y las dos hijas que le llevaban, y el otro huyó con la otra hija, doncella de edad de dieciocho años. Dos mancebos, llamados ambos Alonsos de Mesa y primos, quitaron á los turcos dos mochachos sobrinos suyos, hijos de una hermana del uno, que los llevaban captivos.

Extranjero. ¿Los turcos entraron con alaridos, como hacen los moros, ó pelean callando?

Autor. Estos que entraron en Gibraltar vinieron callados hasta entrar en las casas, pero desque vieron que eran sentidos y que habia rebato en el pueblo, para poner más terror y miedo en las gentes dieron grande grita, y tocaron sus atambores y trompetas; y como estaban en alto, sonaban tanto en la ciudad que parecia hundirse la sierra, con lo cual pusieron gran temor y desmayo á los pocos que en la ciudad habia.

Extranjero. ¿Traian algunos caballos?

Autor. No los podian traer en la armada; á pié salieron todos.

Extranjero. ¿Qué armas traian?

Autor. Ya os dije que traian arcabuces, escopetas, arcos, cimitarras y pocas ballestas; y no habia entre ellos hombres con armas defensivas de cosoletes, corazas, cotas de malla, ni jubones fuertes, porque todas las armas que traian eran para ofender. Algunas escopetas eran de tres cañones que los traian todos cargados y soltaban el uno y despues los otros. Las flechas tiraban de dos en dos y con gran presteza, que, en tanto que se arma una ballesta y la sueltan, pueden tirar con el arco dos ó tres tiros; verdad sea que la mayor fortaleza de los arcos es en los principios que despues ablandan. No traian cascos, capacetes ni celadas, ni otra arma en la cabeza.

Extranjero. ¿Qué vestidos traian?

Autor. Unas caperuzas muy luengas, atadas unas toquillas por lo alto, y lo que sobraba de la caperuza caia á un lado de la cabeza, y otras caperuzas cortas sin tocas; en lo demás todos como hombres del mar con jaquetas, zarafuelles de paño y medias calzas, y la color del paño por la mayor parte era colorado ó azul.

Eran los más dellos mancebos robustos y bien fornidos. Traian todos las cabezas y barbas rapadas, solamente en la punta de la barba y en la corona traian unos pocos de cabellos cortados á tijera; y todos traian los brazos derechos descubierta la carne hasta el codo.

Extranjero. ¿Habia artillería en Gibraltar, para lanzar esos turcos y hacerlos retirar?

Autor. Sí habia, y de la buena y mucha que yo he visto en los pueblos desta costa.

Extranjero. Segun eso, ¿sacudirles hian buenos cañonazos?

Autor. Antes en el tiempo y espacio que estuvo el escuadron de los turcos delante la fortaleza no se soltó tiro contra ellos, porque aunque los tiros estaban muchos dellos plantados en un terrapleno que se hace sobre la puerta del castillo, y en otras partes, ansí de la fortaleza como de la ciudad, no se tiraron porque no habia artillero que los cargase y gobernase; y aunque lo hubiera, fué tan súbito el rebato y tan poco espacio el que estuvieron delante el castillo, que no hubiera lugar para disparar ni cargar la artillería.

Extranjero. ¿Tampoco habria pólvora?

Autor. Mostrándome el alcaide de Gi-

braltar la fortaleza, el dia que se fueron los turcos, me importunó que viese unos barriles, y hallélos llenos de pólvora, y me mostró muchas pelotas de hierro; de manera que no se dejaron de disparar los tiros por falta de pólvora ni de pelotas sino de artilleros. Y ansimismo vi en la Carrahola muchas escopetas y espingardas y muchas ballestas; pero ninguna destas bajó al castillo porque no esperaron tanto los turcos.

Extranjero. ¿Las mujeres que me dijistes que se iban á guarecer al castillo, y que no les abrian, que se hizo dellas?

Autor. Dende á un rato se abrió un postigo muy pequeño de la puerta, el cual es tan estrecho cuanto conviene á puerta de fortaleza, y los hombres que venian á recojerse al castillo, ó á defenderlo, para entrar dentro pasaban por encima de las mujeres vivas, que estaban subidas sobre las muertas.

Extranjero. ¿Segun eso mujeres murieron al entrar de la fortaleza?

Autor. Veintiseis mujeres y criaturas se ahogaron en el rebellin que está delante la puerta de la fortaleza; porque aquel lugar es muy estrecho y eran muchas las mujeres, y las que á la postre entraban subíanse sobre las que habian entrado pri-

mero; y el lugar estrecho y las mujeres muchas, si un cuarto de hora más durara la cosa se ahogaran ciento.

Extranjero. ¡Oh qué gran culpa tiene ese alcaide, que por no abrir la puerta dió causa á que muriesen veintiseis mujeres!

Autor. Él se desculpa diciendo que estando trescientos turcos cerca de la puerta, que querian entrar, que era ménos daño que se perdiesen treinta mujeres por no les abrir la puerta, que no abriéndola llegaran los turcos y ganaran el castillo, y al fin se habian de perder ellas.

Extranjero. ¿Qué hacian los turcos en tanto que eso pasaba?

Autor. Los que andaban en el arrabal saqueado acabáronlos de echar dél dieciseis de caballo y los peones de los vecinos de la ciudad que se habian tornado á rehacer; los que estaban en las Turbas recogian á los turcos que se venian huyendo para ellos. Los que estaban delante la fortaleza, como no traian mantas para llegar, ni escalas para subir, estuvieron hechos un escuadron un poco delante la fortaleza; y algunos salian á captivar y matar á las personas que se subian arriba, y á saquear aquellas casas de la cuesta.

Y en esta sazon un turco que era principal alférez de toda la armada, llamado Muçarred, adelantándose del escuadron, llegó solo con la bandera junto al castillo, con determinacion de la poner dentro dél si los turcos lo osaran seguir. Y mirando atrás, y viendo que no le seguian, determinó como hombre de gran ánimo llegar á poner unas letras escriptas en pergamino, que llevaba puesto en cera, á la puerta de la fortaleza; ansí porque con adelantarse él pensaba hacer pasar adelante los turcos, como porque habia prometido á Acenagaga, visorey de Argel, de fijar aquel pergamino y letras en la puerta del castillo, y le habian señalado cierta renta perpétua si lo hiciese. Sucedió en esta sazon que un hombre del campo, natural de Bejer (villa del duque de Medina), llamado Juan de Jaen, fué muerto de los turcos en las primeras casas que están cerca del castillo, y como acaeció á pasar por allí un hijo suyo, llamado Alonso el Suelto, viendo aquel hombre caido, despojóle de una ballesta que tenía, y conoció que era su padre; y con grande enojo y pena se subió á la fortaleza y llegado á la barbacana, le dijo un hombre: «Ves allí quien mató á tu padre,» y decíalo por el alferez que iba con la bandera al castillo. Entónces aque

Alonso el Suelto, armando la ballesta, tiró una saeta dende la torre de la esquina que cae sobre la puerta, y hirió al alférez Muçarred por la cabeza; y un Juan Mateos, ventero de la venta de Albalate, que á la sazon se halló allí, tiró tambien al alférez: y estos dos ballesteros dieron con él en el suelo muerto. A la sazon un mancebo llamado Rodrigo Nuñez, hijo de un herrador, que se halló cerca de donde cayó el alférez, arremetió á la bandera, que estaba en el suelo, y alzóla; y en el mismo punto del escuadron de los turcos le tiraron tantos escopetazos que dieron con él muerto en el suelo, y cayó la bandera segunda vez. Entónces del escuadron de los turcos arremetió uno á la bandera y alzóla, y en alzándola le tiraron de la fortaleza saetas y dieron con él muerto en tierra, y cayó la bandera tercera vez: y á la sazon arremetió otro turco del mesmo escuadron, y apañando la bandera, que estaba en el suelo, huyó con ella, y en la huida fué herido de los nuestros con saetas, y fuese á meter en el escuadron de los turcos. Los cuales viendo sus dos alféreces muertos, y tanta resistencia en la fortaleza, que fuera excusado querer pensar tomarla, retirándose muy en órden y juntándose con el escuadron que estaba en

las Turbas, y con el otro que en aquel punto acababan de echar los cristianos de la ciudad, comenzaron á caminar para las fustas con la presa y saco, sin perder ningun hombre en el retirarse; porque dejaron en la retaguarda todos los arcabuceros, que hacian que no pareciese hombre en todo el trecho que alcanzaban con los arcabuces: y seguíanlos dende aparte dieciseis de caballo y ochenta hombres á pié, que fueron todos los que habia en la ciudad á la sazon.

Extranjero. ¿De los que estaban en el campo no vinieron al ruido?

Autor. Muchos de los que estaban en las viñas, oyendo la arcabucería, vinieron sin armas y otros con las que tenian, mas, como llegaron á la puerta de tierra y no les abrieron, se tornaron, de temor de los turcos, hácia la sierra.

Extranjero. Bien lo hicieron los de Gibraltar para ser tan pocos y sus enemigos tantos.

Autor. Hiciéronlo tan bien, que, despues que se animaron y juntaron hasta cien hombres de la ciudad, echaron della por fuerza los turcos.

Extranjero. ¿Entraron los turcos en esa parte cercada de Gibraltar que llamais la Barcina?

Autor. Ni entraron ni pudieron entrar, como la puerta se cerrase.

Extranjero. ¿Pues qué parte es la que saquearon?

Autor. La mitad de los arrabales, dende por do entraron hasta la iglesia; y las casas que robaron, por ser en las puntas de los arrabales, aunque entre ellas habia algunas casas principales, todas las más eran de personas pobres y no de mucha cuenta.

Extranjero. Segun eso más daño hicieron los turcos de lo que yo pensaba.

Autor. ¿Cómo?

Extranjero. Porque si saquearan las casas de los ricos quedábales en el campo heredades y ganados de que se mantuviesen, mas robando las casas de los pobres poco les podria quedar fuera dellas. Mas dejando esto aparte, holgaré de saber que hicieron los doscientos turcos que me dejistes que quedaban en guarda de los caminos, en aquella parte que llamastes los Tarfes.

Autor. Por mejor tendria que no lo oyésedes, porque oyéndolo no podreis dejar de admiraros como Dios quiso disimular un mal tan grande.

Extranjero. Bien sé que Dios disimula cosas en un tiempo, para las castigar en

otro con mayor azote; mas contadme lo que hicieron.

Autor. Todavía tengo por mejor callarlo que contarlo, pero daros he un hilo por do saqueis lo que callare. Entraron en aquella iglesia que os dije de Nuestra Señora de Europa, y hicieron en las cosas della lo que se espera que moros y turcos hagan en iglesia de cristianos.

Extranjero. Merecieran que se abriera la tierra y los sorbiera, ó que cayera ese monte Calpe sobre ellos y los cubriera, como en nuestros tiempos hizo á otros el monte de la isla de Sant Miguel, subjeta á Portugal, habrá diez y ocho años.

Autor. Paréceme que la venida de los turcos á Gibraltar no hicieron en ella tanto daño cuanto provecho á toda España, porque siquiera estarán avisados y apercebidos los pueblos de la costa; y Dios ha de haber compasion de las tribulaciones de los cristianos, de los gemidos de los pobres, de las lágrimas de las viudas, del desabrigo de los huérfanos, de las muertes de sus siervos, del desacato y despojo de sus templos, de las persecuciones y escándalos de su iglesia católica, y ha de poner en corazon y voluntad á los reyes cristianos que se concorden y junten para que, con su divino favor y ayuda, echen

del mundo la pérfida secta destos turcos y moros. Y cuando Dios, por nuestros pecados, quiera dilatar esta concordia de los príncipes cristianos, tened por cierto que vuelto el Emperador y rey de Castilla á España, que este atrevimiento de venir los turcos á Gibraltar le ha de incitar y mover á que personalmente vaya, ó con grande armada envie, á destruir á Argel; porque quien echó al rey de Francia de Italia, y á Barbaroxa de África, no es mucho que eche á sus capitanes, que acá quedan, de Argel.

Extranjero. Tornando á la habla de Gibraltar, digo que sus ciudadanos quedaron cortos en no enviar gente que tomase la delantera á los turcos, en algun paso malo, para no les dejar pasar con las vidas.

Autor. Mas en no lo hacer acertaron mucho, si queremos creer á los antiguos capitanes y en la guerra experimentados, los cuales afirman que en todo tiempo se debe dar lugar y camino á los enemigos por do puedan húir; porque el huir de los contrarios es provechoso, y detenerlos es dañoso. Proverbio es entre italianos muy usado que dice: *Al inimico fale la ponte d'argento e lassalo andare;* al enemigo hazle la puente de plata y déjalo ir. Nos-

otros los castellanos solemos decir, y posible es que muchas veces lo hayais oido: A los enemigos barrelle el camino. Cuanto más, pues que en Gibraltar no habia gente bastante para defender su pueblo ¿cómo la hubiera para repartir en dos partes gente tan poca? y creo que entre ellos no habia seis arcabuces, excepto ballestas, y con esas se hizo el daño que recibieron los turcos.

Extranjero. ¿Cuántas personas llevaron captivas?

Autor. Sesenta y nueve, de las cuales fueron seis hombres, los demás eran niños y niñas y pocas mujeres casadas, porque las más eran doncellas y mochachos y mochachas.

Extranjero. ¿Pues cómo llevaron más doncellas que de otros?

Autor. Porque los hombres se defendian con ánimo, y si llevaban los turcos una mujer casada llevaban con ella tres ó cuatro hijas que tenía, y ansi naturalmente habian de ser más hijas que madres.

Extranjero. Gran lástima siento de lo que sentirian las míseras mujeres y doncellas, viéndose llevar en poder de quien no quisieran ir, y ver dejar con quien quisieran quedar.

Autor. Grande; decíame Francisco de

Mendoza, que cuando los turcos lo llevaban captivo no sentia tanto su trabajo y heridas como ver aquellas mujeres doncellas, y mochachos, y oir qué iban diciendo. Si se quejaban, con golpes y heridas las hacian callar, y con amenazas las hacian encubrir y disimular su llanto; y cuando iban con ellos, aquella media legua que hay dende la ciudad á los Tarfes, donde embarcaron, enflaquecidos sus corazones de la fuerza del dolor, y queriendo sacar fuerzas de flaqueza, no bastaba para que no viniesen en muchos y contínuos desmayos; mas ni por eso los turcos las dejaban, antes las llevaban arrastrando. Pues como algunas destas cuitadas viesen desamparar sus casas esperando la muerte y captiverio en las agenas, torcian sus manos é iban diciendo muchas lástimas.

Extranjero. ¿Cuántas horas estarian los turcos en la ciudad?

Autor. Cuatro horas tardaron, dende que desembarcaron hasta que tornaron á embarcar en aquella caleta del Laudero, do les esperaba Dalihamat con toda su armada; donde, recogida la gente con la presa, comenzaron á bogar.

Extranjero. ¿Para Argel volverian, que no osarian esperar más por allí?

Autor. ¡Bien los teneis conocidos! Antes fué mayor hecho el que hicieron despues que se tornaron á embarcar, que el primero en haber saqueado á Gibraltar.

Extranjero. ¿Qué?

Autor. Que en lugar de tomar el camino de Berbería se metieron en la bahía y pasaron por delante de Gibraltar, tañendo atambores, trompetas y añafiles, mostrando grande alegría, y viniéronse á meter dos leguas acá dentro al Salado, que llaman, de Mayorgas, que será poco más de media legua desta parte de Gibraltar, sobre el camino que va de Sevilla; y allí estuvieron tres dias comiendo, cantando, y holgando, como quien está en sus casas, sin tener temor de toda la Andalucía.

Extranjero. Y qué, ¿en esos tres dias no vinieron sobre ellos las galeras de España y armada della, cuyo capitan es don Bernardino de Mendoza?

Autor. Bien parece que no me ois, y si me ois que no me quereis entender, y si me entendeis holgais que diga muchas veces lo que basta una. Ya os conté que las galeras de España eran idas á Sicilia, y estando allá no era posible venír tan presto camino tan largo.

Extranjero. ¿En la bahía de Gibraltar, cuando entraron los turcos, hicieron daño,

pues que pocas veces ó nunca está sin navíos?

Autor. Sí hicieron. Estaba allí una galera bastarda, que era de don Alvaro de Bazan, desarmada, el mejor y mayor vaso que al presente andaba en el mar; cuando estos pasaban por delante la ciudad quisieron tomarla y cortáronla las amarras, y llevóla el viento hácia la ciudad á meter junto á los muros, cerca del monasterio de Sant Francisco, y como los turcos no la pudieron tomar, dejáronla. Tambien estaban en el puerto surtas dos naos de bretones mercaderes, la una habia descargado y la otra estaba cargada de lienzos y mercería; los turcos fueron á ellas y la gente se salió, y saquearon aquella nao, que valdria más de quince mil ducados lo que della sacaron; y cortándoles á ambas las jarcias y amarras, saqueádoles los aparejos, dejaron las naos. En esta sazon habian ya cargado tiros en la fortaleza, y tiraron á la armada de los turcos y mataron algunos en una galeota, y en la bastarda de Dalihamat dió otro tiro en una antena que le rompió un pedazo. Entónces los turcos se arredraron y fueron á la playa de Mayorgas, y allí reposó la armada; y saltaron en tierra algunos turcos y fueron do estaban docien-

tas y tantas botas llenas de vino, del diezmo que se recogia allí, que querian cargar para Flándes, y era cada bota de veintiocho arrobas hasta treinta, y, desfondándolas, derramaron todo el vino, que eran más de seis mil arrobas.

Extranjero. Más valiera beberlo.

Autor. Más, salvo que á ellos le es prohibido en su ley; y ansí quisieron ser el perro del hortelano.

Extranjero. Mejor partido hicieran flamencos ó alemanes á este mosto, pues lo beben cuando lo están pisando en las lagaretas.

Autor. En sus tierras lo he visto. Ansimesmo estaban allí comiendo el borujo muchos puercos, y mataron trecientos dellos á cuchilladas.

Extranjero. Pues no bebian vino, menos comerian tocino, pues es una de las principales prohibiciones que tienen.

Autor. Gozaron del mal olor dellos aquellos tres dias. Hecho esto, derramáronse por entre las viñas á comer uvas, y salió la gente de caballo, que estaba en Gibraltar, y fueron contra ellos, y allí en las viñas mataron catorce ó quince dellos y prendieron tres. A esta hora, que serian las doce del dia, viernes diez de Septiembre, comenzó á llegar el socorro de Xime-

na, villa del duque de Medinasidonia, porque ya dije que aquella mañana habia salido uno de caballo de Gibraltar que los fué á avisar, y llegado al pueblo les dijo como Gibraltar quebaba tomada de turcos, y que combatian la fortaleza; y como éste no habia visto la armada, que estaba detrás de la sierra, no sabiendo el número dellos, debió pensar que era mucho mayor número de velas. Hizo dos cosas Giraldo de Virués, alcaide de Ximena: la primera, que envió seiscientos hombres de pié y de caballo al socorro; la segunda, que envió un correo á avisar á Alcalá de los Gazules, y que de allí fuese el aviso á Medinasidonia y á Bejer y Xerez y á Sanlúcar y á otros pueblos del Andalucía.

Con el socorro y venida de la gente de Ximena recibió Gibraltar grandísima alegría y esfuerzo, tanto que de allí adelante no tuvieron algun temor á los turcos. Y habiéndose algunos de los delanteros, que vinieron de Ximena, hallado á alancear algunos turcos que salieron á las viñas, fueron luégo á guardar los Tarfes, y estuvieron dos dias en la guarda dellos, que es en lo más peligroso de la isla, por la parte donde entraron los turcos. Como esto fué hecho, no hallando en la ciudad muer-

to ni vivo á Francisco de Mendoza, tuvieron por cierto que lo habian captivado los turcos, y juntándose Andrés Zuaço de Senabria, regidor (pariente del Mendoza), con otros caballeros, parecióles necesario, que pues los turcos se habian venido á meter en el puerto y no se iban, que sería menester entender en el rescate de todos los cristianos captivos, especialmente de Mendoza, y con brevedad, ántes que los turcos se fuesen. Y enviaron á Alvaro de Piña en una fragata de paz á pedirles treguas y á dárselas de su parte, para que mediante ellas se hiciese el rescate de los que allá tenían captivos. Los turcos concedieron las paces y dieron su carta firmada dellas, y pidieron por Francisco de Mendoza mil ducados, y por las sesenta y nueve personas seis mil ducados á la primera palabra, y con condicion que les diesen los turcos que habian captivado en las viñas y les diesen ciertas mozas esclavas, de las de Túnez que estaban en la ciudad, y les dejasen hacer aguaje en los pozos que están cerca del pueblo; y dijeron que tomarian todo el rescate en mercadurías de paños, si no hubiese dineros. Y sobre la resolucion de cuanto habia de ser, fueron y vinieron seguramente á hablar con los turcos, y

los turcos tambien salieron seguramente cerca de la ciudad á hacer sus contratos.

Este dia, viernes, á las tres de la tarde, venian de levante dos navíos de Ayamonte, cargados el uno de paños y el otro de esparto, y no viendo la armada de los turcos veníanse á meter en el puerto. Y á la sazon estaba ya gente que guardaba los Tarfes, y capearon y dieron voces y soltaron algunas escopetas, para que los navíos entendiesen que no estaba el puerto seguro y se volviesen, porque no fuesen tomados de los turcos; mas la gente de los navíos, no entendiendo las señas, viniéronse á meter en la bahía, y, como de la armada de los turcos fueron vistos, salió á ellos una galeota y sin resistencia los tomó, captivando la gente, que eran quince personas, y saqueando los navíos: y cortando las jarcias, los dejaron, y fueron á dar al traves en la costa, do entra el rio de Guadarranque en el mar. Cuando la galeota de los turcos se volvia con la presa, pasando por delante de la torre del Tuerto, un vecino de Ximena, cristiano, de los que guardaban los Tarfes, tiró un arcabuz y hirió ó mató un turco, capitan de aquella galeota, de lo cual se enojó mucho Caramani, capitan mayor de la armada, diciendo, que durante las treguas

le habian muerto aquel turco, y que por esto no tomaria el rescate sino en dinero, que ya tenía paños. Y teniendo concertado el rescate de Francisco de Mendoza en ochocientos ducados, le crecieron ochenta y seis ducados por aquel arcabuzazo que soltaron de Gibraltar y turco que hirieron; y ántes que creciesen más moneda dieron luego los ochocientos y ochenta y seis ducados en oro por Francisco de Mendoza, y sacáronlo viernes, cuasi noche, herido, desnudo, cubierto solamente con un alquicel.

Extranjero. Tambien se pudiera llamar este tiro rompe treguas, como el tiro que frey Fornuo soltó en Rodas, cuando estaban en treguas, ayuntados gran número de turcos sin armas, llegados á la muralla, contratando los conciertos y capítulos con que se habia de entregar la ciudad al Turco; estaba una lombarda cargada y asestada, y aquel Comendador ya dicho, frey Fornuo, del órden de Sant Juan, desque vió los turcos tan cerca y tan espesos, puso una mecha al cebadero y disparando el tiro mató gran número de turcos, por lo cual se rompieron las treguas y se tornó á combatir la ciudad de Rodas, aunque el Maestre ni otra persona tuvo culpa en el disparar de la lombarda.

Autor. Ansí, por este arcabuz que se tiró de los Tarfes, sacaron los turcos condiciones nuevas y no dieran á Mendoza, salvo porque estaba herido de dos heridas, y temian que se les muriese ántes del rescate.

Decia este Mendoza que los turcos le hicieron curar con gran diligencia, y que lo visitaban algunos dellos consolándolo, y que la lengua que más oia era la castellana. Entre otros que lo vieron y visitaron fué un renegado llamado Cataño, el cual, segun dicen, era hombre sosegado, y de tan gentil lengua castellana, y tan cortada, como el más gentil cortesano de España la pudiera hablar; y le dijo que se consolase porque su prision sería breve, y que ya se trataba de su rescate. Y el Mendoza hacíase muy enfermo y más aquejado, porque con temor de su muerte tomasen luego el rescate y lo soltasen; y entre otras cosas que le dijo este renegado fué decirle que él habia sido cristiano, aunque no era necesario decirle de donde, y que porque los turcos lo habian captivado lo hicieron renegar, y que él habia trabajado, despues que era turco, de señalarse siempre, y hacer como hombre en todos los hechos y casos donde se habia hallado, por lo cual era tenido en

tan buena reputacion de los turcos como el que más era entre ellos. Y que cuanto tocaba á la empresa de Gibraltar no podia dejar de decir que le pesaba mucho porque no se habia ganado, porque él habia sido uno de los que más hicieron con Acenagaga para que esta jornada se hiciese. Y que Dalihamat, capitan de la armada, se pelaba las barbas por no haber dado crédito á Caramani, capitan de tierra, y á los que habian avisado á Acenagaga, porque si lo tuviera por cierto trujera más gente para echar en tierra.

Extranjero. ¿Qué hicieron el dia siguiente?

Autor. Otro dia, que fué sábado á once de Septiembre, andando en los tratos de rescatar las sesenta y nueve personas que habian sacado captivas de Gibraltar, algunos particulares quisieran rescatar á sus hijos, mujeres y hermanas, mas la ciudad no lo consintió, diciendo que más barato se rescatarian todos juntos que cada uno por sí; y por esto cesó el rescate particular, y al fin se vinieron á concertar en que diesen cuatro mil y seiscientos ducados; la mitad en mercadería y la mitad en dinero, ó oro ó plata. Y puesto que, si con diligencia quisieran buscarlos, vecinos habia que tenian dineros y hallaran

la cantidad que bastára á la mitad del rescate, mas alargaron la contratacion porque los turcos viniesen á tomarlo todo en mercaduría; y juntaron entre sí ochocientos ducados, y por el restante escribieron al marqués de Tarifa, que estaba en Tarifa, para que se los prestase. Y llegaron los mensajeros sábado en la noche al Marqués; y en tanto que venian los dineros, salian personas de Gibraltar y entraban en la armada de los turcos, á verlos, y de los turcos salian de la armada y entraban en la ciudad, á comer por los bodegones.

Este dia sábado, de mañana, murió aquel animoso, y aunque no bien fortunado caballero, Juan de Senabria, hijo de Andrés Zuaço de Senabria y su mayorazgo; fué tanto el llanto general y particular que los ciudadanos tuvieron por la muerte deste caballero, que olvidaban el saco y trabajos particulares, solamente lloraban su muerte, porque estimaban mucho su persona, por sus buenas costumbres y maneras. Nunca ví tanta gente de un pueblo, conformes en pesar, juntos en tristeza, confederados en lágrimas y llanto, como fué en la muerte deste caballero, en tanta manera, que ansí como yo con ellos sentia dolor general de su

muerte, ansí particularmente tenía grande lástima de ver muerto un caballero mancebo de tan buenos principios, á los cuales, queriendo consolar, les dije, que debian tomar consuelo, sabiendo que Juan de Senabria habia vivido como caballero, peleado como animoso, sido herido como guerrero y muerto como cristiano, defendiendo su ley, su Rey, su patria y la salud de todos. Su padre, Andrés Zuaço de Senabria, no puso luto por él, como persona, sabio y prudente, pareciéndole que no se debia hacer sentimiento por muerte tan justa, tan honrada, y tan bien empleada como su hijo moria.

Extranjero. Tambien á mí me pone mancilla la muerte dese caballero. Mas decidme, ¿esos Senabrias descienden de aquel muy nombrado caballero Men-Rodriguez de Senabria, de quien la crónica del rey don Pedro hace tanta mencion?

Autor. Sí son; porque Juan de Senabria de Losada, abuelo de Andrés Zuaço, fué el primero deste linaje que vino á Gibraltar cuando se ganó á los moros, y él era de Galicia, donde es la casa destos caballeros, y era tercio nieto de Men-Rodriguez.

Extranjero. ¿Por qué razon, siendo estos Senabrias linaje tan próspero, tan an-

tiguo y de tan grandes señores en los tiempos pasados, se ha perdido? que dejando á parte á Men-Rodriguez de Senabria (que era señor de Alares, Marmanda, Coimbra, de la ciudad de Tui, de la Puebla de Senabria, de Quiroga, de Losada y de otros pueblos en Galicia, y mayordomo del rey don Pedro), hallo en la crónica del rey don Fernando el cuarto, que murió emplazado, que su antecesor deste Men-Rodriguez de Senabria, llamado Pero Suarez de Senabria, fué un valeroso caballero á quien este rey don Fernando le mandó que fuese á echar del reino á don Juan Nuñez de la Barba, señor de la casa de Lara. Y hallareis que su padre deste Pero Suarez, que se llamó Hernan García de Senabria, fué mayordomo mayor y ayo del infante don Felipe, hijo del rey don Sancho el Bravo. Ansimismo que Gonzalo Rodriguez de Senabria, hijo de Men-Rodriguez, fué montero mayor y repostero mayor del rey don Hernando de Aragon, que ganó á Antequera, que era señor de Ledesma y de Alburquerque. Y agora aunque en muchas partes de Galicia y de Castilla, de Extremadura y de la Andalucía, veo Senabrias que son buenos caballeros y hijosdalgo, mas no en tanta reputacion con

los Reyes como los pasados, ni de tanto estado y señorío.

Autor. La causa está clara; porque ansí como los caballeros que siguieron el partido del rey don Enrique el segundo quedaron ricos y con grandes estados, por el contrario don Fernando de Castro, el mayor señor de Galicia, y Men-Rodriguez de Senabria, su primo, que siguieron el partido del rey don Pedro, les tomó el rey don Enrique sus estados, y á sus descendientes dejó con poco: mas dejemos los cuentos diversos y vengamos á lo de Gibraltar. Tres cristianos, de los que traian los turcos forzados al remo, se echaron de las galeras con sus cadenas y el uno se ahogó en el mar, y los dos salieron á nado y viniéronse á Gibraltar.

Extranjero. ¿Enojáronse los turcos porque recibieron en la ciudad á esos cristianos?

Autor. No lo sé; pero sé que los turcos recibian los que se iban para ellos.

Extranjero. ¿Y fuese alguno?

Autor. Un converso de judío y otro cristiano viejo fueron en un barco á ver la armada de los turcos, y el converso dijo al Capitan general: «Señor yo soy de la ley de Moises y judío de nacion, aunque porque no me quemasen los cristia-

nos he vivido entre ellos haciendo muestras de cristiano; y pues se me ofrece tan buen aparejo para ir á vivir con los judíos mis parientes que están en África, gran merced me hareis en llevarme allá.» Mandó entónces el capitan que le echasen una cadena y lo pusiesen al remo, hasta que llegase á Argel, porque no sabia si venía fingiendo aquello para hacer algun mal recado. El otro cristiano viejo que iba con él no vió la hora de se salir, y volviéndose á la ciudad contó lo que habia acaecido al judío.

Extranjero. ¿Tomaron más navíos los turcos en tanto que allí estuvieron?

Autor. Sí; este dia sábado, en la tarde, venia de levante una nao vizcaina á entrar en la bahía de Gibraltar y habia bajado á la punta del Carnero para dar un borde y entrar en el surgidero, y en viéndola los turcos salieron á ella cuatro galeotas y una galea y combatiéronla; y los vizcainos pusieron todas las velas para que fuese á zabordar en tierra, y con un tiro de artillería que dispararon mataron algunos turcos, y como la nao encalló en la costa echaron el esquife y salieron á tierra; y los turcos saquearon la nao, y cortaron la jarcia y el mástil, y quedó la nao encallada entre el rio de Palmones y

las Algeciras. Y este sábado en la noche entró otro navío con trigo en el puerto, y los turcos tomáronlo, y captivando la gente, y saqueando lo que habia, dejaron el navío y fué á encallar en tierra á la costa, cerca del rio de Guadarranque.

Extranjero. Habeísme dicho de algunas naos que tomaron los turcos y no me decis que llevaron alguna ni la quemaron ó se aprovecharon della, si no que las dejaban, ¿pues qué fué la causa porque ansí lo hacian?

Autor. Decian los turcos que á las naos no les hacian otro mal si no saquearlas y dejarlas sanas, para las poder tornar á saquear otras veces cargadas; mas que esta honra no la guardarian á galeras, galeotas ó fustas. Este dia sábado, en amaneciendo, se supo la nueva en Medinasidonia de la venida de los turcos á Gibraltar, y partieron luégo de la ciudad sesenta lanzas y cien peones al socorro. Este dia sábado, á las siete de la mañana, se supo la nueva en Xeréz, y salieron della hasta veinte de caballo sin esperar al cuerpo de la gente de la ciudad, y estos alcanzaron á los de Medina y entraron juntos en Gibraltar.

Extranjero. En otras partes se estenderia la fama deste hecho?

Autor. Y cómo se estendió; proverbio es que el bien suena y el mal vuela. Estando yo en Sanlúcar de Barrameda llegó la nueva, este dia sábado á las once del dia, y no sólo daba cuenta de la pérdida de Gibraltar, mas que la armada de los turcos pasaba de ciento y cuarenta velas, y parte dellas tenian cercada la isla de Cádiz. Fué tan grande la alteracion que en los ánimos de todos se asentó, que el dolor travó á todos las lenguas, que como atónitos viérades andar hombres y mujeres por las calles.

Extranjero. Don Juan Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia, ¿hallóse ahí en Sanlúcar?

Autor. Sí.

Extranjero. ¿Qué hizo?

Autor. Sintiólo como era razon; y tanto cuanto más fué su sentimiento tanto más vacilaba en su pensamiento, y revolvia el órden que podria tener en remediar daño tan grande. Mas porque el peligro era evidente, no dilató su partida más de cuanto despachó dos correos, el primero á su ciudad de Medinasidonia y á sus villas Ximena, Bejer, Conil, Chiclana, Gausin y su tierra, que están todas á la redonda de Gibraltar, mandándoles que, dejada guarnicion convenible en sus fortalezas, los

demás fuesen al socorro de Gibraltar, y que en la salida no hubiese ninguna dilacion; y que cada concejo llevase tantas vacas y tantos carneros y la más harina y provision que pudiesen, para el gasto de su persona y de los caballeros y gente, que iban y habian de ir en su seguimiento. Y el otro correo fué á la ciudad de Sevilla, y al Asistente (que era el marqués de Cortes, Marischal de Navarra), haciéndole saber del infortunio de Gibraltar y venida de los turcos á ella, rogándoles que, como buenos vasallos y servidores del Emperador, con toda brevedad viniesen á aquel socorro. Y de allí mandó que pasasen al Arzobispo de Toledo, Cardenal y gobernador de España, y al Comendador mayor don Francisco de los Cobos, que el emperador Cárlos, rey de España, dejó por gobernadores en ella, cuando se partió á Flándes por Francia, á castigar á los rebelados de Gante, para que proveyesen lo necesario. Y, queriendo partirse, fué aconsejado por algunos suyos que no debia apresurar tanto su partida, sino esperar á que se juntasen sus vasallos del condado de Niebla, y otras gentes de otros pueblos suyos, para que fuese tan grande su socorro cuanto grande su señorío y renta; ansimismo le decian que si estaba la fortaleza

de Gibraltar por los turcos, que muy de espacio podian ir para la volver á cobrar. El duque de Medina respondió á esto, en mi presidencia, que las cosas súbitas con súbita presteza quieren el remedio, y que si Gibraltar estaba ganado de turcos que era bien ir muy apriesa á lo recobrar, ántes que los turcos se rehiciesen y fortaleciesen, ó á lo ménos ponerse tan cerca de la ciudad que no los consintiesen salir á hacer daño en las comarcas; y que sino era ganado, y los turcos se habian salido, que ansimesmo era bien ir luégo, ántes que tornasen sobre él, porque el socorro enflaquece los enemigos y esfuerza los amigos y con él se animan los socorridos. Cuanto más que tenía por muy cierto que hallaria ya camino de Gibraltar más de dos mil hombres de pié y de caballo, de sus vasallos, que habian salido y mandaba salir; y que de camino llevaria los de la ciudad de Xerez que le esperaban ya en el campo (segun por correo le avisaron), y que con los unos y los otros, y con el ayuda de Dios, pensaba de ganar á Gibraltar si los turcos la poseyesen, como sus antecesores lo habian hecho ganándola dos veces cuando era de moros. Ansimesmo afirmaba el dicho Duque, que uno de los bienes que podia recibir al presente

era ofrecerse cosa en que pudiese emplear la voluntad que tenía de servir á Dios y al Emperador; por tanto, que nadie le hablase en estorbarle la jornada, sino en darle priesa, y que quien otra cosa le pareciese que quedase acompañando la Duquesa. La cual con ánimo varonil determinó de no quedar en Sanlúcar, diciendo que, pues el Duque, su marido, iba á tan santa empresa, justo era que ella fuese á Medinasidonia, para de allí (como más cerca), pudiese más presto enviar socorros de mantenimientos; y ansí se partió aquella noche despues que el Duque.

Extranjero. Don Juan Claro de Guzman, conde de Niebla, ¿qué hizo en esta jornada?

Autor. Lo que suelen hacer animosos caballeros. Suplicó al Duque, su padre, le diese licencia para que por la posta se fuese á juntar con los vasallos del estado que salian al camino, para que, junto con ellos, el socorro fuese más breve. Y porque el Duque, su padre, pensaba tan presto como él hacer el socorro, no quiso apartarlo de sí, antes en el mesmo punto que acabó de escribir las cartas que digo, sin esperar más, salieron de Sanlúcar, el Duque y el Conde, su hijo, y don Alonso de

Cárdenas, su tio é yo, solamente con siete de caballo que más aparejados se hallaron; y fué á dormir aquella noche á Xerez, que eran tres leguas, y cuando entró ya le habian alcanzado cuasi cien lanzas, de criados de su casa y vasallos de Sanlúcar. Y aquella noche hubo gran rebato en Xerez, diciendo que los turcos estaban sobre la ciudad de Cádiz; y de Xerez le enviaron aquella noche mucha gente de socorro. Otro dia domingo, ántes que amanecise, salieron el duque de Medina y el Conde, su hijo, de Xerez, y allí se juntaron otro gran número de lanzas, de algunos caballeros, sus amigos, servidores y criados que le esperaban.

Extranjero. ¿El concejo de la ciudad de Xerez habia ya salido?

Autor. Sábado á las siete de la mañana lo supieron, y este dia á medio dia estaban ya en campo cuatrocientas lanzas y tres mil peones; y durmieron aquella noche en el campo, y otro dia entraron de mañana en Medinasidonia, donde estuvieron cuatro horas esperando al Duque. Iban todos estos caballeros de Xerez bien armados y mejor encabalgados; sin duda, holgárades mucho de ver tan buena caballería y escuadron tan bien apercebido. Como el Duque llegó á Medina, re-

hízose de mucha gente, ansí de los vasallos de aquella ciudad como de los de Bejer, Conil y Chiclana, que le salian al camino: y ansí con éstos y con los que traia, como con los de Xerez, tenía setecientos de caballo, con gran número de gente de pié, en veinticuatro horas que habia que supo la nueva. El Duque me mandó ir delante con toda presteza á Gibraltar, á ver y reconocer el estado en que aquella ciudad estaba, y el órden y manera que los turcos tenian; y, si por ventura fuesen salidos los turcos, que dijese á los caballeros de Gibraltar cuanto le habia pesado de sus trabajos, que los habia sentido como propios, ansí por amor particular que á cada uno dellos tenía, porque los tenía por parientes y amigos, como por el bien general de aquella ciudad donde sus pasados habian derramado su sangre, y por reverencia de los huesos del conde de Niebla, su tercero abuelo, que en ella están. Y que in continente que supo la nueva (tan lastimera para él cuan dañosa para ellos), habia partido en su socorro como era obligado al servicio de Dios y del Emperador, y á lo que debe á quien es, con toda la gente que habia podido; por tanto, les rogaba se esforzasen y defendiesen como buenos hasta que él llegase, porque él iba

con voluntad, gentes, dineros, bastimentos y otras cosas necesarias para su socorro, y que éste se le daria tan breve cuanto á él fuese posible. Y con veinte de caballo fuimos á toda furia á Gibraltar; y yendo ansí encontramos un mensajero, que enviaba Gibraltar al Duque, con cartas, teniéndole en gran merced el socorro tan grande que eran avisados que les iba á hacer, y á hacerle saber como el primero socorro que tuvieron fué de los vasallos de su villa de Ximena, y despues de los de Medinasidonia, Arcos y Ronda y de otras partes, y que los turcos se habian salido de la ciudad y estaban de paz tratando el rescate de los captivos, y que con la gente que los habia ido á socorrer estaban no tan solamente seguros de los turcos, mas tan ocupados que no cabian en la ciudad ni habia que les dar de comer, y que los comenzaban ya á despedir; por tanto, pues no era ya necesario el socorro le suplicaban no trabajase en pasar la sierra sino que se volviese á poner cobro en sus villas de la costa, porque por ventura, sabiendo los turcos que la gente habia salido dellas al socorro, no fuesen sobre ellas. Y segun supe despues el Duque habló al corregidor y caballeros de Xerez, que, pues ya no era necesario

el socorro de Gibraltar se volviesen á sus casas, porque él se queria quedar allí en Medina hasta saber que los turcos fuesen idos. Y los caballeros y concejo de Xerez se tornaron á sus casas, y los de Bejer, que iban delante á las suyas, y el Duque se quedó en Medina hasta que tuvo mensajero de mí, cierto, que los turcos eran idos.

Las veinte lanzas que ibamos á Gibraltar tomamos por el camino alto, porque nos decian que los turcos estaban en el bajo que va por la playa, y aunque tiraban á los que pasaban cerca, entramos en la ciudad, y yo le dí mi embajada y carta del Duque y ellos se holgaron mucho con el favor y mercedes que el Duque les escribia.

Extranjero. Habeisme dicho que vino á Gibraltar socorro de muchos pueblos, holgaré saber de dónde y cuándo entraron.

Autor. Domingo de mañana entraron en Gibraltar sesenta lanzas y cien peones de la ciudad de Medinasidonia. A la vuelta dellos entró el corregidor de Ronda con ciento de caballo y seiscientos peones, ansí vecinos de la ciudad como de su tierra; era toda buena gente y venía bien en órden. Está la ciudad de Ronda

trece leguas de Gibraltar. Poco despues entraron los de Arcos, vasallos de don Luis Ponce de Leon, duque de Arcos, serian sesenta de caballo y cien peones de gente escogida; está otras trece leguas Arcos de Gibraltar: los de Zahara y de otros pueblos cercanos venian con los de Ronda. Los del Castellar, vasallos de don Juan de Sayavedra, conde del Castellar, vinieron con el alcaide los más que se pudieron juntar. De Gausin, Benarraba y y Algatacen, tierra del duque de Medinasidonia, vino el teniente de alcaide con cincuenta y cinco ballesteros y lanceros; está Gausin de Gibraltar nueve leguas. De Xerez entraron con los de Medina veinte de caballo; está Xerez de Gibraltar dieciseis leguas.

Extranjero. Don Pedro Enriquez, marqués de Tarifa, que es Adelantado mayor de la frontera, habeisme dicho que estaba en Tarifa y no me decís que fuese al socorro, ¿qué fué la causa?

Autor. Dos tenía justas para no venir: la primera que estaba enfermo en cama; la segunda que tenía necesidad de hallarse en aquella su villa de Tarifa, aunque la tiene bien cercada y bastecida, porque estando la armada de los turcos cuatro leguas (que hay por mar), corria

muy grande peligro estando como está Tarifa asentada en la ribera del mar; y con todo, envió en socorro de Gibraltar (como yo diré adelante) cincuenta de caballo y cien peones.

Extranjero. ¿Qué hacian los turcos en tanto?

Autor. Mirábanlos como entraban; y no tenian temor dellos, porque, estando como estaban en el mar y los cristianos en tierra, poco daño les podian hacer, cuanto más que estaban de paz. Y este dia domingo salieron á hacer aguaje en unos pozos que están en el pradillo delante de la ciudad, á la puerta de tierra, sin que persona alguna de los cristianos les hiciese mal, ántes algunos los ayudaban á henchir las botas y á cargarlas en los esquifes.

Extranjero. ¿Por qué los de Gibraltar les dejaron tomar agua á la puerta de su ciudad?

Autor. Por que bebiesen y no se ahogasen de sed los hijos, mujeres y hermanos, que allá tenian los turcos captivos; y porque era condicion que sacaron en el rescate, que les dejasen tomar agua.

Extranjero. No me habia acordado de os preguntar cuántos turcos murieron el dia del saco.

Autor. El general de los turcos decia

que le faltaban sesenta turcos dende que llegó á Gibraltar.

Extranjero. ¿Qué se hizo de esos turcos muertos que quedaron en la ciudad? ¿enterráronlos?

Autor. No; cada uno quedó en el lugar do lo mataron. ¿No basta que sus ánimas fueran sepultadas en el infierno? los cuerpos despues de muertos poco daño les es carecer de sepultura, porque cuasi tanto se podrecen los cuerpos fuera de los sepulcros como dentro dellos; porque la tierra todo lo que de sí engendra y produce en sí lo recibe, y el cuerpo apartado de la ánima ni siente ni se le da algo por sepultura, y, si lo sintiese, el sepulcro le haria enojo. Cuanto más que los monumentos no fueron por los muertos inventados, sino los vivos, por no ver ante sí los muertos, los fabricaron.

Extranjero. ¿Cuántos cristianos murieron en la refriega?

Autor. Solos doce murieron.

Extranjero. ¿A qué esperaban que no rescataban los captivos?

Autor. A los dineros que habian de venir de Tarifa, que ya os dije como el sábado en la noche llegó el mensajero al Marqués, el cual, aunque no estaba tan rico como el marqués don Fadrique, su

tio, de lo que tenía holgó prestar aquella cantidad con buena voluntad, y mandó que se diesen luégo á gran priesa, y envió con ellos los cincuenta de caballo y cien peones que ya os dije; los cuales llegaron el domingo en la noche con el dinero á dormir cerca de Gibraltar, porque con la aspereza de la sierra y rodeo que se hace en el rio de Palmones, no pudieron llegar á la ciudad aquella noche. Y cuando otro dia de mañana llegaron, eran ya idos los turcos como agora os diré.

Los turcos, que como hombres animosos habian hecho la empresa de Gibraltar, estuvieron despues tres dias en la bahía, cuasi como mercaderes que venian á contratar con carta de seguro, ó como hombres de guerra, que, despues de haber acometido tan grande empresa, quisieron mostrar el poco temor que tenian. Pero al fin, como recatados, pareciéndoles que lo que los hombres no piensan suele suceder, y que á los victoriosos suele la fortuna hacer vencidos y á los vencidos tornar vencedores, y que la honra que habian ganado en el saco de Gibraltar, juntamente con los captivos y despojo, lo podrian perder con la vida, si mucho allí estuviesen; temiendo que las galeras de España podrian venir contra ellos, y to-

marlos allí arrinconados en aquella bahía, y ellas por mar, y los de Gibraltar, que estaban ya tan socorridos y apercibidos, por tierra, podrian destruirlos; pareciéndoles que la tardanza de hacer el rescate, era más con cautela para detenerlos, que por falta de dineros, determinaron con toda diligencia partirse el domingo en la noche, y á las doce horas de la noche alzaron velas. Y aunque el viento vendabal les era tan contrario que no los dejaba salir de la bahía hicieron que los remos, con la fuerza de sus brazos, forzasen al contrario viento, y de camino llegaron una galeota y un esquife con pedazos de esteras mojados en alquitran y pólvora, y echaron fuego á la galera bastarda de don Alvaro, que estaba metida debajo de la muralla, donde ya dije que la echó el viento y el mar, y quemóse sin quedar della más de lo que estaba debajo del agua.

Extranjero. ¿Qué, quemaron los turcos aquella bastarda de don Alvaro tan nombrada, que segun decian era la mejor pieza que agora habia en el mundo?

Autor. Y áun tornaran á tomar á Gibraltar ó saquearlo de nuevo, si se atrevieran.

Extranjero. Ese fué un descuido sobre

otro que los de Gibraltar tuvieron; que dice Séneca que es señal de mal seso darse los hombres poco por sus enemigos, y confiarse de traidores, y dice Aristóteles que los hombres cuerdos han de tener á sus enemigos en más de lo que son, y no se lo dando á entender guardarse siempre dellos.

Autor. El alcaide hizo lo que pudo, porque como vió arder la bastarda hizo disparar dos ó tres piezas de artillería contra la galeota, mas no le hizo daño.

Extranjero. ¿Qué hicieron los de Gibraltar despues que supieron que eran los turcos idos?

Autor. Enviaron una fragata en busca dellos, para que recibiesen el rescate que habia venido de Tarifa, con lo que ellos tenian, y volvió otro dia, mártes á las diez, y supe dellos que no habian topado los turcos ni tenian nueva por do hubiesen ido. Y despues volvió esta fragata, que la enviaba la ciudad, á Ceupta, para que escribiesen de allí al rey de Fez y al rey de Velez, y á la Cidihorra, que está en Velez de la Gomera, que si por allá aportasen los turcos, que les comprasen la cabalgada por lo ménos que pudiesen, porque se les pagaria el interese que diesen por ellos, y más lo que quisiesen por el

trabajo. Este dia mártes, en la noche, vino á Gibraltar un aviso de Málaga, diciendo que fueron avisados de Cartagena que habian visto pasar hácia el estrecho cuarenta velas, y que creian ser turcos que venian en socorro de la armada que estaba acá bajo; y, como dicen que de los escarmentados se hacen los arteros, fué tanto el rebate que tuvimos aquella noche en Gibraltar con aquella nueva, que las mujeres con sus hijos y hacienda, con aquel mismo alboroto, se tornaron á subir á la fortaleza, y la ropa, que el dia ántes acuestas habian descendido, acuestas y con mucha priesa la tornaron á subir. El regimiento, como vió tan grande alboroto, mandó pregonar, so graves penas, que todos se estuviesen quedos, ni subiesen á la fortaleza ni mudasen sus muebles, porque con aquellos alborotos se despoblaba la ciudad. Toda aquella noche estuvimos esperando los enemigos, mas amanecimos seguros; luégo se dió órden como se pusiesen muy buenas guardas, en las partes peligrosas, de la gente de la ciudad, porque todos los que habian venido al socorro eran ya vueltos á sus casas. Una cosa acaeció allí digna de reir.

Extranjero. ¿Risa á tal tiempo?

Autor. Juzgaldo vos si lo fué. El alcal-

de mayor de aquella ciudad mandó á los de Ximena y á los de Medinasidonia, que fueron los primeros que vinieron al socorro, que saliesen á hacer guardia en la costa; ellos la hicieron con toda diligencia, y cuando quisieron volver á dar de comer á sus caballos, que toda la noche habian trabajado, y á dar un poco de reposo á sus personas, cerráronles las puertas de la ciudad.

Extranjero. Por buen servicio mal galardon, es eso. ¿Vistes cosa más desacordada y fuera de propósito? para los turcos la muralla caida y los portillos abiertos, y para los amigos, que tan buen socorro les dieron, y á tal tiempo y sazon como me contastes, cerradas las puertas.

Autor. Movióles pequeña ocasion.

Extranjero. ¿Qué ocasion pudo bastar que en tiempo que habian menester nueva gente despidiesen la que tenían?

Autor. Excusábanse diciendo tener temor dellos, y que guardándose de los enemigos de fuera no los tuviesen dentro de sus casas.

Extranjero. ¿Cómo?

Autor. La ciudad de Gibraltar fué ganada dos veces á los moros por los Guzmanes, señores de la casa de Niebla, como ya os dije, de quien éstos eran vasallos, y

ansimesmo los duques de Medinasidonia poseyeron esta ciudad muchos años por privilegio y merced que tenian della de los Reyes, y los de Gibraltar temieron no hubiese ocasion de alzarse con ella.

Extranjero. ¡Oh qué desatino! No hay señor en España que intentase, no sólo alzarse, pero áun pensarlo, segun la grande justicia y acato que al Emperador se tiene.

Autor. Verdad decís; cuanto más si supiésedes con cuanta gana y voluntad el duque de Medinasidonia cela la paz del reino, y el servicio del Emperador, de otra manera lo pensáran. Pues como vino esta segunda nueva, y los de Medina y de Ximena se habian ido enojados, los de Gibraltar entendieron entónces el mal consejo que tomaron, y acordaron rogarme que fuese medianero con el Duque para templarle, si algun enojo de lo pasado tuviese. Enviaron luégo al Duque diciendo que la culpa pasada les fuese perdonada, con protestacion de la enmienda; y le suplicaban, que porque habia nueva de gran número de velas, y por consiguiente de gran número de turcos, enviase á mandar á los de Ximena les socorriesen si fuese necesario.

Extranjero. ¿Cómo no vino á este so-

corro el duque de Arcos, pues siempre sus antecesores y señores de aquella casa hicieron grandes hechos en servicio de la corona de Castilla?

Autor. Porque es niño de diez ó once años y estaba en Marchena, que es treinta leguas de Gibraltar; pero demás de sus vasallos de Arcos, que fueron al socorro, como os dije, sus gobernadores enviaron gran número de gente de Marchena y otras villas de su estado, y, porque supieron que eran ya idos los turcos, se volvieron del camino.

Extranjero. ¿Vino otro señor alguno?

Autor. Don Pedro de Guzman, conde de Olivares, saliendo de Sevilla supo la nueva, y queriendo servir á Dios y al Emperador (como en otras muchas jornadas ha hecho), corrió la posta y vino donde el duque de Medina, su hermano, estaba, y allí supo como ya los turcos eran idos.

Extranjero. ¿Sevilla movióse á venir al socorro?

Autor. Domingo de mañana, á doce de Septiembre, les llegó nueva de como Gibraltar quedaba en poder de turcos, é incontinente el marqués de Cortes, Asistente de aquella ciudad, mandó pregonar que todas las personas, de diez y ocho años arriba y cincuenta abajo, fuesen al

socorro; y anduvo aquel dia juntando gente y aparejando armas y bastimentos, y buscando moneda para la paga del Rey que se habia de dar, y todos los vecinos de Sevilla se movieron con tan buena voluntad, cuanto la lealtad, que siempre tuvieron y tienen al Rey, les obliga. A la noche vino nueva como eran idos los turcos, y Gibraltar quedaba libre, en poder de cristianos, sin ser necesario el socorro; otro dia, lunes, el marqués de Cortes mandó hacer alarde en el campo de Tablada de mucha gente, y si como no fué menester lo fuera, el socorro de Sevilla fuera grande, como habia sido grande la diligencia del marqués de Cortes.

Extranjero. Hombre es que lo sabe bien hacer.

Autor. No ménos es sabio para la república que animoso en la guerra; y ansi no os espanteis que pusiese la diligencia que os cuento. Ansimesmo la ciudad de Córdoba se movió; y Écija y otras del Andalucía, y don Juan Jiron, conde de Ureña, salieron con gran número de gentes de pié y de caballo, y por la nueva que supieron se tornaron. Los otros señores y pueblos de la Andalucía, unos se apercibieron para ir y otros salieron, mas la nueva de la ida de los turcos los hizo

volver á sus casas y sosegarse en ellas.

Extranjero. Una cosa me resta por preguntaros, que lo deseo saber, y es que ¿dónde supistes tan cumplidamente lo qne me habeis dicho?

Autor. El cuidado que llevaba de lo inquirir me hizo saberlo. Súpelo de los turcos que allí se captivaron, y de los cristianos que se le huyeron, y de los vecinos de Gibraltar; y de los unos y de los otros trabajé que fuese con mucha verdad.

Extranjero. Desa manera la condicion de buen historiador os alcanza, que sólo escribe lo que vé ó lo que con mucha verdad sabe.

Autor. Yo os he dicho verdad, mas ansí porque se acaba el cuento de las cosas que sucedieron en Gibraltar, como porque ya llegamos cerca de Sanlúcar, quiero dejar la habla.

Extranjero. Ella ha sido tan sabrosa y tan buena á mi gusto, que si ansí les parece á los que yo lo tengo de contar, como á mí me ha parecido, tendrán por tiempo bien empleado el que en oirlo se ocuparen; y yo os quedo tan obligado al buen tratamiento que de vos en este camino he recebido, y á la gracia y placer que en contarme estas nuevas me habeis hecho, tan nuevas para mí y áun para todos los

que no las supieren, que deseo que en algun tiempo se ofrezca cosa en que yo os lo sirva. Y pues en todo me habeis hecho placer, éste no me negueis, que es decirme vuestro nombre y vuestra patria ó lugar donde residís, para que, si Dios me diere ventura de volver de las Indias, para do agora me quiero embarcar, os visite como á persona á quien quedo en mucha obligacion.

Autor. Deciros lo hé para que si Dios os trajere con bien, como yo deseo, os haga todo placer y servicio. Yo me llamo Pedro Barrantes Maldonado, mi naturaleza es la villa de Alcántara, cabeza de la órden y caballería della; mas justo es que vos me digais vuestro nombre para que yo sepa con quién hablo.

Extranjero. Yo tuve una cuestion en mi tierra, por la cual me paso á las Indias, y vendríame mucho daño si tanta gente como aquí vamos lo oyese, pero al oído os lo quiero decir.

Autor. Holgado hé de saberlo, y con tanto nos entremos en la posada.

RELACION

de

PEDRO BARRANTES MALDONADO

de lo que hizo la armada turquesa desque salió de Gibraltar, y como don Bernardino de Mendoza, general de la armada de España, dió batalla naval á la armada de los turcos y los venció, mató y cautivó la mayor parte dellos, y les tomó diez navíos y libertó setecientos y cincuenta cristianos.

Los turcos (como en mi Diálogo pasado largamente he contado), viendo detenerse el rescate que habia de dar Gibraltar por los captivos que sacaron dél, determinaron partirse con la presa; para que caminasen dió gran priesa Dalihamat, capitan del mar, porque aunque él habia más de cuarenta años que era cosario en los mares de Levante, no era plático en el Poniente, ni sabía las cosas dél tan bien como el otro capitan de tierra Caramani, el cual habia muchas veces estado por toda la costa de España, y sabía muy bien las cosas della. Este estorbaba la partida,

y, con ánimo, decia que era mejor esperar un dia ó dos para llevar los dineros, que irse con los captivos; mas, convencido con las importunaciones de Dalihamat, partieron con sus diez y seis velas de la bahía de Gibraltar, domingo, á las diez horas de la noche, doce de Septiembre, año de m.d.xl., y fueron otro dia, lunes, á comer á Castil de Pescadores, que es en África; y aquella noche se fueron la vuelta de Velez de la Gomera, donde el Rey della, llamado Muley Bahaçon, los estaba esperando. El cual Rey estuvo despues en Italia, España y Alemania, habiendo salido de su reino á pedír socorro al emperador Cárlos contra el Xarife, que le habia ocupado el reino. Y mártes de mañana, catorce de Septiembre, llegaron á la ciudad de Velez y fueron recebidos con mucho regocijo, porque el Peñon soltó su artillería, y de la armada de los turcos dispararon la suya; y, surgiendo la armada, quisieron descansar allí sus personas y despalmar sus navíos. Dende á tres ó cuatro dias, que allí surgieron, llegaron las cartas que la ciudad de Gibraltar habia enviado con la fragata, ansí á los turcos como á Muley Bahaçon, rey de Velez, para que le diesen los captivos que llevaban y tomasen el rescate; y el rey

de Velez compró aquella cabalgada á los turcos en cinco mil ducados, los cuales les pagó en ciertos dineros que le debia el rey de Argel, de fustas que el rey de Velez le habia enviado, y en tocas para los turcos, y lo demás en dineros. Y quedaron los captivos de Gibraltar en Velez, en poder del Rey, sin faltar algunos dellos; y escribió á Gibraltar diciendo que le enviasen el rescate y cuatrocientos ducados más por su trabajo, y que enviasen por los captivos. Los turcos, que pensaban tornar otra vez á España, enviaron á Ali Caur y á Mahometo, griego, que habian ambos sido cristianos, con dos galeotas, la vuelta de España, á tomar lengua y á inquirir si habian bajado al Poniente las galeras de España, de que don Bernardino era capitan, ó si sabian donde estaban; y saltaron en tierra en la Herradura, que es cerca de Almuñecar, en la costa de Granada, y captivaron tres cristianos de aquellos moriscos, y hicieron carne del ganado que hallaron para llevar á su armada, á la cual se volvieron llevando nuevas que las galeras de España áun estaban en Levante, y que no habia nuevas de su venida. Con esto dieron priesa los turcos á despalmar, por tornar á dar sobre algun pueblo de España.

En esta sazon, don Bernardino de Mendoza, Capitan general de la armada española, hijo de don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, venía de Mallorca con la armada de España, y llegando al cabo de Palos, domingo á diez y nueve de Septiembre deste año de m.d.xl, tuvo letras y aviso de lo que la armada turquesca habia hecho en Gibraltar, y dijéronle que era mucha más cuantidad de navíos los que traian los turcos de los que eran; y don Bernardino traia catorce galeras, no todas en órden para pelear, porque las cuatro dellas venian mal armadas de chusma y de gente de guerra. No embargante esto, acordó don Bernardino llevarlas para hacer bulto, porque para pelear no hacian caso sino de las diez, y determinó luégo de ir en busca de los turcos. Este dia, domingo, llegó á Cartagena, donde estuvieron un dia descargando cierta palazon que traian, y haciendo despalmar dos galeras de don Enrique y de don Alvaro, que habian dejado allí cuando iban á Sicilia, por no estar en órden para ir en compañía de las otras galeras. En esta ciudad metieron alguna gente de ballesteros, y partiéronse luégo la costa adelante, y llegaron al rio de Vera á saber si tenian alguna nueva de

los turcos, y no tenian otra más de que habian saqueado á Gibraltar. Aquella noche se hicieron á la vela sin surgir en la costa de España, y miércoles, á veintidos de Septiembre, amanecieron en el golfo, donde descubrieron ocho navíos de alto bordo, á los cuales fueron dando caza hasta la noche, pensando que era presa de turcos; llegando á ellos reconocieron que eran de amigos, y preguntándoles por la armada de los turcos, algunos dellos dijeron que estaban en Velez de la Gomera, y otros que estaban sobre Tanjar, pueblo en África del rey de Portogal, y (aunque hubo diferentes pareceres) don Bernardino determinó proseguir su camino, pareciéndole que lo que le decian de Tanjar no era cosa de creer, ansí por ser cosa de cualidad que los turcos no osarian emprenderla, como porque estaba pasado el Estrecho, y dió más crédito á los que decian que estaba en Velez de la Gomera.

Otro dia, jueves á veintitres de Septiembre, llegó la armada de España á Arzeo, que es siete leguas de Orán. Ventaba muy recio poniente y era tiempo muy bueno para salir la armada de los turcos, y presumian que vendria allí, porque no hay otro puerto de maestral sino

aquel, hasta el cabo de Entrefolcos; y por esta causa se detuvo allí don Bernardino todo aquel dia. Y otro dia viernes, á veinticuatro del mes, pasaron á Orán y llegaron bien de mañana, y detuviéronse allí aquel dia, donde se proveyeron de ochenta quintales de pólvora que habian menester. Y ansí para esto, como para entender el aviso que allí se tenía y para meter alguna gente, les fué necesario tocar en Orán, donde salieron aquella noche. Otro dia, sábado, á veinticinco de Septiembre, fueron á las islas que están delante de Orán, que se llaman las Alhabibas, y de allí á los Alimaques, porque estas islas son costas donde los navíos contrarios habian de estar. Estuvieron allí aquella noche, y otro dia domingo, á veintiseis del mes, fueron á las Aljafarinas, porque aquella sola parte, donde pudiese estar la armada turquesca, les restaba por andar hasta Melilla; y en siendo noche se partieron la vuelta de Melilla, y allegaron á media noche al cabo de Entrefolcos, á dos leguas della, y envió don Bernardino un bergantin á saber nuevas de los turcos, y trajo aviso como estaban en Velez de la Gomera, y envióle á decir el capitan de Melilla que daria aviso de lo que más supiese dello. Y la escuadra de España,

que habia entrado en aquel cabo de Folcos sin ser descubierta, estuvo allí dos dias esperando la armada de los turcos, porque navíos de remos nunca suelen pasar sin reconocer aquel cabo, por razon de la mucha entrada que hace en la mar, si por alguna causa no quieren engolfarse.

Pasados dos dias fueron descubiertos por dos moros, de los cuales fué tomado el uno por la atalaya que la armada tenía, que se llamaba Alonso Benitez, natural de Gibraltar (que despues le hicieron capitan de una galera); y, traido á la galera, don Bernardino se informó dél y le dió de vestir, diciéndole que no venía á hacer guerra á los moros sino á ayudarlos en lo que pudiese, que el Emperador se lo habia mandado ansí, y que fuese por su compañero, que le daria de vestir como á él, y que á ambos les daria cuantidad de dineros. Y esto hizo don Bernardino, porque, con cobdicia de lo que les habia de dar, no llevasen aviso á los moros, ó á lo ménos se tardasen en dallo; y como se pasó espacio de tiempo, y los moros no volvian, sospechó don Bernardino que los moros debian ser idos á dar aviso á las galeras de los turcos, y que por ventura mudarian su viaje y se

irian engolfados, de manera que su armada no los pudiese descubrir, de aquel Cabo donde estaban, y acordó partirse la vuelta de la isla de Arbolan, que es once leguas de la costa de Berbería, y diez y siete leguas de España, porque desde allí, por cualquiera parte que saliesen, los habian de descubrir, pues no habian de querer ser descubiertos de la costa de España. Y llegaron á la isla de Arbolan, jueves último de Septiembre en anocheciendo, y la batalla fué otro dia.

Los turcos, que habia catorce dias que estaban en la ciudad de Velez de la Gomera, despues que despalmaron sus navíos y se fornecieron de bastimentos y de las cosas que les faltaban, despidiéndose del rey Muley Bahaçon, salieron del rio, mártes en la noche, víspera de Sant Miguel, y fueron á un puerto que está siete leguas adelante de Velez hácia el Levante, y allí estuvieron el miércoles todo el dia, en el cual, Caramani, general, hizo una entena nueva á su galera; y dende aquí enviaron á un moro llamado Cidiboali en un bergantin á la ciudad de Argel, á hacer saber al visorey Acenagaga las nuevas del saco de Gibraltar, y la victoria que habian habido en ella. Y porque no les habia dado licencia Acenaga-

ga más de para cuarenta dias de venida, estada y vuelta (porque habia menester los turcos y esclavos cristianos y la artillería, para una guerra que tenía comenzada contra Muley Hacen, rey de Tunez, y le queria ir á ganar á Costantina la llana, la mayor ciudad de aquel reino despues de Tunez, apartada de la costa), enviáronle á decir que no podian tornar á Argel para el plazo de los cuarenta dias, porque querian acometer otra empresa en algun pueblo de España, diciendo que los perdonase, pues su tardanza redundaba en su servicio. Caramani sacó los soldados turcos de aquel bergantin que enviaba y metiólos en su galera, y armó el bergantin de moros y partióse la vuelta de Argel. Jueves de mañana, último de Septiembre, salió la armada de los turcos de aquel puerto, y, habiéndose desviado tres leguas de tierra, echaron suerte en un libro, semejante á los que de lo mesmo se venden en España é Italia para pasar tiempo, que dice si le irá bien ó mal en una jornada que quiere hacer, ó si una mujer preñada parirá hijo ó hija, y otras cosas semejantes; y ansí como nosotros lo leemos por burla y pasatiempo, por el contrario los turcos, es tanto el crédito que dan á las mentiras y vanidades de aquel libro, que no hacen

jornada ni emprenden cosa si la suerte del libro les es adversa, y si les cae buena por ninguna cosa dejarán de la acometer, ni perderán la ocasion, imitando en esto á los gentiles, que eran muy agoreros no haciendo más de lo que el oráculo, ó por mejor decir el demonio, les decia que hiciesen. Ansí estos turcos, queriendo acometer otra empresa en España, echaron suertes cómo les iria en la jornada y cayóles mal; por lo cual Dalihamat, que era capitan del mar (aunque ya habia renunciado la capitanía en Caramani), que es hombre de edad de sesenta años, y los cuarenta dellos ha sido cosario, aunque es tullido de muy grueso, pero de sano consejo y buen entendimiento en las cosas del mar, deseaba que sin hacer detenimiento alguno se volviesen á Argel, porque la fortuna, que de una hora á otra se suele mudar, no les hiciese con deshonra perder lo ganado. Pareciéndole que en tanta tardanza como habian hecho podrian venir las galeras de España, ansí de las que era capitan don Bernardino como de las que era Andrea de Oria, como vió que la suerte le habia dicho mal, determinó de no volver á España sino llevar el viaje de Argel. Caramani, que era hombre de edad de cuarenta años, robus-

to, valiente y de grande ánimo, como más plático en las cosas del Poniente, más temido, amado y estimado de los turcos, habíase hecho en esta jornada más absoluto señor que Dalihamat; díjole que su determinada voluntad era (no obstante la suerte) de tornar otra vez á dar sobre algun pueblo de España. Dalihamat respondió que hiciese su voluntad y se fuese en hora buena, y le diese las dos galeotas que traia suyas en aquella armada, porque con ellas, y con la bastarda en que venía, se queria tornar á Argel. Caramani dijo que si se queria ir que se fuese solo, que no le habia de dar las galeotas; y sobre esto riñeron, y íbase Dalihamat la vuelta de Velez con sola la bastarda. Desque Caramani le vió alongar y que todavía se iba, envió dos galeotas á mandarle se tornase, si no, que con toda la armada iria sobre él; Dalihamat tornó y concertóse con Caramani. Juntáronse este dia, jueves en la noche, para tomar consejo de lo que harian, y ordenaron que otro dia fuesen á amanecer á la isla de Arbolan, por ver si pasase por allí alguna nao de cristianos, para tomarla, y si no que á la noche se irian la vuelta de España, y darian en Motril, que dista una legua de Salobreña, ó en Adra, pueblos de

la costa del reino de Granada, que tenian nuevas que estaban mal en órden y que de allí correrian la costa de Almería, y llevarian la derrota de Argel, pues tenian nuevas que la armada de España no habia bajado al Poniente: y estábalos esperando en aquella isla donde iban. Yo creo que este hecho fué guiado por Dios, juntarse estas armadas y que no se errasen, porque estos pérfidos turcos hubiesen el pago de las ofensas que hicieron á Nuestra Señora de Europa, en Gibraltar, y siempre tuve entendido que no irian éstos á sus casas sin ser castigados, pues que tan infanda cosa cometieron.

Viernes, primero dia de Octubre deste año, una hora antes que amaneciese, en la armada de los turcos afrenillaron los remos, y echáronse á dormir todos los cristianos bogadores, porque estaban fatigados de remar toda la noche. Don Bernardino de Mendoza, que con la armada de España habia llegado la noche ántes á dormir á aquella isla de Arbolan, en amaneciendo este dia viernes, primero de Octubre, sacó su armada de la isla, prosiguiendo su camino en busca de los turcos la vuelta de Velez de la Gomera; y habiendo andado poco más de media legua descubrieron la armada de los turcos des-

de la gata de la galea, y el que los descubrió dijo: «aquí vienen los turcos»; don Bernardino respondió: «si son los enemigos yo te prometo albricias y grandes.» Y considerando que si fuesen descubiertos por los turcos podria ser que huyesen, y teniéndoles el viento, como se lo tenian, y estando lejos, que sería cosa difícil alcanzarlos, mandó que volviesen la vuelta á la isla; considerando que si los enemigos no los habian descubierto se vendrian su camino derecho, y que si los habian descubierto pensarian que huian y vendrian de mejor gana contra ellos, y mandó volver las galeras á la hila, unas tras otras, porque paresciesen ménos velas de las que eran. Los turcos, como quiso amanecer, mandaron salir al çalces del árbol (porque ellos no usan gatas) á descubrir si podrian ver la isla para ir á reposar y tener jolito en ella, y vieron salir la armada de España de la isla, y viéronlos tornar y retraerse, y, como era de mañana y lejos, no pudieron contar más que ocho ó diez velas. Sobre lo cual tuvieron diversos pensamientos; unos decian que sería la armada de España, otros decian que no, porque eran pocas velas para ser la armada de España; los más tenian por cierto que aquellas fuesen carabelas por-

toguesas de armada que salian á ver si los tomaban derramados, ó que eran navíos que iban ó venian de Levante, teniendo por buena señal haber visto hacer muestra que huian. Entónces se juntaron los Arraez de los navíos en la galera capitana con los Generales, y acordaron todos que diesen en aquellos navíos que habian visto; y fueron la vuelta de la isla, poniéndose á punto de guerra, arbolaron sus banderas, tañeron sus atambores y trompetas, y con grande alegría navegaron apriesa legua y media, hasta que vieron salir á don Bernardino. El cual, como se volvió á la isla, mandó á cada uno lo que habia de hacer, conforme á una instruccion que les tenía dada; y en la galera capitana mandó á don Pedro de la Guerra que estuviese á proa con el artillería; á don Alonso Pexon, un caballero valenciano, que estuviese al esquife, y á Biedma, veedor de la armada, mandó poner en medio para proveer lo necesario á todas partes. Y ordenada la batalla de la manera que se solia llevar les hizo una breve habla diciendo:

«Caballeros, gentiles hombres y compañeros mios: pues todos sois personas experimentadas en semejantes casos que el que tenemos presente, demasiada cosa

sería querer yo con exhortaciones ni amonestamientos incitaros á virtud y buenos hechos; pues sólo por ser como sois cristianos y de la nacion española, y vasallos de Cesar, os obliga á imitar á los antiguos y modernos españoles, los cuales, con devocion de cristianos, con ánimo de valientes, con prudencia de sábios y con sciencia de experimentados, suelen hacer larga por fama la vida breve. Oblíganos á pelear con más esfuerzo ver que estos contrarios son turcos, enemigos de nuestro Dios, de nuestro Rey, de nuestra ley y de nuestra España, y á quebrarles la soberbia que della traen por haber osado acometer un pueblo della, y castigarlos de manera que éstos jamás puedan, ni otros osen, no sólo entrar sus pueblos, más ni áun navegar sus mares. Pongamos las manos á las armas, que yo espero en Dios de alcanzar hoy por vuestra mano la victoria y la gloria desta batalla; por tanto, haga mos de tal manera que la alcancemos, y Dios nos la dé como deseamos.»

Hecha esta plática, y ordenada la batalla de la manera que se solia llevar, salieron contra la armada de los turcos con grandísimo ánimo, y todos deseaban ya verse con ellos, considerando cuánto lo deseaba y procuraba su General; el cual,

mostraba tanto ánimo y diligencia, como si tuvieran por cierta la victoria que Dios fué servido de darles. Bien mostraba la buena sangre de do procedia, y lo que el conde de Tendilla, su padre, habia servido al rey de Castilla don Hernando y á la reina doña Isabel; y su tras bisabuelo don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, habia servido á la corona real de Castilla, por donde mereció acrecentar los reyes en su casa el ducado del Infantazgo; y todos sus antepasados haber sido, no sólo excelentes en la guerra, pero muy prudentes y sábios en la paz, y fieles vasallos de sus reyes. Ansimesmo trabajó don Bernardino de querer cobrar la reputacion que habia perdido España en lo de Gibraltar; tambien le pareció que si aquel verano no peleaba con la armada de los turcos, y la deshacia, quel verano siguiente estarian tan poderosos, que no sería él parte para pelear con ellos y le sería forzoso andarles huyendo ó perderse. Y con esta determinacion mandó don Bernardino emparejar sus galeras y batir las rumbadas y bogar contra los enemigos.

Los turcos, que venian con su armada la vuelta de la isla, con gran regocijo, á dar en aquellos navíos que habian visto

encubrirse en ella, cuando los vieron salir tan en órden, y contaron catorce galeras y un bergantin, y reconocieron que era la armada de España, mudóseles el pensamiento y la color, especialmente Dalihamat, que siempre tuvo el temor de lo que le acaeció que le habia de suceder, cuando contó las galeras desmayó, y quisiérase retirar si pudiera, y áun púsolo en plática; mas Caramani, como hombre valiente y de grande ánimo, lo esforzó y lo retrajo de aquel pensamiento, diciendo que si volviesen las espaldas, que en tanto que escurrian para retirarse ó para huir, que la flota de España llegaria cerca, y con el artillería serian echados á fondo, porque por la mayor parte el que acomete vence y el que huye muere. Dalihamat dijo que echasen las suertes, y que, si bien le saliesen, que con mayor ánimo acometerian los enemigos, y que si mal la suerte les dijese, que no era razon de pelear contra fortuna, sino que se retirasen. De lo cual se enojó mucho Caramani y díjole: «Tiempo es este para pararnos á echar suertes, sino pelear y vencer ó morir; yo y mi galera capitana bastamos para las tres principales de cristianos, no sólo para pelear con ellas, mas para prenderlas ó echarlas á fondo; pues vosotros, que quedais catorce,

¿no os atrevereis con doce? ¿No sabeis que sola esa galeota llamada *Brava*, que con nosotros viene, peleó y tomó por fuerza á esa galera que traemos y al comendador Benedicto que venía en ella, una por una? pues mucho mejor venceremos todos nosotros á los cristianos, pues somos quince á quince velas, mejor gente que ellos, más en órden, más diestros en la guerra, y que á la fortuna tenemos de nuestra mano asida por los cabellos, como ella se quiere tomar, y somos señores della, y nuestra victoria conocida y buena dicha, y la suya contraria, han de ser parte para nos dar la victoria. Por tanto, todos tened ánimo para pelear, porque si otra cosa os viere hacer, yo juro por el sepulcro de Mahoma, por la salud de Barbaroxa, y por la promesa que á Acenagaga hice, de dejar de flechar y matar en los cristianos, nuestros comunes enemigos, y matar en vosotros.» Todos los capitanes turcos, viendo que tenian los enemigos tan cerca, y que no podian hacer otra cosa, dijeron que harian lo que pudiesen para alcanzar la victoria, ansí por ofender á los cristianos sus adversarios, como por defender las vidas de todos.

Despues que Caramani hizo esta habla á los capitanes, mandó á los Arraez de la

armada que cada uno en su galera hiciese una habla á los cristianos captivos que traian bogando al remo, y él hizo otra á los de su galera, diciendo que si Dios les diese la libertad, que él no se la podia quitar; pero que juraba que por el primero que alzase la cabeza á ver lo que pasaba, ó se menease en el remiche ó aflojase en el remo, que por lo que uno hiciese habia de matar á todos. Y entónces saltó Caramani en un bergantin, el más ligero, y comenzó á rodear los navíos suyos é ir de uno á otro animando y exhortando los soldados á que peleasen como debian por haber la victoria; y venian los turcos á media boga, y, estando ochenta pasos de la armada de España, mandó Caramani disparar su artillería.

Don Bernardino miró bien donde venía la principal fuerza de la armada de los turcos, y contra ella puso la mayor fuerza de sus galeras. Su persona iba en la gagalera bastarda, y don Enrique Enriquez, Teniente de almirante de la armada, en la galera capitana. En una galera de don Bernardino iba por capitan Pedro Benitez, Comendador de la órden de Christus, y natural de Gibraltar. En otra galera, llamada la *Patrona del Rey*, iba por capitan Hernando Arraez, vecino de

Almería, teniente de don Francisco de Mendoza, sobrino de don Bernardino, que estaba ausente. En otra galera del rey, llamada la *Anunciada,* iba por capitan Alonso de Armenta, vecino de Córdoba. En otra galera que llamaban la *Sevillana,* iba por capitan Sancho de Susanaga, vizcaino. En otra galera, que llaman la *Granada*, venía por capitan otro vizcaino llamado Juan de Mendirichaga. En dos galeras que traia con el armada del Rey don Alvaro de Bazan, venía en la una, llamada *Monte Calvario*, por capitan Alvaro de Olmos, vecino de la villa de Finiano, cerca de la ciudad de Guadix; y de la otra galera, llamada la *Victoria*, venía por capitan el capitan Domingo, vizcaino. En otra galera, que llamaban la *Luna*, iba por capitan Morellote, vecino de Dénia. En otra galera, llamada la *Magdalena*, que otros llamaban la *Cabra*, venía por capitan Juan de Vergara, vecino de Cartagena. En otra galera, llamada el *Sol*, venía por capitan Juan Perez el viejo, vizcaino. En otra galera, que se llamaba *Santa Bárbara*, iba por capitan della Tineo, vecino de Ronda. En otra galea, llamada la *Victoria de España*, venía por capitan della Pedro Buhera, vecino de Palamós, en Cataluña. Puestos estos capita-

nes cada uno con su galera en la órden que les dió su general, comenzaron á bogar contra los turcos; y porque vió don Bernardino que una de las galeotas de los turcos estaba algo apartada de las otras, y se tenía al viento para socorrer á la parte que fuese más necesaria, mandó al capitan Domingo fuese á embestir aquella galeota, y que todas las otras galeras fuesen proa con proa muy despacio. Y ya que llegaban á los ochenta pasos de las galeras de los enemigos, viendo don Bernardino que los turcos querian ya soltar su artillería, la cual estaba ya asestada, mandó de mano en mano que se hiciese toda la fuerza que ser pudiese y apresurasen la boga todo lo posible; lo cual se hizo tan bien y con tanta brevedad, que con la fuerza que hicieron se acercaron á los turcos de tal manera, que, cuando su artillería soltó, pasó por alto á la de España sin hacerle ningun daño: lo cual no fué poca parte para que los cristianos alcanzasen la victoria, esta buena provision y ardid del general. Y afrenillando los remos, estando ya de los enemigos un cuerpo de galera y áun menos, mandó don Bernardino disparar la artillería á la bastarda en que él venía, y luégo hicieron todas las otras galeras lo mesmo, por-

que estaba ordenado que ninguna galera tirase hasta que la bastarda comenzase á disparar. Mataron de la zurriada que el artillería hizo harto número de turcos, y echaron á fondo una galeota de veinticinco bancos, en que venía por capitan Prabana Arraez, con sesenta turcos de pelea y con todos los bogadores que estaban presos al remo. La galera *Victoria*, española, dió con un tiro en una galeota de turcos en que venía por capitan Çama Arraez, á quien los cristianos llamaban Maneta (porque era manco de una mano), y acertó por una banda en que llevó veinte turcos que á todos los hizo pedazos, y á vuelta dellos algunos cristianos del remo de los captivos, y al capitan, llevándole el brazo izquierdo, lo mató. Y luégo incontinente entraron los cristianos aquella galeota y mataron todos los turcos que quedaron que no cogió el tiro, sin quedar más de dos, el cómitre y un janízaro. La galera bastarda de don Bernardino embistió con la galera bastarda de los turcos en que venía Dalihamat, y con el tiro de la banda siniestra le llevó todo el cuartel de proa, y les hizo con el artillería mucho daño; rompióle muchos remos y madera, y dió con el timon á la banda; y en esto afrontaron los unos con los

otros y aferraron. Sería á esta sazon hora y media del sol salido, y daba el sol á la armada de España á las espaldas y á los turcos en los rostros, y el viento daba en las espaldas á los turcos y á los cristianos de cara, de cuya causa todo el humo llevaba el viento á los ojos de los cristianos.

La galera bastarda de don Bernardino metióse entre dos galeras de turcos, que era la galera bastarda de Dalihamat, y la galera capitana que llamaban del Comendador, en que venía Caramani; y la galera *Victoria de España*, de que era capitan Pedro Buhera, embistió por la banda derecha de Caramani, porque la bastarda de don Bernardino habia embestido al Caramani por la banda siniestra, entrando por la banda derecha á la bastarda de Dalihamat, y el capitan Susunaga, con la galera *Sevillana*, le embistió por la banda siniestra. El capitan Domingo embistió la galeota á que don Bernardino le habia enviado, y los otros capitanes cristianos embistieron con sus galeras las de los turcos, y aferrando con ellas se comenzó una muy brava batalla, porque cada uno trabajaba por matar á su adversario, y tenía más cuenta con esto que con defender su persona. Si los cristianos eran valientes y denodados, sin duda los

turcos no lo eran ménos, ántes entre ellos habia hombres de grandísimo esfuerzo, de grande determinacion, y criados toda la vida en semejantes conflictos y peleas navales; y la grande fuerza y valentía que los cristianos mostraron en quererlos hacer pedazos, hizo á los turcos crecer más su esfuerzo para se defender y ofender á los contrarios. Al principio los arcabuces de una y otra parte hicieron grandísimo daño en los unos y en los otros, y ansí comenzaron á morir los más determinados soldados y los más señalados capitanes. En una cosa hacian más daño de las galeras españolas á las de los turcos que de las suyas á las nuestras, en que los turcos no tenian en sus galeas gatas, y de las gatas de nuestras galeras les hacian mucho daño, arrojándoles alcancías de fuego y ollas llenas de pólvora y muchas piedras. Viendo en esta sazon don Bernardino que la principal fuerza de los enemigos se mostraba en la galera bastarda, mandó pasar la flor de sus soldados hácia la banda donde la bastarda estaba, y pelearon con los turcos de aquella galera hasta que los tuvieron medio desbaratados; y en pareciéndole á don Bernardino que era tiempo, mandó pasar parte de la gente de su galera á la capitana de los turcos. Y en

esta sazon habian ya cesado los arcabuzazos y peleaban cuerpo á cuerpo unos con montantes, otros con espadas y rodelas, otros con espadas solas, otros con puñales, y tales hubo, que teniendo cortadas las manos y heridas mortales, por no morir dejando vivo al enemigo, se abrazaban con él y echaban en el mar, para que ambos juntos perdiesen la vida; aun no echaba uno la mano á la galera contraria para saltar en ella, cuando en el mesmo punto le era por los contrarios cortada. Más era el estruendo de las armas y dolor de las heridas que los gemidos dellas, porque el herido no con voces mostraba el dolor de su herida, sino con muerte del enemigo vengaba la suya. Era cosa, por cierto, digna de admiracion oir los grandes golpes de los encuentros que unas galeras se daban con otras, el grande estruendo de las armas y de los golpes dellas, especialmente del artillería; la que se oia claro en las dos partes del mundo, que son Europa y África (digo en los pueblos comarcanos de sus costas).

Espantable cosa era ver la ferocidad de los unos, la valentía de los otros y el esfuerzo comun destas dos naciones, españoles y turcos, tan disformes en ley, condicion y patria, y tan semejantes en fuer-

zas, en braveza y ánimo; y bien se podria decir que en las aguas del mar no podia haber hombres de más ánimo y esfuerzo que españoles y turcos. Era para conmover á compasion (si la puede haber entre enemigos encendidos en ira) ver el estrago que los unos en los otros hacian, porque los cristianos acometian como animosos, los turcos defendíanse como desesperados, y todos peleaban sin volver las espaldas, ni apartar el pié de donde lo habian asentado, que parecia que estaban clavados con las tablas de los navíos; y en el lugar que le cortaban el brazo, ó le pasaban con la flecha ó con la espada, esperaban y se quedaban muriendo, por no hacer portillo por donde el enemigo pudiese entrar. ¡Bienaventurado el rey que tales vasallos tiene! En esta sazon, don Bernardino de Mendoza no solamente usaba de su oficio de general, gobernando y mandando y animando sus soldados, pero peleando por su persona, y por su mano mató algunos turcos y hirió otros en presencia de toda la armada, y él salió herido en diversas partes. Pues Caramani, capitan de los turcos, no ménos se mostró animoso y valiente, que sabio y diestro en las armas, porque cuando estaban á la pareja, sin haber declinado la victoria

por ninguna parte, gobernaba como prudente y peleaba como esforzado, y ansí mató por su mano algunos de los nuestros; mas pasada ya una hora de la batalla, y viendo á los nuestros embravecerse de nuevo, y pelear como de refresco, y viendo á su gente comenzar á aflojar, comenzó á darles voces y á tirarles flechazos porque se tuviesen, ansí á los de su galera como á los de los lados, y á llamarlos de perros, y que peleasen, si no que la muerte que los cristianos les habian de dar, que él se la daria primero: y ansí mató y hirió algunos turcos porque peleasen, pero no aprovechó tanto que fuese ninguna parte para que los españoles, con grandísimo ímpetu y furia, no entrasen las galeras contrarias. En entrándolas comenzaron á dar gran grita, diciendo: Santiago, Santiago; España, España; victoria, victoria; y aquí se tornó á travar de nuevo la más brava y peligrosa batalla que hasta allí habia habido, porque ya no sólo peleaban con los puñales, mas cuerpo á cuerpo.

En esta sazon mataron los nuestros á Caramani, capitan de los turcos, y á Dalihamat, capitan de la armada, pasándole los muslos con un arcabuz, lo derribaron y prendieron, y juntamente con esto ma-

taron los nuestros toda la flor de los principales capitanes y de los mejores soldados turcos; aunque no sin grandísimo daño de los nuestros, porque fueron muertos el capitan Tineo, el capitan Pero Benitez, el capitan Alonso de Armenta y Juan de Vassoa, vizcaino, que habia sido capitan de galeras en tiempo de don Álvaro, y dos hermanos Pachecos, naturales de Alcántara, honrados y valientes soldados. El capitan Juan de Mendirichaga se mostró este dia en su galera muy animoso y valiente capitan, y aunque, entrando por fuerza una galera de los turcos, le fué llevado con un tiro de bronce la pierna derecha por el muslo, como capitan esforzado y buen vizcaino, sosteniéndose sobre la pierna izquierda y sobre su montante, acabó de entrar la galera turquesca y ganalla, pasando á cuchillo los turcos que en ella halló; por lo cual Su Majestad le hizo merced de le perdonar algunos yerros que habia hecho, y le dió una encomienda en la Orden de Alcántara, y ansimesmo le hizo despues general de los navíos que andan en defensa de los navíos que van y vienen á las Indias. Murieron ansimismo en esta batalla naval otros muchos y muy honrados caballeros y soldados muy señalados. Mu-

chos de los nuestros, con la furia del pelear, mataron diferentemente turcos, y cristianos griegos, y otras naciones que no sabian la lengua española, pensando que eran turcos.

En este punto todos los cristianos captivos forzados, que andaban al remo en las galeras de los turcos, se levantaron de sus remos gritando: Santiago, Santiago; España, España; libertad, libertad; y cada uno asía del turco ó de los turcos que más cerca hallaban, y unos, quebrando los hierros, daban con ellos á los turcos, y otros, tomándoles las armas, los mataban con ellas. Lo cual visto por esos pocos turcos que en las galeras quedaban, les fué necesario, y áun forzoso, echarse á la mar, porque con la furia de la entrada no fuesen muertos, como lo habian sido todos los que esto no habian hecho. Ali Caur, turco, que habia sido esclavo en Gibraltar, no pudo tanto huir de la galera, que ántes que della se echase en la mar lo apañó un cristiano esclavo suyo, y, quitándole las armas, lo mató con ellas y lo echó en la mar. Los demás turcos que se habian lanzado en la mar, con temor de la muerte y con esperanza de la vida, se anduvieron nadando y apartándose de las galeras, hasta ver algo aplacada la furia

de los cristianos y más mansa la braveza dellos; los cuales, como no hallasen ya en las galeras contrarias turcos que matar, ni enemigos con quien pelear, usaron de dos cosas, los cobdiciosos diéronse á saquear las galeras, y los furiosos volvieron las armas contra las aguas de la mar, y allí con sus tiros de arcabuces, de piedras y de otras armas, quitaban la vida á los que se habian lanzado en ella por salvarla. Otros turcos, viendo que el andar nadando lejos de las galeras les era tan peligroso, que se cansaban y se querian ahogar, y no habia quien los socorriese, y que por léjos que anduviesen les alcanzaban los tiros de los arcabuces, determinaron de mudar consejo y veníanse á las galeras á presentarse al captiverio en las manos de los soldados cristianos, y asíanse á los remos y á las tablas y á los cabos de las cuerdas; mas como los nuestros tuviesen con ellos tan grandes causas de enemistad, y viendo tantos de sus amigos muertos por sus manos, que eran cuasi la flor de todos nuestros soldados, encendíaseles de nuevo la cólera, y allí donde estaban, asidos á la tablazon y palamento, los acuchillaban, cortaban las manos, los brazos y los mataban, hasta que el general y los capitanes entendieron en ello y comenza-

ron á aplacar á los soldados y á recebir al captiverio á los turcos. Los cuales serian número de cuatrocientos, ansí los que captivaron en el agua como los que habian rendido en las galeras, y los turcos que murieron serian mil, ansí los que mataron en las galeras como los que se ahogaron en la mar. Libertaron setecientos y cincuenta cristianos que los turcos traian captivos en sus galeras, ansí al remo como de servicio, los cuales eran de diversas naciones, entre los cuales habia hartos de rescate, y entre ellos los que habian captivado en los navíos en la bahía de Gibraltar; y prendieron aquel mal cristiano que se entró en sus galeras en el puerto de Gibraltar, el que fué despues justiciado en Málaga. Los que saquearon la armada de los turcos hubieron en ella buen despojo; y hubo soldados que saquearon mil y dos mil ducados en dinero, y otros mucho oro, plata y ropa, á los cuales dejó don Bernardino con todo lo que saquearon, sin les tomar ni pedir ninguna cosa dello.

Tomaron los cristianos de la armada de los turcos diez galeras, y la bastarda de Dalihamat, y una escusa-galera de veinte y dos bancos, y cuatro galeotas de á veinte y de á diez y ocho bancos, y entre éstas la ga-

lera capitana de Caramani. Huyeron cuatro navíos de turcos, que fueron la galera en que era Arraez el Buey marino, y tuvo lugar de huir porque estaba á un lado é hizo cia escurre, matando de los cristianos captivos que llevaba al remo porque los otros bogasen, porque se le levantaban á no querer bogar, y fuese la vuelta de Africa; el segundo navío de turcos de los que huyeron fué una escusa-galera de veintidos bancos, que era la chusma della de Dalihamat, y una galeota y una fusta, entre los cuales se salvó aquel renegado llamado Cataño, que atrás dije que mejor le cupiera el nombre de tacaño. Recogidas las galeras y los turcos captivos, y echados á la mar los cuerpos de los amigos y enemigos muertos, mandó el general que todos los cristianos diesen gracias á Dios por el beneficio y merced de la victoria, y ansí, cantando el *Te Deum laudamus*, mandó comenzar á curar los heridos más de propósito, porque hasta allí no habia habido lugar sino de atarse paños, y despachó una fusta á la ciudad de Málaga para hacerles saber de su victoria y de su ida.

Allegado á la playa de Málaga con tan gloriosa victoria, fué recebido por toda la ciudad, ansí eclesiásticos como seglares, con grandes plegarias y alabanzas á

nuestro Señor Dios, y de allí se fué á Granada con los captivos turcos, de los cuales se rescataron muchos; entre los cuales se rescató Dalihamat, en cinco mil ducados y cantidad de cristianos que dió por su rescate.

La majestad imperial de nuestro César Cárlos, rey de España, que estaba en Flándes, cuando supo esta buena nueva, agradeció mucho á Dios esta victoria, y hizo mercedes á don Bernardino de Mendoza y á los demás que lo habian merecido. Y ansí fué la armada de los turcos desecha, y la honra de España restituida, y la ciudad de Gibraltar vengada.

HISTORIA

DE LA

PRESA DE LOS GELBES,

EN ÁFRICA,

Y VALEROSÍSIMA DEFENSA QUE HIZO DE SU FORTALEZA DON ÁLVARO DE SANDE HASTA SU PÉRDIDA, DEDICADA AL SERENÍSIMO SEÑOR EMMANUEL FILIBERO, DUQUE DE SABOYA, ETC.

POR

DIEGO DEL CASTILLO

MADRID
IMPRENTA DE M. GINESTA HERMANOS
1888

Al Serenísimo y alto señor Emanuel Filiberto, duque de Saboya, Príncipe del Piamonte, Gran Maestre de la Religion de San Mauricio y San Lázaro, etc. etc.

Diego del Castillo.

Deseando hacer á V. A. algun servicio, y considerando que á los grandes Príncipes se les han de presentar cosas de gran valor y estima, me pareció no era esta obra indigna de llegar á sus reales manos, pues el sugeto principal de ella es de la guerra (de que V. A. es tan prudente maestro), y las cosas señaladas que algunas personas principales han hecho en la jornada que se hizo para Trípoli y presa del Peñon y socorro de Malta, y especialmente las del insigne varon y padre de la milicia don Alvaro de Sande, á quien V. A. es muy aficionado, así por su resplandeciente virtud y valor, como por la ilustre y antigua sangre

de sus progenitores. A V. A. suplico humilmente lo reciba con el generoso y acostumbrado ánimo que los Reyes de gloriosa memoria, de quien V. A. deciende, aceptaban lo que con puro y sincero ánimo se les ofrecia, que con sola esta confianza me he atrevido á publicarlo; teniendo por cierto, que debajo de su real proteccion y amparo, las obras y yo estaremos seguros de los mordaces detractores, los cuales por fuerza han de enfrenar sus rabiosas lenguas con el respeto que todo el mundo debe á V. A., cuya Serenísima y alta persona guarde nuestro Señor, y sus estados y señoríos acreciente.

EL AUTOR

Á LOS LECTORES.

La fama de los heróicos hechos y notables hazañas del excelentísimo capitan don Alvaro de Sande tiene el mundo tan admirado, que no hay nadie que se atreva á escribirlos, porque á mi parecer cada uno considera que sería entrar con Hércules en la batalla de la serpiente Hidra, que en cortándole una cabeza le nacian luégo otras siete; así que, no pudiendo uno solo escribirlos todos, es necesario que el trabajo se reparta entre muchos, y que cada uno tome un poco, como algunos han comenzado, que los que en ello se ocuparen no podrán dejar de quedar muy bien galardonados, con que gozará de aquel perpétuo loor que alcanzan los que grandes cosas emprenden. Pues ¿cuál puede ser mayor,

ni de más utilidad y ejemplo, que con sus escritos darnos en las manos el dechado universal de virtudes, y ponernos delante un claro espejo, donde los hombres ilustres y insignes (imitando este nuevo Scipion), podrán ver el verdadero camino de la gloria, y triunfo que en este mundo deben procurar todos los nobles y valerosos caballeros? Queriendo, pues, yo entre los demás aventurarme, aunque me conozco insuficientísimo de poder, á vueltas de los otros escritores, tomar á cargo la milésima parte de sus gloriosos hechos, me he atrevido á escribir la jornada de los Gelbes, que, aunque desnuda de estilo y arte, va llena de verdad, como la han aprobado muchas personas principales de autoridad y crédito, que se hallaron presentes, con quien yo lo he comunicado; donde aliende de otros increibles y intolerables trabajos que allí se padecieron, se verá que la abstinencia de Nínive, donde los mozos, niños y viejos con solas hiervas se mantenian, ni el cerco de Jerusalen, donde los padres por hambre comian á sus hijos, no son

de comparar con el del fuerte de los Gelbes, pues en él, ni nacian hiervas, ni se criaban hijos; y áun el elemento de que más abundancia hay en todo el mundo, que es el agua, allí les faltó, con ser cosa que siempre se ve tener tanta de ella el más pobre como el más rico, y allí, ni la tuvieron de la tierra, ni cayó jamás del cielo. Y á todos estos trabajos, y al infinito número de enemigos resistieron mucho tiempo, por el prudentísimo consejo y extremado valor y esfuerzo deste invicto Capitan, hasta que sus proprios soldados y compañeros del todo le dejaron solo y desamparado, los cuales por huir aquellas necesidades y peligros cada dia se le pasaban á los enemigos.

Y porque quien deste desgraciado suceso quedare afligido tenga con que se alegre y consuele, he querido poner con este libro la presa del Peñon, y el sitio y socorro de Malta, que de lengua italiana he traducido en la nuestra española; donde nuestro Señor fué servido que restaurásemos, con grandísima honra de la religion cristiana y reputa-

cion de la nacion española, lo que en los Gelbes perdimos. Recíbelo, pues, amigo lector, con el buen celo que te lo ofrezco, que es de hombres magnánimos y virtuosos agradecer las buenas obras que se les hacen.

Despues de concluida y efectuada la paz tan deseada de toda la cristiandad entre el Católico y potentísimo rey de España y el Cristianísimo de Francia, á tres de Abril del año de mil y quinientos y cincuenta y nueve; deseando frey Juan de Valleta, gran Maestre de Malta, echar de Tripol y de otros lugares de Berbería á Drogut, famoso corsario, el cual dende allí hacía grandes robos y daños en todas las islas y riberas del mar Mediterráneo, lo trató con don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, Virey y Capitan general en el reino de Sicilia, y todos dos escribieron á su Majestad sobre ello, ofreciendo el gran Maestre cierto número de gente y galeras: y porque á la sazon se hallaba en España, por Embajador de la Religion, el comendador Guimaran, le cometieron que de parte de todos

lo solicitase, y pusiese gran diligencia hasta efectuarlo. El comendador Guimaran lo trató, y informó de la facilidad de la empresa, así por la mucha experiencia y prática que los caballeros de aquella Orden tienen en Berbería, como por la prudencia del gran Maestre y duque de Medina. Su Majestad, con el ardentísimo deseo que siempre tuvo de ensalzar y amplificar la religion cristiana y destruir los enemigos della, pospuestos los grandes y excesivos gastos de las guerras pasadas y de los que en esta se habian de hacer, mandó que esta jornada se hiciese, declarando por General de ella al duque de Medina, y por su lugarteniente á don Alvaro de Sande, coronel de la infantería española del reino de Nápoles. Escribió al gran Maestre, cómo á instancia y persuasion suya mandaba se hiciese, rogándole la guiase y encaminase con su buen juicio, como mejor conviniese al buen suceso della, y que no faltase de dar la gente que habia ofrecido. Escribió asimismo al duque de Sesa, Gobernador del Estado de Milan, y al duque de Alcalá, Virey de Nápoles, que cada uno de ellos enviasen á Sicilia al duque de Medina dos mil españoles; á don Alvaro de Sande que fuese por coronel de toda la infantería espa-

ñola y lugarteniente del General; á don Sancho de Leiva que asistiese en el Consejo; al Príncipe Andrea de Oria (General de la mar) que con su parecer se hiciese esta empresa. Partió el comendador Guimaran de la Córte con estos despachos, y habiendo de camino hablado al Príncipe Doria en Génova, al duque de Sesa en Milan y á don Alvaro de Sande en Pavía, llegó á Mecina á diez y siete de Julio del dicho año. El Príncipe Doria aprobó la empresa y escribió á Juan Andrea Doria, su sobrino y lugarteniente de la armada, que de donde quiera que se hallase fuese á servir y obedeciese al duque de Medina en aquella jornada. Hallábase entónces en Nápoles don Juan de Mendoza con las galeras de España, con el cual el duque de Medina procuró por medios de Juan Andrea fuese con él á la jornada, pero él se excusó diciendo que tenía órden expresa de su Majestad de volver á España, y así se partió.

El duque de Medina procuraba de proveerse de municiones, artillería, gente y dineros, y entretanto escribió á don Alvaro de Sande, que ya era ido á Milan, que levantase dos mil y quinientos italianos y dos mil tudescos de los que el duque de Sesa despedia, y que ellos y los

dos mil españoles de Lombardía los llevase con presteza á Génova. Mientras el correo iba de Mecina á Milan, don Alvaro se habia partido de Milan á Mecina, á tratar con el duque de Medina sobre las cosas importantes á la jornada; y despues que entre ellos las hubieron concertado se tornó á Lombardía, y luégo hizo dos mil y quinientos italianos, soldados viejos y bien armados, entre los cuales habia algunos franceses. Los tudescos eran ya despedidos y la mayor parte de ellos pasados en Alemania; de los que habian quedado don Alvaro los recogió y hizo de ellos tres compañías, dando cargo de ellas al capitan Estefano Leopat, y con mucha brevedad hizo que ellos y los italianos caminasen la vuelta de Génova. A esta sazon llegó á Milan la nueva de la muerte de Enrique, rey de Francia, y sospechando el duque de Sesa que podria ser causa de algunas novedades ó revoluciones, no quiso por entonces dar la gente que se le habia mandado, hasta que vió que los capítulos de las paces se observaban, y la restitucion de las cosas capituladas se proseguia; y en teniendo desto seguridad dió órden que Miguel de Barahona fuese por Maestre de campo de los dos mil españoles, y marchasen la vía de Génova con de-

terminacion de pagarles allí todo lo que se les debiese. El duque de Medina expidió de nuevo coroneles que hiciesen gente en el reino de Nápoles, y dió cargo á Quirico Espínola de siete compañías, á Hipólito Malaespina de dos, y á Scipion de la Tolfa de tres: hiciéronse estas doce compañías de la mayor parte de los soldados foragidos y bandoleros, y en Sicilia hicieron otros capitanes otras doce.

El General de la empresa envió á pedir al duque de Alcalá los dos mil españoles, pero él no dió por entónces sino quinientos, que estaban alojados en tierra de Labor, diciendo que la armada turquesca estaba en la Belona, muy cercana á las tierras de Pulla, que las podia fácilmente saquear y destruir si las hallaba desproveidas de gente, prometiendo, que como la armada se retirase, enviaria los otros mil y quinientos, como despues lo hizo. Entretanto que la gente se juntaba mandó el duque de Medina entretener y pagar todas las naos que se hallasen en Génova y Sicilia, para embarcar artillería, municiones y gente y otras cosas necesarias á la empresa. Fué Juan Andrea, por órden del General, á Génova, con sus galeras, para llevar á Sicilia, en ellas y en las naos que se habian entretenido, toda la gente

que don Alvaro habia enviado de Milan, y halló que el embajador Gomez Suarez de Figueroa, viendo que el duque de Sesa dilataba el dar la gente española, habia despedido las naos, y á esta causa la gente estaba alojada en algunos lugares de la ribera de Génova, donde se habia tomado muestra á todos y dado á los tudescos y italianos una paga; y porque á los españoles no se les pagaba todo lo que se les debia, y asimismo porque el duque de Sesa habia mandado que no se les pagasen las ventajas, se amotinaron en Sestre de Poniente, y hirieron al capitan Antonio de Mercado sobre quererlos concertar, y tomando una bandera se volvian la vuelta de Lombardía. El capitan don Alvaro de Sande Figueroa y don Lorenzo de Figueroa fueron, con mucha diligencia, y los acordaron y hicieron volver á Sestre, donde les dieron cuatro pagas, y se embarcaron en las galeras, y los alemanes en la nao imperial, y la infantería italiana se embarcó en otras naos; una de las cuales llamada la *Espínola,* donde habia mil y trecientos hombres, dió al través, estando surta á la boca del puerto, y de muchos soldados que se echaron á la mar, unos perdieron la ropa, otros las armas y otros las vidas; de manera que fué necesario

desembarazar del todo la nao y aderezarla, causa de prolongar la navegacion. Don Alvaro de Sande usó tanta diligencia que en breve se aderezó, y se tornaron todos á embarcar, y, habiendo enviado adelante las demás naos y galeras, quedó él allí con dos para acabar de dar órden del todo en aquella nao, y con todo esto llegó él ántes que las otras galeras á Mecina, adonde ya don Sancho de Leiva habia llevado los quinientos infantes de Nápoles. Hízose una compañía de algunos tudescos que se hallaban en Sicilia, y dióla el Duque al capitan Estéfano Leopat, que habia llevado las otras tres de Lombardía. Hizo el Duque á don Luis Ossorio Maestre de campo del tercio de Sicilia, á Andrea Gonzaga Coronel de los italianos que se hicieron en Lombardía, y Maestre de campo de toda la infantería italiana, y á Bernardo de Aldana General de la artillería, de que se llevaba buen número, así de Nápoles como de Sicilia, cañones de batir, culebrinas, medios cañones y treinta piezas de campaña, y todas municiones para ella necesarias. Proveyóse de un copioso hospital, y por administrador dél al Obispo de Mallorca. El gran Maestre tenía en órden cuatrocientos caballeros de la Religion, y quinientos arcabuceros que se ha-

bian hecho en el reino de Nápoles, y algunos malteses, y hizo General de todos ellos al gran Comendador Carlo de Tixeres.

En este tiempo se enviaron dos fragatas á tomar lengua á Berbería, y de una de ellas, que tomó Drogut, supo el aparato que se hacía para Tripol, y luégo lo reforzó con dos mil hombres de guerra más de los que habia; y, por si fuesen necesarios en aquella jornada alguna caballería, mandó el Duque hacer en Sicilia una compañía de caballos ligeros de hasta cien celadas, griegos y españoles. Tomóse en Mecina muestra á toda la gente y en banderas de españoles (1) y de italianos treinta y cinco, y cuatro de tudescos, y dos de franceses, se hallaron catorce mil hombres lucidos y bien armados. Habia en la armada veinte y ocho naos gruesas, dos galeones, doce escorchapines y gripos, siete bergantines y diez y seis fragatas. Llevaba Juan Andrea trece galeras, don Sancho de Leiva siete de Nápoles, Scipion Doria cinco de Antonio Doria, su padre; don Berenguel de Requesens diez de Sicilia, en las cuales se incluian dos del marqués de Terranova, dos del señor de Monago, y dos de Cigala; Flaminio de Languilara

(1) En blanco el número.

llevaba cuatro galeras de la Iglesia, Nicolao Gentil cuatro del duque de Florencia. El gran Comendador Carlo de Tixeres cinco galeras y una galeota de la Religion. Habia dos galeotas del duque de Medina, una de Bendinelo Sauli, otra de don Luis Osorio y otra de Federico Stait: de manera que eran entre galeras y galeotas cincuenta y cuatro. El Duque ponia gran diligencia en abreviar la partida, y hizo embarcar la artillería, municiones y vituallas para cuatro meses á treinta mil hombres, ordenando á las tierras marítimas de Sicilia que de nuevo hiciesen provision de toda suerte de vituallas. Dejó por su lugarteniente en aquel Reino á Fernando de Silva, marqués de Favara; mandó embarcar á los españoles en las galeras, y los demás en las naos, de las cuales iba por General Andrea Gonzaga, y capitana la *Fornara*, llamada la Imperial.

Con este órden partió el Duque de Mecina, y cuando llegó con las galeras á Zaragoza, halló que ya todas las naos estaban juntas en el puerto. No pudo la armada partir de allí en algunos dias, aunque muchas veces lo intentaron, porque se ha de salir del puerto con vientos, que despues para aquella navegacion eran con-

trarios. Entretanto unos soldados se enfermaban, otros morian y otros se huian: y no se podia evitar, aunque se puso mucha diligencia en remediarlo. A primeros de Setiembre, viendo el tiempo favorable, las galeras remolcaron las naos fuera del puerto, con intento de pasar de largo si el tiempo les ayudaba hasta el Seco de Palo, que está (1) millas de Tripol. Las galeras partieron despues de media noche siguiendo el viaje de las naos, que ya iban delante. Las naos llegaron hasta cabo Pájaro, y no pudiendo pasar adelante por el viento contrario, tornaron al puerto de Zaragoza, donde la gente tornó á enfermar y morir más que de primero, y aunque el hospital no estaba asentado (por estar la armada cada hora de partida) los enfermos se curaron en el hospital de la ciudad y en otras casas que para ello se diputaron, dándoles cumplidamente todo lo que habian menester. Habian ya las galeras pasado muy adelante de cabo Pájaro, cuando vieron que las naos tornaban atrás, y así por esto, como porque se creyó que el tiempo se acomodaria de suerte que en breve pudiesen tornar á seguirlas, pasaron adelante y llegaron á Malta, don-

(1) En blanco.

de el Duque fué recibido del gran Maestre y de los caballeros de la Religion con mucha fiesta y alegría. Aposentó el Maestre en su casa al duque de Medina y á don Alvaro de Sande, regalándolos con más diversidades de viandas y manjares que la esterilidad de la tierra permite. En llegando el Duque á Malta envió al comendador Guimaran á Zaragoza con veinte y dos galeras que sacasen las naos del puerto, y con él á don Pedro Velazquez, comisario general, para que de nuevo proveyese las galeras de vituallas. Mientras el Duque estuvo en Malta llegaron allí tres naos con hasta mil infantes españoles del reino de Nápoles, gente plática y lucida. Llegó Guimaran á Zaragoza á los veinte y cinco de Diciembre, y halló que algunas naos se habian ya salido del puerto, y las que habian quedado las sacó con las galeras, y por todo aquel mes estuvieron las más dellas en Malta, y dos que no pudieron aferrar la isla tornaron á cabo Pájaro y con ellas el galeon de Cigala, donde iba la compañía de don Lope de Figueroa, que era de sicilianos foragidos, los cuales se amotinaron y saquearon el galeon. Llegó allí una de las tres naos, que, como se ha dicho, llevaban los mil españoles de Nápoles, y el capitan Hartacho, que iba

con su compañía en ella fué al galeon y entretuvo hasta treinta soldados que no se habian podido desembarcar, y ahorcaron tres de ellos, y los demás echaron en galera al remo. Amotináronse tambien otra compañía de sicilianos en cabo Pájaro, que estaba en una de las otras dos naos que habian vuelto con el galeon, y habiendo desbalijado y maltratado á su Capitan saltaron todos en tierra y se huyeron. Con todas estas desgracias, el galeon y las otras dos naos llegaron á Malta á los diez de Enero de mil quinientos y sesenta.

Mandó el Duque desembarcar la gente y curar los enfermos, y se les dió un socorro de paño y dineros; el hospital se asentó, y en él y en el de la Religion se puso gran diligencia y cuidado en curar los enfermos, pero era tanta la inficion de aquellas naos, que cada dia morian muchos, y ya entre idos y muertos faltaban tres mil hombres. A esta causa envió el Duque á don Cárlos Rufo, á Hipólito Malaespina y á Marcelo Doria, á hacer dos mil infantes al reino de Nápoles, ordenándoles que con ellos fuesen á buscarle con presteza donde quiera que estuviesen. De los franceses qne habian ido con los italianos de Lombardía se hicieron dos compañías

y se dieron al Coronel Pedro de Lomas y á Bernardino de la Pujada, caballero de la Religion. El comendador Guimaran se detuvo con las veinte y dos galeras algunos dias en Zaragoza, por mal tiempo, hasta los veinte de Enero que llegó á Malta. El Duque mandó embarcar toda la gente y apercibir la armada, y, en abonanzando un poco, ordenó que las naos hiciesen vela la vuelta del Seco de Palo y él se partió con las galeras á la prima guardia (salvo ocho de ellas que dejó allí por algunos impedimentos) y fué al Seco del Beito, donde estuvo hasta los catorce de Febrero, y el mismo dia llegaron las galeras á los Gelbes por la parte de la Roqueta, y desde allí descubrieron dos naos, y por ir á tomarlas se detuvo allí la armada aquel dia; la una estaba cargada de lino y endico (con que se hace el color azul), y la otra de miel y barraganes: la gente de ellas habia saltado toda en tierra, y así no se pudo tomar hombre dentro. Más adelante, junto al puente que pasa de la isla á tierra firme, se descubrieron dos bajeles de remos surtos; el Duque envió luego á decir á Juan Andrea que mandase á don Sancho de Leiva que fuese á tomarlos ó á ponerlos fuego, porque habiendo de pasar adelante serian causa de gran

daño á las barcas y bajeles que seguian la armada con vituallas. Juan Andrea estaba malo en la cámara de popa, y desde la cama envió á decir á don Sancho lo que el Duque mandaba, pero el que se lo fué á decir se detuvo en otras cosas, de manera que cuando llegó con el mandato á don Sancho, y él lo quiso hacer, ya los turcos habian sacado la artillería y acomodádola de modo que el tomarlos era muy peligroso y incierto, aunque fuera sobre ellos toda la armada, y si se hubiera hecho cuando el Duque lo mandó, con facilidad se hubieran tomado. Determinóse de hacer agua el dia siguiente, y por poderla hacer con más seguridad ordenó el Duque á don Alvaro de Sande que hiciese apercibir la gente, y luégo las galeras fueron á dar fondo junto donde dicen la Roqueta. Don Alvaro hizo avisar á todos los capitanes que iban en las galeras, que en arbolando la Real una banderola por media popa, cada uno de ellos se embarcase en el esquife con los sargentos de sus compañías y cada doce arcabuceros y otros tantos piqueros; y en viendo que don Alvaro iba á tierra con un estandarcillo en la mano, todos le siguiesen, y tornasen luégo los esquifes, desembarcados, para los alféreces y la demás gente. Don Alvaro

tomó en su fragata á todos los sargentos mayores, y en llegando á tierra hizo un escuadroncillo de toda la gente de la primera barcada. El Duque salió de allí á poco á tierra, y, como la gente estuvo toda junta, se formó el escuadron, el cual tenía la frente á Poniente y las espaldas á la marina de Levante, y así marcharon hasta una montañuela que señoreaba los pozos del agua, y allí se hizo alto. Hiciéronse cuatro cuerpos de la arcabucería que sobró despues de guarnecido el escuadron; con el uno puso don Alvaro al capitan Gregorio Ruiz, en unos jardines en frente de donde se hacía la aguada; á la mano derecha del escuadron, doscientos pasos dél, puso otro cuerpo de picas, mandándoles que si la gente de Gregorio Ruiz se viniese retirando la recogiesen y se juntasen con ella, de suerte que todos juntos pudiesen llegar al escuadron sin daño, aunque cargase toda la gente de la isla; á la mano izquierda, trescientos pasos del escuadron, puso al Maestre de campo Barahona con otro cuerpo de arcabuceros, y á don Alvaro de Sande, su sobrino, con otro en la frente del escuadron, doscientos pasos adelante. Estos cuatro cuerpos se podian socorrer los unos á los otros, y el escuadron á todos; así que los

que hacian el agua estaban muy seguros.

Cuando nuestra gente desembarcaba se comenzó á descubrir alguna caballería de la isla, y, como el dia fué claro, se vieron tres estandartes con hasta cuatrocientos caballos, y tres mil infantes, muchos de ellos escopeteros, con unas escopetas tan largas, que alcanzaban á quinientos pasos. Trabaron una escaramuza lenta, con algunos soldados que andaban desmandados por órden, y como la gente crecia se iba calentando. Los escopeteros venian con el favor de sus caballos á tirar á las mangas de nuestro escuadron, y en cargando sobre ellos se tornaban á retirar, y desta manera jamás se pudo tomar hombre de ellos vivo, aunque por lo mucho que se deseaba, hizo don Alvaro cargar dos veces una banda de arcabuceros, y otros soldados armados. Don Alvaro fué herido de un arcabuzazo en un lado andando retirando la gente, y por hacer poco caso dello al principio le puso despues en peligro. Yendo herido encontró al Duque, que llevaba gente para reforzar la escaramuza, y preguntóle cómo se hallaba; él le respondió que su mal era poco, y que le pesaba mucho de ver á su Excelencia por allí, porque un arcabuzazo desgraciado podia hacer mucho daño, y que mirase,

que en un General ha de poder más la razon que el ánimo. El capitan don Alvaro de Sande y Quirico Espínola dieron una buena carga á los enemigos, y mataron y hirieron algunos de ellos, pero no se pudo haber alguno vivo. La caballería embistió algunas veces los que hacian el agua, pero por todas partes hallaron proveido el remedio. Venian ciertos moros á pié por la marina, casi el pecho por tierra, á romper un cuerpo de guardia que estaba en unas viñas, á los cuales el capitan Antònio de Olivera con algunos soldados dió una buena mano, pero tampoco pudo tomar ninguno vivo; retirándose las mangas al escuadron, los caballos cargaron sobre ellos, y les dieron una buena rociada, y en haciéndoles rostro tornaba á retirarse: hirieron algunos soldados en el escuadron, y fuera dél al capitan Pedro de Aguayo en un brazo. El Duque hizo embarcar toda la gente, dos horas ántes que el sol se pusiese, y en siendo de noche envió una fragata, que echase gente en tierra y procurase de tomar lengua, pero no se pudo ni áun acostarse á tierra, porque toda aquella noche tuvieron los turcos grandísima guardia en la marina, porque los de la isla no avisasen á los cristianos de lo que

pasaba, que segun despues se supo estaba allí Drogut, y la mitad de la isla en arma contra él, que si se supiera no podia escaparse, porque tomándole el paso de tierra firme, no tenía por donde huir, y tomado él, fácilmente se tomara Tripol; pues irse por la mar tampoco podia, porque no tenía otros bajeles sino aquellos de remos, que como se ha dicho estaban á la boca de la Cantara, los cuales fueron despues causa de grandísimo daño y pérdida á la Cristiandad, como abajo se dirá, lo cual se evitara si cuando el Duque lo mandó los tomaran; y hallaran en ellos mucha riqueza, porque estaban cargados de joyas de oro, piezas de seda y paños finos, y dineros y otras cosas, que Drogut enviaba á presentar al Gran Turco y á algunos Bajaes.

Al alba del dia siguiente el Duque fué con la armada al Seco de Palo, y dos dias despues llegaron á la Roqueta, donde ella habia hecho agua, las ocho galeras que habian quedado en Malta, y conociendo que la armada habia hecho agua en aquellos pozos, quisieron ellas tambien hacerla para ir despues á buscar al General. Desembarcaron veinticinco arcabuceros y diez piqueros por compañía, y, hecho un escuadron de ellos,

hicieron el agua sin daño ni impedimento, aunque se presentaron por allí algunos moros; y despues se pudieron embarcar á su salvo, pero hubo en las cabezas mal gobierno, porque hicieron embarcar los piqueros y algunos arcabuceros, quedando los capitanes con poca gente, por cortesías y ceremonias sobre quién se habia de embarcar primero; y como los moros vieron la poca gente que en tierra quedaba, dieron sobre ellos tratándolos malamente. Las galeras que hasta entónces habian hecho espaldas con la artillería, se partieron de allí, y fueron á una puente poco distante, creyendo que los nuestros como las viesen ir se irian hácia ellas, y se podrian embarcar con la comodidad del buen sitio. Los moros que vieron partidas las galeras (por cuya causa habian estado hasta entónces con un poco de respeto y temor) cargaron con tanta fuerza sobre los españoles, que, aunque ellos se defendieron valerosísimamente, los rompieron y mataron muchos de ellos, y tomaban pocos en prision por no perdonarles las vidas. Uno de los prisioneros fué el capitan Pero Bermudez. Murieron el capitan Adrian García, don Alonso de Guzman, Pedro Vanegas de los Rios, y Francisco de Mercado, y otros soldados

particulares, que serian en todos ciento cincuenta. Despues de esto aquellas ocho galeras fueron al Seco de Palo, donde hallaron las demás, y sabido en ellas el mal suceso, pesó mucho á todos, mayormente habiendo sido por su mal gobierno, y que no tenian mucha necesidad del agua porque la habian hecho poco habia en la Lampadosa. Cuando el Duque llegó al Seco de Palo halló allí algunas naos, y otras que venian, como se les habia ordenado. Sacábase allí agua de una isleta de arena, que se hace dentro en la mar, pero era gruesa y malsana. Estaban en Zuara, que es veinte millas del Seco, algunos alarbes, que llaman Mahamidas, enemigos de turcos, y, en descubriendo nuestras galeras, vinieron á hablar al General, y de un moro gelvino, que venía entre ellos, se supo como Drogut estaba en los Gelves con ochocientos caballos turcos; pasando pocos dias despues una fragata de la Religion junto á tierra vió pasar la caballería turquesca, y dos renegados, que iban cerca de la marina, dijeron al patron de ella como iba entre aquellos caballos Drogut, y que se maravillaban mucho que nuestra armada no hubiese tomado aquellas dos galeras, que estaban en la Cantara porque en ellas habia ido Luchali, renegado cala-

brés, de parte de Drogut á pedir la armada al Gran Turco para echar de allí los cristianos. Este patron lo dijo al gran Comendador, y él á Juan Andrea y al Duque, al cual pesó grandemente de no haber sabido que Drogut estuviese allí, y mucho más de que aquellas galeras no se hubiesen quemado, como él mandó. Estando la armada en el Seco, encalló la nave Imperial, donde se perdieron muchas municiones y vituallas, y por salvar la artillería, y lo que más se pudiese, fué forzado que se detuviesen algunos dias. Nombróse por capitana de las naos el galeon de Zigala. Estuvo la armada quince dias en el Seco, por no tener tiempo para ir á Tripol, y entretanto la gente enfermaba, y muchos morian á causa de la mala agua y de los trabajos de la navegacion y de la poca salud con que partieron de Malta; y crecia de manera, que el Duque mandó juntar el consejo para tomar la mejor resolucion de lo que se debia hacer, y por estar Juan Andrea enfermo enviaba su parecer con Plinio Thomachelo, boloñés.

Hízose el primer consejo en la capitana del Papa, en el cual unos fueron de parecer, que, pues no hacía tiempo para ir á Tripol, la armada se tornase á Malta ó á Sicilia; otros, que se esperase hasta

ir á Tripol, no considerando el notable daño y continuas muertes de los soldados; otros, que, pues la gente que se habia enviado á hacer á Nápoles se habia de esperar, y sin ella no se podia hacer la jornada, y que el estar allí era destruccion de la gente, y se sabía claramente que por la mala agua y aire malsano de aquella tierra las enfermedades crecian, fuesen á los Gelbes á aguardar la gente que se esperaba, pues no se alargaba el viaje de Tripol sino ochenta millas, porque si la isla hallasen amiga, sería de grande utilidad, y, cuando no, pondrian en posesion al Xeque, y á lo ménos aquella parte dejarian amiga y á la devocion de su Majestad, que sería de grande importancia para que los bajeles que por allí aportasen fuesen siguros. Por la mucha diversidad de pareceres, no se resolvió en aquel consejo cosa alguna. El Duque encomendó á todos, que cada uno considerase bien lo que más conviniese al servicio de Dios y de su Majestad y bien de la empresa, y que el otro dia siguiente se juntasen en la Real, donde el consejo se concluiria. Hizo entónces el Duque llamar al Xeque de los Mahamidas, y por más obligarle á la amistad que á los cristianos habia ofrecido, le mandó dar

algunas cosas, de que mostró estar muy satisfecho y amigo nuestro perpétuo, y hizo traer á vender carne y otros refrescos para la armada. Ordenó el Duque al Xeque que se fuese á los Gelbes con sus alarbes, y guardasen el paso de tierra firme, de manera que no dejasen entrar ni salir en la isla persona alguna, y tuviesen por amigo al Xeque y los suyos, prometiéndoles de darles sus pagas como hubiesen jurado fidelidad. El consejo se juntó el dia siguiente en la galera Real, como se habia ordenado, en el cual todos fueron de acuerdo y parecer que la jornada se acabase, pues esta era la voluntad de su Majestad, pero que atento al notorio daño que la gente padecia, en afirmándose el tiempo, siguiesen á donde más favorable les fuese, para Tripol ó los Gelbes, y si se pudiese ir á Tripol, sin más esperar se fuesen, y si no volviesen á los Gelbes, donde se esperase la infantería que se hacía en Nápoles y Sicilia, y una galera y dos galeotas y algunas naos, que faltaban por no haber podido aferrar el Seco; con esta determinacion el consejo se concluyó, y luégo se mandaron apercibir las naos. Aquella noche hacía la luna la conjuncion, y el viento se afirmó en Xaloque levante, que es la travesía de

Tripol, que al parecer de los marineros duraria algunos dias; y á esta causa la armada fué á los Gelbes, y á dos de Marzo llegó á la isla, por aquella parte donde dicen Cabo de Valgualsura, á la parte de poniente del castillo.

Siendo el Duque informado de un caralla, turco, de Juan Andrea, que dos millas del castillo habia once pozos de agua dulce (lo cual confirmaron algunos cristianos que habian sido esclavos en aquella tierra), mandó que la gente se desembarcase seis millas más adelante, hácia poniente, así por ser mejor el desembarcadero, como porque la campaña era larga y espaciosa, y la gente podia marchar en escuadron hasta los pozos, y desta suerte se evitaban algunos inconvenientes que en otra parte pudieran suceder. Murió aquel dia el capitan don Alvaro de Sande Figueroa, de calenturas, de cuya muerte mostraron todos gran dolor y sentimiento, especialmente don Alvaro de Sande, su tio, y todos sus parientes y amigos, por ser muy bien quisto no solo entre la nacion española, pero entre todas las demás que le conocian; fué siempre en el hablar humilde, en el ánimo valeroso, y en el arte de la guerra muy experimentado, de manera

que, si en tan tierna edad no acabara el curso de su vida, sin duda le pusieran sus obras en aquella gloria que suelen gozar los que, mediante su propia virtud, vienen á conseguir lo que en la milicia desean. A siete de Marzo desembarcó don Alvaro con el ejército con la misma órden que cuando se hizo la aguada en la Roqueta, y sacaron algunas piezas de campaña; el Duque quedó solicitando que se acabasen de desembarcar todas las municiones y vituallas y otras cosas necesarias. Viendo don Alvaro que cuando acabaron de desembarcar no quedaba tiempo para llegar á los pozos, y que el no haber visto aquel dia moro ninguno era señal de enemistad, y, segun buena razon, si habian de darnos la batalla habia de ser al tiempo del alojar, por lo cual el llegar tarde al alojamiento era peligroso, envió á decir al Duque que si á su Excelencia parecia no se pasase por entónces más adelante, y que sacasen de las naos alguna agua para aquella noche á la gente, que comida no era menester porque cada uno la habia sacado para dos dias. Al Duque pareció bien el consejo de don Alvaro, y ordenó que se hiciese ansí, pero, aunque mandó que el agua se llevase, no se hizo, porque los esquifes y fragatas es-

taban ocupados en desembarcar otras cosas, y así el campo padeció necesidad, porque, aunque se hicieron algunos pozos, no se pudo hallar agua, salvo en uno donde habia poca y mala; y fué de gran socorro un poco de agua llovediza que se halló en algunas balsillas, aunque la alcanzaron pocos. Don Alvaro mandó hacer tres escuadrones, uno de la infantería española, otro de la italiana y otro de la gente de la Religion y de las compañías de tudescos y franceses, y, despues de repartidos los cuarteles y todos alojados, se echó bando que so pena de la vida ninguno saliese de su cuartel. Aquella noche envió el Xeque dos moros á decir al Duque que sus vasallos le habian ya recibido por su Señor, y que él queria ser amigo y súbdito de su Majestad, que le suplicaba se embarcase luégo con el ejército y se fuese á la Roqueta, que allí le haria proveer de algunos refrescos y tratarian lo que conviniese á la ida de Tripol, y que no hiciese otra cosa, porque los moros se pornian en arma y él no sería parte para estorbar alguna desórden. El Duque despidió á los moros á la mañana, y envió á decir al Xeque que él habia determinado á la vuelta de Tripol de meterlo en posesion del estado (como don

Alonso de la Cueva, General de la Goleta se lo habia prometido), y que, por haber hecho viento contrario para pasar adelante, habia venido allí con la armada con intento de hacer entónces lo que pensó hacer despues; y que ya, pues se hallaba allí, y él era pacífico señor de la isla, queria ir á los pozos que están hácia el castillo á hacer provision de agua, carnes y otras cosas, por sus dineros, entretanto que él y los moros, sus vasallos, juraban la fidelidad, que ofrecian á su Majestad, y se tornaria á embarcar como se acabase de concluir.

Habíase venido aquella misma noche á nuestro campo un esclavo cristiano, y dijo como todos los moros de la isla y algunos turcos estaban una milla del castillo en arma, para dar sobre los cristianos. En partiéndose los Embajadores del Xeque tocaron en nuestro campo á recoger, y puestos los escuadrones en órden comenzaron á caminar. Llevaba la vanguardia el gran Comendador con la gente de la Religion y franceses y tudescos, que serian dos mil hombres; la batalla Andrea Gonzaga con tres mil italianos, y la retoguardia los españoles, que podian ser tres mil y quinientos. Despues de guarnecido el escuadron se hicieron dos

mangas de la arcabucería que habia quedado, de á trescientos hombres cada una, y llevábanlas á cargo tres capitanes; la una manga iba á la (1) de tierra, y la otra marina á marina, y entre ésta y los escuadrones el bagaje: la campaña era ancha y llana, y desta manera caminaban á placer, seguros de todas partes, sin peligro de ser acometidos á la improvista. Habia desde donde nuestra gente desembarcó á los pozos seis millas. Empantanóse en el camino una pieza de campaña, y, miéntras el campo esperaba que se sacase, el Duque ordenó á don Alvaro que fuese á ver el alojamiento y repartir los cuarteles. Don Alvaro fué con la manga de la marina, y encontró dos moros á caballo y otros dos á pié, que el uno de ellos era el Mezorar, que es, como lugarteniente del Xeque, que iban á hablar al Duque, y con unos soldados, que les dió que les acompañasen, envió á decir al Duque, que á su parecer sería bien no dejarles volver hasta que estuviesen alojados, porque tenía por cierto que no venian sino á reconocer nuestro campo, y que él caminaba junto á la marina, de suerte que toda Berbería no le podia

(1) Un blanco en el original.

impedir retirarse á los escuadrones cuando quisiese. Llegado don Alvaro á los pozos los halló ciegos de piedra y arena, salvo uno que estaba limpio, y tenía agua razonable. Reconoció el alojamiento y parecióle bueno y fuerte, y avisólo al Duque, y envióle á pedir palas y azadas, y gastadores para limpiar los pozos, y que entretanto que esto se hacía y se repartian los cuarteles á los furrieles, el campo marchase con presteza, porque era muy clara señal de guerra el no haber visto moro ninguno en todo aquel dia. El Mezorar llegó al Duque, y le dijo, de parte del Xeque, que su Excelencia le perdonase, que no habia podido venir á visitarlo por hallarse todavía algo embarazado con su gente, ofreciéndole de hacerlo como el campo llegase; y, segun se entendió, no vino á otra cosa sino á lo que don Alvaro dijo, porque los dos moros que se habian partido aquella mañana habian dicho al Xeque, que los cristianos eran pocos, y todos enfermos. Cierto en esto no andaban fuera de razon, porque todos andaban, y habian desembarcado, sin color ni figura de hombres vivos, pero vióse una cosa maravillosa, que, en dándoles el aire de tierra, tornaron todos en su color y ser natural. Como el campo

llegó cerca de los pozos hizo alto, y el Mezorar (que hasta entónces habia hecho grande instancia por volverse) tornando á pedir licencia al Duque, le dijo que enviase uno de aquellos que habian venido con él porque queria que él almorzase primero: entónces llegaron otros dos moros á decir al Duque, de parte del Xeque, que toda la isla estaba muy alegre de su venida, que le suplicaba fuese con cuatro caballos á medio camino á verse con él, que él saldria con otros tantos, que si sus moros le hubieran dejado, que él hubiera venido más delante. Como el Duque acabó de conocer el ruin intento del Xeque dejó ir al Mezorar, con el cual le envió á decir que él acababa de llegar allí y que el campo áun no estaba alojado, y que pues sus moros no le dejaban venir á hablarle, que no trabajase de venir al camino, que él lo iria á buscar hasta su casa.

Con esta respuesta se partió el Mezorar, y luégo el Duque llamó al gran Comendador, y á Andrea Gonzaga, y á otros caballeros, y dióles cuenta de lo que el Xeque le habia enviado á decir, y la respuesta que le habia enviado. Don Alvaro hizo diferir por entónces el consejo, porque dijo que á su parecer los ene-

migos habian de cargar sobre ellos al tiempo del alojar, considerando, que, como nuestro campo no habia podido hallar agua aquel dia, en llegando á los pozos se desordenarian por beber, y los romperian fácilmente; y que para asegurarse deste peligro la gente estuviese lejos del agua, y los pozos se limpiasen entretanto que se peleaba, porque ya los moros se comenzaban á descubrir. El Duque y los demás que allí se hallaron, aprobando el consejo de don Alvaro, se le cometió que ordenase los escuadrones, y ansí él mandó poner en medio el de la Religion, y á su mano derecha, á la banda de tierra, los españoles, y á la izquierda el de los italianos, y cuatrocientos pasos del de los italianos, junto á la marina, una manga de arcabuceros españoles, con que quedaba cubierto el alojamiento. Creyendo don Alvaro que como la batalla se trabase los enemigos acometerian los bagajes, que estaban en los pozos, puso la otra manga de arcabucería española un poco apartada del escuadron, hácia unos palmares, y otra manga de la arcabucería italiana y de la gente de la Religion en la frente de los escuadrones; de manera que por cualquiera parte que los enemigos acometiesen hallarian arcabucería sepa-

rada del escuadron, y tan cerca dél que no la pudiesen romper. Los moros estaban detrás de una montañuela, y tenian la cara al poniente. Nuestros escuadrones comenzaron á marchar hácia ellos para dar lugar á que se limpiasen los pozos, y se acomodase el alojamiento, porque el Duque no queria por entónces más que alojarse con reputacion, por venir la gente cansada, y haber padecido mucha sed aquel dia y la noche ántes. Viendo los moros, que, por la buena órden que habian llevado los cristianos, no les habian podido acometer en todo aquel dia, determinaron hacerlo al tiempo del alojar. Habíase adelantado el coronel Quirico Espínola, y otros soldados que le comenzaban ya á seguir, á los cuales don Alvaro envió á decir, que pues, como mal pláticos con moros, se habian desmandado, que ellos se retirarian sin aguardar que se lo mandasen. Ordenó luégo al capitan Gregorio Ruiz, que estaba con una de las mangas de españoles, que con doscientos de ellos se emboscase detrás de unas paredejas de unas viñas, que estaban por través de donde iba Quirico Espínola, porque si los moros cargasen sobre aquellos desmandados los pudiese socorrer: estando don Alvaro dando esta órden

arremetieron los moros con grandísima vocería sobre la gente de Quirico Espínola, y, aunque nuestra arcabucería hacía en ellos harto daño, no dejaron de ejecutarlos, matando y hiriendo algunos de los nuestros, y fueran muchos más, si no fuera por la gente de Gregorio Ruiz que tiraba de mampuesto y mataban muchos de los enemigos, los cuales se retiraron llevando por aquella vez lo mejor. De allí á poco, conociendo don Alvaro que querian acometer por otra parte, envió con don Pedro de Urrias á decir al Duque que él iba á hallarse con la manga de arcabuceros que estaba á la marina, porque le parecia que los enemigos la querian embestir.

Apénas habia don Alvaro acabado de decir á don Pedro estas palabras, cuando los moros acometieron aquella manga tan determinada y animosamente, que hicieron desamparar un montecillo que guardaban veinte soldados, un poco apartados de la otra gente, y siguiendo el alcance, y matando algunos de ellos, llegaron á la vanguardia de la manga, la cual comenzó á retirarse un poco; pero como entre ellos habia capitanes y oficiales y personas particulares, y veian delante de ellos á don Alvaro de Sande, cerraron con tanto

ánimo sobre los enemigos, que los pusieron en huida, y los ejecutaron un buen rato, hasta que don Alvaro les mandó hacer alto. Entre otros soldados que entónces pelearon á caballo se señaló un moro llamado Xama, que habia mucho tiempo que servia en Sicilia con sueldo del Emperador, que él sólo mató tres moros. Don Alvaro ordenó á don Luis Osorio y á don Pedro de Urrias (que ya era vuelto) que se quedasen allí hasta que la gente fuese recogida, y él se fué donde estaba el Duque, que llevaba gente para socorrer á aquella manga, y le dijo que su Excelencia podia hacerla retirar miéntras él iba á los palmares por si los moros querian embestir por allí. En partiendo don Alvaro para allá, vió que las mangas venian huyendo al escuadron, y él pasó delante de ellas, y con esto, y con ver que los escuadrones marchaban ya para socorrerlos, hizo huir los enemigos á espaldas vueltas. Aquel dia dieron al capitan Gregorio Ruiz una lanzada, de que de allí á pocos dias murió. En la retirada que hicieron los enemigos quedaron algunos de ellos muertos, y otros muchos heridos y maltratados, que serian en todos casi mil hombres; de los nuestros hubo aquel dia cuarenta muertos y otros tantos heridos.

Luégo que los moros fueron retirados se puso gran diligencia en limpiar los pozos. Mandó el Duque sacar de las naos azadas y palas y municiones de tirar, y otras cosas necesarias, y á Antonio Conde, ingeniero, que diseñase una trinchera con que los enemigos no pudiesen acometer el campo á la improvista, y púsose en ella tan buena diligencia, que el dia siguiente estaba ya acabada; sacóse asimismo de las naos comida para los soldados para tres dias, y entretanto fueron las galeras á hacer agua, que no la tenian. Dió el Duque órden á don Sancho de Leiva que en haciendo la aguada fuese con sus galeras á la Roqueta á guardar el paso de tierra firme, y que fuese con él Monreal, su secretario, á pagar la gente de los Mahamidas, y llevase consigo á Sait, moro, el cual habia sido ayo del Xeque de los Gelbes, hijo de un Xeque que mató Drogut, y dende aquel dia se habia huido á Sicilia, y entónces iba con la armada y servia de lengua muy fielmente. Fué don Sancho y Monreal y Sait, y pagaron los Mahamidas, y, viendo don Sancho que ellos guardaban aquel paso con mucha vigilancia, se tornó á la armada. El campo se detuvo en aquel alojamiento hasta que las galeras tornaron de la aguada, y

entretanto vinieron algunos moros con unas banderillas blancas, y dejábanlas hincadas cerca de nuestras centinelas con una carta en cada una; el Duque mandó que un oficial las fuese á tomar, y lo que todas ellas decian era pedir paz y ofrecerse el Xeque y la isla por vasallos de su Majestad y pagarle su tributo. El Duque no quiso que se les respondiese cosa alguna, ántes determinó de darles la batalla, y despues aceptarles como á rendidos y no de otra suerte, y con esta determinacion, en volviendo las galeras, hizo que el campo marchase la vuelta de los enemigos; los cuales enviaron luégo un moro viejo principal entre ellos, que hablaba bien en italiano, llamado Mahamet Baiaceto (que por haber sido esclavo en Pulla le llamaban el pullés), á ofrecer de parte del Xeque y de toda la isla que querian ser buenos vasallos de su Majestad y jurar la fidelidad, y que darian rehenes, y entregaron luégo el castillo. El Duque dió parte de ello á los del consejo, y todos fueron de parecer, que, pues ellos se querian rendir, se aceptasen como vasallos que se daban voluntariamente, y no esperasen á que la isla se estruiese, que no podria ser sino con alguna pérdida de los nuestros y prolongacion de la ida de

Tripol; y así se les envió á decir con el Pullés que enviasen en rehenes dos moros, que el Duque era informado que eran la cabeza de la isla, que luégo el Xeque los envió. Nuestro campo no habia aún marchado sino una milla, y volvióse luégo al alojamiento con mucho pesar de todos, porque, con el ánimo que habian cobrado en la victoria pasada, estaban todos deseosos de pelear contra aquellos infieles. Echóse luégo bando en nuestro campo que ninguno hiciese mal á los moros de la isla, porque eran ya vasallos de su Majestad; y un soldado español, llamado Ordoñez, recibió tan gran desesperacion en oirlo, que echó mano á su daga y se mató con ella.

A los 13 de Marzo envió el Duque al Maestre de campo Miguel de Barahona y á don Gerónimo de la Cerda, con sus compañías, á tomar la posesion del castillo y que quedasen de guardia en él; dende aquella hora comenzaron los moros á llevar mercancías y vituallas al campo. El dia siguiente fué el Duque á ver el castillo, y fueron con él don Alvaro de Sande, Juan Andreą Doria, el gran Comendador, Don Sancho de Leiva, Andrea Gonzaga, Flaminio de Languilara, Bernardo de Aldana, don Pedro Velazquez, don Juan de Cardo-

na, don Federico de Cardona y otros muchos caballeros principales, y visto y reconocido el sitio, despues de haberlo bien considerado, con acuerdo y determinacion de todos, se ordenó que se hiciese un fuerte que ciñese el castillo, donde se dejase un buen presidio para tener la isla sujeta, de modo que no se pudiese rebelar, como otras veces habia hecho, y dende allí se podria conquistar toda Berbería; ultra de que resultaria en grandísima utilidad de la cristiandad, quitar aquel refugio y espelunca á los muchos ladrones corsarios que dende allí salen á correr todo el mar Mediterráneo, robando los bajeles de cristianos que por él navegan y salteando las islas de Malta, de Sicilia, Cerdeña, Córcega y toda la costa de Italia, y despues tornar á la misma isla de los Gelbes á vender y distribuir las presas. Y que el hacerse allí el fuerte, más que en otra parte, tambien convenia, porque estaba dentro dél el castillo para casa de las municiones, y en él habia cisternas hechas, y el sitio era bueno, y los cimientos de peña viva, y tenian cerca de allí palmas, olivas, tierra y arena, y junto al mercado, donde concurren todos los moros de la isla y otros forasteros, á sus mercancías y contrataciones, y en este mercado habia algunos pozos de

mucha y buena agua, especialmente uno de donde el duque de Medina bebia el tiempo que allí estuvo, por cuya causa y por ser abundantísimo de agua le llamaron el pozo del Duque, y estaba más cerca del fuerte que ninguno de los otros; y en ninguna otra parte habia estas comodidades y aparejos para poderse acabar en tan breve tiempo como era menester. Y estas fueron las causas que á los romanos movieron á hacer allí aquel castillo, con el cual, y con poca gente que Drogut tenía dentro, tenía sujeta toda la isla, mayormente que se habia acordado de hacer otro pequeño fuerte en la Cantara para guardar el paso de tierra firme y tener la isla como con dos llaves.

El fuerte se trazó, y se hallaron presentes con el ingeniero don Sancho de Leyva y Bernardo de Aldana, y luégo vino el campo á alojarse en torno dél. Estaban á la parte de Levante los españoles, y á la de Poniente los itálianos, y á la de Mediodía la gente de la Religion y los alemanes. Hízose una trinchea, y en algunas casas que quedaron dentro de ella se asentó el hospital; que fué de grandísima utilidad, porque, aliende de la poca salud que la gente tenía, el aire y aguas de la tierra los probaban, de manera que cada dia

morian muchos y enfermaban más. A 19 de Marzo se comenzó á trabajar en el fuerte, y se espartió la obra por naciones: los alemanes tomaron á cargo de abrir el foso; Juan Andrea de levantar uno de los cuatro caballeros, con la gente de sus galeras; Andrea Gonzaga otro con los italianos; el gran Comendador otro con la gente de la Religion; el Duque del otro, y don Alvaro de Sande una cortina y dar priesa en toda la obra. Cada caballero llamaban del nombre del que lo hacía, y porque Juan Andrea estaba enfermo, el que estaba á su cargo tomó Quirico Espínola. Hicieron venir algunos camellos para acarrear la tierra y madera; la cual estaba tan cerca, que, con esto y con la mucha diligencia, en poco más de un mes se puso el fuerte en defensa. Como la obra se continuaba, las enfermedades crecian, y con el mucho trabajo y gran calor andaban unas fiebres y flujos de que pocos escapaban, y ansí moria cada dia mucha gente. El Duque, por no perder tiempo, hizo que, entre tanto que se atendia á la fortificacion, se desembarazase el castillo y se metiesen en él las municiones y vituallas, que habian de quedar para el fuerte. Mandó ansimismo derribar las almenas del castillo y que se terraplena-

sen dos esquinas dél, é hízose una plataforma, donde se plantó la artillería. Aderezáronse las cisternas y mandóse á las galeras que cada una de ellas echase á las cisternas cincuenta barriles de agua cada dia, sin la que por otra parte metian los esclavos de las galeras de don Berenguel, que estaba en tierra para ello; y fuera causa de señorear hoy toda Berbería, si ansí se hiciera, pero los oficiales de las galeras entendian más en meter aceite, lanas y otras mercancías, que en hacer lo que se les habia mandado, que fué causa del mal que despues sucedió.

En este tiempo el gran Maestre de Malta escribió al Duque que le enviase sus galeras y gente, porque tenía aviso que la armada turquesca estaba para salir de Constantinopla, y se hallaba la isla de Malta muy desproveida de gente y vituallas, y era menester proveerla con aquellas galeras, y ansí el gran Comendador se partió con ellas á los 8 de Abril; don Pedro de Urrías tomó á cargo de acabar el caballero que él hacía. No pasaron muchos dias que el gran Maestre tornó á enviar tres galeras con el Comendador Antonio Maldonado, con órden que se juntase con el Duque y siguiese la armada. El Duque envió á Cigala con diez galeras

por dineros y otras cosas á Sicilia, y dende á poco tiempo tornaron á los Gelbes con la gente que se habia enviado á hacer á Nápoles, y cuatro naos cargadas de vituallas y una de soldados, que por mal tiempo no habian podido llegar á la armada. Mandóse luégo desembarcar las vituallas de las naos, pero tampoco se hizo, como el meter del agua en las cisternas. Vino entónces el Rey del Caruan á visitar al Duque, el cual lo recibió muy honradamente. El Xeque de la isla nunca le visitó sino una vez que vino al mercado, que es media milla del castillo, donde trataron las capitulaciones, y se concertó que pagasen cada un año á su Majestad seis mil escudos y cuatro avestruces, cuatro gacelas, cuatro neblis y un camello. Y estando ya señalado el dia, que se habian de concluir y hacer las escrituras y juramento, aconteció que yendo un soldado por el mercado tomó un albarcoque de los que un moro vendia, con intencion de comprarle de ellos; el moro echó mano á la cimitarra y le mató: sobre lo cual hubo un grandísimo rumor y alboroto, porque en nuestro campo se tocó arma, y los soldados saquearon el mercado y mataron muchos moros, y otros tomaron en prision, y ellos algunos de los nuestros.

El Duque mandó luégo soltar los presos y volverles todo lo que les habian quitado; el Xeque hizo justiciar al moro que fué causa de la revuelta. A 5 de Mayo envió el Duque á Monreal, su secretario, con muchos caballeros, al lugar diputado, á tomar el juramento al Xeque y los moros de la isla, los cuales juraron sobre su alcorán de ser buenos y leales vasallos de su Majestad y de pagarle el dicho tributo, y tomaron el estandarte real y le levantaron en alto tres veces, dejando el que tenian de Drogut, y de todo ello hicieron instrumentos públicos con sus firmas y sellos. El Duque hizo derramar entre los moros algunas monedas de oro y plata de diversas estampas, y por animarlos al cumplimiento les perdonó los seis mil ducados del primer año.

Deseando el Duque abreviar y concluir las cosas más necesarias, hizo poner tal diligencia en el fuerte, que á los 23 de Abril estaba ya en defensa; señaló hasta dos mil hombres para que quedasen en él, españoles, italianos y tudescos, y por Gobernador al Maestre de campo Miguel de Barahona y su lugarteniente el capitan Antonio de Olivera. Mandó quedar allí la compañía de caballos, y por capitan de ella Bernardo de Quirós; señaló otros

oficiales de la artillería y municiones: quedaron artilleros, carpinteros, herreros y muchos gastadores. Desde aquel dia se pudieran embarcar los demás, porque ya no se trabajaba sino poco, y esto por los que habian de quedarse, los cuales metian fagina, municiones y otras cosas. El Duque mandó que la gente se embarcase luégo, pero los marineros lo hacian bien de espacio, porque traian los esquifes y barcas embarazados en meter sus mercancías. A los 7 de Mayo estaba embarcada la infantería italiana y parte de la española, y se comenzaban á embarcar los tudescos. Este dia llegó don Fernando Çapata á pedir al Duque, de parte del Virey de Nápoles, la gente que le habia enviado, diciendo que tenía aviso cierto que la armada del Turco llegaria muy presto á la costa de aquel Reino, y queria proveer algunas fuerzas y tierras marítimas importantes que estaban en mucho peligro. A 10 de Mayo recibió el Duque una letra del gran Maestre, con don Hugo de Copones, en que le avisaba como la armada turquesca se habia partido de la isla del Gozo, donde habia sabido de un patron de un gripo que tomó, de como estaba nuestra armada. El Duque fué luégo en un esquife á la galera donde Juan Andrea

estaba, á decirle lo que el Maestre le habia escrito, y don Alvaro quedó solicitando que los que habian de quedar en el fuerte se entrasen dentro, y los demás estuviesen apercibidos en la marina con sus armas para embarcarse. Juan Andrea y los capitanes de las galeras tuvieron un largo consejo, y al cabo se resolvieron que nuestras galeras partiesen luégo, porque si al alba se hallaban fuera de los Secos estarian siguras, y si aquella noche no se descubriese la armada del Turco tornarian por la gente que quedaba en la marina; y así enviaron á tierra todos los esquifes y barcas para que entre tanto se embarcase la gente y esperasen las galeras, y quedó el comendador Guimaran con una galera, en que el Duque se embarcase en despachando los negocios en que estaba ocupado en tierra. Envióse á mandar á las naos que luégo se partiesen, porque esto tambien se habia determinado en el consejo; y si las galeras se juntaran con ellas, nunca las del Turco las embistieran, porque eran treinta, y entre ellas tres galeones bien armados de artillería y alguna gente. A tres horas de noche fué el Duque á hablar á don Alvaro, y le dijo como las galeras partian con la determinacion que se ha dicho, y procu-

rando de abreviar las cosas que se habian de proveer, habló á los oficiales y soldados del fuerte, y despues de haberles dado las órdenes é instrucciones de lo que habian de hacer, y como se habian de gobernar con el Xeque y moros de la isla, les hizo un parlamento diciendo, que si él pensara que el Turco hubiera de emprender aquella fuerza, él se quedara con ellos en ella, y ansí se iba á las galeras porque sabía que todo el peligro estaba en ellas. Habló al Rey del Caruan y al Xeque, y al uno prometiéndole que procuraria con su Majestad que le pusiese en la posesion de su reino, y al otro rogándole que se conservase con buena paz y amistad con los españoles que allí quedaban, dejó á todos dos muy contentos y satisfechos.

Los esquifes y barcas de nuestras galeras fueron á la marina, y, despues que la gente se hubo embarcado en ellas, se embarcaron el Duque y don Alvaro en una fragata, donde estuvieron más de una hora esperando la galera que tenía Guimaran; Guimaran anduvo en una fragata buscando al Duque, y, como la noche hacía oscura, no le pudo descubrir hasta que ya casi al alba, que el Duque iba hácia la galera, vió que la armada turquesca se descubria, y comenzó á hacer de señas al

Duque que se tornase á tierra. Estaba aquella noche Scipion Doria á la guardia de nuestras galeras con las suyas, y habíase apartado tan poco del cuerpo de la armada, que, cuando él descubrió la del Turco, ya todas las vian muy claramente; y en el mismo momento que las comenzó á descubrir, sin más pensar ni detenerse, se pusieron á huir con tanta desórden y confusion, que aún para huir no tenian ánimo, y ciegos, y vencidos de temor, no sabian ni veian por donde fuesen. Nuestras galeras no habian salido aquella noche de los Secos, porque cuando lo querian hacer se volvió el viento por proa, y no quisieron cansar la chusma por no saber lo que despues sería menester, creyendo que el viento amainaria. Esparciéronse nuestras galeras en un momento, cada una donde la esperanza de salvarse la guiaba; la gente se echaba á la mar, y tomaban tierra dónde más vecina la veian, pensando que toda la isla era amiga, pero saltaban (como suelen decir) de la sarten y daban en las brasas, porque los moros, que vieron nuestra armada rota y la gente vencida, incitados de la amistad natural y ayudados de la buena ocasion, mataban los que podian y tomaban en prision los que querian. El Duque envió, con

el Rey del Caruan y con el Infante de Túnez, á decir al Xeque que se acordase del juramento de amistad y vasallaje que poco ántes habia hecho, rogándole que no consintiese que sus moros hiciesen aquella desórden; ellos lo dijeron al Xeque, al cual hallaron que se aparejaba para huirse fuera de la isla, temiendo que el Bajá le castigase, y ansí el Rey y el Infante se fueron con él, y enviaron á decir al Duque que iban á recoger la gente de los Mahamidas para volver despues con ellos, y que le avisaba que no se fiase de los moros, porque, pareciéndoles que los turcos se enseñorearian de toda Berbería, determinarian seguir al vencedor y perseguir al vencido.

Don Alvaro de Sande fué por toda la marina con una banda de arcabuceros, á socorrer la gente que iba nadando á tierra, y recogió muchos de ellos, á los cuales se les dió ropa de vestir de la que habia quedado para municion en el fuerte. Estaba aquella desventurada gente con tanto temor, que nunca se les pudo quitar de los ánimos. La capitana de Juan Andrea encalló á mil pasos del fuerte, y él y sus oficiales salieron en una fragata, y apénas la habian desamparado, cuando los esclavos se alzaron con ella; siete galeras

que acertaron el canal se salvaron debajo del castillo. Cayeron aquella mañana en manos de los enemigos diez y nueve galeras: cuatro de Juan Andrea, cinco de Nápoles, dos de Sicilia, una de Monago, dos del Papa, una del marqués de Terranova, dos de Florencia, una de Antonio Doria y otra de Mario; las demás se salvaron por causa del comendador Maldonado, que no quiso entrar en el canal, aunque un piloto le ofreció de meterle en él, y se aventuró á pasar por medio de los enemigos, y ansí salió sin peligro él y las galeras que le siguieron. El Duque mandó tirar una media culebrina á ciertas galeras turquescas que estaban cerca del fuerte, y, en dándole fuego, reventó y mató diez personas de las que por allí en torno se hallaron, y á él, que estaba junto, fué gran ventura no matarlo. Con grandísimo sentimiento y dolor del miserable y desventurado espectáculo se entró el Duque en una tienda con Juan Andrea, don Alvaro de Sande y el comendador Guimaran, y, pidiéndoles su parecer de lo que debia hacer, le dijo Juan Andrea que el suyo era que su Excelencia procurase de irse á Sicilia, donde su persona era muy necesaria, que él tambien estaba determinado de partirse para avi-

sar al Príncipe Doria de aquel suceso y recoger unas galeras que habia dejado en Malta y Sicilia y Génova, y las que de allí se habian escapado. Vuelto el Duque á don Alvaro, y preguntándole qué le parecia que debia hacer, le respondió: «Vuestra Excelencia no tiene que estar penado más que ninguno de nosotros, pues si ha sido cabeza desta jornada, se ha gobernado en ella tan bien como los buenos sucesos que hasta agora habiamos tenido lo muestran; los de la mar no estaban á vuestro cargo. La fortuna no se puede tener siempre en un ser, por ser su costumbre mudanza y variacion, en lo pasado no hay remedio ninguno, y débese poner en lo porvenir. A mí me parece que vuestra Excelencia se debe ir á Sicilia, porque al tiempo que esta armada se retirase correrian gran peligro las tierras que hallase desproveidas en aquel Reino, el cual á vuestro cargo está, y ansí lo debeis guardar y defender con todas las fuerzas, como estado y patrimonio real, que lo demás que se conquista es accesorio, y como se gana se pierde. El peligro de haber de pasar por medio de la armada turquesca bien veo que es grande, pero cuanto más aquí se retardare será mayor, y será esperar que sus galeras se recojan de la caza que

van dando á las nuestras, y cierren todos los pasos por donde agora se puede salir. Tambien hay poca seguridad en la mar, habiendo de engolfarse en una fragata tan largo viaje; pero todas estas cosas se deben posponer por ir á Sicilia». Con este parecer el Duque acordó de partirse al poner del sol, y dijo á don Alvaro que se despachase y apercibiese, porque queria que se fuesen juntos.

Estuvo don Alvaro un poco suspenso, y despues dijo al Duque estas palabras: «Habiendo pensado y considerado lo que más convenga, hallo que el estar yo aquí importa mucho al servicio de su Majestad, porque la gente inútil que en el fuerte quedan son más de dos mil personas, y aunque no se podrá servir de ellos, es menester darles raciones con que se sustenten, y los soldados serán más de tres mil (aunque todos no estarán para pelear, unos por haber desembarcado sin armas, y otros por el gran miedo que han cobrado de los enemigos), y las provisiones, fuera del pan, se han hecho para tres meses á dos mil y quinientas personas, y habiéndose de repartir entre otros tantos vernán á durar mes y medio. Aliende de esto, en las cisternas se ha metido poca agua, y creo que se hallará ménos porque

el suelo es ruin y se habrá consumido la mayor parte; ansí que, para estrechar la comida y gobernar tanto número de gentes y diversidad de naciones, es menester persona de mayor cargo que el del Maestre de campo Barahona, porque podria ser que, desembarcada la gente de la armada turquesca, y viéndose el fuerte cercado y oprimido, padeciendo hambre y sed y otras necesidades, viniesen los más á forzar los ménos, é hiciesen con el Bajá algunos pactos vergonzosos; y, habiéndose de ir vuestra Excelencia, ninguno tiene la obligacion de quedar como yo, porque quedan aquí muchos capitanes y soldados que me han seguido en esta empresa y en otras muchas, y quiero que todos agora sigamos una fortuna y hagamos un mismo fin, y no me parece cosa honesta salvarme yo y dejarlos á ellos en tan manifiesto peligro. Bien sé que, si el Bajá se determina de asediarnos, no podemos dejar de perdernos pero á lo ménos entretenerlo hé de manera, que entre tanto se puedan proveer las tierras de Nápoles y Sicilia, que más necesidad tuvieren.»

El Duque se maravilló mucho que con tanta voluntad y ánimo quisiese quedar donde no podia dejar de perder la vida ó la libertad, no teniendo él más obligacion

que otros que se iban, y ansí le prometió de procurar, en llegando á Sicilia, de enviarle el socorro que pudiese, y á la hora determinada, él y Juan Andrea y otros caballeros y oficiales, se partieron en nueve fragatas, las cuales llegaron á salvamento á Malta. El gran Maestre envió luégo una fragata á don Alvaro, avisándole de la llegada del Duque, y de como de parte de aquella religion enviaba al comendador Guimaran á suplicar á su Majestad mandase á don Juan de Mendoza, que, con las galeras de España y las que de los Gelbes se habian salvado, fuesen á socorrer el fuerte, y que el Duque enviaba tambien otra persona que de su parte se lo suplicase y solicitase el negocio. Tomó con esta nueva mucho ánimo la gente del fuerte, porque veian que el socorro era fácil y lo podian hacer con cuarenta galeras; y era cosa cierta que en presentándose á vista de la armada turquesca, les era fuerza embarcar la gente de tierra para defenderla, y esto no lo osaran hacer, porque al tiempo del levantar y embarcarse no cargaran los del fuerte sobre ellos, y en lo uno ó en lo otro no podian dejar de perder gente ó galeras.

En partiéndose el Duque hizo don Alvaro recoger muchas vituallas y municio-

nes, que habian quedado en la marina, y ahondar el foso del fuerte, y hacer sus parapetos en el contraescarpe y caballeros porque la gente pudiese ir cubierta peleando. Hizo una plataforma y puso en ella algunas piezas; derribáronse algunas casas para proveerse de leña; proveyóse de fagina y de otras cosas, que se pudieron hallar, de las que habian menester.

Seis dias despues de rota nuestra armada, vino allí Drogut, por órden del Bajá, con cuatro galeras cargadas de gente, municiones, vituallas y artillería, y hizo venir por tierra quinientos caballos de Tripol. Despues de la llegada de Drogut desembarcó toda la gente de la armada y tomaron el alojamiento que nuestro campo habia tenido junto á los pozos. El Bajá Piali envió un esclavo cristiano con una carta para dar á don Alvaro, persuadiéndole le rindiese el fuerte, con muchos y aventajados partidos que le ofrecia, los cuales él no quiso oir, ni ménos ver la carta, ántes, en comenzándole á hablar en ello de parte del Bajá, quiso mandar ahorcar el mensajero, tratándole mal de palabra, jurándole que si otra vez volvia con semejantes embajadas, que le haria echar por las murallas; solo le dijo que dijese al Bajá que no pensase que le habia de suceder en

tierra lo que le habia sucedido en la mar, que le prometia, si aquella fuerza emprendia, que le haria conocer el valor de los que en ella habian quedado, con mucha vergüenza dél y de los suyos. Estando el enemigo en aquel alojamiento quiso muchas veces don Alvaro salir fuera á tentar la fortuna, y otras tantas tomó otro acuerdo y resolucion, considerando que siendo, como era, el número de los enemigos muy mayor, y estando en un alojamiento fuerte, no se haria otra cosa más de abreviarles la guerra; lo cual era dañoso, y convenia mucho entretenerlos allí todo el tiempo posible por las razones que arriba se han dicho. Cuando el Bajá tuvo junta cierta gente, que mandó llamar del Esfaques y del Caruan, y de otras partes, se vino él á alojar á tierra y hizo que el campo se acercase á media milla del fuerte; recibieron harto daño, marchando, de la artillería, que se habia puesto en la plataforma, y despues mucho más, porque con ella se les deshacian sus reparos. Travesaba un camino hondo (que estaba quinientos pasos del fuerte), casi de mar á mar, de manera que tomaba el fuerte en medio, y considerando don Alvaro que si los enemigos lo ganaban tenian la fuerza sitiada, y quedaban cubiertos de nuestra artillería, man-

dó hacer una trinchea para ir por ella á guardarle; pero no se pudo acabar, aunque se puso mucha diligencia en hacerla y puso en ella una buena guardia. Viendo asimismo el Bajá cuánto le importaba aquel camino hondo, mandó sacar otra trinchea por donde ir á ganarlo. No le impidieron del fuerte hacer aquella trinchea, porque reconoció don Alvaro que era más en perjuicio del enemigo que suyo, porque se la podian embocar con la artillería, y entre tanto que la hacian dilataban el ganar los pozos, que era la mayor importancia; y habia pensado don Alvaro, que como estuviesen más cerca del fuerte, de darles un Santiago, ansí por el daño que podia hacer en los enemigos, como porque cebándose los cristianos perdiesen el medio que les habian tomado: y con este intento dió órden á los oficiales que no dejasen salir ningun soldado á escaramuzar.

Estaban con los de la guarda de la trinchea que se ha dicho las compañías de Juan Osorio de Ulloa y don Gerónimo de Sande, por ser de arcabuceros, y ellos dos por cabeza de toda aquella gente, con los cuales los turcos cada dia escaramuzaban; acaeció un dia que cuatro capitanes de los que allí estaban, con algunos soldados,

sin órden de don Alvaro (ántes contra la que él les habia dado), salieron de la trinchea y dieron una carga á ciertos turcos que habian venido á escaramuzar, y como los turcos se rehicieron con el favor de algunos de sus caballos, que los socorrieron, dieron otra á los capitanes y á los que con ellos iban, de manera que hicieron huir á espaldas vueltas seis ó siete soldados que andaban desmandados muy adelante: quedaron desto los nuestros con tanto temor cuanto los turcos cobraron de ánimo, los cuales se vinieron por la campaña rasa, hasta meterse en el camino hondo. Estaba don Alvaro en aquella sazon con un catarro, dolor de estómago y flujo, y con todas estas indisposiciones se hizo llevar á la trinchea, y, pareciéndole que no era tiempo de castigarlos de otra manera, reprendió ásperamente los capitanes, que habian sido causa de la desórden, y animando con buenas palabras los soldados, les hizo trabar otra escaramuza para sacar los turcos, que estaban en el camino hondo, á campaña rasa; y fué en gran daño de los enemigos, porque como iban saliendo recibian mucho daño de nuestra artillería, y de unos arcabuceros que don Alvaro habia mandado poner detrás de unas peñas que habia por aquella parte. Como los

turcos hubieron ganado aquel camino hondo, y héchose fuertes en él con buen número de gente, salió una vez una manga de caballos turcos á escaramuzar con ciertos soldados que estaban de guardia á los pozos, como otras veces habian hecho; fué el capitan Gerónimo de Montesoro á socorrer unos soldados que estaban en una trinchea redonda, á manera de torreon, y reforzóse la escaramuza, en la cual se señalaron el capitan don Gerónimo de Sande y Martin de Ulloa, su alférez, y el capitan Juan Osorio de Ulloa. Andaba la escaramuza tan trabada, y caian tantos de los enemigos, que comenzó á cargar todo su campo sobre los nuestros, y ansí don Alvaro los mandó retirar. Los turcos se fueron acercando aquella tarde al pozo del Duque, y se alojaron á la parte de Levante, fortificándose en una trinchea que hicieron, dejando atrás el pozo. Haciendo esta trinchea mataba muchos de ellos nuestra artillería, pero no se les pudo impedir con todo esto, porque el número de gastadores que tenian era tan grande, ansí de la isla como de todos los esclavos de su armada, que en pensando un disinio le tenian ya puesto en obra y acabado; y desta suerte hacian tan fuertes sus reparos, que no habia cañon que los pasase.

Estando los enemigos en aquel alojamiento hicieron un bestion alto, donde plantaron dos cañones, con que batian el castillo por la parte de entre Mediodía y Levante. Confiado Drogut en aquel torreon, y creyendo que estaba el castillo como él lo habia dejado, ofreció al Bajá de tomarlo en seis dias, pero don Alvaro se reparó de manera, que le hizo faltar la palabra que le habia dado. Hiciéronse pozos en el fuerte, probando si se hallaria agua dulce, pero en ahondando un poco se topaba con la salada, que aunque pura no se podia beber, todavía, por la mucha necesidad que la gente padecia, especialmente despues de perdidos los pozos, se mezclaba con otra que algunos habian guardado, y ansí toda junta se bebia. Viendo D. Alvaro que los enemigos se alargaban en aquel alojamiento, determinó de darles un asalto y hacer del todo experiencia de los suyos; mandó que se apercibiesen quinientos soldados españoles y otros tantos italianos, y algunos piqueros alemanes bien armados, y les ordenó que, divididos en dos partes, los españoles acometiesen las trincheas de los enemigos por la parte de Levante, y despues de ganadas siguiesen la vitoria hácia Mediodía, y que los italianos acometiesen por Me-

diodia y siguiesen hácia Levante, hasta que viniesen todos á encontrarse, y que degollasen los que pudiesen, sin que se detuviesen en saquear, y que el sargento mayor, Gerónimo Piantanido, estuviese apercibido con otro buen número de gente para cargar y socorrer donde fuese necesario. Iba en la vanguardia de los españoles el capitan Galarza con doscientos arcabuceros, y detrás de ellos el capitan Antonio de Olivera con el resto; con los italianos iban algunos capitanes con la misma órden. A la hora que amanecia acometieron todos con tanto ánimo, que ganaron las trincheas y enclavaron tres piezas de artillería, y hirieron á Drogut, y el que le hirió no le mató por no conocerle, pero no siguieron más adelante, deteniéndose los soldados en saquear lo que hallaban, sin procurar de seguir la victoria hasta juntarse los unos con los otros, como se les habia ordenado. Los enemigos que al principio se habian puesto confusamente en huida, reconocida la desórden y flojedad de los nuestros, se tornaron á rehacer y dieron sobre ellos, ejecutándolos hasta el contraescarpe del foso, en el cual, y en las trincheas, ya don Alvaro habia mandado poner la gente que estaba apercibida con el sargento mayor Piantanido.

Los turcos, que habian seguido el alcance hasta el contraescarpe, se hicieron fuertes junto á él por la parte de Levante, y aunque la artillería del caballero Gonzaga hacía gran matanza en ellos, nunca se retiraron un paso atrás, hasta que el capitan Olivera y el capitan Julio Malvesin, y un caballero llamado Rodrigo de Cárdenas y otros soldados que los siguieron, cargaron sobre ellos y los hicieron huir á espaldas vueltas. Aquel dia se acabó de conocer el acobardado miedo de los nuestros, lo cual don Alvaro sintió en gran manera y hizo mucha demostracion de ello, reprehendiendo severamente á cada uno; si aquel dia se siguiera la órden que don Alvaro habia dado, cierto se puede creer que se hiciera un notable estrago en el campo de los enemigos, y los pocos que quedaran fuera necesario recogerse y dejar libre alguno de los pozos, de donde el fuerte se pudiera servir de agua. El Bajá Piali habia estado hasta este tiempo de dia en el campo y de noche en la armada, remitiendo las cosas de tierra á Drogut, á quien todos tenian mucho respeto y obediencia; avisó al Gran Señor de la vitoria pasada, y cómo tenía sitiado y batia el fuerte; envió cuatro galeras á Susa por bizcocho y otras vituallas, que el

rey de Túnez le habia ofrecido, persuadiéndole á proseguir la empresa hasta echar de allí los cristianos, prometiéndole de proveerle de todo el pan que hubiese menester. Estas mismas, y otras cosas, gente y dineros, habia enviado á ofrecer por un embajador al duque de Medina, rogándole que procurase de echar los turcos de Berbería, y en llegando la armada turquesca se olvidó desta promesa, y se la hizo al Bajá. Habiendo el Bajá dado órden á estas cosas, dejó por su lugarteniente de la armada á Cara Mustafá, visorey de Mitilen, y él se fué á alojar al campo, en el cual tenía más de catorce mil hombres: nueve mil que él habia traido y tres mil de Drugot, y dos mil que se habian salvado de nuestras galeras (de los cuales hizo el Bajá capitan á Lugiali, renegado calabrés), y los moros de la isla, sin mil y quinientos caballos alarbes y turcos. Habia en su campo once Visoreyes ó Gobernadores de provincias, y Drogut, que se intitulaba Rey del Caruan.

Como el Bajá via que la presa del castillo no era tan fácil como Drogut la habia hecho, y que hasta entónces habia perdido un buen número de gente, mandó reforzar los reparos y que ninguno saliese sin órden á escaramuzar. Determinóse de

batir el fuerte por todas partes, y tomó él á cargo de batir los dos caballeros de la Cerda y Espínola, y la cortina de entre el uno y el otro, con la gente que habia venido con el de Constantinopla; á Drogut dió cargo que batiese el caballero Gonzaga y una puerta que estaba junto á él, con la gente que él habia traido de Tripol, y á Lugiali el caballero San Juan con los que tenía á su cargo. Tentaron el fuerte por todas partes, reconociendo lo más flaco dél, y al fin se resolvieron de batir los caballeros de la Cerda y Gonzaga y la puerta dicha con diez y ocho piezas. Don Alvaro supo esto de una espía, la cual tambien le dijo que los genízaros pedian con gran instancia les dejasen dar una escalada al fuerte, y que el Bajá los entretenia hasta ver el efecto de la batería. Estando don Alvaro muy afligido, viendo que en las cisternas habia ménos agua de la que él habia pensado, y que aquella falta le habia de poner en necesidad, supo que Sebastian Pollez, siciliano, destilaria el agua de la mar de suerte que se pudiese beber, y, mandándole venir en su presencia, le ofreció de darle la mitad de su hacienda si sacase tanta agua que bastase á sustentar la gente del fuerte; hízose la prueba, y hallóse que ántes era demasia-

do dulce que nada salada. Hiciéronse diez y ocho alambiques de todas las cosas de cobre que se pudieron haber, pero no daban tanta agua como el maestro prometió, porque no daba al principio sino treinta y cuatro barriles, y despues veinte y cuatro ó veinte y cinco; todavía fué de grandísima utilidad, porque de ella y de las cisternas y de la de los pozos se hacía una mezcla con que el agua se conservaba y la gente se entretenia. Dábase á cada soldado una medida como una media azumbre de Castilla, y á la gente inútil, como mujeres y mozos, la mitad, que segun la poca agua que habia era suficiente racion; pero como todo lo que se comia eran cosas saladas, como queso, atun y tocino, y el pan masado con agua salada, padecia la gente increible necesidad, y tal que se puede afirmar no haber habido gentes en el mundo que tanto tiempo con tan poca bebida se hayan sustentado, de dia peleando y de noche trabajando, y en tierra de Berbería, donde el calor es excesivo. Y habia algunos que no comian por no haber sed, ansí que, padeciendo en lo uno y lo otro, venian á debilitarse de suerte que vivian casi contra natura; y era de grandísimo dolor y compasion ver algunos que andando caian medio muertos, y

en ayudándoles con un poco de agua, recobraban espíritu y se levantaban, mas como estaba ya vencida la virtud de la debilidad, tornaban luégo á caer y morian.

En el fuerte habian quedado ciento treinta botas de vino, y dello se dieron algunos dias á los soldados, y se guardó lo demás para los enfermos, y lo que de ello se hacía vinagre para la artillería. Siendo don Alvaro avisado que los oficiales de las compañías tomaban más raciones de agua de los soldados que tenian, y viendo que tomarles muestra era imposible sin gran peligro, dijo á los capitanes que por lo que debian al servicio de Dios y de su Majestad, y á la salvacion de sus propias vidas y libertades, les rogaba le diesen cada uno de ellos una lista del número cierto de los soldados que habia en sus compañías, prometiéndoles que si en el tomar del agua no habia fraude, él defenderia aquel fuerte contra mayor número de enemigos de los que tenian delante; otro dia le trajeron las listas con tanto número de soldados cuantas raciones tomaban. Don Sancho hizo á un sacerdote que les tomase juramento sobre un libro misal, diciéndoles que les aseguraba que tanto cuanto el agua durase po-

dian estar confiados de no perderse, pero que aunque se acabase no pensasen por eso que él se habia de rendir con ningun pacto ni concierto, por seguro y aventajado que fuese, ántes habia de salir entónces á probar la fortuna en campaña (como despues lo hizo). Los capitanes declararon en el juramento lo mismo que habian dicho sin él, y se supo despues que un capitan vendia el agua que le sobraba, habiendo dado las raciones á sus soldados; al cual don Alvaro quitó la compañía y le mandó poner en prision. Como el trabajo, flaqueza y peligro iba cada dia creciendo, comenzaban algunos soldados á pasarse á los enemigos, y en esto se fueron desvergonzando de suerte que cada dia se pasaban; en llegando á los turcos, el primero que tomaba el cristiano era suyo, y, en hartándolo de agua y fruta, á vista de los del fuerte lo echaban en galera, donde no padecia ménos trabajo, hambre, sed y otras necesidades.

El campo se iba avecinando al fuerte, haciendo un reparo, y luégo á treinta pasos dél otro, echando primero gran cantidad de fagina y tierra, de suerte que detrás de ellos estaban seguros de nuestra artillería, porque no habia cañon que los pasase. Cuando ya estuvieron tan cerca

cuanto les pareció que bastaba á su designio, hicieron dos bestiones altos y pusieron en ellos ciertas piezas con las troneras tan cubiertas, que en ninguna manera se podian embocar, de donde comenzaron á batir los caballeros de la Cerda y Gonzaga y la puerta, como la espía habia dicho, así por el daño que pensaban hacer en el fuerte, como por quitarle un pozo de junto al contraescarpe, al cual se iban acercando cuanto podian. Habia siempre tenido don Alvaro gente de guardia en una trinchea que habia hecho fuera del fuerte, por ser cosa muy necesaria é importante, hasta que una noche le fueron á decir dos capitanes que los soldados estaban tan temerosos, que querian desampararla, el cual les dijo que se volviesen á la trinchea, jurándoles que si se desamparaba que sus cabezas pagarian la falta de los soldados; y envió al Maestre de campo Geroimo Piantanido y á los sargentos mayores á reconocerla y entender el ánimo de los que la guardaban, y vieron que si los soldados estaban temerosos, algunos capitanes lo estaban más. Visto esto, don Alvaro envió á decir á todos los que estaban de guardia en aquella trinchea que primero que se dejase se habia de explanar, y que esto no

se podia hacer aquella noche, pero que como fuese de dia lo mandaria hacer, y entretanto que él iria á estar con ellos; los soldados replicaron que, si era necesario explanarse, ellos lo harian con gran brevedad, que le suplicaban les diese licencia para ello. Conociendo don Alvaro que su temor y flaqueza era tanta que si no les daba licencia para retirarse lo harian ellos sin ella, se la concedió; comenzaron luégo los soldados con gran priesa á derribar la trinchea, pero no de manera que no quedó donde, en muchas partes, quedasen los enemigos encubiertos. Queriendo don Alvaro dar otro asalto á los enemigos por la parte de Levante, que era por donde con su trinchea iban acercándose al pozo, hizo poner trescientos españoles detrás de una casa caida, y otros tantos italianos detrás de unas peñas cerca de la boca del camino hondo (de que ya se ha hecho mencion), de modo que venian á estar los unos enfrente de los otros, y tenian en medio las trincheas del enemigo. Mandó que saliesen los capitanes franceses con sus compañías y tocasen arma al campo, y se retirasen poco á poco cuando les pareciese, por en medio de las emboscadas, para que ellas tomasen las espaldas á los que viniesen ejecutándolos.

A la hora que amanecia salieron los capitanes franceses con hasta cien soldados, que habian quedado en sus compañías, y acometieron con tanto ánimo las trincheas, que toda la guardia la pusieron en huida, y cuando les pareció tiempo se comenzaron á retirar por la órden que se les habia dado. Los enemigos, que vieron que los nuestros se retiraban, cargaron sobre ellos, ejecutándolos hasta las emboscadas, y, en habiendo pocos de ellos pasado adelante, salieron los italianos y diéroles una ruciada. Los turcos en conociendo la estratagema, con grandísima ligereza volvieron atrás, tomando la campaña rasa por poder ser socorridos de su caballería, y en llegando á sus trincheas tiraban tan encubiertos, que no podian ser ofendidos, y ansí mandó don Alvaro que todos se retirasen, loando la salida y retirada que los franceses habian hecho. Si los italianos tuvieran un poco de más sufrimiento, aquel dia se hiciera una gran matanza en los enemigos, porque se habia asestado toda la artillería y mosquetes del fuerte hácia aquella parte, y no podia salir golpe de gente á socorrerlos sin gran peligro y daño; todavía mataron algunos turcos, y los nuestros cobraron un poco de ánimo. Pocos dias adelante trabaron

una escaramuza el capitan Rodrigo Zapata y otros, donde él y algunos soldados fueron heridos. Porque la guardia de las galeras estuviese más recogida, hizo don Alvaro que se quemasen dos de las siete que habian quedado, y que el hospital, que hasta entónces habia estado allí, se pasase al fuerte; las otras cinco se abestionaron con las jarcias de todas, y se les hizo una barra de antenas y árboles en torno, porque los esquifes y barcas no pudiesan llegárseles. Estaban de guardia en aquellas galeras trescientos soldados, los cuales se mudaban de tres en tres dias, y dende allí tiraban de través á los turcos que estaban á la parte de Levante, al entrar y salir de sus trincheas. Fué una noche Lugiali á quemar aquellas galeras con un bergantin y algunos esquifes, y llegaron hasta la barra; en descubriéndole le saludó toda la arcabucería, y mataron algunos de los que con él iban, y él se retiró con los demás. El Bajá, que vido que no habia podido quemar las galeras de noche, envió á combatirlas de dia, con mucho número de gente, cuando la mar era menguante; los marineros, como vieron que los turcos iban la vuelta de las galeras, se echaban á la mar, y algunos soldados con ellos del grande temor que

les tenian. Don Alvaro mandó salir gente del fuerte, que escaramuzando con los enemigos los entretuviesen, de manera que no les dejasen llegar á las galeras. La escaramuza fué muy trabada y sanguinosa de todas partes, porque la artillería y mosquetes del fuerte, tirando de través, hacian mucho daño á los enemigos, y el mismo recibian los nuestros de sus trincheas. Salieron algunos caballos turcos á socorrerlos, é hicieron volver las caras á muchos dellos, que ya se retiraban. Los de la guardia de las galeras, con el socorro de los que salieron del fuerte, se comenzaron de animar y tirar descubiertos, lo que hasta entónces no habian hecho en una hora que habia que duraba el asalto. Retiráronse los turcos con harta pérdida; y fuera muy mayor si se sospechara que fueran por donde fueron, porque se les asestara toda la artillería del castillo y del fuerte. Hirieron aquel dia al Maestre de campo Miguel de Barahona de un arcabuzazo en una pierna, de que de allí á pocos dias murió; de allí adelante hizo el oficio de Gobernador del fuerte el capitan Antonio de Olivera.

Entretanto, dende los dos bestiones no se dejaba de batir la puerta y caballeros dende la mañana hasta medio dia, y dende

que el sol declinaba hasta la noche, y con todo esto hacian poco efecto, porque cuanto se batia de dia se reparaba de noche. Los enemigos llegaron con su trinchea tan cerca del foso, que una noche quisieron cegar el pozo que estaba junto á él, y lo cegaran si no hallaran tan buena defensa en la guardia del contraescarpe. Volvieron otra vez cien turcos á cegarlo, encubriéndose con un reparo que don Alvaro habia mandado hacer de piedra seca por la seguridad de los que iban y venian por el agua; y por animarlos, y socorrerlos si fuese necesario, se presentaron á la boca de la trinchea un buen número de gente. Mandó don Alvaro salir algunos soldados contra aquellos cien turcos, y que la artillería tirase á la boca de la trinchea, de modo que ninguno pudiese entrar ni salir en ella; los que del fuerte salieron acometieron tan lentos y perezosos, que dieron lugar á que los turcos se pudiesen retirar, y mataron solamente doce, pudiendo con facilidad matarlos todos, porque las piezas que tiraban á la trinchea impedian el socorro y mataban los que de ellas salian y algunos de los ciento que se retiraban. En este tiempo era ya el pasarse los soldados tan ordinario, que de los que esta vez salieron se

pasaron trece juntos, y ansí por evitar esto, como por ser dias caniculares y el calor excesivo, mandó don Alvaro que la guardia del contraescarpe se retirase al fuerte. Descubrióse entónces una traicion, que ciertos soldados tenian concertado de poner fuego á las municiones, y, hecha informacion de ello, ahorcaron los que se hallaron culpados. Cosas eran estas que ponian harto temor y desmayo en los soldados, viendo que no sólo se habian de guardar de los enemigos de fuera, pero aún de los amigos de dentro, algunos de los cuales cada hora daban aviso en el campo de cuanto en el fuerte se hacía y se pensaba hacer; y un dia, entre otros, teniendo el Bajá apercibida toda su gente para dar una escalada al fuerte, porque deseaba abreviar la empresa por otra vía, viendo que la batería hacía poco efecto y las municiones y vituallas se consumian y la gente se apocaba, habia ordenado que arremetiesen por todas partes por divertir la gente, pero que la mayor fuerza acometiese é hiciese instancia por la parte de Levante, que guardaban los italianos. Un dia ántes del que se habia determinado se huyeron del fuerte dos caballos ligeros, y aconsejaron al Bajá que en ninguna manera diese el asalto que queria dar, por-

que perderia la mayor parte de su campo, porque don Alvaro lo habia sabido y habia hecho mucha provision y defensa de fuegos artificiales y otros aparatos, esperando él y los suyos con mucha alegría el asalto, y ansí el Bajá mudó de propósito; esto se supo de la espía, la cual tambien dijo que creia que acometerian las galeras con todos los esquifes y barcas de la armada. Don Alvaro le encargó que tornase al campo y supiese el dia que habian de acometerlas, y volviese la noche ántes á avisarle. Vióse por experiencia ser verdad que por el aviso y consejo de los caballos ligeros el Bajá hubiese dejado de dar el asalto, porque hasta entónces habian amenazado los renegados á los del fuerte con el asalto, y de allí adelante les decian que no pensasen que habian de arriesgarse á perder ninguno de los suyos de la manera que habian creido, que con los brazos cruzados los querian rendir y degollar á todos.

Procurando don Alvaro de prevenir á todo lo que podia suceder, mandó que, por si los enemigos tornasen al primer propósito del asalto, se alzase la cortina que guardaban los italianos. Ordenó que todos los oficiales de las compañías rondasen toda la noche por sus cuarteles, y que los

capitanes reformados y otros caballeros aventureros rondasen por todo el fuerte; y porque ninguno se descuidase en lo que le tocaba, salia él cada mañana, dos horas ántes del dia, á visitar las centinelas y rondas, y daba una vuelta por la muralla, y no se retiraba hasta despues de amanecido. Lúnes en la noche, á 18 de Julio, fué don Alvaro avisado que en la marina vecina al campo se sentia gran rumor y se veian embarcar y desembarcar algunas gentes, y entendiendo por lo que la espía le habia dicho que los enemigos iban á combatir las galeras, las mandó proveer de pólvora, cuerda y picas, y asestóse la artillería del castillo y del caballero Gonzaga en su defensa, y los mosquetes se pusieron en la cortina que estaba enfrente de las galeras; mandó que don Gerónimo de Sande con su compañía acudiese á aquella cortina en tocando arma. En comenzando á amanecer se descubrieron más de ciento treinta esquifes y barcas bien armadas de gente, con sus rumbadas y otros reparos para la arcabucería, y algunos versos y mosquetes, y iban la vuelta de nuestras galeras, en las cuales estaban, demás de la guardia ordinaria, el coronel Mos de Lampujada y otros capitanes y alféreces, y personas particulares;

y porque en las trincheas de los enemigos habia cargado la mayor parte de su campo, y la caballería se veia puesta en escuadron, mandó que ninguno saliese fuera del fuerte sin su órden. Como los esquifes llegaron á la esbarra y se hallaron impedidos, dispararon dende allí y dieron una gran zurriada de tiros, arcos y escopetas, tornando luégo á cargar y disparar con tanta presteza, que era cosa de espantar; jugaba la artillería y arcabucería del fuerte de manera que casi no se hacía tiro perdido, porque se veian caer infinitos hombres muertos á la mar y echarse á fondo algunas barcas con todos los que iban dentro. De las trincheas tiraban al fuerte y á las galeras, y entre tanto los de las barcas procuraban romper la barra con hachas que para ello llevaban; de las galeras tiraban sin cesar un punto, y era el daño tanto que en los turcos hacian, que se comenzaban ya á retirar algunos esquifes, si no fueran por dos fragatas que andaban por todas partes haciendo volver las que se retiraban. Salieron una banda de caballos y alguna infantería del campo por animar los de las barcas, y hizo luégo don Alvaro que saliesen dos capitanes, uno español y otro italiano, con trescientos soldados á tocar arma á los enemigos

por la parte de Poniente, por divertir aquella gente que iba de los de las barcas; los capitanes lo hicieron tan bien, que en llegando al foso tocaron arma y se volvieron luégo al fuerte. El combate de las galeras duró una hora, y al fin los caballos y los que con ellos habian salido, viendo que no podian encubrirse de la artillería del fuerte, que los cogia en descubierto, y que ansimismo los de las barcas recibian notable daño, se volvieron, remolcando algunas. En las galeras hubo hasta cuarenta soldados entre muertos y heridos, pero en los enemigos hubo muchos más, porque en ninguna de las barcas dejó de haber muertos ó heridos, y algunas se perdieron con todos los que en ellas habia, y demás de esto murieron muchos de los que habian ido por tierra. Aquel dia mataron en el fuerte un alférez con una pieza de artillería, y hallóse tan cerca de don Alvaro, que le dió con la cabeza hecha pedazos en los pechos, manchándole todo el vestido de sangre y sesos, y fué el golpe tan recio que se sintió dél por algunos dias. Con esta victoria que los nuestros hubieron quedaron los turcos tan espantados, que aquel dia ni el otro siguiente no se dió fuego á pieza ni salió hombre del campo.

Era ya tan ordinario el pasarse los soldados del fuerte á los enemigos, que, entre otros remedios que se usaron para evitarlo, ofreció don Alvaro á cualquiera que matase uno que se huyese cuatro escudos, y al que lo tomase vivo seis, pero no por eso dejaban de huirse, aunque ahorcaban y mataban algunos, porque, como los turcos les convidaban dende las trincheas con uvas, melones y agua, se arrojaban de las murallas donde estaban de guardia, y á veces un caporal con toda su escuadra; el Bajá sabía de ellos lo que en el fuerte pasaba, y luégo los mandaba echar en galera de remo, como á los otros. Por esta causa no osaban poner en el fuerte centinelas de dia ni de noche, ni echar gente fuera á escaramuzar ni á otro efecto alguno, y tambien porque, como no habia medicinas y los paños se lavaban con agua salada, de cualquier herida morian, y faltaban ya muchos oficiales y soldados principales, y queria don Alvaro conservar los que le quedaban. Los caballos que quedaron en el fuerte hicieron poco servicio, y como ya estaban flacos, por la falta del agua, mandó don Alvaro que se repartiesen por las compañías para que se los comiesen, dejando seis de los mejores del Duque,

para salir alguna vez á tomar lengua. Xama, moro que servia en la compañía de caballos, en sabiendo que el fuerte estaba sitiado, se vino á él en hábito de gelvino, y hizo cosas muy señaladas, tanto, que era muy temido de los turcos. Habia cesado ya la batería de los caballeros y cortina, porque el Bajá tenía pocas municiones y las piezas hacian poco efecto. Asestóse la mayor parte de su artillería contra los traveses de los caballeros, y la demás tiraba sin órden por todas partes y batian las galeras, de las cuales se quemaron otras dos por la poca gente que habia para guardarlas. Estando el campo del enemigo muy cerca del fuerte, levantaron tres torreones redondos contra el caballero de la Cerda, otro contra el de Gonzaga y otro contra el de San Juan; dende ellos tiraban con unas escopetas largas con las balas como de mosquete, con que herian y mataban muchos de los de la guardia de aquellos caballeros. Hiciéronse algunos reparos para que los soldados pudiesen estar á la defensa, y en otras partes se encubrian con las tiendas de las galeras arboladas sobre los remos; y desta manera se reparó mucha parte del daño que se recibia.

Esperaba el Bajá cuatro galeras que

habia enviado á Constantinopla, con la nueva de la rota de nuestra armada, y decian los renegados á los del fuerte que el gran Señor les enviaba gran ayuda de galeras, municiones, vituallas, armas y gente y otras cosas, y, por confirmárselo más por entero, salieron una noche la vuelta de Levante treinta galeras de su armada, y otro dia por la mañana vieron venir treinta y cuatro con muchas flamas y gallardetes, haciendo gran salva de artillería, dando á entender que fuesen las que habian dicho que esperaban; y aquel propio dia hicieron otras tres salvas con toda la artillería y arcabucería del campamento y de la armadá. Hacía el Bajá echar algunas cartas en el fuerte, en diversas lenguas, atadas en las flechas, rogando á don Alvaro se rindiese con cualquier partido ó condicion que él quisiese, que le sería otorgado, pues se sabía que ya no tenía agua, que le faltaban otras muchas cosas y que no aguardase que se entrase por fuerza, que no se le usaria ninguna clemencia ni piedad, ántes crueldades nunca oidas. Don Alvaro les mandó decir de noche que se dejasen de pactos y viniesen á las manos, que les prometia que los hallarian tales, que bastarian á su campamento y armada, y otra mucho ma-

yor. Otras cartas echaban en lengua española con un sobreescrito que decia, «cualquiera que la hallare la lleve á don Alvaro», en que le avisaban de algunas cosas importantes, y que tuviese gran vigilancia en el agua y en la pólvora, porque, si se detenia hasta fin de Agosto, la armada se volveria á Constantinopla, y que si las cuatro galeras no llegaran no tenian ya municiones ni vituallas, porque hasta aquel dia se hallaba que habian tirado doce mil tiros de artillería y cuatrocientas mil flechas. Habia cerca del fuerte una cueva con un pozo de agua razonable, de que se servian para mezclarla con otra y guisar la comida, y alguna vez la bebian, y por la seguridad se habia hecho una estrada cubierta por donde ir á tomarla, en la cual, y en la cueva, habia siempre soldados de guardia. Avisado desto el Bajá, por los que se le pasaban, procuró de quitársela, porque creyó que no tenian despues de aquella otra ninguna, y ansí envió con buen número de gente á ganarla, y quedando muertos la mayor parte de los que lo fueron á hacer, los demás se volvieron con mucha vergüenza. Tornaron otra vez á quemar aquella estrada cubierta, de noche, y echaron tanta cantidad de fagina y fuegos artificiales

(de un reparo que un dia ántes habian hecho) que, habiendo el fuego prendido por diversas partes, penetró la tierra de encima y quemó la madera de abajo y fué estendiéndose hasta la cueva; donde se quemaron seis soldados y un sargento, por no poder ser socorridos ni retirarse al fuerte.

De allí adelante, de dia y de noche, tiraban hácia el pozo del fuerte de que más comunmente sabian que los de dentro se servian, y iban cada momento las flechas tan espesas, que con gran dificultad y peligro se podia ir por el agua. Despues de ganada la cueva, como por aquella parte estaba la entrada en el foso llana, fueron tres turcos, una mañana poco ántes del dia, hasta ponerse debajo la punta del caballero Espínola, encúbiertos en cierta concavidad que hacía la peña sobre que estaba fundado, haciéndole espaldas su artillería, que batia los traveses por quitar que no se tirase dende ellos. Dende aquella concavidad comenzaron á cavar la punta del caballero con azadas que para ello habian llevado. Envió don Alvaro contra ellos algunos arcabuceros, pero los turcos no los osaron aguardar, porque en avisándolos una centinela que tenian se volvian á salir, y en

viendo que los arcabuceros se tornaban al fuerte volvian á cavar, y en tornando á salir tornaban á huir; y desta suerte de poco en poco cavaron tanto en todo aquel dia, que podian encubrirse debajo del caballero como en la misma peña. Viendo que por haber los turcos quitado todos los traveses del fuerte no se podian servir de la artillería, mandó don Alvaro hacer una retirada en la plaza del caballero, y una casamata, de donde los soldados tiraban de mampuesto, de modo que no erraban hombre de cuantos se descubrian. Comenzaron los turcos á cabar los otros caballeros, y porque no pudieron llegar al de la Cerda, por causa que se lo defendian de los traveses, cegaron el foso de tierra y fagina atal, que llanamente se podia entrar en el caballero. Tenian ya los enemigos tal el caballero Espínola, en dos noches que encubiertamente volvieron á cavar, que deshicieron toda la punta del parapeto; y yendo algunos turcos á reconocer la entrada quedaron muertos los más de ellos. Intentaron algunas veces de entrar en aquel caballero por la esplanada del parapeto, y al fin se determinaron y dieron tres asaltos, pero como arremeten sin órden ni concierto, sin escuadrones ni hileras, y don Alvaro

tenía apercibidos muchos fuegos artificiales y tablones enclavados, murieron muchos de ellos, y los demás se retiraron con grandísimo daño y pérdida. Aquel dia hirieron á don Alvaro en el rostro de una pedrada, y mataron al Maestre de campo Gerónimo Piatanido. Desconfiados los turcos de tomar el fuerte por asalto, viendo cuan mal les habia ido en los pasados, y sabido el aparejo que en él habia de fuegos y otras cosas, mandó el Bajá que con gran diligencia se alzasen los bestiones, que como se ha dicho se habian comenzado á hacer, y de allí á tres dias tenian tan alto el que se hizo contra el caballero de la Cerda, que sobrepujaba aquel caballero y el de Gonzàga. Procuró don Alvaro por muchas vías de poner fuego á aquellos bestiones, y lo envió á hacer con un sargento y buen número de soldados, pero, como el fuego se emprendió, socorrieron los turcos con tanta presteza con tierra y agua que luégo lo mataron.

Mandó despues don Alvaro hacer ciertas balas de fuego, de tal composicion, que despues de encendido no se podia matar con agua ni con tierra, y enviándolos á hincar con unos garabatos en los bestiones se pasaron seis soldados de

los que habian ido á hacerlo, y los demás se tornaron al fuerte con ellos, porque si del primer ímpetu y acometimiento no hacian huir la guardia, para poder asirlos á la madera, no se podia hacer de otra manera; y ansí, viendo que no se podia confiar de nadie, para salir del fuerte á ningun efecto, se hicieron retiradas en todos los caballeros y se pusieron tablas enclavadas en todas las baterías y esplanadas, y trombas de fuego. La diligencia con que los enemigos continuaban la labor de las azadas era infinita, y tal, que vinieron á descubrir la trabazon, y ataban el madero á una cuerda y tiraban con un torno desde sus trincheas, y desta manera deshicieron la mitad del caballero Gonzaga, atal que llanamente se podia entrar por él sin dificultad. Pareciéndole al Bajá que por aquella esplanada se entrara fácilmente, mandó que arremetiesen por aquel caballero la mayor parte del campamento, y ansí fueron con un estandarte blanco con mucha grita y vocería, y no pasaron más adelante de cuanto se arrimaron al caballero Gonzaga; del fuerte mataron al que llevaba el estandarte, y hirieron otros que iban con él á reconocer la entrada. Retiráronse, y á cabo de poco tornaron otra vez á arremeter, pero el fuego que

echaban del fuerte era tanto que no se atrevieron á ir más adelante que la primera vez habian hecho. En aquel asalto mataron al capitan don Gerónimo de Sande de un arcabuzazo en la cabeza, y hirieron otros algunos. Sucedió entónces, que habiendo un turco recogido en las manos una olla de fuego, de las que del caballero arrojaban, ántes que llegase á tierra, la tornó á echar dentro y dió con ella en una pieza de artillería y tomó fuego y emprendió un barril de pólvora, cosa que puso, tanto temor y espanto, que la mayor parte de los que allí estaban, ciegos del humo y temerosos del fuego, huyeron confusamente y desampararon la batería. Los turcos que vieron la desórden y confusion de aquella gente cerraron animosamente, y, cierto, de aquella vez entraran dentro, segun la poca resistencia que en el caballero habia quedado, si don Alvaro no saltara por medio del fuego animando los suyos, los cuales, unos de vergüenza, otros de su propio valor y ánimo constreñidos, volvieron con tanto ímpetu, que con esto, y con las compañías de Juan Osorio de Ulloa y Diego de Santa Cruz, á quien don Alvaro habia enviado á llamar que llegaron entónces, mataron muchos de los enemigos,

los cuales habian ya llegado casi hasta encima del caballero. Hirieron al capitan Antonio de Olivera en el brazo derecho, y, tomando la espada en la izquierda, no se movió un punto de donde estaba; á don Alvaro dieron dos arcabuzazos en la rodela y en la celada, y le hirieron en una mano.

Duró aquel asalto dos horas, en el cual los turcos pelearon animosamente, porque entre ellos se hallaron ciertos moros de Poniente, diferentes en hábito y costumbres á los de Berbería, y venian de la casa de Meca, y por vía de religion quisieron hacer aquel servicio á su Mahoma contra los cristianos. Del fuerte mataban y herian muchos de ellos, y viendo el daño que recibian se retiraron á sus trincheas, unos quemados y otros heridos, y los demás espantados y contentos de haber escapado de aquel peligro; que no fué poco, segun lo que se peleó y los fuegos tan espesos que entre ellos andaban. Reforzóse la guardia de aquel caballero y hízose una retirada más fuerte. Dende que llegaron las cuatro galeras (que hemos dicho) no cesaban los enemigos un punto de tirar, y herian y mataban mucha gente en la plaza del fuerte, en la cual, por evitar aquel peligro, se hizo una

trinchea ó reparo, pero duró poco, porque dende uno de los torreones la batieron y deshicieron la mayor parte, de manera que ya no se podia travesar por la plaza sin evidente peligro. Mandó don Alvaro juntar cien italianos con algunos alemanes, que vinieron con el alférez Andrea Espinguel, y hizo hacer la noche siguiente otro reparo, y mandó plantar una pieza que batiese el torreon que estaba contra el caballero de la Cerda; y, aunque con peligro y dificultad se pudiera hacer, sucedió que, ya que el cañon estaba cerca de donde se habia de poner, se trastornó y saltó fuera de la caja, de modo, que estuvieron en encabalgarle hasta casi el dia. A esta hora, retirándose don Alvaro y los demás, que no eran de guardia á aquel caballero, no se habian aún apartado tres ó cuatro pasos cuando llegó una bala, de una pieza que dispararon del torreon, y dió en la caja de la nuestra y hirieron las rajas á los más de los que se hallaron cerca. Por el caballero San Juan estaba ya tan llana la entrada con las azadas que se pudiera entrar á caballo, si no fuera por la retirada y reparo que en él se habia hecho, tan fuerte y cubierto que no se podia batir, y como á esta causa, las veces que los turcos habian intentado

de dar el asalto y querídolo reconocer habia sido con mucho peligro y daño suyo, dilataron el tomarlo hasta echarlo, si pudiesen, por tierra con las azadas, y ansí no trabajaban más de lo que podian estar cubiertos y seguros. Mandó don Alvaro al coronel Mos de Lampujada y al capitan Santa Cruz que enviasen algunos soldados contra aquellos que cavaban en el caballero, y le respondieron que ya dos ó tres veces lo habian hecho, y se les habian huido la mitad de los que habian salido.

Tenian los enemigos todos los caballeros tan llanos que habia más de diez ó doce dias que se podia entrar fácilmente, y se peleaba pica con pica y espada con espada, pero nunca tentaron de dar el asalto sino pocas veces y con poca gente, por esperar que el agua y el fuego se acabase en el fuerte, esperando por esta vía de haber la vitoria, que por otra cualquiera estuviera dudosa. No se dejaba un punto de trabajar en todos los caballeros, porque los de dentro se reparaban y fortificaban, y los de fuera batian y cavaban; iban muchas veces los enemigos á reconocer la entrada de los caballeros y siempre volvian con pérdida y daño, sino era por el caballero de la Cerda, que por

causa del cañon que arriba hemos dicho, que estaba en un torreon, no se podian descubrir los soldados para tirar á los que iban á reconocer. Andaban ya los turcos muy descubiertos y seguros, por el foso, porque á este tiempo estaba el fuerte por todas partes de manera, que los traveses, no solamente no se podian defender, pero ni dende ellos ofender á los enemigos, porque la mayor parte de nuestra artillería habian embocado y rompido, y los traveses reparos y defensas batido y desecho. A los 25 de Julio, pareciendo por algunas señales que los turcos querian dar otro asalto al caballero de la Cerda, fué don Alvaro importunado que los soldados que le guardaban se retirasen un poco adentro, porque estaban muy descubiertos, y él se la dió, aunque de mala gana, reprendiendo los capitanes de negligentes en no haber ellos como los demás reparado aquel caballero de modo que pudieran encubrirse, y estar á la defensa con ménos peligro. Concedida la licencia de retirarse, los soldados lo comenzaron á hacer con tanta prisa y confusion, que los enemigos se juntaron de todas partes, incitados de aquella desórden, y comenzaron á subir con escalas por la batería, donde, peleando valerosa-

mente, los capitanes Alonso Golfin y Francisco de Collazos y el alférez Andrea Espinguel, les hicieron tornar á sus trincheas, quedando muertos algunos turcos en el foso. Mandó luégo don Alvaro reforzar el caballero de la Cerda con trescientos soldados más, porque creyó que, aunque ya los enemigos se habian retirado, tornarian otra vez á arremeter con mayor número de gente. Como los trescientos soldados hubieron ido al caballero, don Alvaro, en medio de todos, con un Crucifijo en las manos, les dijo estas palabras:

«Amigos y compañeros mios, hoy creo es el dia de nosotros tan deseado, porque segun se ven juntarse de todas partes los enemigos con escalas (lo que en los otros asaltos pasados no han hecho) hoy nos quieren dar el asalto general. Todos estemos con los ánimos enteros y esforzados, que nuestro Redentor y Señor Jesucristo, cuya imágen es esta que aquí veis, será hoy servido de mostrar á estos enemigos de su santa fe la fuerza de su mano, con cuyo favor habremos de ellos victoria, y mostraremos al mundo que cuando Dios nuestro Señor es con nosotros los pocos somos superiores á los muchos; y sed ciertos que los que aquí de nosotros mu-

rieren irán á gozar la eterna bienaventuranza, y los que quedaren vivos habrán una gloriosa victoria, habida con tantos trabajos y calamidades, que despues de ellos será honra inmortal para sus descendientes.»

Acabada la prática de don Alvaro, mostraron todos un alegre y valeroso ánimo y gran deseo de que los enemigos les diesen el asalto, para mostrar cada uno el esfuerzo de su persona, y adoraron el Crucifijo con mucha devocion y lágrimas. Estuvieron los turcos toda aquella tarde en escuadron, haciendo muestra de querer dar el asalto, y créese que lo dejasen de hacer como entendieron que los del fuerte lo esperaban con buen ánimo, y á la hora que anochecia se vió que los turcos se dividieron y se iba cada uno á su cuartel, y ansí lo hicieron los de la guardia del caballero, que se fueron á reposar y vinieron allí otros de nuevo. Desde entónces acabó don Alvaro de conocer que no le darian más asalto, y hizo que toda la noche se procurase de reparar la retirada y trinchea, y con esto quedó la gente más cubierta. A los 27 de Julio, siendo don Alvaro avisado que no habia leña para lambicar el agua, se quiso informar del comisario, el cual le dijo que

era verdad, que para los lambiques no habia quedado leña ninguna y que era menester dar la de los hornos del pan, donde tambien era muy necesaria, porque ya el bizcocho se acababa, pero que si se deshacia un reparo de madera que habia en el fuerte, habria leña para seis dias. Don Alvaro dijo al comisario que él proveeria presto á aquellas necesidades, y mandó luégo llamar al contador Juan de Alarcon, que tenía á cargo la cisterna del castillo, porque la otra era ya acabada, y le dijo que hiciese secretamente entrar en la cisterna un hombre de confianza, que tomase la medida cierta del agua que habia quedado. El contador volvió poco despues á don Alvaro, y le dijo que habiendo hecho medir el agua con mucho secreto, fidelidad y diligencia, como le habia mandado, se habia hallado cuatro palmos de agua en el medio y tres en las orillas, la cual bastaba para tres dias, porque faltando la de los alambiques era menester poco ménos de un palmo cada dia. Vista don Alvaro esta necesidad, mandó á los sargentos mayores le trajesen una lista del número que efectualmente habia de soldados, que estuviesen para pelear en cada una de las compañías. Los sargentos mayores hicieron so-

bre ello buena diligencia, y hallaron que habia en todas las banderas ochocientos hombres que estaban para pelear, sin los aventureros, y que en las galeras habria doscientos treinta, sin los heridos, de los cuales algunos estarian para acudir con una pica á la batería, si fuese necesario, y no para más. Don Alvaro mandó avisar á los capitanes y oficiales y personas particulares, que al poner del sol se juntasen todos en su tiendas, y que los sargentos de las compañías tomasen raciones para sus soldados, y se les diesen dobladas de como solian, y se les repartiese el vino y carne salada que se habia reservado en la municion. Recogidos todos los llamados en presencia de don Alvaro, les habló de esta manera:

«Ya, señores, veis el término en que nos hallamos y la poca esperanza que se puede tener de que los enemigos nos den más asaltos, pues no lo hicieron cuando tuvieron tan buena ocasion al tiempo que se retiraba la guardia del caballero de la Cerda, y que todo lo que humanamente se ha podido hacer se ha hecho en defensa deste fuerte, fortificándolo y reparándolo por todas partes, proveyéndolo de leña, fagina y agua en el tiempo que se pudo. Habemos probado de hacer aquí

dentro pozos cavando la peña viva hasta topar con el agua, la cual hallamos salada. En diversos tiempos y horas habemos acometido los enemigos en sus propias trincheas y reparos, procurando deshacérselos ó ponerles fuego. Habemos entretenido los enemigos léjos de nosotros y sustentado los reparos que habemos hecho, hasta tanto que por vuestro parecer, forzados de los que los guardaban, yo fuí constreñido á consentir que los desamparasen y deshiciesen. Habemos guardado el foso y contraescarpe de fuera hasta que fué necesario retirar la gente adentro, por los muchos que cada dia se nos huian, los cuales han sido causa de todo nuestro daño, de manera que podemos decir que con nuestras propias fuerzas nos han hecho la guerra nuestros enemigos. ¿Qué capitan se puede quejar de la envidiosa fortuna como yo, que puedo decir con verdad que todos los cuatro elementos me han faltado, y han conjurado con ella contra mí? ¿A quién se ha mostrado tan enemiga y contraria como á mí, la cual me ha traido á términos, en este cerco, que ninguna cosa me ha dado ménos trabajo y cuidado que los enemigos? ¿Quién me ha puesto en más necesidad y hecho mayor guerra que los proprios que me

quedaron por compañeros para defender esta fuerza, los cuales huyéndose y dejándome, cada dia á los enemigos (posponiendo la fé que los soldados deben á sus capitanes), les han dado aviso de las provisiones que haciamos para nuestra defensa, y cómo y por cual parte nos podian hacer mayor daño, y de qué manera se habian de gobernar y reparar para no ser de nosotros ofendidos, que sólo esto bastaba para que ni ellos pudiesen errar ni nosotros acertar en cosa que deseásemos? Estos les han dicho que no les convenia dar asalto, lo que si hubieran hecho, como pensaban hacer, hubiera sido de grandísima utilidad y honra nuestra y daño suyo. Hánnos tambien desamparado los que de Italia nos podian haber socorrido, sabiendo claramente que con treinta galeras lo hubieran podido hacer, por tener los enemigos su armada desproveida, y queriéndola reforzar de gente les era necesario deshacer el campo para defenderla, y, no lo haciendo, fácilmente la podian tomar ó poner fuego. Creo que nuestro Señor ha permitido todas estas cosas para mayor gloria nuestra. Hoy he querido saber de los oficiales las municiones y vituallas que nos han quedado, y hánme dicho que no tenemos

sino trigo, harina y aceite y queso de Cerdeña, y que todo lo demás se acaba en esta última racion que se ha dado y en la que se dará mañana, y esto, sin agua ni leña (que no tenemos), nos será de poco provecho; municiones de tirar tenemos algunas, pero no artillería ni donde plantarla, porque toda ha sido embocada ó reventada, y los artilleros son muertos y huidos; tenemos gran número de heridos, y cada dia nos hieren, y no hay órden ni remedio de curarlos. Ansí que, hallándonos en estos términos, es menester ayudarnos con ánimo y presteza, y no siendo nosotros personas que nos hayamos de rendir vilmente á los enemigos, es menester que vayamos esta noche á buscarlos, porque ninguna cosa les dará mayor turbacion y espanto, y les pervertirá sus consejos y disiños que el repentino y no esperado asalto nuestro, porque no creerán que de tan pocos como nosotros hayan de ser acometidos tantos como ellos, y ansí estarán con ménos cuidado, y para que esto no os espante ni parezca dificultoso ó imposible, considerad la experiencia que habeis hecho de vuestro esfuerzo y valor los pocos que en esta fuerza habeis quedado, sustentándoos casi contra natura, habiéndoos faltado todos los cua-

tro elementos. Porque os ha faltado la tierra para poderos amparar de vuestros enemigos; por falta de agua dulce la habeis bebido de la mar, parte tan salada como ella y parte con industria haciéndola dulce; fuego ya habeis visto si ha sido menester, pues por falta de leña para los hornos del agua y del pan deshacíamos nuestros reparos, debilitando nuestra fortaleza; del aire no hay para qué decir cuánto nos ha sido contrario, habiendo siempre sido tan caliente, que verdaderamente parecia salir de la boca de un caliente horno: y sabeis que estas cosas han sido causa de muchas muertes, y ocasion que muchos de los nuestros se pasen á los enemigos. Pero vosotros, hijos y amigos mios, que habeis resistido, con el valor del ánimo y esfuerzo corporal, los trabajosos trances de la fortuna, creed que habreis una victoria que será fin de vuestros trabajos y gloria nuestra en los siglos venideros. Ansí que me parece que será bien acometer los enemigos esta noche, porque los que de noche son acometidos con dificultad se defienden, por no saber quiénes ni cuántos son los enemigos, ó si se han de guardar de los de atrás ó de los de delante. La manera que ternemos será esta: Que seis capita-

nes de todas naciones irán en la vanguardia con trescientos soldados, y yo les seguiré con el resto de la gente; todos los demás capitanes irán conmigo, salvo algunos que se quedarán en la retaguardia, á los cuales les ordeno y mando que hagan caminar adelante los soldados y maten los primeros que se retirasen, sin tener respeto á ninguno, y á mí el primero si yo me retirase, porque esta salida es para volver al fuerte con victoria de nuestros enemigos, ó quedar muertos por sus manos en el campo. Los trescientos soldados que han de ir en la vanguardia irán derechos á las tiendas del Bajá y de Drogut, y yo iré á una tienda grande que está junto á la marina, donde me dicen que hay un cuerpo de guardia, y, en habiéndolo rompido, pasaré adelante á juntarme con la vanguardia, y todos juntos seguiremos la victoria, matando cuantos halláremos en las trincheas hasta el caballero San Juan; y si matásemos cantidad de ellos ó algunas de las cabezas, sin duda les será forzado embarcarse ó á lo ménos retirarse á una parte, porque siendo pocos no podrán estar tan estendidos como agora están de mar á mar, y desta manera dejarnos han libre el agua, y teniendo ésta y deshaciendo las galeras para leña nos po-

dremos entretener hasta que Dios sea servido de que estos sus enemigos se levanten y vuelvan á Constantinopla, ó hayamos entera victoria de ellos.»

Aquí dió fin don Alvaro á su razonamiento y mandó á don Bernardino Alvarez de Mendoza que lo avisase á algunos oficiales y soldados particulares, que no se habian hallado allí, para que todos estuviesen apercibidos. Ordenó que quedasen de guardia en el fuerte los alemanes, por ser nacion fiel y que de ellos se habian huido pocos, y que el capitan Rocabruna y el capitan Gabriel Girardo y el alférez Andrea Espinguel y el sargento mayor Martin de Lequeque rondasen el fuerte, y que tuviesen buena cuenta con las centinelas. Dos horas ántes del dia abrieron la puerta de la marina de Levante, que estaba abestionada, y por allí comenzó á salir la gente, y puesto don Alvaro de la una parte, y el sargento mayor Maroto de la otra, decian á los que iban saliendo que mirasen que aquella salida no era sino para no volver al fuerte sin vitoria. Cuando pareció haber salido hasta trescientos soldados salió don Alvaro, y con él los que habia ordenado que le acompañasen; sucedió, que fuese culpa de los que llevaban la vanguardia, ó que

los turcos tuviesen sus centinelas junto al fuerte, que luégo en saliendo don Alvaro oyó tocar arma á los enemigos, y por no dar más lugar á qúe se rehiciesen hizo que cerrase la vanguardia, y él los siguió, y rompieron un cuerpo de guardia por donde pasaron, y más adelante otros dos, hasta que llegaron á la tienda grande. Don Alvaro rompió la guardia de ella y la puso en huida, y, yendo adelante ejecutando los enemigos, le dijo uno de los que iban cerca dél que mirase que iba solo y que no le seguia la gente que habia salido con él; y ansí mandó al capitan Juan de Gama que volviese á la retaguardia y solicitase que caminasen adelante las picas. Un turco, de otros muchos que entónces acudian á sus cuarteles, tiró á don Alvaro un bote de pica, y él lo mató y pasó adelante, y poco despues oyó un rumor á las espaldas, y, vuelta la cabeza, vió que los suyos huian y los turcos los ejecutaban, y mirando en torno de sí vido que sólo habia con él el sargento mayor Maroto y el capitan Perucho Nizardo. Don Alvaro comenzó á decir á grandes voces: «vuelta, vuelta, vitoria, vitoria», pero ni por eso volvió ninguno la cara, y viéndose solo y de todos desamparado, en medio del campo de los enemigos, estando muy

confuso sin saber lo que de sí hiciese, se resolvieron sus dos compañeros que era mejor retirarse la vuelta de nuestras galeras, porque al fuerte (dijeron ellos) es imposible tornar, por la infinidad de turcos que hay en medio; y con esta determinacion fué delante el capitan Perucho á hacer venir á tierra una barquilla en que pasar á las galeras, y don Alvaro quedó con sólo el sargento mayor. En el camino fueron muchas veces acometidos de los turcos que encontraban, y hirieron al sargento mayor Maroto y lo llevaron en prision; fué dende allí don Alvaro solo á la marina á aguardar la barca, y estando allí solo llegaron á él tres turcos por le prender ó matar, y él mató el uno y hizo huir los otros dos; en esto llegó el capitan Perucho que habia ido á las galeras, y dijo á don Alvaro que en ellas no habia esquife ni barca en que pasar, y ansí los dos pasaron por el agua hasta la cinta.

En llegando don Alvaro á las galeras amaneció, y envió luégo una carta al contador Juan de Alarcon, en que le decia que por no haber podido volver al fuerte se habia ido á las galeras, y que de su parte rogase mucho á los capitanes no se rindiesen, y que le proveyese de remos para una fragata que estaba allí desar-

mada, que en creciendo el agua se iria á morir ó vivir con ellos, y que ansimismo le enviase vestidos de su persona, porque estaba todo mojado; escribió tambien que enviasen de comer á los soldados de las galeras, porque habian perdido un esquife con las raciones de dos dias, y habia otros tantos que estaban sin comer. Murieron aquella noche el capitan Alonso Golfin, Pero Alvarez Golfin y Juan de Ovando, y otros muchos caballeros y personas principales. Al tiempo que la carta de don Alvaro llegó al fuerte habia en él muy grande alboroto y confusion, y muchos se pasaban á los enemigos, y de una vez se pasaron cuarenta juntos, mayormente despues de certificados que don Alvaro no estaba allí, porque en el castillo donde estaban las municiones se encerraron algunos capitanes y hicieron abestionar la puerta. Los turcos, que tomaron al sargento mayor Maroto, lo llevaron luégo al Bajá, el cual le preguntó quién era el que iba con él cuando le prendieron; era, dijo él, don Alvaro de Sande: sabe pues, dijo el Bajá, que es muerto y que estos (segun ellos me han dicho) le mataron, habiendo él, primero, herido uno de ellos, y cierto me pesa y siento mucho que haya muerto un tan esforzado y prudente capitan. Ya

el contador Juan de Alarcon habia ido con los remos de la fragata á las galeras, y se habian salido con él algunas personas principales y de cargo, creyendo que don Alvaro se quisiese ir; y á uno de ellos que dijo á don Alvaro: «Señor yo vengo á suplicaros me lleveis con vos», le respondió con rostro severo y airado: «¿Soy yo hombre, por ventura, que habia de huir y dejar á mis amigos y compañeros? yo os prometo de no desampararlos hasta que todos hagamos un mismo fin, y estoy muy maravillado que personas como vosotros hayais pensado una cosa tan indigna de mí, y tan fuera de toda razon y posibilidad, porque aunque yo quisiera irme, ¿cómo lo podia hacer, pues agora ya debe de saber el Bajá como yo estoy aquí, y debe de haber mandado tomar los pasos, de modo que sería imposible salir de aquí bajel ninguno? Yo iré al fuerte y castigaré los que esta noche han hecho tan gran falta al servicio de Dios y de su Rey y de sus propias honras, desamparándome vilmente en tal trance, sin estorbarles los enemigos el seguirme, y probaré otra vez nuestra ventura de dia, que quizá viéndonos los unos á los otros, la vergüenza hará hacer á algunos lo que esta noche pasada no han hecho; y ya que la fortuna

nos niegue la vitoria no nos quitará, á lo ménos, el morir peleando como soldados, que vale harto más que vivir siendo esclavos destos crueles y inhumanos bárbaros, y seremos ejemplo á nuestros sucesores á estimar más las honras que las vidas.»

La confusion y temor andaba en el fuerte cada hora más desordenada, de modo que no habia soldado de centinela, ni capitan ni oficial que mirase en ello, hasta que el capitan Rodrigo Zapata (á quien habian elegido los demás por Gobernador) dió una vuelta por el fuerte y hizo ir á los soldados á las postas y cuerpos de guardia, que era conveniente. Don Alvaro no sabía nada desto en las galeras, y estando escribiendo, con el contador Juan de Alarcon, una carta á los capitanes, rogándoles que se tuviesen y no se rindiesen á ningun pacto, que él les prometia de irse con ellos en anocheciendo, comenzaron á batir nuestras galeras con cinco piezas, porque el Bajá supo, de los que aquella mañana se le habian pasado, como don Alvaro estaba en ellas; duró la batería hasta dos horas despues de medio dia, que se juntaron todos los esquifes y barcas de la armada, con mucho número de gente, y cercaron las galeras, mostran-

do de querer darles el asalto. Don Alvaro y los soldados que con él estaban lo esperaban con buen ánimo y deseo de pelear, cuando, alzando los ojos al fuerte, vieron una banderilla de paz arbolada, lo cual confirmó el ver que muchos de los enemigos pasaban por debajo del castillo y no les tiraban. Desmayó esto tanto los soldados de las galeras (creyendo que ya el fuerte era rendido) que, por mucho que don Alvaro trabajaba en animarlos, no podia remediar que muchos de ellos no se echasen al agua, y se fuesen nadando á los esquifes de los turcos. Viendo los de las barcas y esquifes que los de las galeras se les pasaban veinte á veinte, y cuanto era mejor tomarlos vivos y con siguridad que muertos y con peligro, hicieron alto y cesaron de tirar. Don Alvaro andaba con mucha diligencia y solicitud, exhortando y animando los soldados, entreteniéndolos que no se echasen á los enemigos, y en volviendo la cabeza por la una parte se echaban los otros por la otra, y, viendo que no habian quedado sino veinticinco hombres con él, dijo al capitan Clemente: «Capitan, pues la fortuna no quiere que muramos peleando, y todos nos desamparan, haced de vuestra persona lo que os pareciere, que yo con las armas

en la mano quiero esperar la muerte.» Andaban dos barcas delante de las otras, deteniendo las demás que no llegasen á las galeras, pero, como eran muchas, la codicia y desenfrenado deseo del saco, hacía á algunos perder el respeto y obediencia que debian á los superiores que los detenian, y ansí llegaron algunos á las galeras y entraron dentro; pero no hubo ninguno que se atreviese á llegar á la proa de una donde don Alvaro estaba, salvo Dromux Arraez, renegado ginovés, patron de la capitana del Bajá, que se acostó allí con una barca y le dijo: «Señor don Alvaro, ya veis que estais perdido y que no os podeis defender vos solo de tantos, no espereis á que la fortuna os traiga en manos de ruin gente.» Capitan, dijo don Alvaro, yo no me rendiré ni á tí ni á otro ninguno, pero, si tú me asiguras de llevarme al Bajá, irme hé contigo. Dromux se lo premetió, y ansí don Alvaro entró en su barca y con él el contador Juan de Alarcon, y no hubieron bien entrado, cuando, por el mucho peso de la gente se trabucó y cayeron todos en el agua, donde don Alvaro perdió sus armas, y salió, con harto trabajo y peligro, con sola la espada y la daga. Dromux llevó á don Alvaro al Bajá, y tuvó harto que ha-

cer en defenderlo por el camino, de muchos genízaros y renegados que lo quisieron matar.

El Bajá hizo mucha cortesia á don Alvaro, y le hizo dar un asiento junto al suyo, y díjole por una lengua estas palabras: «Mejor fuera que de los muchos y aventajados partidos que yo os he ofrecido, y de otros que os hubiera hecho, si vos los hubiérades querido escuchar, hubiérades acetado alguno, pues humanamente no os podíades defender, y no costara tan caro á los mios y á los vuestros». Queriendo don Alvaro responder, mirando á una parte de la tienda, vió tres capitanes de los suyos, y sospechando (como ello era) que hubiesen ido á tratar de rendir el fuerte con algun concierto, puestos los ojos en ellos, dijo al Bajá: «Ya que mi contraria fortuna quiso que vos me hiciésedes la guerra con los propios mios, de quien cada hora érades avisado de mis disiños y necesidades; si mis soldados no me hubieran faltado en las cosas que yo les encargaba, y especialmente en la salida que anoche hicimos dejándome solo entre vuestro campo, por ventura yo no estuviera agora desta manera, pero más quiero, con satisfacion de mi honra, haber perdido la libertad, que, sin ella, ha-

berme salvado»; y, hablando un poco más bajo, preguntó al capitan Juan de Funes que con qué pacto se habian rendido. El capitan le dijo: «Conque salgan libres los oficiales y veinticinco soldados por compañía.» «No sería malo si os lo cumpliesen, dijo don Alvaro (porque no habian quedado en ninguna compañía veinticinco soldados), y pésame, porque os he tenido por amigos, que hayais tan mal cumplido con las cosas que tanto importaban á vuestra honra, habiéndome desamparado, como anoche hicistes, en tiempo de tanta necesidad, y agora rendir el fuerte á los enemigos. Bien soy cierto que por quitar del mundo un testigo de vuestras faltas me deseareis la muerte, pero, por no ser lugar este para estos negocios, no os digo más de que espero en el justo Dios, Señor nuestro, que os dará el pago que vuestras cosas merecen.» Mandó el Bajá traer vestidos con que don Alvaro se mudase, que estaba todo mojado, y ordenó que lo llevasen á su capitana, donde estaba don Sancho de Leiva, don Berenguel de Requesens, don Juan de Cardona y don Gaston de la Cerda, hijo del Duque de Medinaceli. Poco despues volvieron al fuerte el capitan Juan de Funes y los demás que con él habian ido, y dijeron que

dejaban concertado con el Bajá que saliesen libres todos los oficiales y veinticinco soldados por compañía, y que se encerrasen luégo todos en el castillo porque entrarian los turcos á saquear el fuerte y matarian cuantos se les pusiesen delante; y fué ansí, que de allí á poco entraron, y, por la confusion que entre ellos habia, mataron cuantos en él hallaron, y en el hospital, donde estaban infinitos enfermos y heridos, no dejaron uno vivo. Despues de esto estuvo el Bajá sin partirse de los Gelbes ocho dias, aguardando que se embarcasen la artillería y municiones, y que viniesen cuatro galeras que habia enviado á Tunez por bizcocho, con fin de que como hubiese despachado irse derecho á Constantinopla, y de camino hacer, si pudiese, algunos rescates en Sicilia y Calabria; pero porque Drogut le suplicó que, ántes que se partiese, fuese parte para concertar las diferencias que entre él y los moros de Tajora habia, y con los Alarbes, que lo tenian por enemigo, acordó el Bajá de ir á Tripol, donde fué recibido con gran salva de artillería, fiestas y regocijos.

Entraron las galeras turquescas llenas de estandartes y banderas, y los nuestros colgados de las entenas lo de arriba aba-

jo. Estuvo allí el Bajá hasta desarmar los moros de Tajora y castigar algunos, y acordar á ellos y á los Alarbes con Drogut, el cual lo tenía concertado, y ansí se efetuó en pocos dias, y en el ínterin se vendieron los esclavos cristianos que iban heridos y enfermos. Todo el tiempo que el Bajá estuvo en Tripol salia cada dia á tierra; hízole Drogut en su casa un banquete muy suntuoso, en fin del cual le encomendó mucho los prisioneros que llevaba, especialmente á don Alvaro de Sande, con el cual le suplicó tuviese muy particular cuenta, diciéndole que merecia mucha honra y buen tratamiento, ansí por ser un tan valeroso capitan y haberse defendido tanto tiempo contra tanto número de gente, sin tener vituallas ni municiones, y faltarle otras cosas muy necesarias, como porque, si entónces habia dado la fortuna aquella vitoria á los turcos, otra vez la podia dar á los cristianos, y que procurase se les diese libertad á todos, pagando cada uno lo que pudiese de rescate conforme á su posibilidad. Partido el Bajá de Tripol, fué derecho á Malta y hizo agua en el Gozo, y pasando á vista del burgo (donde el gran Maestre y los caballeros residen) salieron algunas galeras á cañonear la armada, y tiró tambien

el castillo de Santelmo. De allí se habia engolfado para Levante, y por el mal tiempo fué forzado acostarse á Sicilia, y estuvo una noche en un puerto llamado la Brúcula, entre cabo Pájaro y Augusta, donde se vieron algunos caballos que guardaban la costa. Otro dia por la mañana mandó el Bajá hacer agua, y saltaron en tierra mucho número de turcos, sin órden ni concierto alguno, y más de treinta de ellos, que se alargaron de la marina, fueron presos de la caballería, y otros tantos muertos y heridos. El capitan Sayavedra (que acaso se halló allí) fué con salvo conducto á la galera real del Bajá á hacer algunos rescates, y como entró dentro vió á don Sancho de Leiva y don Berenguel de Requesens y don Juan de Cardona, que lo recibieron con las lágrimas en los ojos, y mirando á don Alvaro de Sande vió que con alegre semblante reia. Preguntándole el capitan Sayavedra que cómo, estando en aquella prision, estaba con tan buen ánimo que lo tuviese para reir, le respondió: «Señor capitan, llore quien se ha perdido mal, que yo si he perdido la libertad he conservado mi honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversida-

des y trances de la fortuna.» Habia pensado el Bajá de estar allí aquel dia, y, viendo que al alba abonanzaba el tiempo, se partió de allí y comenzó á seguir su viaje, y, habiendo navegado más de quince millas, se le gastó el tiempo y volvió al mismo puesto. El dia siguiente pasó por Augusta, y hallándola sin gente la saqueó y puso fuego por muchas partes. De aquí fué por Calabria á cabo Blanco, y sin acaecerle otra cosa digna de saberse, tocante á nuestra historia, llegó á Galipol, de donde envió á pedir licencia para entrar en Constantinopla, habiendo primero enviado las galeras diputadas á la guardia de Rodas y Metelin. Habida licencia, entró el Bajá en Constantinopla á 27 de Setiembre de 1560.

Iba la capitana delante, y medio cuerpo de galera detras de ella todas las galeras de fanal, en una hilera; luégo las seguian las nuestras, y el resto de su armada de retaguardia, colgados al revés todos los estandartes y banderas que habian ganado en aquella empresa. Dispararon dos veces toda la artillería de las galeras en llegando enfrente del cerrage del gran Turco. A primero de Octubre llevaron á los Generales y á los demás cautivos á casa del gran Turco, en órden, de tres en tres. A don Alvaro de Sande, don Sancho de

Leiva, don Berenguel de Requesens á caballo, los demás los seguian á pié con los mejores vestidos y armas que se habian tomado. Llevaban nuestros estandartes y banderas rastrando. Don Alvaro iba delante y llevábanlo en medio Zuil, Alcaide del atarazanal, y Nasufaga; con esta órden llegaron á Palacio, y pasadas las dos primeras puertas hicieron alto en un gran patio llamado Divan, lleno de cipreses, con muchos pilares de jaspe en torno. Estaban allí algunos genízaros, espais, chauces, solacos y otra gente de guerra muy lucida y vistosa, con gran grita y vocería, tocando nuestras trompetas y atambores en señal de alegría, y ciertos genízaros con cincuenta piezas de terciopelo, damasco y brocado, y paños finos de colores, que el Bajá Piali presentaba al gran Turco, el cual lo estaba todo mirando dende una ventana de los corredores, detrás de una celosía. De allí mandaron llevar á don Sancho de Leiva y don Berenguel de Requesens y los otros cautivos á la torre de Pera, donde están los esclavos del gran Turco. A don Alvaro de Sande mandaron llamar los cinco Bajaes principales que asisten en el Divan (que quiere decir casas de Consejo) y estuvieron hablando con él un rato, prometiéndole

grandes cargos y riquezas, de parte del gran Señor, si se queria volver turco; el cual, con gran menosprecio y constancia, siempre lo rehusó, diciendo que por todo el mundo no se apartaria un punto de la ley de Dios. Tornándole los Bajaes á ofrecer, que, pues él no queria dejar su ley, sirviese al gran Señor de general contra el Sofí, sin dejar la ley que tenía, pues lo podia hacer no siendo la guerra contra cristianos, de que conseguiria grandísima reputacion y estima en todas aquellas provincias; y donde sería más reputado y temido que en toda la Europa, asigurándolo que jamás se le mandaria que sirviese en empresa ninguna contra cristianos, don Alvaro respondió que lo haria con licencia del Rey, su señor, para que hiciese de sí la fortuna lo que quisiese, que de otra manera él no serviria jamás á otro Príncipe ni señor que á su Rey natural. Viendo los Bajaes la poca estima que de ellos y de sus promesas don Alvaro hacía, y conociendo dél que por ninguna cosa mudaria de aquel propósito, pronunciaron luégo contra él una sentencia en que le condenaban á cortar la cabeza, por haber dado batalla contra el estandarte real del gran Señor; y dende allí le sacaron luégo á caballo, muy acompa-

ñado de alguaciles y ejecutores y otros ministros, y grandísima infinidad de gente, que por ver la ejecucion de la injusta sentencia le acompañaban.

Iba don Alvaro, con constante ánimo y alegre semblante, á poner el inocente cuello en manos del cruel verdugo, confortándose en la pasion de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, por el cual, y por amplificar la religion cristiana habia de padecer aquel martirio, invocando cada hora su Santísimo nombre, suplicando á su divina Majestad por la remision de sus pecados y la salvacion de su ánima. Habia ya casi una hora que se habian partido de Palacio cuando el gran Turco, deseando saber de don Alvaro, preguntó que en qué torre ó prision le habian mandado poner, y diciéndole como los Bajaes de su Consejo le habian condenado á muerte, y que ya á aquella hora se la debian de haber dado, dijo con mucha ira y enojo que habia sido cosa muy mal ordenada, y con poca justicia y consideracion; que no era justo, por haber él servido como buen capitan y leal vasallo á su Rey, se le diese la muerte, ántes era digno de mucha honra y loor por haberse sustentado casi contra natura, faltándole tantas cosas tan necesarias y forzosas á su de-

fensa, y especialmente el agua, cosa tan importante á la conservacion de la vida humana: y ansí mandó á uno de los que con él estaban que fuese con gran brevedad, y, si no fuese muerto, lo hiciese volver y lo pusiesen á recado en una parte sigura. El mensajero fué con este mandato y alcanzó á don Alvaro y á los ejecutores junto á la plaza del mercado, lugar diputado al suplicio, que estaba de Palacio casi una milla, por cuya distancia se habia dilatado tanto, porque en cualquiera otro lugar más cerca que se hubiera señalado, se hubiera ya, cuando el mensajero llegó, ejecutada la sentencia. De allí volvieron á don Alvaro y lo llevaron á la torre del mar Negro, donde estuvo con un criado y un capellan hasta que Dios fué servido darle libertad, como en el siguiente libro se verá.

JORNADA DE ÁFRICA

DEL

REY DON SEBASTIAN

DE PORTUGAL,

COMPUESTO

POR JUAN BAÚTISTA DE MORALES

NATURAL DE MONTILLA

A DON JUAN FERNANDEZ DE CÓRDOBA

Y AGUILAR.

AÑO 1622

IMPRESO EN LA CIUDAD DE SEVILLA,
POR GABRIEL RAMOS VEJARANO.

En Córdoba á veinte y cuatro de Julio de mil y seiscientos y veinte y un años. Su señoría don fray Diego de Mardones, Obispo de Córdoba, mi señor, habiendo visto este libro, dijo que le remitia y remitió al doctor Gerónimo Fernandez de Leon, Vicario de la villa de Montilla, para que le vea y dé su censura, ansí lo proveyó, mandó y firmó.—*Fray Diego, Obispo de Córdoba.*

Por mandado del Obispo, mi señor.—*Don Francisco de Salinas Medinilla.*

LICENCIA

Don Fray Diego de Mardones, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia de Roma, Obispo de Córdoba, confesor de su Majestad y de su Consejo, etc. Damos licencia para que se pueda imprimir é imprima el libro intitulado *Jornada de África por el Rey D. Sebastian,* atento nos consta por la censura del doctor Leon, nuestro Vicario en la villa de Montilla, que no tiene cosa por donde se deba impedir el dar la licencia que se pretende para su impresion. Dada en nuestro Palacio Obispal de Córdoba á veinte y cinco de Agosto de mil y seiscientos y veinte y un años. — *F. Diego,* Obispo de Córdoba.—Por mandado del Obispo, mi Señor, *Don Francisco de Salinas Medinilla.*

APROBACION

Por mandado de su Ilustrísima, el Obispo de Córdoba, mi señor, he visto con cuidado este libro, cuyo título es *Jornada de África por el Rey Don Sebastian*, y no hallo en él cosa contra nuestra santa fé y buenas costumbres, y por la fidelidad y verdad que el autor guarda en su relacion, tan digna y deseada de saberse en España como pasó, por lo que de su suceso quedó lastimada, y, por la erudicion con que la describe, se le puede dar la licencia que para imprimirla pide. En Montilla seis de Agosto de mil seiscientos y veinte y un años.—*Dr. Hierónimo Fernandez de Leon.*

PRÓLOGO AL LETOR.

El prólogo sirve de decir el autor el intento que le movió á escribir y sacar á luz su libro, declarando en él aquello en que el letor puede reparar, ó por escuro ó dudoso, respondiendo á las objeciones que se le pueden oponer. Mi intento es escribir la Jornada de Africa, pérdida y muerte del Rey Don Sebastian y de Don Alonso de Aguilar, que fué coronel de los castellanos en ella, natural de Montilla, mi patria, y tan vecina de su casa la mia, que ninguna lo es más. Para esbribirla, demás de haber visto los más de los autores que en latin, castellano y portugués han escrito este suceso, me informé de muchos soldados que se hallaron en la batalla, ansí castellanos como portugueses; con la verdad que he sacado de ellos, y claridad que alcanza mi ingenio, va escrita. Y aunque el Xarife no es el principal de quien se trata, como él fué la causa, y la que tuvo de su justicia el concierto y trato de su abuelo Mahamed con su hermano, es fuerza que en el primer capítulo se trate de ello. La correccion justa estimaré en pago del deseo que tengo de servirte. Vale.

Á DON JUAN FERNANDEZ DE CÓRDOBA, Y AGUILAR, VALENTIN DE MORALES, HERMANO DEL AUTOR.

SILVA.

Si en letras carmesíes
se redujera á epítome la historia,
su sangrienta memoria
que anima el tiempo en láminas turquíes,
en eternos rubíes,
espíritu le diera á el pollo altivo
del águila de Júpiter sagrada,
que en Córdoba y Montilla trasladada
se ilustra al sol en vuelo fugitivo,
donde cobra en los términos del cielo
nido inmortal vuestro glorioso abuelo.
El, pues, que á la sangrienta
oposicion de Marte (soberano
árbol de Alcides) en la heróica mano
hoja ostentó, que atenta
al sol que la ilumina y la fomenta,
lámina dió, y la fama
libró á la eternidad con que le aclama,
porque un Córdoba hubiera
que en Africa á la edad materia diera
entre nos admirables,
como en Europa en versos lamentables
el que invicto se atreve
á el cielo comular piras de nieve;

sepulcro á tanto fuego,
al romano ambicion, envidia al griego.
Al fin á vuestra sombra,
Aguilar generoso, sale aquella
batalla, alumno de fatal estrella,
que imaginada asombra;
aquella que enternece si se nombra
espíritus diamantes;
aquella que á los árabes triunfantes
sin vencedora espada
les dió la flor al alba destroncada,
cuyas conchas en perlas matutinas
duplicaron la púrpura á sus quinas.
Vereis en breve suma
fatal oposicion, funesto estrago,
y en proceloso lago
vestido el Mutacen de roja espuma.
Vos defended la pluma
en materia tan triste,
donde de luto y de coral se viste
en la sangre, y la tinta
con que verdades pinta,
trasladadas de aquellos
que vieron los alfanges en sus cuellos,
y en sus piés las cadenas
que dieron voz al eco de sus penas.
Vereis tres Reyes muertos,
y en ellos aquel jóven invencible,
que murió de esforzado y de terrible,
que si él no se venciera,

nadie bastante á contrastarlo fuera,
y así su valor mismo
dió contra sí venganza á el paganismo,
siendo el mayor contrario
él mismo, de sí mismo temerario.
Oh cuanto en tanta afrenta
su fortuna los Reyes escarmienta;
que el inconsiderado
pierde vencido lo que intenta osado.
Vereis la Lusitana
generosa nobleza
sin su sacra cabeza,
á quien alfange bárbaro profana,
de la luna africana
miserables despojos,
y prendiendo en aljófares los ojos,
á vuestro heróico abuelo
fiando los espíritus al cielo
suyos, yacer en la sangrienta arena,
que de diluvios de difuntos llena
pirámides al cielo le levanta
generosa piedad y oblacion santa.
La pluma eternizad á quien se debe
la terneza á que mueve,
pues la verdad presente
no pudiera, señor, ser tan valiente
que á llanto provocara
si bien con sus efectos admirara.
Amparad un ingenio peregrino
cuyo decir tan fácil y divino

á Montilla hace Aténas,
y al Mutacen famosas sus arenas;
llorad á Portugal, pues considero
una pluma hacer más que tanto acero.
Recebid de mi hermano
lo que alcanza su talento y mano,
que si más él pudiera
otro Alejandro al mundo pareciera.

Á DON JUAN FERNANDEZ
DE CÓRDOBA Y AGUILAR.

Celebrado fué el gran filósofo Licurgo entre los varones notables que engendró Lacedemonia; y aunque en vida, ciencia y otras excelentes virtudes, no tuvo igual, parece que todas ellas cedieron á el ánimo agradecido y grande aborrecimiento que tuvo á la ingratitud; por lo cual mereció, que, preguntado Apolo Pithico por su reputacion, respondiese: Muy perplejo estoy si contaré á Licurgo entre el número de los hombres ó de los Dioses. Tal es el agradecimiento, que en sí mismo engendra su paga, y tal la ingratitud, que es indicio y señal cierta de todos los vicios, muerte cercana, enemiga de la gracia, y red barredera que tiene lleno el infierno. Desde el instante que tuve uso de razon la huí, y cuando no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras tan buenas (porque el agradecimiento ha de ser tal cual fué la bue-

na obra), pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe tambien las recompensara si pudiera con otras tales, y esta estrecheza y cortedad la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á los beneficios que del señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba, padre de v. m. y de v. m., he recibido, no puedo corresponder á la misma medida; conteniéndome en mis estrechos límites, ofrezco lo que puedo, y no es justo (que siendo el agradecimiento hijo de la humildad y éste mi defensa), me sea atribuido á soberbia el dedicar esta obra á v. m., que sólo en lo que de mí tiene tiene de demérito, porque en lo demás á nadie en el mundo pertenece más bien, pues en ella se trata del valor, hazañas y muerte de su ilustrísimo abuelo don Antonio de Aguilar, cuya memoria sola es bastante á que v. m. ampare mis deseos, de más de que á ello le obliga el apellido de Solier, de cuyo valor y nobleza antigua son testigos Hierusalen, España y lo

mejor de Francia, dos veces unido con su real aguila, á sombra de cuyas alas estoy seguro que aves de rapiña y picos venenosos me maltraten. Y si con todo eso los hubiere, será porque no pueden resistir su natural, como yo al mio de desear servir á v. m., á quien guarde Dios, y aumente su estado.—*Juan Bautista de Morales.*

CAPÍTULO PRIMERO. — *De la ascendencia del Xarife Muley Mahamed y del principio que los Xarifes tuvieron, y causa desta jornada.*

Reinando en Fez Muley Elotas Merine, y en Marruecos Muley Naçar Bugentuf, en el año de mil y quinientos y dos, habia muchas guerras en toda Berbería; las fuerzas de el de Fez eran muy pocas, y el de Marruecos solamente era señor de la ciudad, porque todos los alarbes andaban en bandos. En este tiempo el rey de Portugal, don Manuel, habia ganado por sus capitanes muchas villas y lugares á los moros, teniendo á muchos dellos por vasallos y amigos. A esta sazon comenzó á tener nombre y reputacion en Numidia un Cacis, natural de Tigumet, lugar de la provincia de Dara, hombre astuto y plático en las ciencias naturales, el cual se llamaba Mahamet Benamet, y por otro nombre se

hacía llamar Xarif (de quien los Xarifes vienen), diciendo que descendia de Mahoma. Este tuvo tres hijos, Audelquivir, Mahamet y Mahamed, y hallando por el arte de nigromancia que los dos menores dellos habian de ser grandes hombres, animándolos con esta noticia á que aspirasen á grandes cosas, los envió á servir á el rey de Fez, de quien alcanzaron licencia para hacer guerra á los cristianos, viendo los grandes daños que dellos recibian los moros; y sucediéndoles bien determinaron poner en efeto los ocultos deseos de ambicion que las palabras de su padre, ayudadas de su natural, habian engendrado en sus corazones, y dieron la muerte á traicion al rey de Marruecos, haciéndose señores de su Reino. Asentaron entre ambos que el hijo mayor de cada uno dellos, que se hallase vivo á la hora de la muerte de su padre, sucediese en el Reino, y no los nietos. Despues de haberse hecho señores de todo el Reino de Marruecos, tuvieron guerra entre sí sobre lo mal ganado, y Muley Mahamed, el más pequeño, alzóse con todo, y, hallándose poderoso y absoluto señor destos Reinos, hizo guerra al rey de Fez Elotas Merine, de quien fué criado, á el cual desbarató y prendió, como traidor ingrato; y

deste modo quedó señor de toda Berbería. Sucedió, pues, que los más de los hijos deste Xarife más mozo, usurpador de todo, murieron á hierro, y tres se ausentaron, y quedó Muley Audela, su hijo mayor, solamente por su heredero, el cual reinó diez y siete años con grande prosperidad. Y sin embargo de tener hermanos vivos, hijos del dicho Xarife su padre, que por razon del contrato le habian de suceder, juró por sucesor á su hijo Muley Mahamed, ó Xarife, que es el que fué con el rey don Sebastian. El cual, luégo que se vió jurado, comenzó á maquinar contra sus tios, que ya en vida de su padre, Muley Audela, se habian ahuyentado dél, y hizo matar á el uno en Tremecen y otro escapó en los desiertos de Libia, y Muley Audel Melic, viendo esto, se fué á el gran Turco, el cual vulgarmente se llamó Muley Maluco, porque siendo pequeño era muy aficionado á los cristianos captivos, por lo cual su padre le mandó hacer unos grillos de oro, llenos de muchas piedras preciosas, y se los puso un dia, llamándole Maluc (como quien dice siervo), de donde le quedó el sobrenombre tan fijo que muchos no le saben el nombre verdadero. Fué Muley Maluc á Constantinopla, donde residió mucho

tiempo, sin poder alcanzar socorro de el gran Turco contra su sobrino; pero despues de haber escapado de la batalla naval de el señor don Juan de Austria, en compañía del Uchalí, el Turco le dió cinco mil genízaros debajo de algunas condiciones, todas en notable daño de la cristiandad, principalmente de España, por razon de poder tener galeras en Larache, y así entró en los reinos de su sobrino el Xarife, y en tres batallas, con prósperos sucesos, se hizo Señor de toda Berbería. Y el Xarife se vino al Peñon de Velez, fortaleza de la corona de España en el mar Mediterráneo, desde donde pidió socorro al rey Felipe, nuestro Señor, que está en gloria, y no hallándolo, como él queria, pasó á Ceuta, desde la cual, haciendo la misma diligencia con el rey don Sebastian, y prometiéndole la fortaleza de Larache con algunas cosas más, le comenzó el Rey á oir, fundado más en aquesta empresa que se le ofrecia para el bien de la cristiandad, que en las vanidades que otros que vieron estas cosas más de léjos, y con antojos y ojos apasionados fundaron su intento.

CAPÍTULO II.—*De algunas cosas que pasaron entre el rey don Filipe Segundo, nuestro señor, y el rey don Sebastian, en Guadalupe.*

Andando pues el Rey lleno destos pensamientos, como su natural inclinacion y amor de la guerra lo despertasen grandemente, comenzó á dar cuenta á algunos fidalgos en particular, más para poner en efecto sus deseos que para seguir sus verdaderos consejos; pero viendo que todos, con sencillo ánimo, haciendo fielmente la infame lisonja, no dejaban de aconsejárselo, que venía con suficientes (1) razones y vivos ejemplos, comenzó á querer salvar los principales inconvenientes en que se fundaban, que era dejar su reino sin hijos herederos, y pasar en Africa sin parecer ni ayuda del rey Felipe Segundo su tio. Por lo cual le envió por su Embajador á Pedro de Alcaçoba, para que tratase de estas cosas, muy confiado en el debido efeto dellas; pues, por lo que tocaba á la impresa de Larache, convenia tanto más á su Majestad la seguridad de las galeras

(1) Así el original, pero creemos debe decir «huyendo fielmente la infame lisonja, no dejaban de aconsejarle lo que convenia, con suficientes.....»

de turcos en aquel puerto, cuanto sus estados les eran más vecinos que Portugal, y en lo que tocaba á su casamiento habia razon de que á tan justa peticion se diese buen despacho. Procuró tambien el Rey verse con su Majested para sinificarle de más cerca sus deseos. De todas estas cosas no se vido por entónces más efeto que traer Pedro de Alcaçoba la resolucion que se tomó de la vista de los Reyes en Guadalupe, y así parecia que no se difereria más, pues tan presto se esperaba tratar dellas con más autoridad y fundamento. Partióse luégo el rey don Sebastian para Guadalupe, y en todos los lugares del reino de Castilla fué recibido con palio, y tratado en todas las demás cosas como rey natural. Tratáronse los Reyes en las vistas igualmente de Majestad, hablando primero el rey don Filipe; hubo entre ambos verdaderas muestras de grande amor, y en lo tocante á la impresa de la jornada de Africa, jamás su Majestad pudo acabar con el Rey otra cosa que segirla, fundado en el puro celo que le forzaba, sin querer escuchar otra razon alguna, porque sólo le parecia lo era la que en su ánimo se fundaba y tenía por último consejo y presupuesto Viendo, pues, el rey don Filipe, nuestro

señor, la determinacion del rey don Sebastian, aunque no habia querido admitir sus verdaderos consejos, determinó de ayudarle por el grande amor que le tenía, siendo el negocio con particular aditamiento de Larache solamente, por consejo de el duque de Alba, teniendo por cierto que así convenia; pero despues no llegó á efeto ninguna cosa destas, ó por razon de esperar que bajase el Turco, segun que entónces se publicaba, ó por entender su Majestad que faltandole á el Rey tan grande socorro, hiciese por necesidad lo que por razon no queria. Desta manera se volvió el rey don Sebastian á Portugal, á donde se comenzó á prevenir, no obstante los nuevos ofrecimientos que su Majestad le hacía por órden de don Juan de Silva, su Embajador en Portugal, con ciertos contratos sobre la especería, que tampoco tuvieron efeto y la causa no se sabe. En este tiempo llegó de Berbería el capitan Francisco de Aldana, á quien su Majestad habia enviado á espiar la tierra, para mejor enterarse de lo que á el rey don Sebastian le convenia; y dicen que de su informacion conoció su Majestad que no era bien dar calor á cosa tan descaminada, y así lo envió al Rey para que de él se informase, teniendo por cierto que con

su informacion ó suspenderia su intento ó totalmente se desistiria de la empresa; mas el capitan Aldana en ninguna destas cosas hizo efeto, ántes le tomó el Rey la palabra de que le acompañaria en esta jornada, de donde se puede conocer la instancia con que el Rey persuadia á los suyos á ella, pues al que no lo era, y que con lo que habia visto lo iba á disuadir, le obligó á que lo acompañase.

CAPÍTULO III.—*Determínase el Rey á la jornada y llegan á Lisboa seiscientos italianos.*

En este tiempo, viendo su Majestad todavía como el rey don Sebastian no desistia por ningun modo de su determinacion, volvió á tratar desta materia, escribiendo particularmente á el Rey, y dándole con mucho amor verdaderos consejos, mandando juntamente al duque de Alba que hiciese lo mismo por vía de Luis de Silva, Embajador en Castilla, con el celo y piedad que de tan católico Rey se conoce. Pasados algunos dias, estando ya el Rey totalmente determinado á la jornada, no admitiendo el consejo por

socorro, envió á Italia á hacer alguna gente en el Ducado de Florencia, y no teniendo aquesto efeto, por algunos inconvenientes que se ofrecieron, de cuyo suceso hay opiniones muy varias, envió á Alemania la baja á Sebastian de Acosta á hacer tres mil hombres, y nombró por coroneles de la gente que se habia de levantar en Portugal á Diego Lopez de Siqueira y á Francisco de Tabora, á Vasco de Silbeira y á don Miguel de Noroña, y por Capitan de los aventureros á Cristóbal de Tabora (que era muy su privado), y por capitan mayor de la armada á don Diego de Sosa, habiendo primero nombrado á don Luis de Taide, que despues, por lo que convenia al estado de la India, fué por Visorey. Fué tambien nombrado por Maese de Campo general don Duarte de Meneses, y ordenó el Rey que le acompañasen seiscientos italianos, que acaso tomaron puerto en Lisboa á esta sazon, yendo por mandado de su Santidad á socorrer á los cristianos católicos de la isla de Irlanda, en compañía del Marqués Tomás Esternulio, inglés; y no sé qué razon hubiese para que esta gente dejase jornada tan justa y santa, como era dar favor á católicos opresos, y enviados para este efeto por el Papa, por darlo á un infiel.

CAPÍTULO IV. — *Las razones que el Rey tuvo para hacer esta jornada.*

Por tres cosas se movió el Rey á pasar en Africa. La primera por ser contra infieles tan vecinos y tan enemigos; la segunda por socorrer á un rey perseguido, aunque infiel, que con tanta humildad le pedia remedio. La tercera por estorbar la vecindad de los turcos que con Muley Maluco habian venido (demás de los que se podian esperar por la nueva confederacion del gran Turco), cuyo intento deshacia, haciéndose Señor de el puerto de Larache, cosa que resultaba en provecho y aumento de la cristiandad, principalmente de los Reyes de Castilla, sin otro fundamento ni pretension alguna, segun lo escribió al rey don Filipe, su tio, y á su Santidad muchas veces. Y es cosa de risa y mal pensada, decir que la causa fué porque el Xarife lo incitaba y persuadia á que sería Emperador de Marruecos, pues no habia de dar aquello para cuya restauracion solamente venía á pedir socorro; ni ménos se puede pensar de un Rey tan valeroso y católico, que debajo de irle á dar la posesion de sus reinos se

hiciese señor dellos. La corona cerrada, á modo de Emperador, que llevó habia mucho tiempo que usaba della; la cual mandó cerrar, ó porque el Papa Pío Quinto le envió un estoque sagrado y título de Majestad, ó por la misma razon que los reyes sus vecinos, pues era nieto de Cárlos Quinto y descendiente de los demás Emperadores, pues los Reyes de Francia la traen por Carlomagno; cuanto más, que cierto es que todos los reyes, descendientes de Emperadores, pueden traer corona cerrada sin cruz encima, que es la que los diferencia. Mas volviendo á nuestro propósito, el Rey se movió á pasar en Berbería por los respetos arriba dichos, y aunque para esta jornada fué necesario pedir algunos préstamos á los de la nacion hebrea y otros, no fueron de manera que no se pudieron sufrir, porque el Papa le concedió la Cruzada y el tercio de la renta de las iglesias, en que el Rey se moderó, y los de la nacion se concertaron con el fisco. En lo demás hubo tanta moderacion, que sobrellevó el Rey á el conde de Tentugal una escusa, más digna de reprehension que de disculpa, pidiéndole el mismo Rey dinero prestado, por carta particular, y no repartimiento hecho entre los nobles y señores de título, sino de

ruego por cartas particulares, admitiendo muy fácilmente cualquier escusa; y, si bien se considera lo que para tan grande empresa era necesario, se hallará que jamás Rey alguno se dispuso á semejante negocio con tan poca opresion de sus vasallos. Y querer decir que Dios castigó al Rey y reino de Portugal, por los delitos y soberbias en que entónces los portugueses vivian, me parece, cierto, que es con demasiada presuncion y arrogancia, ó por mejor decir temeridad, pues es querer juzgar de los juicios divinos, como si fueran cosas en que hombre pudiese testificar; demás que en este tiempo vivian las gentes en Portugal con tanta moderacion, así en los gastos como en las costumbres, que las señoras muy principales, y la misma Reina, andaban en sillas de manos, y los señores y príncipes no usaban coches, de los cuales hoy hay tantos que apenas se puede pasar por las calles, ni habia telas, ni brocados, ni otras invenciones para las mujeres, que todo se aguó despues, como diluvio, en la general perdicion. Pues en lo que toca á el rey don Sebastian, que en este tiempo estaba en la fuerza de su adolescencia, bien claro está, como á todo el mundo es notorio, que fué príncipe en quien no se conoció ni aun

se sospechó vicio alguno, tanto que, por su honestidad grande y pureza de vida, no pudiendo decir dél otra cosa, se le argüia ser algun tanto aficionado á montería, cuyo ejercicio, demás de ser muy provechoso á cualquier príncipe, para ejercitarse en las cosas de guerra (como de si lo confiesa el rey don Alonso Onceno, uno de los más valerosos príncipes de Europa), nunca le impedia las horas de despacho del gobierno. Pues considérense cuáles serian las costumbres de los vasallos que tal Rey tenian, siendo juntamente de tanta virtud y celo los que entónces ponian órden en las cosas del gobierno, y en la dotrina de la Santa Madre Iglesia, la conocida pureza de los religiosos de la Compañía de Jesús, que sólo pretendian ejercitarlo en buenas costumbres y debida continencia, y no en el estruendo de las armas, para ser más famoso por ellas. Son secretos de Dios impenetrables, y todas sus obras incomprensibles. Hicieron guerra los hijos de Benjamin, justa y santa, por Dios ordenada, y con todo eso fueron vencidos. Peleó el Santo Rey Josías contra Nechao, rey de Egipto, y fué en el campo de Magedo desbaratado y muerto, aunque la guerra era contra un gentil. Fué vencedor Pompeyo,

desde su mocedad, en todas cuantas guerras, como tirano y sin razon, tuvo, y vencido en una que sustentó con justa causa, á donde Caton confiesa (aunque gentil) el grande secreto de la Providencia divina. Santo era el Rey Luis de Francia y santo su intento, y muy católica la gente que llevaba contra los enemigos de la ley de Cristo, y fué desbaratado, preso y captivo. ¿Qué jornada más justa ha habido en el mundo que la del Emperador Conrado con los demás Príncipes en la conquista de Tierra Santa, por consejo y persuasion del glorioso San Bernardo (que casi fué divino mandamiento), y fué, con tanto número de cristianos, desbaratado y perdido, y poniendo algunos culpa á este Santo de tal pérdida, dió él vista á un ciego en justificacion y testimonio de que lo que habia aconsejado fué por mandado de Dios? Pues agora en nuestros tiempos, ¿qué guerra pudo haber más justa que la que se hizo contra los hereges taboristas de Bohemia, y vemos cuánta gente católica se perdió en tantas jornadas, sin que fuesen bastantes, valerosos Emperadores, Comisarios del Santo Padre y indulgencia de la Santa Cruzada? Y por último ejemplo, ¿qué empresa podia haber más necesaria, para el remedio á tantos daños como

la cristiandad cada hora recibe, que la de Argel, á donde el valeroso y católico Emperador Cárlos Quinto perdió tanta gente, despues de tener casi tomada esta mazmorra cruel y perpétua de la libertad de los cristianos, sucediéndole tantas cosas adversas, que unas á otras se atropellaban, y sentidas con tan constante ánimo, conformándose con el secreto de la voluntad divina, que por él mereció el renombre del segundo Job? ¿Y agora, tan pocos años há, tantas armadas como se asolaron destos reinos en tan justa guerra contra luteranos? Grande necedad y ceguera, si el suceso de las cosas se hubiera de atribuir al merecimiento de las personas, pues por el mismo caso viniera el gran Turco (que tanto manda, toma, tiene y desbarata, respecto de los Reyes cristianos) á ser más amado y favorecido de Dios, ántes vemos lo contrario, que los más queridos son más castigados, como á cada paso les acontecia al pueblo escogido de Dios y hijos de Israel. Bien fácilmente entenderá quien considerare los términos desta perdicion, como adelante se verá, que fué particular determinacion divina, pues, de cuantas cosas para esta jornada fueron hechas, bastaba desordenarse una sola para que no tuviese efeto.

¡Oh secretos fines de su alto juicio que nadie puede alcanzar! Dios, en fin, es Señor que todo lo puede quitar y dar, pues era suyo ántes que nuestro fuese, y jamás deja de ser la propiedad suya, pues de los mayores bienes que hombre alcanza sólo es usufructuario; porque el mudar los imperios y monarquías, y acabar los reinos y señoríos es una cierta y determinada voluntad de su infinita sabiduría, y aquello que muchas veces nos parece castigo por ventura resulta en provecho nuestro. Es tan antiguo y cierto de que la voluntad divina dispone estas cosas, como ella solamente sabe, tan fuera de poderlo alcanzar nuestro flaco juicio y entendimiento, que estando Pompeyo muy desconsolado en la isla de Lesbos, despues de ser vencido de César, le dijo un filósofo bárbaro que no tenía razon de estar de aquella manera, pues era sin duda que en ello iba contra la voluntad de los dioses, los cuales de tiempos en tiempos mudan fatalmente las cosas, y que tambien los imperios y monarquías tenian sus años críticos en que se acababan, como todo lo demás; á las cuales palabras de modo obedeció Pompeyo, que quedó muy consolado, teniendo por cierto que era cosa ordenada por el cielo y no defecto de su

persona ni república. Pues si esto entendian los gentiles, con cuánta más razon nosotros que tenemos lumbre de fé, y que sabemos que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios, debemos creer que la mudanza de nuestro estado es particular voluntad suya y que siempre lo mejor de el efeto á que se encamina nos es oculto; no niego que culpas de tan largos tiempos podian merecer mayores castigos.

CAPÍTULO V.—*Los fidalgos de Portugal y ciudad de Lisboa procuran disuadir al Rey de la jornada, y lo que sobre ello pasó.*

Estando, pues, el negocio en los términos que habemos dicho, en que las cosas de guerra se prevenian con toda brevedad, la cual jamás se creyó que llegase á efeto, ó por faltar ella por sí mesma ó por particular merced de Dios, por no ser jamás de parecer el rey Filipe Segundo, nuestro señor, que se hiciese, comenzaron los fidalgos y señores de Portugal á temer muy más de veras el peligro de tan in-

considerada empresa, y pidieron á Cristóbal de Tabora quisiese disuadir al Rey della, creyendo que á solo él daria oidos, como á su mayor privado; á lo cual Cristóbal de Tabora respondió, en su justificacion, que nunca con acto ni con palabra habia mostrado al Rey era acertada, ántes siempre se habia mostrado muy tímido, tratándolo el Rey con él algunas veces por le hacer merced, que era la ocasion y término en que le podia declarar su intencion y dar su parecer, y que ansí no le parecian sus fuerzas bastantes para arrancarle tan arraigado propósito, ni él podia convencer al Rey con razones, pues era mancebo sin experiencia en la guerra, ántes era mejor que ellos lo hiciesen, pues habian sido sus generales, y hallándose en ocasiones, cuyos ejemplos atraen mucho en conocimiento de lo que se pretende, con que se juntaba su autoridad y años tan seguros de crédito y dignos de respeto, y que en lo que de su parte fuese no perderia punto, solicitando buena ocasion y hora en que el Rey les hiciese merced de oirlos. Lo cual se puede muy bien creer, porque demás de ser Cristóbal de Tabora un fidalgo muy honrado, en quien jamás la demasiada privanza hizo su oficio, ninguno interesaba más en la vida y

quietud del Rey y reino que él. Y es tanta verdad esta, que cuando el Rey lo envió á Castilla sobre estos mismos hechos, ántes de la ida á Guadalupe, alcanzó su licencia para visitar al Cardenal don Enrique, so color de debida cortesía, pues habia de pasar por junto á Ebora, adonde él estaba con disgusto, y le pidió quisiese tomar á su cuenta disuadir á el Rey desta jornada, aventurándose á la indignacion en que pudiera caer si él tal supiera. Mas volviendo á el propósito, viendo esto algunos fidalgos, como fueron don Juan Mascareñas, cuya autoridad era grande en las armas, y Francisco de Saá, Conde que despues fué de Montesinos (á quien el Rey tenía mucho respeto por haber sido ayo del Príncipe, su padre), hablaron al Rey, de conformidad, cada uno en particular; y puesto que les agradeció mucho su buen celo, no sólo no los quiso más oir, mas ordenó que no lo acompañasen, dejándolos por Gobernadores, en compañía de don Jorge de Almeida, Arzobispo de Lisboa, y Pedro de Alcaçoba, como personas de grande valor y celo y virtud, y no malquistos. Estos oficios hicieron otros muchos fidalgos y señores, aconsejando á el Rey, por el bien comun del reino, y con instancia de don Alonso de Castilblanco,

despues obispo de Coimbra y Visorey del reino de Portugal.

En este tiempo llegó de captiverio don Antonio de Acuña, un fidalgo muy honrado y buen caballero, el cual habia peleado por la parte del Xarife contra Muley Maluco, y queriendo el Rey informarse dél de algunas cosas de Berbería, como don Antonio le dijiese la forma en que los moros peleaban y cuanta gente habia de guerra, hablando la verdad, como quien la decia á su Rey en materia de tanta importancia, al fin de toda esta informacion, cuando él creyó que el Rey le daria las gracias le dijo: «Paréceme, don Antonio, que os parecen los moros muchos»; á lo cual él le respondió: «Yo digo lo que á vuestra Majestad conviene, y cuando en su servicio me hallare contra ellos espero dar muestras que hablé como verdadero y no como cobarde.»

En este tiempo los regidores de la Ciudad de Lisboa y los hombres de gobierno della hablaron algunas veces á el Rey, acordándole lo que á su reino convenia, y otras cosas, bastantes cada una dellas á lo disuadir de su intento; mas el valeroso Rey, que por natural ferocidad de su corazon, ó por mejor decir por permision divina, tenía ya concebido y asentado en

su ánimo ser esta empresa justa, piadosa y santa, no daba oidos á cosa alguna, juzgándose por justamente determinado á ella, pues era cosa que desde su niñez tenía en deseo, teniendo muy bien en la memoria que estando un dia en el monasterio de San Roque (de bien poca edad), despues de haber comulgado, recogido en una capilla, como lo acostumbraba, fué hallado delante de un Crucifijo, de rodillas, á donde con muchas lágrimas y grande instancia, de modo que su maestro, pensando que era otra cosa, acudió, estaba pidiendo á Dios que así como á tantos Príncipes habia concedido vitorias, imperios y monarquías, le concediese á él sólo ser su capitan. Y otra vez, hallándose en la profesion de una monja (en el monasterio de la Madre de Dios) llamada doña María de Meneses, que habia sido dama de Palacio, dijo: «Señor, hoy con razon es dia en que el Divino esposo parece que debe conceder más fácilmente lo que su esposa le pidiere, por eso, vea vuestra Alteza lo que quiere que de su parte le pida.» El Rey le respondió que lo agradecia mucho, y que le pidiese que lo hiciese su capitan; siendo de tan poca edad que lo tuvieron todos á maravilla. Pues vean agora los Príncipes guerreros, los inven-

cibles capitanes del mundo, que no tuvieron desde sus verdes años tan fundado propósito y santo celo, ni con tan poca ambicion acometieron (quizá) contra infieles semejante empresa, que secretos son estos de la divina sabiduría, que cuanto á nuestro entendimiento mal se puede entender que faltase Dios á tan santos deseos.

CAPÍTULO VI.—*De la última resolucion del Rey.*

Determinado, en fin, el Rey, de seguir su intento, llamó á los fidalgos á Consejo, los cuales, despues que en él estuvieron esperaron que el Rey les propusiese las razones que tenía para hacer esta jornada, con determinacion de disuadirle della, ó por lo ménos acabar con él que no fuese en persona. El Rey llegó á la puerta solamente, y en lugar de proponerles su intento les hizo una larga plática, en la cual no les pedia consejo, diciendo que solo les daba cuenta para declararles su intento, y al fin della, sin aguardar respuesta, se entró en su recámara, dejándolos á todos con la palabra en la boca y con harta pesadumbre en sus corazones. Desta manera aconteció, y nunca el Rey puso en

Consejo el estado de su determinacion, como alguno dice, culpando á muchos señores de el reino de Portugal, que por sus pretensiones ó ignorancia callaban á su Rey la verdad, aconsejándole lo contrario della; siendo esto tan en su contra, que preguntándole el Rey otro dia á don Manuel de Meneses, obispo de Coimbra, que se halló en el Consejo, que qué le habia parecido la plática, él le respondió que bien parecia de su Majestad, supuesto que algun tanto dilatada en los argumentos: dándole á entender que era más estudiada para persuadir como pretendiente que dilatada para admitir como señor. Desta manera le hablaban todos los que no querian oir semejante respuesta, cual la llevó don Antonio de Acuña, ó sucederle lo que á un fidalgo bien honrado y valeroso que en la India acabó algunas empresas de las más notables dellas, el cual, como reprendiese y aconsejase á el Rey la primera vez que pasó en Africa, no siéndole agradable, fué dél tan mal recibido, que envió públicamente (¡oh galardon injusto!) á consultar médicos y filósofos si podia un hombre tener ménos valor y juicio con la edad; queriendo atribuir á desatino su honrado consejo y fiel celo. Pero á todo esto se aventuraran to-

dos, si con su injuria ó daño se atajara totalmente la mal fundada opinion, como lo hicieron por sus cartas don Duarte de Castiblanco, que fué despues conde de Sagubal, que en este tiempo estaba por Embajador en Castilla, y el conde de Tentugal, que fué despues marqués de Ferreira, y personalmente don Alvaro de Silva, conde de Portalegre, su mayordomo mayor, señor de mucha autoridad y virtud, y todo no aprovechó.

Estuvieron estos fidalgos algunos dias entre esperanza y temor, porque por una parte creian que su Majestad con su autoridad y con parecer tambien del duque de Alba apartarian al Rey deste pensamiento, y por otra parte veian y sentian lo contrario, hasta que al fin con los demás del reino se aprestaron, ofreciéndose ántes á todo el rigor de la fortuna, que al menor punto de falta de crédito en su obediencia y lealtad, comprando las armas y caballos y otras cosas necesarias á la guerra, con mucha pérdida de sus haciendas, para lo cual se apercibieron de naos, carabelas y otras embarcaciones necesarias y capaces; y querer decir que se cargaron de excusadas galas es engaño, porque cuando á las cosas que convenia no habia falta, que mucho era que algu-

nos mancebos fuesen lustrosamente ataviados, pues ántes el aparato en la guerra anima á los soldados y da temor á los enemigos. En esta jornada acompañó á el Rey el prior don Antonio, hijo del infante don Luis, aunque algun tanto desabrido por ciertas pasiones que tuvo con Cristóbal de Tabora. El duque de Berganza, don Juan, no pudo acompañar al Rey por estar en este tiempo muy enfermo, mas hizo lo acompañase su hijo don Teodosio, duque de Barcelos, con muchos criados, vasallos y fidalgos. De la misma suerte el duque de Avero acompañó á el Rey. Y en lo que dicen algunos que los señores de Portugal iban proveidos como la persona real, es verdad, porque siempre en su servicio, como leales vasallos, gastaron liberalmente su hacienda sin recibir sueldo ni ventaja, como se acostumbra en otros reinos; pero en lo que dicen que cargaron de sedas y vajillas y oro, como quien iba á bodas, es, cierto, mas imaginacion que otra cosa, porque ninguno llevó más de lo necesario y forzoso, demás de las armas y otras cosas convenientes á la guerra.

En este tiempo, el cardenal don Enrique, viendo que el Rey no queria tomar sus verdaderos consejos acerca de la mal

sustentada opinion, se fué á Ebora bien desabrido y mal contento, desonorándose del cargo de Inquisidor mayor, que el Rey dió á don Manuel de Meneses, obispo de Coimbra.

CAPÍTULO VII. — *Pártese el armada, llega á Cádiz y dáse razon de la gente que lleva.*

Despues que toda la gente de guerra fué junta, cuyo número no llegó á diez y siete mil hombres, que fueron nueve mil portugueses de los tercios que los Coroneles levantaron; tres mil tudescos, de los cuales era capitan Martin de Borgoña señor de Tamberg; dos mil castellanos que gobernaba don Alonso de Aguilar (hijo de don Pedro Nuñez de Herrera Bailio de Lora y nieto de don Alonso de Aguilar, que murió en Sierra Bermeja) supuesto que entónces no estuvieron todos en Lisboa; seiscientos italianos, á quien regia el marques Tomás Esternulio; mil y quinientos ventureros portugueses, hombres nobles, demás de los fidalgos ilustres y señores, que fueron en la jornada. Se partió el rey don Sebastian de la ciudad de Lisboa á veinte y cuatro de Ju-

nio, dia del glorioso precursor de Cristo, del año de mil quinientos setenta y ocho, con grande contento y alegría de todos, porque aquellos á quien se les dejaban comunicar y traslucir los peligros que podian suceder, se confortaban en las esperanzas de alguna buena ocasion, y los otros, con las apariencias del bien que prometia tan hermoso ejército, hacian fiesta á los alegres principios; sin haber alguno en toda el armada que mostrase tristeza ni melancolía con tristes agüeros, como alguno dice que iban todos los portugueses rendidos á la muerte, porqué los miedos y temores de que tenian llenos los ánimos no les dejaban lugar para otra cosa, haciendo grandes misterios, tomando por agüero pronóstico de sus males haber dado el espolon de la galera real en una nao flamenca, siendo al contrario maravilla no haber sucedido alguna desgracia en el puerto, de donde salian juntas mil embarcaciones. Mas ántes era tanta la fiesta y armonía de las chirimías, pífanos y tambores y otros instrumentos bélicos, que parece cierto (como fué verdad) que allí el contento se despidió de todos.

El primer puerto que el Rey tomó fué el de Lagos en Algarve, con toda esta armada, donde se detuvo cuatro dias, en los

cuales se embarcó alguna gente del tercio de Francisco de Tobara, que en aquellas partes fué levantada, y, partido de allí, en breve tiempo llegó á Cádiz para esperar alguna gente que se venía juntando, castellanos principalmente, adonde estuvo ocho dias, en los cuales le hizo muchas fiestas el Excelentísimo duque de Medinasidonia.

CAPÍTULO VIII. — *Muley Maluco procura disuadir al Rey de la jornada; pártese de Cádiz y llega á Arcila.*

En este tiempo procuró Muley Maluco, por sus inteligencias, disuadir al rey don Sebastian de la empresa, como ántes lo habia intentado por vía de Andrés Gaspar Corzo, acordándole su justicia y la inconstancia de Muley Mahamed, los daños que de él habia recibido, y juntamente prometiéndole algunas cosas, á lo cual el Rey, por ningun caso, jamás respondió; y desto se quejaba grandemente Muley Maluco, como despues se supo en Fez, de Reduan su grande privado. Ni era justo que el Rey le respondiese, porque por una parte, en lo que tocaba á la justicia de Muley Maluco ninguna tenía, pues con-

certarse con él no era cosa lícita, pues tenía debajo de su amparo al Xarife con las condiciones entre ellos ordenadas, y, cuando no las hubiera, bastaba el haberse asegurado del Rey para no hacer otra cosa; y sin embargo desta verdad que todo el mundo vió, demás de que por clara consecuencia se deja esto entender, con mucho atrevimiento habla de un Rey tan verdadero y justo, y amigo de reputacion honrada, el que dice que dió por respuesta, ó la envió á el Maluco, que él habia hecho muy grandes gastos y conducido muchos extranjeros, por lo cual no podia faltar á la empresa si no le daba á Tetuan y á Larache y á Cabo de Gue, y que Muley Maluco le respondió que aquel era partido para tratarse dél cuando lo tuviera cercado en Marruecos, y le entregara á su enemigo Muley Mahamed. Por cierto que parece esto una cosa no sólo indigna de algun crédito mas digna de muy grande reprehension; pues bien claro está que si el rey don Sebastian enviara á decir esto, que otorgándole el Maluco los lugares sobredichos se queria desistir de la empresa faltando en la fe al Xarife y poniendo en precio su verdad, á quien más le diese por ella; no sé cómo esto dicen los mismos que afirman que el rey

don Felipe, nuestro señor, no pudo nunca acabar con el Rey concierto alguno con Muley Maluco.

Despues que el rey don Sebastian, como atrás decia, se estuvo en Cádiz ocho dias, llegó con toda el armada de frente de Tanjar, donde desembarcó con cuatro galeras solamente para dar órden á algunas cosas necesarias, enviando á don Diego de Sosa que lo esperase en Arcila con la demás flota; aquí se detuvo un poco y ordenó á Muley Xeque, hijo del Xarife (que es hoy cristiano y se llama don Felipe) fuese corriendo la costa hasta Masegon para dar calor á los que quisiesen seguir su bando, con Martin Correa de Silva por capitan de los portugueses que lo acompañaban, y despues vino á Arcila en las galeras, y el Xarife por tierra con algunos moros de á pié y de á caballo. Luégo el Rey mandó desembarcar la gente en tierra, y fué alojado el campo junto de los muros de la villa, y alguna parte dentro della; otro dia llamó los fidalgos y coroneles á Consejo, en el cual se propuso cuál camino se tomaria para Larache: unos eran de parecer que lo más seguro y breve era por la mar, y tomar tierra sino se esperaba grande resistencia de la parte de los moros; otros que el campo marcha-

se por tierra, á lo largo del mar, aquellas cuatro leguas que hay desde Arcila á Larache, llevando por trincheras por la banda de tierra las carretas y carros, y la armada por la mar á su vista, y luégo que la gente llegase podria pasar en los bateles de las naos de la otra parte del rio donde la fortaleza está situada. Otros decian que marchase el Rey por tierra hasta poder pasar el rio Lucus con todo el ejército en el campo de Alcazar, á donde el vado da lugar á ello, tomando la misma villa de camino, en la cual podia dejar al Xarife y batir despues la fortaleza de Larache, con las espaldas más seguras.

Los inconvenientes que habia eran, en lo primero contrario el parecer del Rey, decir á desembarcar á tierra por estar la fortaleza de Larache situada sobre bancos de arena y en la entrada de la barra, de manera que ni aun ave podia entrar por ella, sin muy grande riesgo de la artillería y bagios, y el desembarcar habia de ser en la orilla del mar en la costa brava, cuando el tiempo lo consintiese, y tambien era notable peligro por la facilidad con que los moros, con trincheras en la playa, se podian defender de la gente que habia de salir con tanto trabajo con el agua á los pechos, á riesgo de poder ve-

nir una tormenta y ser fuerza hacerse el armada á la mar y dejar la mitad de la gente en tierra; y cuando toda hubiese desembarcado, como la costa es brava, no se podria sacar el artillería y mantenimientos, porque aunque un poco abajo de Larache hay una pequeña ensenada, adonde está una casa á modo de fuerte, que se llama Castil de Ginoveses, es muy pequeña, demás de estar, como era notorio, atrincherada y fortalecida con la gente que Muley Amet, hermano de Muley Maluco, tenía allí, con que el sitio estaba inexpugnable.

En el segundo parecer, de marchar el ejército por tierra á lo largo del mar, tambien decian, que de qué modo se habia de pasar el rio, pues era fuerza que los bateles de la armada, barcas ó galeras que para ello eran necesarias, habian de entrar por la barra adentro, á donde, como está dicho, la fortaleza con toda la artillería y mosquetes juntamente habia de defender la entrada, de manera que echándolas á fondo faltaba lo principal del pasaje, y ninguno otro remedio habia, demás de ser las cuatro leguas desde Arcila á Larache de muy ásperas montañas.

En el tercero parecer de marchar el campo por tierra, decian que habia mu-

cho riesgo por falta de los mantenimientos, y de los asaltos y emboscadas que podian darles los moros de noche y de dia; demás de que se ponia el Rey á riesgo de dar una batalla, en que no sólo aventuraba la honra y reputacion de su Reino, y toda la nobleza y valor y sustancia dél, mas su vida y persona, en que consistia la perpétua consolacion y remedio de todos.

CAPÍTULO IX.—*Continúase la relacion de lo que pasó en Arcila.*

Desta manera se trató el negocio, y puesto que hubo muchos fidalgos de contrario parecer, en el camino que se siguió, todavía permaneció la opinion del Rey, como tan propia á sus deseos, y mandó que el campo marchase por tierra á buscar el vado del rio Lucus de Larache, para venir á sitiar la fortaleza, que estaba de la otra banda; lo cual realmente, bien considerados los inconvenientes que en los otros pareceres habia, no era mal acertado consejo, si la brevedad y diligencia siguiera á la resolucion, pues no habia en este tiempo en todo el campo quien pudiese resistir, ni tan solamente osase mirar, el ejército, por ser muy poca la gente que

Muley Amet, hermano del Maluco, pudo juntar despues de fortalecer á Larache, como Capitan que era de aquellas partes, y estaban harto recelosos, en tanto grado, que vino de Alcázar un judio, llamado Gibre, á pedir al Rey salvo-conducto para los suyos, que estaban en la villa, como cosa desamparada en que no habia ningun modo de resistencia.

En este tiempo aun se estaba todavía Muley Maluco en Marruecos, que está de allí más de cien leguas, y pudiera muy fácilmente el Rey, partiendo luégo, tomar á Alcázar y dejar en ella al Xarife con sus moros y alguna gente de guarnicion, y con brevedad, porque en ella estaba el buen suceso; y desde allí bajar á Larache á lo largo del rio, que está tres leguas, y, haciéndose señor de la ensenada de Castil de Ginoveses, desembarcar muy fácilmente los mantenimientos y municiones necesarias, sitiando la fortaleza, que con la brevedad pudiera tomar, trincherándose de la banda de tierra. Mas la tardanza de Cádiz y Tanjar, y últimamente diez y ocho dias que el Rey estuvo en Arcila, sin haber para qué, fué totalmente la causa de la perdicion de el Rey y de su campo; porque en este tiempo tuvo lugar Muley Maluco para llegar á Alcázar, con las gentes

que tenía convocadas de Sus, Trudante, Tedula, Fez y Miquenes, lo cual, si el Rey fuera experimentado como valeroso, pudiera muy bien prevenir, acordándosele de la presteza de César, y de los demás que con ella sola en el mundo alcanzaron tantas vitorias.

Deste modo aconteció, y no hubo algun fidalgo que le aconsejase al Rey sino aquello que le convenia, porque los que lo dieron en que se marchase por tierra no era con pequeño fundamento, habiendo la diligencia necesaria que era bien que hubiese, como todos pensaron, y así daban su parecer sin malicia alguna, como realmente parece. Y es sin fundamento decir que don Alonso de Portugal, Conde de Vimioso, como sagaz y astuto, por vengarse de Pedro de Alcaçoba, aconsejó al Rey que fuese por tierra, porque faltándole en el campo los mantenimientos, le pusiese el Rey la culpa; por cierto cosas son estas que no se pueden creer, no digo yo de semejante señor tan honrado y tan valeroso, mas de ningun hombre que fuese cristiano, ni de otro alguno aunque no lo fuese, pues bien claro está que los temerarios y peligrosos consejos que le imputan tambien él los tomaba para sí, pues fué en el mismo campo, y murió en la ba-

talla llevando consigo tres hijos. Mas volviendo á nuestra relacion, despues de estar el campo alojado, como está dicho, que muy despacio desembarcó en tierra, no sin grande murmuracion de algunos ministros, á quien tocaba esta diligencia, de ahí á seis ó siete dias pareció bien al Rey hacer dar un rebato falso para ver cómo la gente se habia en él; y, siendo diez ó doce horas de la noche, dispararon las bombardas y comenzó á oirse en el campo arma, arma, á lo cual acudieron todos de manera que al principio hubo grande confusion, pero lo mejor que fué posible acudieron los tercios á lo alto de las trincheras, y los fidalgos se pusieron á caballo; mas en la playa, y junto á las puertas de Arcila, hubo demasiada grita y confusion, porque los que estaban dentro, en la villa, salian de rendon al campo, y otros acudian dentro á sus obligaciones, y juntamente algunos hombres de mar, de muchos que estaban en tierra, se echaban con mucha furia á los bateles para acudir á sus naos ó á su remedio, como hombres desarmados que no tenian más obligacion que la de sus navíos.

El Rey en este tiempo estaba dentro en la villa, y, saliendo al campo, acudieron á él tantas gentes que se halló fatigado,

y comenzó á decir «á lo alto y á espacio»; desta manera se fué todo poniendo en órden, y el campo estuvo todo puesto á punto antes que amaneciese, y luégo conoció que habia sido rebato falso. De la cual breve confusion parece que alguno ha tomado ocasion de decir, que con los primeros rebatos que hubo, cuando los moros de el Xarife, que iban con el rey don Sebastian, salieron á el encuentro de los de Muley Maluco, fué tan grande el miedo de los portugueses, que muchos se acogieron á Tanjar; siendo ansí que cuando los moros de el Xarife salieron á escaramuzar con los de Muley Maluco, demás de ser de dia, no pelearon en parte donde hombre, de cuantos estaban en el Real, viese tal pelea, ni moro contrario alguno, porque estaban muy lejos, de modo que no podia haber razon de miedo, ni de vista, ni de oidas, ni áun de sospechas, y así estuvo el campo muy quieto siempre, sin moverse dél persona alguna. Y cuando sucediera que el temor de los enemigos obligara á algun cuitado á querer huir del campo, ¿no le era más fácil entrarse en Arcila, que estaba á sus espaldas, las puertas abiertas, que acogerse á Tanjar, de allí siete leguas, huyendo de los moros para los mismos moros, que en el camino, dicen, encontra-

ban, de quien quedaban captivos? Vea agora quien esto lee, si no lo vió por sus ojos, si le halla algun fundamento, y por esto puede juzgar cuán erradas informaciones hubo en este caso.

Pasados algunos dias hubo un rebato en el campo y parecieron á lo largo muchos moros, á quien el Rey quiso salir en persona, llevando la vanguardia don Duarte de Meneses, Maestre de Campo general, con quinientas lanzas, á donde iban los principales señores de Portugal, y el duque de Barcelos junto al Rey, armado de armas blancas, donde hizo maravillas en tan pequeña edad. Pasó el Rey muy adelante, y fué el negocio de manera que fueron más de tres leguas en seguimiento de los moros que se iban retirando, en el cual tiempo se movió el escuadron de los ventureros, poco ménos de una legua, á dar calor á la gente de á caballo, y el Rey se volvió muy satisfecho de como los suyos se hubieron en la brega, matando á algunos moros; y el Duque, luégo que llegó á Arcila, lo fué á visitar á su tienda con un estoque en las manos, y sabiéndolo el Rey lo salió á recibir á la puerta, ensalzando públicamente su ánimo y diligencia, y le dió muchos abrazos. Pasado este rebato (cuyo acometimiento con tan

gran desórden fué con razon atribuido á el Rey á temeridad, por el peligro que pudiera haber, habiendo celada como cada hora acontece), los fidalgos lo sintieron de manera, que sin ningun temor ni fingimiento se fueron á él, trayéndole algunas cosas á la memoria, proponiéndole algunos ejemplos, con que más lo reprendian que aconsejaban, y lo sintieron tanto, que, en algunas pláticas que sobre estas y otras cosas tuvieron, por algunas veces estuvieron determinados de persuadir al Rey que no entrase por la tierra adentro, con bien honrado, lícito y fiel atrevimiento, y no faltó alguno entre ellos que se ofreció á ser el primero que se arrojase á sus piés, si todos en ello firmemente viniesen; mas en fin, pudo más el temor de cualquier mancha de falta de obediencia en los portugueses, que el peligro de la cierta muerte que cuasi tenian delante de los ojos. Desde este lugar escribió Cristóbal de Tabora una carta al secretario Miguel de Mora, que despues lo fué de la puridad, y uno de los Gobernadores del reino, la cual, despues de su muerte se halló, y entre otras cosas de grande lástima y sentimiento (acerca de la porfiada determinacion del Rey) le decia que los encomendase á Dios, que es-

taban en el más infelice estado de la vida, no queriéndoles admitir el Rey ningun consejo. Y fué esto con tanto grado, que ningun fidalgo dejó de aconsejar al Rey lo que le convenia, y principalmente que no fuese por la tierra adentro, y no fué posible disuadíllo, aunque á ello le aconsejó tambien el padre Luis Gonzalez de Cámara y los demás padres de la Compañía de Jesús, que, como está dicho, siempre asistian al lado de el Rey, instruyéndole en buena y santa dotrina y buenas costumbres, á imitacion de sus antecesores, como se ve por la carta que escribió á sus pueblos cuando comenzó á gobernar, cuyo traslado me pareció bien poner aquí, así para que se vea el mucho amor que le tenía como el buen celo de sus principios.

CAPÍTULO X.—*Carta del rey don Sebastian á sus pueblos, y de su natural inclinacion.*

«Cuanto más conocimiento voy teniendo de las cosas de gobierno de mis reinos, tanto me parece más necesario para ellos, demás del ayuda y favor que para ello debo pedir á Nuestro Señor, hacer mucha

cuenta de las memorias y avisos de mis pueblos y vasallos, por lo cual os encomiendo mucho me aviseis muy en particular de todo lo que para el bien de mis reinos fuere necesario, así para la conservacion y aumento del culto divino, que es la primera y principal obligacion de los Reyes católicos (y de lo que los Reyes mis antecesores tuvieron tanto cuidado, á los cuales yo deseo mucho imitar y seguir) como para que tambien sea enteramente guardada la justicia á las partes, y que no se les haga por mis oficiales, ni por otra persona de cualquier calidad que sea, agravio ni vejacion alguna, principalmente á la gente pobre y desvalida, de quien yo determino tener muy especial cuidado. Y porque, demás de la obligacion que tengo de proveer en las cosas de la religion cristiana y de la justicia, deseo tambien poner en órden la reformacion de las costumbres y restituir las antiguas, á que soy aficionado grandemente; os encomiendo mucho me aviseis por escritos de los medios que os parecieren necesarios, para que esto tenga efeto, aunque en alguna manera parezcan contrarios á lo que de presente se usa, cerca del trato de mi persona y casa y gusto mio particular: porque el mayor

que yo tengo es proveer en las necesidades de mi reino y vasallos, y dellos tener tales, cuales son y fueron siempre los portugueses. Antonio Carballo la hizo en Almerin á trece de Febrero de mil y quinientos y sesenta y nueve años. Duarte Diaz la hizo escrebir.—*Rey*.»

Este era el fruto que resultaba de los buenos consejos y sana dotrina de los religiosos de la Compañía de Jesús; y por que el rey don Sebastian era naturalmente inclinado á cosas de guerra, especialmente á las de África, viendo los Padres los grandes inconvenientes que de aquí se podian seguir, si no usase de esta inclinacion con templanza y prudencia debida, le fueron siempre aconsejando lo que convenia, como sucedió; que estando el Rey un dia en la leccion muy imaginativo, diciendo que estaba pensando cómo ganaria á África cuando fuese de edad conveniente, le respondió el padre Luis Gonzalez: «Señor, porque veo vuestra Alteza habla de veras, con ellas le diré lo que siento. No puede el rey de Portugal pasar en África sin tres cosas: la primera sin dejar en el reino cuatro ó cinco hijos varones; la segunda, que no arriesgue su reino yendo en persona; y la tercera que ha de tener tanto dinero y gente

y apercebimiento que lo pueda hacer con seguridad.» Con la cual respuesta el Rey quedó muy triste y melancólico por ser tanto contra su deseo. Y no fué sólo esto lo que el padre Luis Gonzalez hizo, sino que, viendo que ya con la tardanza de su casamiento se ponia á riesgo la falta de heredero legítimo en sus reinos, comenzó luégo á tratarle dél, persuadiendo á ello á la Reina, su abuela, y Cardenal Infante, su tio, y á el mismo Rey muchas veces, y en diversos tiempos; proponiendo primeramente á la señora infanta doña Isabel Clara, hija del rey don Filipe segundo, nuestro señor, y, no teniendo esto efecto, á Margarita, hija del rey de Francia, que fué casamiento sobre el cual despues el Papa Pio Quinto escribió al rey don Sebastian con el Cardenal Alejandrino, su sobrino, que á ello le envió, y le fué respondido que era dello contento, y que no queria otro dote sino que el rey de Francia entrase en la liga que entónces se trataba, que esto fué siempre su celo. Mas porque murió el Papa ántes que el Cardenal llegase á Roma con esta respuesta, ó por otros respetos, no tuvo efeto este casamiento, y muriendo poco despues el rey Cárlos Noveno de Francia, se trató casase con su mujer, que quedó muy

moza, y era hija del Emperador Maximiliano. Y así estos religiosos, en esta conformidad, le trataron otros muchos, mas como se habia de cumplir lo que Dios tenía ordenado, ni estas cosas vinieron á efecto, ni por otra vía el Rey cedió un punto de su opinion.

CAPÍTULO XI.—*De algunas cosas que pasaron en Arcila, y cómo marchó el campo.*

En este tiempo, viendo el Xarife la deliberacion del Rey en querer marchar por tierra, quisiera mucho disuadirlo della, como quien sabía el gran poder de los moros en campaña, diciendo juntamente que no convenia á su Majestad mostrarse tan celoso de la guerra, ni manifestar todo su poder, porque los moros no viniesen á sospechar que la jornada era más conquista que socorro, y para que se pasasen á él bastaba solamente saltar en tierra, sin mostrar por ningun modo querer marchar por ella adentro. Esto decia el Xarife, juzgando quizá por su corazon lo que podia suceder, que venciendo el Rey se hiciese señor de todo; á lo cual el Rey no respondió cosa alguna, ó por entender muy bien el temor cauteloso del

Xarife, ó porque totalmente su desinio era vencer ántes con peligro, haciendo la guerra descubiertamente, que sustentándose con esperanzas de socorro, á su parecer vergonzosas, perdiendo el tiempo y la reputacion; de que no le daba pequeño indicio ver que ningun moro se pasaba al Xarife, despues que desembarcaron en Arcila, de cuantos él le habia prometido. El cual, viendo la resolucion de el Rey, y como no la diferia á cosa alguna, atribuyendo lo más á desprecio ó poco caso que el Rey hacía de sus consejos (que era el mayor fundamento de su parte) quedó tan congojado y aborrecido, que cuando salió de hablar al Rey le vieron los ojos llenos de lágrimas. En este lugar enfermaron muchos hombres nobles, que respeto desto dejaron de ir en el campo. Pasados, en fin, diez y ocho dias, el Rey mandó marchase el campo en la mejor órden que le fué posible, adonde el duque de Barcelos seguia su guion real, más el Rey le mandó que se recogiese en su coche, y aunque él lo rehusó muchas veces, diciendo que no habia de ir en el coche, ni consentir que su Majestad pelease sin ir él á su lado, todavía el Rey lo obligó, prometiéndole que en el dia de la batalla lo concederia.

CAPÍTULO XII.— *Marcha Muley Maluco á Alcázar, dánle ponzoña en el camino, y lo que le sucedió en él.*

En este tiempo Muley Maluco, que de Marruecos habia partido para Alcázar, enviando primero la gente de los reinos que habemos dicho, llegó á un lugar que está en el camino que se llama Tremesenal, adonde le fué dada ponzoña, segun fama, por el Alcaide de Guali que pretendia alzarse por rey, y aunque se sospechó la traicion y fueron castigados algunos Alcaides, el de Guali quedó sin castigo, ó porque del todo no se descubrió su maldad ó por no atrevérsele Muley Maluco, en tal tiempo, porque tenía el Alcaide los más de los soldados de su bando; y desde allí Muley Maluco se comenzó á sentir de mal en peor.

En este lugar sucedió una cosa de grande maravilla, la cual parece que fué notable pronóstico de la muerte deste Príncipe, y fué, que siendo la media noche, y estando muy serena y quieta, súbitamente se levantó un rumor y estruendo tan grande que no se oia otra cosa en el campo, y visiblemente salieron al rededor dél escuadrones de gente armada,

y sonaban tambores y grande grita, de modo que todo el campo se puso en arma con harto miedo y sobresalto, y huyeron muchos moros, teniendo por cierto ser asaltados de los cristianos, y pasado un grande espacio de tiempo, luégo que se acabó este torbellino, quedó la noche tan serena como ántes, sin verse persona ni señal de guerra. Pasado, pues, este sobresalto, caminando Muley Maluco llegó junto á Alcazarquivir.

CAPÍTULO XIII.—*Llega al campo cristiano el capitan Aldana, y descúbrese el campo contrario.*

Partióse nuestro campo, como queda dicho, á veinte y nueve de Julio, y hizo el primero alojamiento dos leguas de Arcila poco más ó ménos, llevando el camino derecho á Alcazarquivir; aquí llegó el capitan Francisco de Aldana, á quien su Majestad habia dado licencia, el cual trajo por su mandado un yelmo, al rey don Sebastian, que fué del Emperador Cárlos Quinto, su abuelo, con una carta del duque de Alba, en la cual le alababa mucho que sólo quisiese tomar á Larache sin entrar por la tierra adentro, con otros fun-

damentos, la cual parece debia de ser respuesta en confirmacion de lo que el Rey le habia escrito sobre esta misma materia. Luego que llegó este capitan tomó conocimiento de algunas cosas, como de muy prático soldado que era, y por su órden se hacian los alojamientos, y de los capitanes Juan de Gama y Alejandro, siendo ingenieros Filipe Tercio y fray Esteban, religioso del Cármen, que habia sido muy valeroso soldado: llevaba nuestro campo veinte y cuatro piezas de artillería, entre pequeñas y grandes. Y caminando, en fin, con mucha órden, desta manera, llegó al quinto alojamiento sin que en el camino hubiese cosa de que se pueda hacer mencion, porque lo que más hubo fueron algunos rebatos que daban algunos moros que venian en la retaguardia, por si hallaban alguna cosa descaminada. Alojóse el ejército en un lugar alto, á lo largo de una pequeña laguna, donde en la tarde deste mismo dia se vieron en el campo de Alcázar alguna gente de Muley Maluco, junto á la puente de el rio Mucasin, por cuya vista se entendió claramente estar el enemigo cerca; el cual en este tiempo acabó de entender el camino que el Rey llevaba, y se vino acercando á Alcázar, y desde allí al campo junto á el

vado del rio Lucus, que iba buscando nuestro campo para desde la otra parte seguir el camino de Larache.

En este último alojamiento, viendo el Rey al enemigo delante y que por fuerza, para seguir su camino, habia de pasar el mismo rio por parte que se habia de encontrar con él, llamó á consejo para ver lo que habia de seguir, y envió algunos caballeros á que tentasen el vado del rio más abajo, por donde el campo pudiese pasar, sin venir á las manos con el enemigo hasta estar de la otra parte; tuvo aviso como era muy hondo y que no podia pasar sin perder el artillería. Viendo, pues, el Rey, este inconveniente, y que pasándose el vado podian los moros dar en la retaguardia, y desordenar todo el campo, se concluyó en que el vado se buscase otro dia más arriba, por donde pasase el ejército sin ser necesario perder la artillería ni aventurar la reputacion, y se diese la batalla, queriendo el enemigo estorbarles el paso; el cual acuerdo se recibió con mucho aplauso y alborozo de todos.

En la tarde de este mismo dia se vieron muchos moros, que, segun se entendió, venian á reconocer el campo, y el Rey ordenó al duque de Avero que con tres-

cientos caballos los reconociese, dándole su mismo guion; favor que el Duque reconoció de manera, que apeándose en un vuelo le fué á besar el estribo, y por el contrario el prior don Antonio, único hijo del infante don Luis, sintió extrañamente serle otro preferido en tal empresa, principalmente por la honra del guion real. Partióse el Duque con la gente, que el mismo Rey le puso en órden porque todos querian ir delante, y como ya la noche se acercase, despues de haberse alargado algun tanto del campo, mandó el Rey que se recogiese, y el Duque lo hizo dando noticia de la gente que era.

CAPÍTULO XIV.—*El Maluco usa estratagemas y ordena su campo.*

Otro dia siguiente Muley Maluco, como capitan sagaz y experimentado, fingió una carta de el rey don Sebastian, mostrándola á los renegados, en la cual, entre otras muchas cosas, todas inventadas para justificacion de su intento, le decia que él no deseaba tanto vencer los moros por su particular honra é interese, cuanto por haber á las manos todos los renegados de Berbería para quemarlos vivos; lo cual

fué bastante para que, de tantos como destos habia en su campo, no se pasasen al Rey más de dos hombres, que fueron los alcaides Mami y Raposo.

Estaba el ejército de Muley Maluco formado de varias gentes, porque habia en él andaluces ó granadinos, que son los que en la sierra de Granada en el rebelion se pasaron á Berbería, ó sus descendientes; azuagos, que son moros que descienden de cristianos; y moros naturales. Todas estas gentes venian muy bien percebidas, y en el campo habia más de cuarenta piezas de artillería: era capitan de la gente de á caballo (principalmente de la que tenía á su cargo) Muley Amet, hermano de Muley Maluco, y capitan de los escopeteros de á caballo Amete Lataba, y de los renegados Uchali Aragoces, y el de Guali de los andaluces, y capitan de la guardia Alí Muza. Estos eran los principales; y habria en el campo más de ochenta mil hombres de á caballo, y de á pié más de cuarenta mil, segun se supo de los mismos moros, porque los nuestros no pudieron saber más que ver un campo de cinco ó seis leguas tan ocupado de sus enemigos, que apénas habia lugar vacío.

Luego Muley Maluco mandó mezclar su gente, de manera que no quedasen

muchos juntos de una sola nacion, porque unos de otros no se fiasen, aconsejándose que se pasasen á el Xari fe. El cual, en este tiempo, persuadia al Rey que no diese la batalla, por juzgar nuestro campo muy inferior en número de el del enemigo, demás de lo cual tenía nuevas de la indispusicion de Muley Maluco; más la falta de mantenimientos, que en el ejército se sentia, sentia mucho cualquier detenimiento, y no era posible poderlo traer de las naos sino fuese con el mismo campo todo junto, respeto de los enemigos que por todas partes los cercaban, y siendo esto ansí, demás del mucho riesgo á que se ponian, pareceria huida y no remedio. Luégo que por la mañana se divulgó la nueva de la batalla, todo el campo se puso de fiesta, pidiéndose albricias y dándose parabienes unos á otros, con grande ánimo y demostracion de alegría, si bien por la voluntad divina fué contrario el suceso á la esperanza. El Rey se mostró alegremente á todos, representando con grande majestad el valor de que estaba lleno, como quien tenía tan cerca lo que tan de léjos habia deseado.

CAPÍTULO XV.—*De algunas cosas que pasaron ántes de la batalla.*

Bajó el ejército del pequeño monte donde estaba alojado á el espacioso campo de Alcázar, en tres escuadrones, con tan poco intervalo en medio, que casi todos hacian un cuerpo, en la forma siguiente.

El escuadron de los aventureros iba en la vanguardia con mucha parte de la artillería delante, de la cual eran capitanes Pedro de Mezquita y Juan de Acuña; en el mismo tercio asistia por capitan lugarteniente Alvaro Perez de Tabora, en lugar de Cristóbal de Tabora, su hermano, por alférez iba Francisco de Herrera Valdivieso; sargentos, Pedro Lopez y Joan Alvarez de Acebedo que como soldado práctico asistia y daba órden: estaba este tercio guarnecido por arcabuceros, soldados africanos, ejercitados en las fronteras. A sus lados, á la derecha mano iba el escuadron de los tudescos á órden de Monsieur de Tamberg, con guarnicion de arcabuceros italianos, guiados del capitan Hércules; á la siniestra iban los castellanos á la obediencia de don Alonso de Aguilar, guarnecido de sus arcabuceros cuyo capitan era Luis de Godoy. En el escuadron

de en medio, que á este se seguia, iban las gentes del coronel don Miguel de Noroña y Vasco de Silveira, con guarniciones de sus mismos soldados. En la retaguardia iban los tercios de Diego Lopez de Siqueira, (aunque él quedó en Arcila por general de las galeras) y de Francisco de Tabora, con trescientos mosqueteros; y de una banda y de otra estaba repartida la caballería. A mano derecha de los ventureros iba don Jorge del Encastro, duque de Avero, con su batallon de á caballo, cuyo guion seguian muchos fidalgos y señores, demás de sus criados y vasallos, que el Rey puso en órden, sin nombrarle en algun cargo en el campo, como convenia á semejante Príncipe, pues por el asistencia real no podia tener el mayor. En la misma banda estaba don Duarte de Meneses, con los fronteros de Tanjar y Ceuta, y el Xarife, con su pequeña compañía, un poco más adelante, y á la izquierda el estandarte real con muchos fidalgos y señores. El duque de Barcelos, don Teodosio, y el prior don Antonio andaban en el campo, sin lugar cierto, acompañados de sus criados y vasallos. El bagaje iba á el lado derecho entre los caballos y infantes, con bien estrecho lugar en medio para poderse recoger en cualquiera

retirada la gente de á caballo; donde se halló despues que fué grande inconveniente no haberse formado el campo más á lo largo, de modo que quedara lugar suficiente para poderse mejor recoger la caballería. El tercio de los gastadores, que llevaba á su cargo el capitan Gonzalo Ribera Pinto, iba junto á el bagaje. Así entró el ejército en el campo, y luégo que pasó el pequeño rio de Mucasin por bajo de su puente, por ser baja mar, que por el rio Lucus se le comunica, á las diez del dia, pusieron los moros fuego al heno y panizo seco, que causó harto enfado, más atajóse lo mejor que fué posible. El Xarife en este tiempo se puso delante de todo el ejército, con las banderas tendidas, casi llamando los moros amigos del enemigo campo, más pasáronsele muy pocos, ó por no poder más ó quizá por ser él muy mal quisto; que éste es aquel Xarife del cerco de Mazagon, tan nombrado en el mundo. Así se pasó el dia, en el cual se vinieren solamente al Rey los dos renegados Mami, castellano de nacion, y el alcaide Raposo, portugués; y, luégo que fué noche, el ejército hizo alto en la misma forma que venía, por estar á vista de todos los enemigos, con las armas en las manos, puestos en sus sitios con buenas

centinelas, y velas, y guarda de las atalayas de á caballo á el rededor. Este sitio, que acaso el campo ocupó, era el mejor que se podia desear, por estar entre dos pequeños brazos de rios, Mucasin y otro, bastantes á muy gran parte de la defensa.

CAPÍTULO XVI.—*De lo que pasó ántes de la batalla y órden de los campos.*

En este tiempo don Duarte de Meneses, como quien tanta experiencia tenía de los moros y de su modo de pelear, sabiendo muy bien como de noche no son hombres de guerra, y se asombran fácilmente de cualquier estruendo de armas, aconsejó al Rey que mandase dar una encamisada, ofreciéndose, con la gente de las fronteras y muchos fidalgos que se le ofrecian, á desordenar totalmente el campo de Muley Maluco, siguiéndose dos buenos efectos de este acometimiento: Primeramente mostrándoles la osadía y determinacion de los nuestros, con mucho daño suyo, y dando lugar con la desórden y sobresalto á que se huyesen los tímidos y mal contentos, y que se pasasen al Xarife sus amigos, ó por lo ménos perturbarian la órden en que el Maluco los tenía; más

el Rey de ningun modo vino en esto. Muchos decian que estaba tan deseoso de dar la batalla, que no quiso que hubiese alguna ocasion de que se desordenase el efeto della, por no perder el loor del imaginado vencimiento, imitando quizá, con arrogancia, aquella tan reprobada opinion del magno Alejandro (á lo ménos en los presentes tiempos) que tanto se preciaba de no vencer con ardides ni cautelas; otros aprobaban el parecer del Rey en que no se diese la encamisada, porque siendo tan poca la gente de á caballo, que en nuestro campo habia, cualquier pequeño daño que recibiese era mucho, pudiendo hacer tan poco en los enemigos, principalmente habiendo de ser otro dia la campal batalla. Pero don Duarte de Meneses, don Alonso de Aguilar y otros muchos hidalgos y señores aprobaron de manera que la hubiese, conociendo el provecho que pudiera resultar della, que no quedó el Rey sin muy gran culpa de no haberlo efetuado. Esta noche se pasó toda muy quieta, sin embargo de estar tan cerca los enemigos, apercibiéndose cada uno para el siguiente dia de todo lo que para la batalla les convenia, allegándose y aunándose los amigos camaradas y compañeros, para ayudarse y favorecerse en el conflicto, sin

que dello se pudiese conocer ni presumir temor alguno. Luégo que amaneció, á cuatro de Agosto de setenta y ocho, dia de Santo Domingo, y se vió el gran campo cuajado de infinitos enemigos, el Xarife se fué al Rey diciéndole que no debia dar la batalla, ántes mandase atrincherar el campo por la parte que los pequeños rios, de que estaba cercado, dejaban descubierto, porque, demás de tener nuevas que Muley Maluco estaba á la muerte, el sitio era maravilloso contra la gente de á caballo del enemigo, que tanta ventaja, sin comparacion, hacía á la nuestra, y siendo acometido en el mismo lugar tenía la vitoria cierta. Todas estas razones eran muy bien fundadas y así fueron del Rey oidas, pero los inconvenientes eran grandes, nacidos sólo de una causa que era no haber mantenimiento alguno en el campo, porque sólo para cinco dias se hizo la provision, ó por no poderse llevar más, porque lo más dello lo llevaron á cuestas los soldados, ó porque quizá el Rey midió las jornadas á su modo, sin imaginar impedimento, y pudo ser que todo fuese; y, siendo desta manera, mal se podrá vencer el enemigo, proveido y en su tierra, con dilacion, pues en ella misma estaba el peligro, y no era poco de temer que cono-

ciendo él esta falta viese que de dilacion se valian, pues con mucha facilidad, con tanta gente de á caballo, los podia cercar á todos y sin ningun daño vencellos á pura hambre, por lo cual más era la dilacion de temer que de procurar. Y así, enterado el Rey desta verdad, determinó valerse del forzoso remedio, mandando que el ejército marchase en la forma que estaba, siguiendo la vía de Larache, porque si el enemigo le dejase pasar podia llegar allá muy fácilmente aquel dia, y asegurando las playas desembarcar el mantenimiento necesario con que podia sitiar la fortaleza, trincherándose de la banda de tierra, y, cuando Muley Maluco se le opusiese á querer darle la batalla, ménos era de temer cualquier peligro honroso que daño tan conocido en la demora, por la grande falta en que estaba el campo, aunque bien se pudiera esperar un dia comiéndose los bueyes. Viendo el Xarife esta verdad salió con otro consejo, diciendo, que, pues la razon por falta padecia fuerza, á lo ménos no debia su Majestad ofrecerle la batalla, pasando de aquel lugar, sino muy tarde, porque sucediendo alguna desgracia, lo que Dios no quisiese, habria tiempo y lugar para salvarse su persona, en cuya vida no sólo estaba el

remedio de tantos generalmente, más el suyo en particular, y teniendo algun buen suceso, como se esperaba, recibiendo los moros cualquier pequeño daño se pasarian de noche más fácilmente á él. No era este parecer del Xarife mal acertado, supuesto que para no seguirlo no faltaron algunos inconvenientes, principalmente que dándose la batalla ya tarde bastaba cualquier daño que los nuestros recibiesen (aquellos digo que casi por fuerza iban en el ejército, que demás de ser labradores no tenian experiencia del mal) para con sombra de la noche desamparar el campo, huyendo á Arcila, lo cual de dia no osarian hacer con miedo de los superiores. Deste parecer de el Xarife fueron casi todos los fidalgos y consejeros, que, como leales, ninguna cosa antepusieron á la salvacion del Rey, y quien con más vivas y bien fundadas razones lo apoyaba fué don Alonso de Aguilar, cuyo consejo el Rey oia y estimaba, aunque en esta ocasion permaneció la voluntad del Rey, ó mandamiento, como en todas las demás; satisfaciéndole á las razones y ofrecimiento que de su persona hizo (de no volver el pié atrás de donde una vez lo estampase) con promesa de hacerlo Duque. En este consejo se halló el capitan Francisco

de Aldana que en tal estado debia escoger lo mejor, como es bien que se entienda. El Rey mandó marchar el ejército en la forma sobredicha. Viendo Muley Maluco en este tiempo el campo cristiano puesto en órden de batalla, comenzó á ordenar la suya, poniendo la infantería delante, que era toda de arcabuceros, y la caballería atrás, y en esta forma vino en media luna todo su ejército cercando al de el Rey, de manera que por todas partes quedó en vanguardia; costumbre antigua de los muchos, cercar luégo á los pocos, como ya César decia cuando de Labieno y Juba fué cercado en Numidia.

CAPÍTULO XVII.—*Los Reyes exhortan á la batalla á sus gentes.*

Muy agravado se sentia ya Muley Maluco de su enfermedad, y bien quisiera no dar la batalla, así porque se temia que con cualquier ocasion de priesa se pasasen al Xarife los moros que él conocia sus aficionados, como porque conocia la falta de los mantenimientos en el campo cristiano, y esperaba que sin algun daño ó peligro de su parte rendirlos todos por hambre; lo cual, á la verdad, era cosa

muy hacedera, siendo las más de su gente de á caballo y tanta. Mas su enfermedad le apretaba de manera que no osó hacer lo contrario, temiendo que si la batalla no se daba en su corta vida y vencia, por su muerte, sin duda, Muley Hamed sería Rey, porque del valor y condicion de su hermano fiaba muy poco; por lo cual, viendo su muerte vecina y tan cerca los enemigos, se resolvió de venir á conclusion, y del modo que pudo hizo una plática á sus alcaides, en que les mostraba su justicia, justificándose de su parte y manifestando la maldad de su sobrino en meter cristianos en Berbería, y el daño que desto le pudiera resultar. Y estando ya el campo cercado, como está dicho, todo á punto de batalla, comenzó el rey don Sebastian á discurrir por el campo dando órden á todas las cosas, y haciendo oficio de sargento mayor con tanta vigilancia y cuidado, que llegando á la bandera real, y viendo una hilera de cinco caballeros solamente, siendo las demás de á seis, dijo con enojo, «en esta hilera falta un caballero», á lo cual respondió Gomez Freira de Andrada (que en el medio della estaba con dos hijos de cada lado) «¿pues cómo, señor, un padre y cuatro hijos, y todos de una misma voluntad en vuestro

servicio, no suplirán la falta de un hombre?» á lo cual respondió el Rey, conociéndolos y reviéndose en tan hermosa compañía, «teneis mucha razon, Gomez Freira». Ansí, despues de andar por todo el campo, y particularmente por entre las hileras de los ventureros, llegando así á los capitanes, fidalgos y señores les hizo esta breve plática:

«Bien sé, amados amigos y leales vasallos, que vuestro valor no ha menester memoria de su obligacion, ni yo haré más que deciros el contento que podeis tener con tan buena ocasion, pues hoy comenzais á abrir las puertas á aquella tan justa y santa empresa de todo el mundo tan deseada, encomendada y suspirada de mis antecesores. Muy bien sabeis los males que la cristiandad recibe cada hora en esta infiel tierra, casi doméstica enemiga y casero ladron, y bien se conocen los daños que se ofrecen de nuevo con la cercana vecindad de la gente que Muley Maluco trajo en su favor por órden del Turco, quedando por ello tan obligado amigo deste enemigo comun, que, si tanto mal al principio no se ataja, no habrá lugar tan apartado en toda España adonde alguno pueda estar seguro. Bien creo que sabeis, y todo el mundo sabe, que el celo

de la santa fé católica, la necesaria prevencion del fiel pueblo, la clemencia que se debe á los afligidos, me obligan á seguir esta empresa sin aspirar á otra cosa, por lo cual espero que Dios ayudará mi intencion, y estoy muy seguro que todos la seguireis aprobando el efeto della; ni será necesario, fieles vasallos, traeros á la memoria por quién haceis la guerra, la gente que venceis, la ley que profesais, con cuyo presupuesto no os puede suceder sino felicidad, pues de cualquier manera los guerreros de Cristo, cuando tienen fé bastante, son señores del campo, y ántes de alcanzar la vitoria triunfan della, principalmente agora que no hay que temer sino que desear. Pues, en fin, ese grande campo que veis lleno de tantos enemigos, cuyo infinito número más le prometo confusion suya que daño nuestro, sabed que no está lleno de otra cosa sino de aquellos propios moros, á pesar de los cuales sustentais tantas fronteras en su tierra, y los haceis vuestros esclavos cada hora, cuya muchedumbre no sólo vencereis á cada paso, siendo tan pocos, más con razon de tantos años acá os podeis llamar legítimos herederos de su vencimiento, y, pues esto está tan cierto en vosotros, la órden os encomiendo, que

los ánimos cierto estoy que son los que siempre han sido en la conquista del oriental mundo.»

CAPÍTULO XVIII.—*De la batalla y sucesos della.*

Dichas estas breves palabras, el Rey mandó dar el Ave María, última señal de la batalla, y el padre Alejandro, de la Compañía de Jesús, levantó un Crucifijo en alto, á cuya vista toda la gente que estaba á pié se hincó de rodillas; en el cual tiempo el enemigo disparó la primera pieza, de adonde malas lenguas tomaron ocasion de decir que de miedo della se dejaron caer en el suelo, no advirtiendo que esta humillacion se hizo á la imágen. Luego dispararon otras bombardas, de las cuales una mató á algunos hombres en el escuadron de los ventureros, entre los cuales acabó Gregorio de Noroña y Juan Brandano, de Almada, y otros, que con serena frente aguardaron la muerte. Luégo disparó nuestra artillería, y aunque no debió de hacer mucho efecto, todavía los moros de á caballo se revolvieron de manera que mostraron haber recibido daño, y algunos que-

daron muertos della, por cima de los cuales pasó el escuadron de los aventureros; aunque en este tiempo fué muerto Pedro de Mesquita, su capitan, de un mosquetazo, que fué grande parte de su desamparo como adelante se verá. El Rey, en este tiempo, andaba por todo el campo armado de unas armas negras sencillas, dando órden particular á muchas cosas, y viendo al duque de Barcelos armado á caballo, acordándose muy bien como le habia prometido en el camino que en el dia de la batalla consentiria que de aquella manera le acompañase, y que sin decir cosa alguna él se habia anticipado tan valerosamente, quedó muy maravillado, y con extraña alegría alabó delante de todos su ánimo y diligencia. Pero como ya se comenzase la batalla, y las bombardas hiciesen su oficio, el Rey obligó al Duque á que se recogiese á su coche, lo cual él no lo hiciera si precisamente no se lo mandára, porque el Rey, viendo su poca edad y cierto peligro, quiso prevenir á su osadía. Luego se movieron los escuadrones, conviene á saber, los aventureros y castellanos qne estaban á la mano izquierda, y los tudescos y italianos á la derecha. El Rey, á este tiempo, fué al estandarte de la gente de á caballo, que á la banda iz-

quierda estaba, en el cual estaban los fidalgos viejos y de más experiencia, y les dijo, hablando particularmente con don Luis de Meneses, alférez mayor, que so pena de su mayor indignacion ninguno se moviese de aquel lugar, ni se apartase del estandarte si él en persona no lo mandase, y pasando á la derecha mano, donde estaba el duque de Avero con muchos fidalgos, aunque los más dellos ó todos mancebos, despues de le alabar mucho el órden en que los tenía, le dijo, que no se moviese de aquel lugar sin que él en persona lo mandase; y desta manera andubo por todo el campo haciendo casi todos los oficios, por cuyo respeto parece que por andar más suelto y desocupado no ordenó los caballeros de su guardia, que fué uno de los mayores yerros que jamás príncipe cometió en el mundo, pues no sólo, con cuatrocientos hombres escogidos que consigo traia, se librara de la muerte, mas en todo tiempo se pusiera en salvo.

Los moros, habiendo considerado muy bien que la mayor flaqueza estaba en la retaguardia, comenzaron primero á pelear en ella, por divertir á el Rey, el cual, viendo la escaramuza, como estuviese tan deseoso de pelear, acudió con su guion

solamente, que llevaba don Jorge Tello, y Cristóbal de Tabora, á dar calor á la gente de Diego Lopez de Siqueira y Francisco de Tabora, á donde á los primeros encuentros le mataron un caballo, peleando la gente un muy gran rato con mucho valor. En este tiempo el escuadron de los ventureros y castellanos, despues de haber disparado la arcabucería con grande ímpetu y valor en los moros (que de la misma manera habian disparado la suya), comenzaron á caminar, derribando y matando con tanto furor y osadía en los móros arcabuceros de á pié, que estaban sin piqueros que los defendiesen, que los de á caballo, viendo la perdicion de los suyos, comenzaron á huir, de manera que Muley Maluco, á quien se dió cuenta, por venir como está dicho muy enfermo en una litera, salió della, y viéndose desamparado casi de todos, subió en un caballo para obligarlos, viendo que él se ofrecia á la muerte el primero, á que volviesen, y viendo que ninguna cosa aprovechaba, y sacando el alfanje contra los nuestros por hallar la muerte ántes que lo buscase, cayó del caballo, y fué secretamente metido en la litera con un mancebo renegado, que se decia Mançorico, donde de puro coraje y desesperacion murió, ayudado tambien de

la enfermedad que tenía, avisando primero, lo mejor que pudo, que su muerte estuviese secreta; y el renegado lo supo hacer de manera, que hizo parecer á todos que Muley Maluco estaba vivo, dando las órdenes, en su nombre, que más convenientes le parecieron á la batalla.

Fué esta huida que los moros hicieron, de manera que muchos no pararon hasta Féz, y áun pasaron á otros diferentes lugares más léjos, á donde se publicó la vitoria por los nuestros, y en el campo se oyó por grande espacio, «vitoria, vitoria,» diciendo ser Muley Maluco muerto, que no faltó quien viniese á dar esta nueva, y Muley Amet, su hermano, que despues fué rey, huyó con toda su gente. Mas, como los moros eran sin cuento, los que acometieron por la retaguardia hacian el estrago en ella, que don Alonso de Aguilar y sus castellanos, y los aventureros portugueses en ellos; y lo mismo pasaba en los escuadrones de en medio, porque por todas partes eran acometidos los cristianos. En este tiempo el duque de Avero y los fidalgos de la compañía de el estandarte real, como el Rey les habia mandado que no se moviesen, viendo que no parecia estaban en grande confusion, porque por una parte veian el efeto que en este tiempo po-

dian hacer, y por otra no tenian sufrimiento con tanta observancia; pero no osaban salir del órden que el Rey les habia dado. A esta sazon el escuadron de los ventureros y castellanos, que con extraño valor se habian adelantado y retirado los moros, llegaron á ganar la artillería de Muley Maluco, y tan cerca de la litera donde estaba muerto, que de cinco pendones verdes, que cerca dél estaban, ganaron los dos, y el uno por su propria mano don Alonso de Aguilar; cuando se oyó una maldita voz de un capitan, que se decia Pedro Lopez, que sargenteaba el tercio de los portugueses, que infelicemente pronunció diciendo «tener, tener,» poniendo una alabarda atravesada delante de la primera hilera, ó por pensar que, llevados de el ímpetu y furor, los aventureros habian pasado más adelante de lo que convenia, ó, segun dicen, por acudir á Alvaro Perez de Tabora, capitan del tercio, aunque él no lo provocó á ello, ántes, (segun se entiende, se lo reprendió mucho) que valerosamente arremetió á los enemigos, esforzando los suyos, y delante de todos le dieron un arcabuzazo, de que despues murió, de manera que los ventureros, tan valerosos como poco ejercitados, pararon, retirándose sin la debida órden. Lo cual

sino sucediera, fuera muy fácil cosa cortar la cabeza á Muley Maluco, y puesta, como determinaban, en una alta lanza, desengañados los moros de su muerte (que en tanto que duró la batalla les encubrieron), dejaran totalmente el campo pasando á el Xarife, que con los portugueses estaba. En lo cual se conocerá, de cuán pequeñas cosas nace á las veces tanta desventura, de la cual este hombre, por tan liviana ocasion, fué causa.

Luégo que los ventureros se retiraron, perdido el furor primero, sintieron, resfriándose, más advertidamente los daños que recibieron, quejándose los que estaban heridos, y encogiéndose los demás con la confusion. Y de modo quedaron desordenados, que los moros de á caballo, que no se habian acogido, que todavía eran infinitos, viendo que sus peones hacian otra vez rostro, volvieron de nuevo á la escaramuza, siguiendo á los desordenados ventureros, quedando don Alonso de Aguilar y sus castellanos cercados por todas partes de moros, aunque siempre ganando tierra sin volver un paso atrás; sustentando, con obras y con palabras, el valor de la casa preclara de Aguilar, imitando en todo como en el nombre á el valeroso don Alonso de Aguilar, su abue-

lo, y noble bailio de Lora don Pedro Nuñez de Herrera, su padre, que acordándose de sus valerosos hechos, y altas proezas, y heróicas virtudes, y teniendo puesta la mira en que la casa de Aguilar no vuelve atrás, animaba con su ejemplo y hechos más á los suyos que con palabras, mirando, que, aunque éstas hacen efeto, aquéllos son los que obran verdaderamente.

A este tiempo el duque de Avero, viendo los enemigos tan cerca que casi le herian con las lanzas, sin que del Rey se supiese, incitando á algunos fidalgos que con él estaban (aunque su obediencia le hacía contradicion), forzado de la necesidad, dió Santiago, animando valerosamente á los suyos; y, picando reciamente el caballo, la lanza que en la mano tenía de suerte se le habia entrado por una grieta de la tierra, que cuando la fué á enristrar de ningun modo la pudo arrancar, cual la bandera en el infelice lago Trasimeno, y que no pudiendo tardarse á sacarla, porque la gente de á caballo venía cargando, sacó la espada, largando la lanza, que parece que la enemiga tierra ya se la habia arrebatado. Infelice agüero, cierto principalmente en mano tan valerosa. Corrió el Duque delante de todos,

animándolos á la batalla, y mandó á Antonio de Vasconcelos, fidalgo de su casa, que llevaba el guion, que lo metiese entre los moros, el cual, como mancebo, se apresuró de modo que algunos del batallon del Duque, ó no teniendo tiempo, ó quizá no pasando á ellos la palabra, no le pudieron seguir con tanta priesa. A este mismo tiempo don Duarte de Meneses, que algun tanto de el Duque estaba apartado, de la misma banda, con los fronteros, que le seguian, y el Xarife que cerca dél estaba, con su gente, se movieron á la par, entrando en los enemigos; lo cual viendo tambien los fidalgos que acompañaban el estandarte real, sin embargo de no parecer el Rey, no pudiendo aguardar dieron Santiago, de manera que, juntamente con sus compañeros, hicieron tal estrago, que puso en huida grande multitud de los moros, y comenzó otra vez á parecer la vitoria de nuestra parte. Mas, en fin, ¿qué podian hacer dos mil hombres de á caballo, por más valerosos que fuesen, contra ochenta mil contrarios?

CAPÍTULO XIX.—*Prosigue en la batalla.*

A este tiempo llegó al Rey un fidalgo y le dijo que los moros tenían casi tomada el artillería, que se diese órden para hacer resistencia; á lo cual el Rey, acompañado de muchos fidalgos y otros caballeros, se entró entre los moros que estaban sobre ella, peleando con tanto valor que con mucho daño de los enemigos les hizo luégo largar la presa, y con la misma gente que lo siguió, y otra que se le llegó en diferentes partes, casi sin órden, hizo algunas entradas en los moros. Aquí fueron muertos, con valor extraño, dos hermanos de aquellos cinco que juntos entraron en la batalla, y don Enrique de Meneses y don Simon de Meneses, el cual fué visto con una bandera de los enemigos en la mano, sobre un monton de muertos incitando á los vivos (ya casi sin vida) á semejante ejemplo. Y así fué muerto don Juan de Silvera, hijo del conde de Sortella, heredero de su casa y del valor de sus ascendientes, y don Manuel de Meneses, obispo de Coimbra, que con la lanza en lugar de báculo, en el santo aumento de la fé católica, mostró por obra que las armas igualaban las letras. De la misma manera

acabó Andrés de Silva, obispo de Oporto; don Alonso de Portugal, conde de Bimioso, y don Manuel su hijo, que bañando la tierra con su sangre mostraron la inocencia de su ánimo; tambien fué muerto don Vasco Cutiño y don Luis Cutiño, conde de Redondo: que en fin osó bañarse esta tierra de tal sangre. El regidor Lorenzo de Silva, á cuyo valor parece que la muerte no se atrevia de cerca, lo llevó de un arcabuzazo. Don Diego de Castilblanco, Jorge de Silva, á quien en el largo proceso de su honrada vida no faltaba sino el remate de tan felice muerte, queriendo ántes por sepultura el duro campo en tierra extraña de enemigos, que el pomposo sepulcro tan ennoblecido en su tierra. Aquí fué muerto Sebastian de Saá, el cual, acostumbrado á tantos vencimientos, no pudiendo sufrir la retirada á que aquel grueso escuadron de enemigos obligaba á los portugueses, arremetió á los moros diciendo á vista de todo el mundo que su caballo no volvia atrás, y así peleando fué á buscar la muerte á donde tan cierta estaba. Tambien acabó don Vasco de Gama, conde de Bediguera, valerosamente. Don Martin de Castilblanco, en compañía de los ventureros, á donde le pareció con más quietud esperar la muer-

te. Allí acabaron don Diego y don Francisco de Meneses, hijos de don Fernando, y don Luis de Meneses, hijo de don Alejo, ayo del Rey, que todos fueron juntos de camarada, haciendo tan extrañas maravillas como de tal progenie se podia esperar. Aquí murió tambien el baron don Juan Lobo, el cual, tomando un bonete colorado (de un moro que mató) entre los dientes, casi significando que era más tiempo de obras que de palabras, se lanzó entre la multitud de sus enemigos á donde acabó valerosamente, despues de largo espacio, á costa de muchas vidas. Tambien acabaron como esforzados caballeros don Alvaro y don Enrique de Meneses, don Diego Lopez de Lima, Lope de Sosa, Juan Coresma, Sancho de Faria, Manuel de Sosa, Simon de Vega y don Francisco de Mora, hijo de don Luis de Mora, fidalgo muy cortesano y grande hombre de á caballo, mostrando con gran valor en la guerra el efeto del noble ensayo en que en la paz andaba ejercitado. Aquí acabó tambien don Jaime, hijo del duque de Berganza, con bien diferente suceso del que sus abuelos tuvieron en esta tierra, no en el valor por cierto, sino en la fortuna, que siempre no está propicia á heróicas obras. Tambien acabó con grande

valor peleando don Rodrigo de Melo, hijo del marqués de Herrera, que entonces era conde de Tentugal, aquel honrado viejo que se mostró avaro con el Rey en el dinero que le pidió, y por la honra se mostró tan liberal, que pródigamente envió á su servicio cuanto tenía, en cosas que no tenian precio, pues envió en la jornada tres hijos. Aquí acabaron tambien don Pedro y don Lorenzo de Noroña, hijo del conde de Linares, y fueron muertos peleando como honrados caballeros dos hijos de Fernando Tellez, Gerónimo y Manuel Tellez, el cual, teniendo grande torpeza en las manos desde su nacimiento (bastante á cualquiera digna excusa), de ningun modo se quiso aprovechar della, ántes por acompañar al Rey se comenzó á ejercitar de nuevo hasta que llegó á poder mandar las armas; y pienso cierto que sin manos le acompañara, que no es menor la lealtad y amor que los portugueses tienen á sus Reyes: así acabó este atrevido mancebo, en quien pudo un ánimo honroso, casi milagrosamente, suplir la falta de la naturaleza, dándole manos para servir á su Rey y para buscar memoria sin fin en la vida, y glorioso premio en la muerte. De tan ilustre sangre como habemos dicho estaba en este tiempo el

campo lleno de muertos y vivos, juntamente bañándose la muerte con lamentables sucesos, y sustentándose de despreciadas vidas á fuerza de valor y desventura. Era cosa digna de bien grande lástima ver en este estado encontrarse los amigos y parientes, dándose breve cuenta de las heridas que traian, y tomando resolucion de á donde, con más honroso efeto, podrian acabar las vidas, que del remedio ya no trataban, imposibilitados del infinito número de sus enemigos. Y así cuando algun fidalgo destos, y otro cualquier hombre de valor, acababa de matar á algun moro, viendo lo poco que hacía al caso la falta de aquel enemigo, entre la multitud de tantos, perdia totalmente la confianza y casi la paciencia, sin poder hallar algun modo de remedio contra el furor de la infernal copia que lo tenía todo cercado, salteando y discurriendo sin dejar lugar en que alguno pudiese estar ocioso, de tal manera, que en un cierto modo perdia el valor su precio, pues, viéndose tan pocos contra tantos hacer tan altas maravillas, se podia pensar que era más necesaria defensa que natural esfuerzo.

Bajaron, pues, los gruesos escuadrones de los enemigos por tantas partes sobre

los nuestros, que los más dellos quedaron muertos en el campo, y el duque de Avero, no pudiendo con tan poca gente sufrir el peso de tanta muchedumbre, se retiró de manera que embistió, forzado de los enemigos, por una parte del escuadron de los Tudescos, desordenando los piqueros, y despues desto, preguntando por el Rey, con la poca gente que le quedaba y otra á quien persuadió que lo siguiese, entró otra vez en los moros, donde, perdiendo la vida, en tan pequeño espacio mostró cuantos progresos de infinito valor hubo en el mundo; y fué tan grande la pérdida deste Príncipe, en quien eran tan iguales virtud y ánimo, que si alguno dellos fuera sólo no tuviera igual.

En este tiempo el Xarife con su gente, acosado de los enemigos, embistió sin órden por el campo de la batalla; de modo que todo ya comenzaba á ser confusion y desventura.

CAPÍTULO XX. — *Prosigue la batalla, muerte de don Alonso de Aguilar, y de otros caballeros particulares.*

En el mismo tiempo los ventureros se estaban quedos y mal ordenados, en su

retirado escuadron, hechos blanco de los escopeteros de á caballo, sin poderles con lanzas hacer algun daño, porque en arremitiendo á ellos, volvian en un momento; lo cual era realmente un lastimoso espectáculo, porque en un cierto modo se veian aherrojados, sin poder tomar satisfaccion de los enemigos. Aquí fué muerto delante de todos el capitan Alejandro, que con grande esfuerzo se defendió mucho tiempo, mas luégo que fué conocido por el mortal ódio que le tenian, cargaron de manera los moros sobre él que acabó la vida, no pudiendo resistir á tantos, y fué hecho muchos pedazos; que no estuvieron satisfechos con menos los ejecutores de la cobarde venganza. Tambien fué muerto de un arcabuzazo Alvaro Perez de Tabora, de Pesquera, que iba en este escuadron. El marqués Tomás Sternoile, capitan de los italianos, fué muerto peleando valerosamente con toda su gente, como muy diestros y valerosos soldados.

Los castellanos, imitando los hechos de su capitan, eran los que más daño hacian en los moros; pero como estaban cercados por todas partes de tanta infinidad dellos, aunque cada uno quitase la vida á veinte, quedaban infinitos con quien acabar con felicidad las suyas, pues tal pre-

mio se les seguia. Ya le habian muerto el caballo á don Alonso de Aguilar, y su invencible corazon no estimaba seis heridas que tenía recibidas en su cuerpo y ansí con un montante en las manos, de que fué muy diestro, se defendió y ofendia á sus contrarios, teniendo hecha dellos trinchera, para que los moros de á caballo no le atropellasen.

Los más de los soldados de las fronteras de Africa, que con extraño valor pelearon por estar como estaban cada dia ejercitados con estas gentes y otros hombres nobles y soldados de valor, fueron muertos, siendo los unos ejemplo y testigos de los otros; á el cual tiempo cargaron infinitos ballesteros y arcabuceros de á caballo, á quien regia Amete Lataba, ginovés, los cuales mataban sin alguna resistencia á los ventureros y demás soldados, de manera que todo era lástima, temor y confusion. La gente de Vasco de Silvera y don Miguel de Noroña, que realmente era de menos valor por ser todos hombres casi cogidos por fuerza, sin voluntad ni experiencia, peleaban en el medio muy flojamente, estando todos apiñados sin osar salir al campo á ayudar á sus compañeros, por más que sus capitanes y coroneles los incitasen á la batalla;

algunos quieren decir que fué órden que el Rey dejó de que no se meneasen ni saliesen al campo de la batalla, mas en semejante tiempo más fué esto de cobardía que de obediencia. No dejaba en todo este tiempo la gente de Amete Lataba de perseguir á todos, que muy diestra y suelta discurria por todo el campo, y fué realmente el remate de la perdicion de todo el campo; y aunque á este renegado tomó Dios por instrumento entónces contra los cristianos, él pagó despues muriendo por mandado del Rey en crueles tormentos.

El rey don Sebastian, en este tiempo, andaba por todas partes peleando personalmente, como si sólo en el valor de su brazo estuviera el remedio de todos, y con sus manos habia quitado dos banderas á los moros y le habian muerto otro caballo, y andando desta manera, en uno que le dió don Jorge de Alburquerque, con Cristóbal de Tabora siempre á su lado, y don Jorge Tello, paje del guion, que extrañas maravillas habia hecho, bien cierto del estado en que las cosas estaban, quiso tentar la última fortuna, mas desdeñando la dilatada vida, que presuponiendo nuevas esperanzas; y así, con los más hidalgos y caballeros que se pudie-

ron juntar, entró en los moros con tanto valor y osadía, que todos, á costa de muchas vidas, le daban largo camino, no osando esperar el desesperado encuentro, pero no tardó mucho en que tan grande esfuerzo, en número tan pequeño, cedió á la muchedumbre de los enemigos, retirándose el Rey herido en el rostro, dejando las vidas los más de los caballeros y fidalgos, que le acompañaron en este acometimiento. En este último conflicto fué muerto Juan Carballo, el cual, andando ya con una lanzada por los pechos, muy cansado de las entradas que en los moros habia hecho, encontró á su hijo Pedro Carballo, heredero de su casa, mozo de grandes esperanzas, con dos cuchilladas por la cabeza todo bañado en sangre, de tal modo que apenas fué dél conocido; viéndose, pues, de esta manera el padre y hijo, despues de haberse dado los últimos abrazos, confortados con el glorioso fin que les esperaba, partieron juntamente y fueron muertos en tan dichosa compañía. ¡Oh vision piadosa, á cuya vista parece que tiembla la tierra y el cielo se abre, casi arrebatando los gloriosos espíritus! Aquí murió tambien Gomez Freira, el cual fué visto con muchas heridas en todo el campo, y andando ya

sin yelmo, por el mucho calor que hacía, y muchos golpes, de que estaba roto y abollado, le dieron una lanzada por un ojo, de que acabó. En esta misma revuelta, en el fin ya de la batalla, en la cual con tanto valor se habia sustentado, fué muerto juntamente, no con ménos esfuerzo, su hijo Nuño Fernandez Freira, haciendo tantas maravillas el uno y el otro, que de muchos caballeros pudieran suplir la falta, y no de uno solo, como el mismo Gomez Freira habia dicho á el Rey.

Aquí murió tambien Antonio de Sosa, aquel gentil mozo hijo de Diego Lopez de Sosa, gobernador de la casa, con quien pudo tanto la fuerza de la honra y amor de su Rey, que, no teniendo otro, lo envió en su compañía casi en sacrificio; el cual, andando ya sin yelmo de los golpes que en él recibiera, con una cuchillada por la cabeza acabó la venturosa vida, ántes de tomar casi posesion della, pues no pasaba de quince años. En este tiempo, viendo don Fernando de Mascareñas, que junto al Rey estaba, venirse llegando algunos moros á él, no sufriendo la próxima ofensa que se le ofrecia, se abalanzó entre ellos con tanta osadía á recibir la muerte, que todos le dieron á costa de sus vidas,

ántes que tanta muchedumbre sujetase su virtud, y á puras lanzadas fué muerto delante de su Rey; cosas son estas dignas de no pasar en silencio, con grande invidia de las gentes y larga satisfacion de los justos Príncipes. Aquí acabó tambien Gonzalo Nuñez Varreto, que con grande valor se habia sustentado en todas las entradas, pero como trajese algunas heridas, principalmente un arcabuzazo que lo atravesaba de parte á parte, andaba arremetiendo á los moros con la espada en la mano, tinta en sangre, buscando sólo en la última venganza honrada sepultura, cuando, sin vigor alguno, de la última herida cayó del caballo abajo, armado de armas blancas, á donde acabó en un momento, con los ojos en el cielo para donde caminaba. Aquí murieron tambien como honrados y valerosos caballeros, don Juan Pereira, Luis de Alcaçoba, Manuel Coresma, dando dichosa sepultura á sus vidas, y claro testimonio de los limitados términos de la fortuna. Aquí acabaron tambien Esteban Xuarez de Melo y Bernardo de Melo, ambos en compañía como esforzados caballeros, y fué muerto don Gonzalo Chacon, caballero castellano, peleando con extraño valor en todos los peligros de la batalla; cuya

muerte, y de los demás sus soldados, sintió tanto don Alonso de Aguilar, que, encendido en nuevo coraje y furor justo, salió del palenque que tenía hecho á costa de enemigas vidas, pareciéndole que no cumplia con la obligacion de su casa y apellido si no vengaba sus muertes, ántes de recibir la suya, y como águila real, y leon desatado, mostraba en los enemigos, con sus rigurosos golpes, la sangre noble que en su pecho aun quedaba: reliquia digna de aquél, aunque gentil, antiguo y valeroso Rey de los espartanos Agide, representándosele y imitando juntamente los hazañosos hechos de Domingo Muñoz, uno de los ganadores de Córdoba, ascendiente suyo, en cuya noble ciudad don Pedro Nuñez de Herrera, su padre, dejó la casa de su mayorazgo con apellido del Bailio de Lora, y él por sucesor en ella á don Gonzalo Fernandez de Córdoba, su hijo, de bien tierna edad. Y habiéndole seguido algunos, aunque pocos, de sus soldados (porque todos los que estaban vivos estaban bien ocupados) le rogaron, por verlo tan herido, se retirase un rato y tomase resuello entre los suyos, pues veia que la retirada era tan necesaria y casi forzosa; les dió por respuesta, acometiendo á los enemigos: «nunca Dios quiera

que la casa de Aguilar vuelva atrás». Y fué tanta la furia con que esta última vez acometió á los enemigos, que, haciendo calle con su mortales y desesperados golpes, lo recibieron en medio. A este tiempo llevaba cautivo un caballero moro, que era yerno del Cadí de Fez, á las ancas de su caballo, al padre Juan Cabello, natural de la Rambla, que fué en esta jornada por capellan en la compañía de don Luis de Córdoba, uno de los capitanes de los castellanos (que habiendo peleado valerosamente, muy herido fué cautivo, y despues su Majestad lo rescató) y pasando por donde estaba don Alonso de Aguilar, peleando con muchos moros de á pié y de á caballo, el moro señaló al padre Cabello la refriega, y él conoció á don Alonso de Aguilar, el cual ya estaba con la rodilla derecha en tierra, y no pudiendo resistir á tantos golpes como por todas partes recibia de los moros, de quien estaba cercado, como en corona, de muchas lanzadas recibió la de su martirio, en pago del título de Duque que le habia prometido el Rey; y á toda prisa los peones saltaron á despojarlo hasta la camisa, como á todos los demás, por lo cual, aunque despues de la batalla fué buscado su cuerpo, y los de otros particulares señores, para darles se-

poltura, no fueron conocidos. Fué su muerte á vista de algunos de sus soldados que, instigados del dolor y llevados del amor y sentimiento, se entraron en los enemigos, acabando en su venganza las vidas. El amo del padre Cabello picó su caballo, y despues contaba lo que habia visto, alabando el valor de don Alonso, y, sabiendo de su cautivo quién era, se mostró muy apesarado, y dijo que si lo supiera ántes, que aunque le costara la vida lo habia de amparar, ó despues de muerto hacer que el Rey le diera sepoltura.

Aquí acabó tambien Francisco de Aldana como gentil capitan y buen soldado, haciendo obras dignas de su nombre; aquí hallaron su muerte, casi en un mismo tiempo y una forma, peleando valerosamente, Tomé de Silva, Juan Mendez de Olivera, Cristóbal de Alcoçoba, don Pedro de Acuña, don Nuño Manuel, Cristóbal Brito, Andrés Gonzalez, alcaide de Cintra, Alonso Perez Pantoja, don Sancho de Noroña, don Juan y don Luis de Castro, Leonel de Lima, don Matías de Noroña, don Gaspar Teibe, Sebastian Gonzalez Pita, Francisco Enriquez, Juan Gomez Cabral, don Rodrigo de Castro y don Rodrigo, su sobrino, y don Diego de Castro, Lorenzo Amado, don García de Meneses á quien

el Rey, por su mucha edad, quiso que no le acompañase y no pudo, don Duarte de Meneses, su hijo, y don Gonzalo de Castilblanco, Manuel de Miranda, Antonio Lobo, don Manuel de la Cerda, Matías de Brito, Ruy de Figueredo, Fernando de Sosa, don Juan Manuel, don Francisco, su hijo, don Juan Enriquez, Bartolomé de Silva, don Juan de Meneses, hijo de don Duarte de Meneses, Maese de Campo general, García Alfonso de Veja, Francisco Dominguez de Veja, Sebastian de Silva, Juan de Silveira, Duarte Díaz de Meneses, Lope de Sosa, Martin Alfonso, su hijo, don Luis de Almeida, don Alvaro Cutiño, Jorge de Silva, don Manuel Rolin, don Alonso, conde de Mora, Luis de Silva, don Antonio de Almeida, don Fadrique Manuel, Nuño Hurtado de Mendoza, que aunque estos tres últimos no murieron en la batalla sino poco despues, merecen, pues fué de las heridas que della sacaron, igual sepoltura. Desta suerte acabaron estos y otros muchos fidalgos y señores, que no es posible ser referidos, y algunos nobles caballeros, los cuales todos hicieron obras dignas de eterna memoria, que en particular no refiero por no proceder á infinito.

Ya en este tiempo, los que quedaron

vivos, andaban sin órden peleando cada uno en la parte donde se hallaba, en el cual fueron muertos grande parte de los tudescos, con monsieur de Tamberg, su capitan, de infinito número de alarbes que con ellos embistieron sintiendo su flaqueza. El campo estaba ya del todo rompido, y los moros ya, como señores dél, hacian á su albedrío cautivando ó matando.

CAPÍTULO XXI.—*Del fin que tuvo la batalla, y muerte del rey don Sebastian.*

El Rey, certificado de tanta desventura, despues de le haber muerto otro caballo, haciendo las maravillas que todo el mundo vió, andaba acompañado de algunos fidalgos que pretendian salvarlo á trueco de sus vidas, cuando se halló cercado de una multitud de alarbes, de donde no sintiendo los que le acompañaban algun remedio para la salida, de entre ellos se apartó uno, por consejo de los demás, con un lienzo puesto en la punta de su espada, y dando cuenta á los moros de cómo allí estaba el Rey, en el mejor modo que le fué posible, le respondieron que largase las armas primero y entónces

podrian tratar de lo que les convenia; la cual respuesta sintió el Rey de manera, que, sin esperar más acuerdo, se lanzó entre ellos furiosamente, acompañado de los que lo seguian, peleando todos con desesperada osadía por su salvacion, á donde dicen que cayó, despues de haberle muerto el caballo, y él, despues de haber hecho con él estrago en los que á él se llegaban, herido aquel real cuerpo en infinitas partes, rindió el alma á Dios.

En este último conflicto fueron muertos con extraño valor don Jorge de Lencastro, don Antonio de Acosta, don Alvaro de Castro, don Jorge de Faro, Juan de Mendoza, Luis Alvarez Tabora, Cristóbal de Tabora, don Antonio de Noroña, don Juan de Mascareñas, Luis del Castillo, Antonio Vello, el cual, despues de haber hecho grande daño en los moros, y viendo la pérdida de los nuestros, se arrojó en los contrarios diciendo á sus compañeros: «ea, señores, que aquí no hay más que el alma á Dios y el cuerpo á la honra». Fué muerto Francisco Casado de Carballo y Pedro Alvarez su hermano.

El Xarife, pretendiendo salvarse y queriendo pasar la ribera de Mucasin, se ahogó, por ser á este tiempo plena mar y comunicarse con él por el rio Lucus. Esto

fué lo que pasó en esta trágica batalla, que se comenzó á las once del dia y tuvo fin á las cinco de la tarde (1), muchos que desta materia han hablado, no siendo posible que uno lo viese todo. Los moros que murieron en esta batalla fueron diez y ocho mil, de los que llevaban sueldo, sin muchos de los alarbes. De los cristianos murieron más de la mitad; entraron en ella quinientos fidalgos ilustres, en la cual hubo familia de que no escapó ninguno, y los que dellos vivieron áun no fueron doscientos, y tan heridos, que la falta de la sangre y fuerzas les dió vida, pues el no poder defenderse fué causa de no morir y captivallos.

CAPÍTULO XXII.—*Rendida la batalla se dan los moros al saco.*

Despues que los moros alcanzaron esta vitoria, tan poco dellos merecida y esperada, estando ya el campo del todo rendido, cesó en parte su furor y arremetieron á los despojos; vióse en el campo tanta desórden y confusion como de semejante

(1) No hace sentido; quizá debia decir: «segun dicen muchos que desta materia». etc.

miseria se puede imaginar, atraillando los captivos, y entre ellos muchos nobles. A el duque de Barcelos, don Teodosio, á quien Dios maravillosamente libró de la muerte para remedio de tantas vidas como socorrió, captivaron dos alarbes, y, conociendo la presa y estimándola, un soldado azuago viéndolos en términos de que con un alfange lo querian partir y bajando ya el golpe á la cabeza, el azuago metió la escopeta, el cual venia con tanta fuerza, que, sin embargo de dar primero en ella, bajó á la cabeza del niño Duque y le dió una cruel herida, permitiendo Dios que le sucediese acaso, lo que la suerte le estorbó, por su poca edad, pues no tenía doce años: aquí fué captivo el prior don Antonio, hijo del infante don Luis.

Los moros del Xarife, viendo la mala suerte, fingieron muchos ser de los del Maluco y captivaron á algunos cristianos, con los cuales despues se huyeron á Arcila.

Algunos caballeros de los portugueses despues de roto el campo, con harto peligro de sus vidas, se salvaron en Tanjar, que habiendo con valor allí resistido á la muerte, y huido della cuando era imposible vencella, no se escaparon de lenguas

ménos piadosas que ardientes balas y agudos hierros de los enemigos, que por acudir al bagaje y captivos los dejaban de seguir; y, siendo ya bien tarde, los moros se fueron recogiendo cada uno con su presa, con harto miedo los unos de los otros, porque el más poderoso no sólo la quitaba al más flaco, más por quitarla lo mataba.

En la tarde deste mismo dia fué levantado por rey Muley Amet, que al principio de la batalla, cuando los castellanos y ventureros portugueses acometieron y apellidaron vitoria, se huyó della á Alcázar, y luégo que se publicó el vencimiento della, con la muerte de Muley Maluco, le dieron aviso unas espías que él dejó, y volvió á el campo con la misma presteza que habia salido, mostrando el rostro muy sereno, más digno de reprensiones que de vitoriosas exclamaciones; y de comun consentimiento fué levantado por Rey el que tan poco ántes no hallaba, en tan grande reino, un palmo de tierra en que poder estar seguro, y aunque algunos propusieron al hijo de Muley Maluco, por estar en Argel y ser muy mozo, no permanecieron.

Luégo el Rey mandó buscar el cuerpo del Xarife y fué hallado en el rio Mucasin,

donde se ahogó por salvar la vida, y traido ante él (pensando todos que como príncipe benigno le mandara dar la debida sepoltura) lo mandó desollar y hinchir el pellejo de paja, y fué por su mandado traido en un palo muy alto por todo el Real con grande vituperio. Cosa que dió grande escándalo á todo el mundo, y así despues (temeroso del castigo de tal crueldad) decia que jamás habia hecho cosa de que tanto se arrepintiese; verificando con tal hecho aquel vulgar dicho: que no hay cobarde que no sea cruel.

En este tiempo el duque de Barcelos estaba en poder del Azuago, tratado con mucho respeto; que los Príncipes parece que traen escrito en la frente la reverencia que se les debe, aunque á el tiempo de su prision dijo que era hijo de un mercader. Mas los fidalgos captivos, que eran conocidos, temerosos no le sucediese á aquel Príncipe algun desman, lo dieron á conocer á Muley Amet, el cual le hizo las debidas cortesías y le dió la litera en que su hermano murió, en que fué hasta Fez.

CAPÍTULO XXIII.—*De la causa porque se tuvo por incierta la muerte del Rey.*

Cerrada la noche, á los más de los captivos se les echaron hierros, y algunos huyeron y se salvaron pocos. Entre éstos fueron tres ó cuatro, que aquella misma noche llegaron á Arcila, y como á tal tiempo y hora no les quisiesen abrir, viendo ellos el peligro que corrian, si allí esperasen hasta el dia, dijeron que allí venía el Rey don Sebastian, cautela cierto digna de un grande castigo, por los daños que della resultaron, puesto que su intencion no fuese más que buscar su remedio, sin imaginar lo que podia acontecer; abriéronse luégo las puertas con tanto alborozo y contento de todos como se puede imaginar, y, como el capitan mandase encender algunas hachas, uno de ellos se embozó, fingiendo con él los otros gran respeto, por escapar desta manera de la furia del pueblo y de los soldados, pues no podian contestar ni hacer verdad lo que habian dicho: y con razon lo podian temer si el caso se manifestara. Pasó la palabra desta nueva y llegó á el armada, y vino Diego de Fonseca, corregidor de la

Córte, á enterarse del caso, y entrando en la casa donde estos hombres estaban, con el capitan Pedro de Mosquita, el mancebo embozado se descubrió, y fué conocido que era un fidalgo que ni era de la casa del Rey ni de su córte, cuyo nombre, aunque fuera justo no se supiese, pues diciéndolo, aunque en tan ruin dañoso y ocasionado engaño, puede eternizarse, algunos han sentido bien de que se diga, que fué don Diego de Melo, el cual y los demás, siendo muy reprendidos, dieron por disculpa que no dijeron sino que venian de adonde el Rey estaba. La confusion que por momentos se acrecentaba puso en olvido el castigo de un yerro tan grande, que acarreó otros mayores, porque, comenzando á hacer la fama su oficio, se confirmó la opinion de haberse retirado el Rey y ser el que habia entrado en Arcila, porque habiendo precedido tan claros indicios, y siendo la nueva tan ajustada con sus deseos, por más que el capitan y Diego de Fonseca procuraban desengañarlos, no queria ninguno creer lo contrario, principalmente habiéndose embarcado aquel mancebo á excusas, por temor del pueblo; que dejarlo embarcar desta suerte fué grande inadvertencia y mal empleada piedad, pues no iba nada en cualquier daño

que recibiese, mereciendo muy grande castigo, y iba mucho en que por esta ocasion nunca se ha tenido por cierta la muerte del rey don Sebastian, de donde han nacido tantas desventuras, pues tantos hombres bajos, y de diferentes naciones, han intentado alborotar el Reino y ánimos dél hasta haber incitado á algunos dellos con sus valedores levantarse con Lisboa, dia del glorioso San Juan por cuyos méritos la libró Dios.

Mas volviendo á las tiendas donde los captivos pasaron la noche, luégo que el sol dió luz á el dia se abrió la de sus entendimientos, llenándolos de tan profunda tristeza, que apenas les dejó sentido libre para poder pensar en cosa alguna, porque viéndose cercados de tantas miserias, y la honra portuguesa, que el dia ántes estaba en el más sublime estado, despeñada dél de todo punto, les acababa la paciencia.

Estando, pues, desta manera, como Dios siempre consuela á los afligidos, vieron muchos carros que venian por el camino, y al rededor dellos muchos moros y moras gritando, los cuales traian sus muertos; y aunque esta vision no les podia causar ningun contento, fué de grande consuelo, pues veian que aquellos, que

con razon se pudieran llamar dichosos, iban de aquella manera, despedazados y muertos en su tierra, con tanta grita y lástima de sus parientes, sin algun gusto de la mal lograda vitoria, y ellos todavía, aunque mal tratados y captivos, estaban con vida.

Jamás, despues que hay guerras en el mundo, se cometió tan temeraria impresa con tan mal disciplinada y simple gente, siendo la más della llevada por fuerza, sin saber á donde iban, llevando los más los piés adelante y los ojos y corazones atrás, donde dejaban sus casas, mujeres y hijos.

CAPÍTULO XXIII.—*Manda Mulet Amet buscar el cuerpo del rey don Sebastian y dánle sepoltura.*

En el mismo dia de la batalla, pasando Sebastian de Resende, un paje de cámara del Rey, por el campo donde estaba la multitud de los cuerpos muertos, de amigos y enemigos, todos desnudos y despojados, sin diferencia alguna, vió, entre otros muchos, el real cuerpo del Rey, cuyo criado era, y como por entonces no pudo hacer otra cosa mas que derramar infinitas lágrimas, advirtiendo bien el

puesto y lugar en que lo habia visto, otro dia por la mañana, dando cuenta dello á los fidalgos, fueron de parecer que se dijese á Muley Amet, porque no quedase el real cuerpo sin la debida sepoltura. Luego se dió cuenta, y él mandó que se buscase con dos moros en compañía de Resende, y fué hallado en el mismo lugar que habia dicho. Viendo, pues, Resende aquel hermoso y real cuerpo, despues de habello visto, bañado de amargas lágrimas, se desnudó su camisa, con que lo cubrió, y cubierto con la ropa, que acaso por despreciada en el campo habia quedado, fué puesto encima de un caballo y llevado á la tienda de Muley Amet.

¡Oh miserable vida, caducas esperanzas, desengañado espejo de la presuncion humana! ¿Quién vió el dia ántes un Rey mancebo tan amado y tan temido, Señor de reinos tan ricos y tan honrados, sobre un soberbio caballo, pisando á el enemigo campo, libre y seguro entre sus vasallos, todo rodeado de lucientes armas y de puro amor, y lo vé agora puesto en una humilde cabalgadura, atado con una cuerda, cubierto de sangre, sudor y tierra, con el rostro disforme, del tránsito mortal y de una herida que en la cabeza tenía, y otra debajo del brazo

derecho, que parecia de azagaya, sin otras muchas aunque no tan profundas ni peligrosas; bien ha menester celestial consuelo, viendo fenecida con él la honra de las gloriosas armas portuguesas las esperanzas de un Rey tan valeroso, perpétuo amparo y consuelo de tantos.

Luégo que el real cuerpo llegó á vista de los fidalgos que presentes estaban, y de otros captivos, todos se pusieron en un vivo llanto, y de rodillas, con entrañable amor y obediencia, le fueron á besar los piés. Luego Muley Amet les envió á decir que dijesen si estaban ciertos en que aquel cuerpo fuese del Rey don Sebastian, que se le daria la debida sepoltura; certificáronle dello, y envióles á decir que si querian rescatar el cuerpo de su Rey, á lo cual respondieron que sí, y que viese su Majestad lo que le habian de dar, porque en el primer lugar de cristianos se entregaria á quien mandase. Luégo que el Rey se enteró desta verdad, mandó que lo pusiesen en una caja en que fué llevado á Alcázar por Melchior de Amaral y fué enterrado en las casas de Abraen Sufiane, alcaide de la misma villa, en el mismo cajon en que venía, cubierto de cal y arena.

Las diligencias que Muley Amet hizo en las averiguaciones de los captivos no-

bles para sus rescates, el modo que muchos tuvieron para libertarse sin ellos, huyéndose á las fronteras de cristianos, crueldades que en algunos se usaron, aunque son tocantes á esta historia no á mi propósito, que sólo ha sido servir á vuestra merced con la memoria de su invencible abuelo, pues bien se puede decir por el que fué muerto y no vencido; cuyo cuerpo, con los de otros Príncipes y señores particulares, quedó sepultado en aquel campo de Alcázar, que mejor se podrá decir de mártires.

ÍNDICE.

Páginas.

ADVERTENCIA PRELIMINAR..... V

Diálogo entre Pedro Barrantes Maldonado y un caballero extremeño, en que se cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar..... 1

Relacion del mismo de la batalla naval que dió don Bernardino de Mendoza á la armada de los turcos..... 129

Historia de la presa de los Gelbes en Africa, y defensa que hizo don Alvaro de Sande de su fortaleza hasta su pérdida; por Diego del Castillo..... 163

Jornada de África del Rey don Sebastian de Portugal, por Juan Bautista de Morales..... . 289